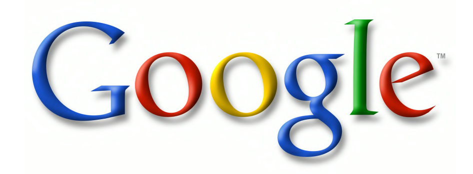
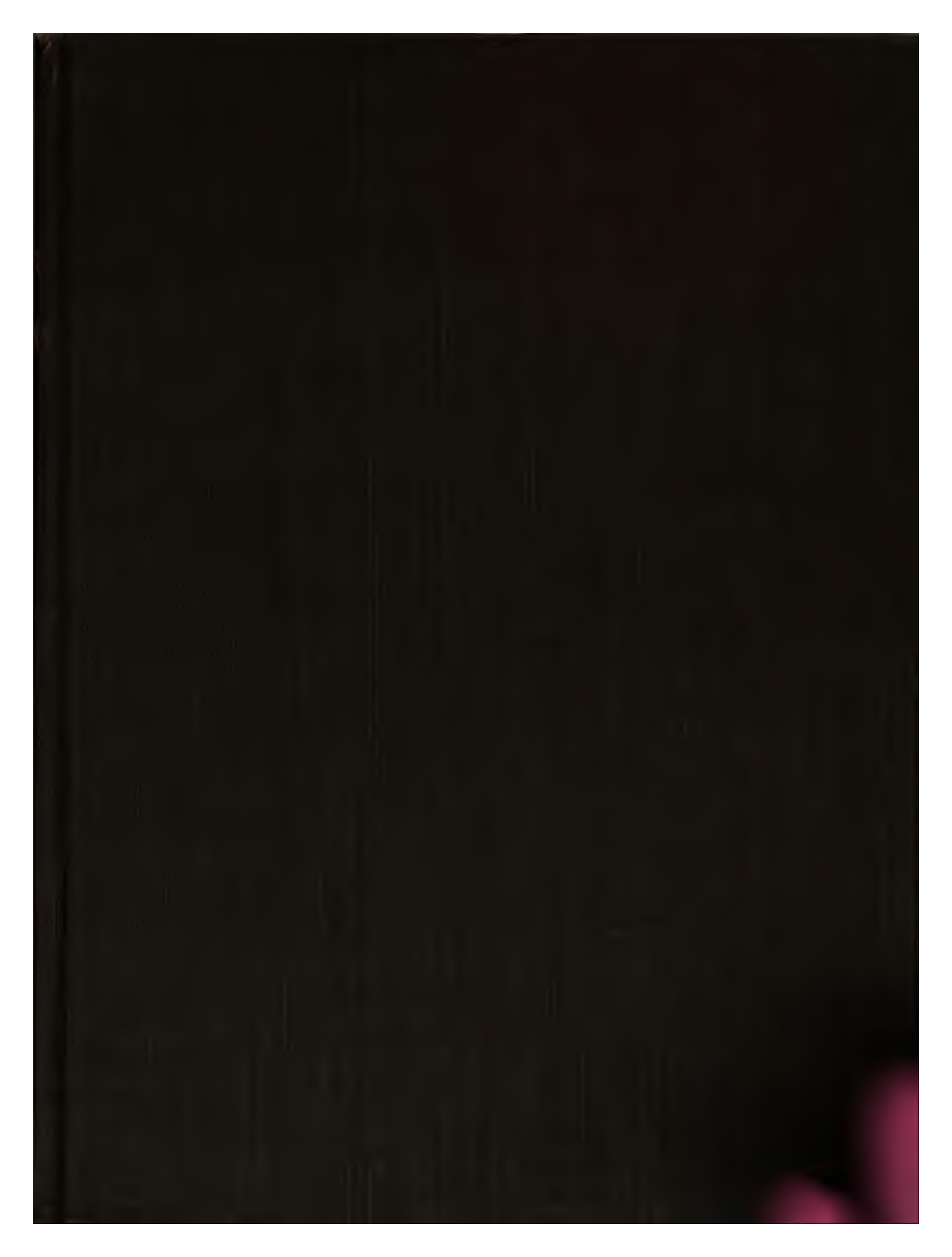




BIBLIOTECA MORAL Y AMENA.

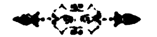
CUADROS SOCIALES

COLECCION

DE ARTICULOS SATIRICOS

DE COSTUMBRES

POR J. F. VALERIO.



HABANA.

Librería Nacional y Extranjera de Miguel de Villa. Obispo 60.

1883

CUADROS SOCIALES.

VALERIO.

CUADROS SOCIALES.

COLECCION

NOTABLEMENTE CORREGIDA Y AUMENTADA

DE ARTICULOS SATIRICOS DE COSTUMBRES.

....

....

Y pues no vituperan
señaladas personas,
quien haga aplicaciones
con su pan se lo coma.

Iriarte. Fáb.

HABANA.
VIUDA DE SOLER Y COMPAÑIA, EDITORES.
IMPRENTA MILITAR—RIOLA 40.
1876

AL SEÑOR

D. AUGUSTO MARTINEZ Y AYALA,

Doctor en Derecho Civil y Canónico. Profesor Mercantil, Abogado del Ilustre Colegio de Madrid y Académico profesor de la Academia Matritense de Legislacion y Jurisprudencia, Juez de Paz propietario y Alcalde Mayor interino del distrito del Monserrate, en la Habana, &.

Bajo la proteccion de tu nombre publico mis descoloridos cuadros: perdona que te los dedique tu verdadero amigo

Juan Francisco Valerio.

HABANA, FEBRERO 20 DE 1876.

El Luto.

—

I

Preocupaciones, y muchas, tenemos todos los que, en usufructo, poseemos el mundo, y particulares costumbres cada uno de sus individuos; más todavía; cada uno de sus pueblos, el de la Habana inclusive, sin que por esto digamos que los efectos de mala educacion, ó cosa parecida, de determinadas personas ó familias, sirvan de pretesto al escritor de costumbres, para criticar á una poblacion entera ridiculeces de que sólo son responsables señaladas personas.

Pero costumbres hay tan arraigadas, por decirlo así, en el corazon de los pueblos, en casi todos, que solo con el transcurso de muchos años y una predicacion constante pueden desaparecer; y no de golpe, sino *poquito á poco*, segun el cariñoso afecto que á ellas tienen sus tradicionales poseedores; *verbi gracia: el luto.*

—¿Y qué es luto?

—Un Diccionario dice que es el traje negro que se viste en testimonio de sentimiento por la muerte de alguno, y la temporada que se lleva; y los paños y balletas negras y otros aparatos fúnebres que se ponen en las casas de los difuntos miéntras está el cuerpo presente y en la iglesia durante el oficio.

Pero yo digo, con la vénia de las personas especiales que formaron el Diccionario Enciclopédico de la lengua española, que las definiciones anteriores no son exactas, *para mi gusto*, y que mejor que aquellas es la mia, que doy aunque mal formulada, en la forma siguiente:

Luto es una costumbre casi universal que consiste en vestirse de negro, *morado* ó blanco, segun el tiempo que transcurra de la muerte de alguna persona querida, acortándose ó prolongándose segun la proximidad del parentesco, ó la elasticidad en gratitud de los parientes ó herederos del difunto; ó bien la exhibicion de un sentimiento profundo y triste, natural ó *artificial* que nada interesa al que lo mira, y en el cual nadie cree bajo la palabra honrada de unas cuantas varas de lienzo de lúgubre color.

En la Habana se divide el tiempo de la duracion del luto, segun categorias.

De padre, madre ó abuelos:—Seis meses luto rigoroso y seis de alivio.

De hermanos:—Seis meses, por mitad, *entre fuerte y flojo*.

De tios:—Tres meses.

Y otros lutos pequeños, hasta de nueve dias.

De los hijos y nietos, el mismo tiempo que de padres y abuelos si son adultos, y si no llegan á los siete años... ninguno; lo cual significa que... angelitos al cielo, aunque tengan seis años y trescientos sesenta y cuatro dias de nacidos.

Y como algunos muebles y ventanas de la calle, de la casa murtuoria *tambien sienten*, visten aquellos platilla de algodon, blanca, siguiendo la proporcion de tiempo del luto de sus dueños; y éstas cierran sus hojas que gradualmente van abriendo, segun vá disipándose el sentimiento que, *segun la costumbre*, debe abrumarlas.

Y los esclavos tambien llevan ostensiblemente las fúnebres señales de duelo por más que durante *la vida del muerto, gozaran* de las dulzuras del paraiso......

Y, verdaderamente, no pueden manifestarse mejor

los sufrimientos de un corazon desgarrado por la pérdida de una madre, que vistiendo un traje rigorosamente negro.

El pobre Amadeo, ha perdido recientemente la suya: es verdad que poco, muy poco, ha desminuido la intensidad de su pena por haber transcurrido los *nueve primeros dias* de agudo sentimiento; sin embargo, sufre horriblemente á juzgar por su traje negro como el plumaje de el *aura tiñosa*, cerrado hasta la barba para que no se vea la camisa blanca, todavia más luctuosa que el *aura*, pues moreno como el que más, no ostenta una cara rubicunda como la cabeza del ave de color tan contrario á lo que significa el luto. ¡Pobre Amadeo!

En el café está rodeado de amigos; y entre el humo del tabaco y la explosion de las botellas de cerveza, rie de las picantes historias de sus compañeros, y habla de sus *rumbas* y propone otras para cuando se concluya el luto. Y se acuerda de la pelea que le ganó su gallo patiblanco, y del apreton de manos que le dió á una mujerzuela cualquiera, y se acuerda......pero no se acuerda, ni por un momento, de la buena señora, que lo tuvo en su seno, que tanto sufrió por criarlo, y que se llamaba su madre!

¿No se acuerda?—¡Vamos, hombre! ¿Y de que sirve, sinó, su figura con todas las apariencias del *aura* y algo más?

¿Quién se atreve á decir que Amadeo no se acuerda de su madre, que no sufre? Si Amadeo bebe cerveza en el café, su traje lo justifica, y el color de esa bebida una de las más oscuras. ¿Qué importa que ría, si por guardar el luto, renuncia á los helados de fresas que tanto le agradan, porque el color escandaloso de esa fruta se opone á su sentimiento?

Amadeo no bebe *gin-cok-tail*, por su color rosado, miéntras está de luto riguroso: *vermouth-cok-tail* de color rosa sério y gracias; ¡No hace más que diez dias que ha perdido á su madre!

II

La jóven Tulita, la linda Tulita, hace ocho dias quedó viuda de un marido de sesenta años ó más, que le ha dejado, *á puerta cerrada*, una cuantiosa herencia. El difunto á pesar de sus años y su dinero, se casó con Tulita por *amor puro*; y Tulita, á pesar de sus muchos adoradores jóvenes, elegantes y con talento algunos, prefirió á su difunto, viejo, impertinente y tísico, pero rico, por *amor puro*, por pura correspondencia. ¿Qué debe hacer Tulita?—¡Llorar!—¿Y si nó puede, *si no le sale de adentro?*—No le hace, pero debe sentir á su marido, aunque su luna de miel, que fué el tiempo de su matrimonio, la pasara confeccionando cataplasmas, y cocimientos; y ya que no puede llorar con el corazon debe hacerlo con la ropa.

Por eso la modista le arregla un vestido de gró negro mate, por eso el peluquero le arregla sus peinados con negras cintas, y compra Tulita ternos de ónix y azabache, y ha tomado un palco *grillé*, con celosias, en el teatro: por eso......Por eso no rie sinó tapándose la cara con su abanico *negro*.

III

Al dia siguiente del entierro del cadáver de su marido, una pobre mujer llora desesperada rodeada de sus hijos. A costa de sacrificios inmensos consiguió el dinero suficiente para los primeros indispensables gastos de *cuerpo presente* y entierro; pero está agobiada y sus hijos tambien, por la imprescindible necesidad del luto *de sus cuerpos*. ¿Cómo podrán ir á trabajar á sus talleres, sus pobres hijos, habiendo perdido á su padre, sin la indispensable ropa negra que exhiba sus legítimos dolores? Nadie podrá dirigirles las frases acostumbradas:—«Les acompaño en su sentimiento.»

—Es preciso, indispensable—dice la viuda—vender

mi escaparate, empeñar mi ropa blanca, todo, todo lo que no se necesite de momento; porque sinó, ¿qué dirá la gente?

—Y que yo no voy á mi trabajo, sin luto—dice uno de sus hijos—porque se me caeria la cara de vergüenza.

—Ni yo tampoco.

—Por de pronto—podemos pasar sin él, porque estamos dentro de los *nueve dias* y ningun *doliente* sale de su casa en ese tiempo.

—¿Pero qué comemos?—contestaron los dos hermanos.

—Irémos pasando con lo que nos fien los *caseros*: despues, cuando puedan ustedes ir á trabajar, cuando tengan luto, se pagará todo: nos adeudarémos hasta lo sumo: pero ¿qué remedio?

—Por supuesto—contestaron sus hijos.

En seguida, con la ayuda de un amigo oficioso, que nunca falta en casos semejantes, se empeñó el escaparate, casi todas las sillas, la ropa blanca de la viuda que podia prestar servicio, y algunas camisas de los pobres hijos del difunto, para rescatarlo todo, si podian, despues de muchas privaciones, porque es indispensable salvar las apariencias.

¡Y tenian razon *los dolientes* para manifestar al público el dolor que sufrian!

El pobre difunto era uno de aquellos que se casan para ser mantenidos con el trabajo de sus mujeres. Haragan y vicioso, jamás llevó un centavo á su casa, y medio borracho al principio de su matrimonio, y borracho entero despues, vivia del mezquino trabajo de su mujer y de sus honrados hijos, turbando siempre la tranquilidad doméstica con riñas injustas, que concluian siempre por llevarse, por fuerza, el fruto del trabajo de su familia, para gastarlo en el mostrador de una bodega, ó en una mesa de *dominó* ó en la valla de gallos.

Resultado era de las caricias conyugales del difunto, la falta de algunos dientes en la boca de la viuda, que

si ostentaba una frente ancha y despejada lo debia á que su amoroso consorte, en sus raptos de entusiasmo, no le dejaba crecer un pelo en la parte anterior de su cabeza.

—¡Pobrecito!—exclamaba la señora, en medio de sus apuros—¡Pobrecito! Es verdad que tenía un génio díscolo y pendenciero, es verdad que á sus geniadas debo no ver más que de un ojo......... pero, á pesar de todo, me tenia cariño.

—Por supuesto ¿Te acuerdas cuando rompió toda la loza porque á las doce del dia no habia que almorzar?

—¿Y te acuerdas—cuando me rompió la cabeza el dia que compré mi levita blanca?

—Sí,—contestó la madre—eso fué porque esperaba cogerte el dinero con que la compraste.

—¡El pobre!

—Y no lo hacia *á mal hacer*, replicó la viuda, porque despues de esas cosas, se acostaba á dormir tan tranquilo.........

—El no tenia la culpa.

—Sus amigos, mi madre, sus amigos.

—La prueba de que nos queria mucho—decia uno de los hermanos,—es que nunca peleaba con nosotros, sino cuando veniamos del trabajo, y eso porque queria dinero: y, la verdad, yo no se lo daba porque se necesitaba para los gastos de la casa.

—¡Dios lo haya favorecido!

—¡Tan desgraciado!

—No fué como otros que tantas faltas cometen y tienen la fortuna de que nadie se meta con ellos.

—Ni por pienso; apénas tenia una disputa con un amigo, con un sereno ó salvaguardia, ya estaba en la cárcel sufriendo por nosotros.

—Por supuesto; porque sabia que teniamos que trabajar para sostenerlo en la galera, y pagar *patentes*, y hacer diligencias para sacarlo de allí.

—Y para que vean ustedes que no tenia malas intenciones—dijo la viuda—acuérdense ustedes que, cuando

salia de la cárcel, se estaba en casa tranquilo una ó dos semanas sin meterse con nadie en la calle, porque no salia, y entónces, hasta engordaba, comia bien, y se estaba hasta más de media noche cantando y tomando sus traguitos hasta que se quedaba dormido.

—Eso, eso fué lo que lo mató—contestó uno de los hijos—pero, como todos tenemos faltas, él tenia las suyas y......

—En fin—exclamó la viuda lanzando un profundo suspiro—ya descansó, y ya que tan desgraciado fué en el mundo, vale más que haya muerto; con eso nadie más se meterá con él para perseguirlo, ni murmurará de sus costumbres. Ya podrémos trabajar con más desahogo......

—Y no tendrás quien te golpée—dijo uno de sus hijos.

—Ya lo estrañará—contestó el otro.

—A todo se acostumbra una—esclamó la madre llorando.

—Yo digo que si habia de vivir padeciendo y haciendo sufrir á los demás, mas vale......

—Y yo digo que Dios sabe lo que hace y que debemos respetar sus altos juicios—dijo sentenciosamente la viuda restregándose satisfecha el ojo bueno y pasándose la mano por la calva.—

Servido el almuerzo se sentaron á la mesa y todos comieron con un apetito como no lo habian tenido en vida del difunto; lo que demuestra, de una manera evidente, que siempre el corazon recibe algun consuelo en casos semejantes, si se respetan los altos juicios de Dios, aunque despues, para comprar trapos negros con que *salvar las apariencias*, haya que vender los escaparates y la ropa que no sea negra.

IV.

La úlcera que deja abierta, el mentecato que se muere, en el corazon de sus parientes y amigos, no se cura

con ninguno de los agentes therapéuticos que se emplean en las úlceras comunes. El único remedio probado es el tiempo; y tan es así, que una viuda desesperada, en el momento de exhalar su esposo el último suspiro; no traga ni una gota de rocío; despues de una hora, *á instancias* de personas interesadas, puede tomar una tacita de caldo; luego aceptará, sin instancias, un pocillo de chocolate, y á poco más, aunque llorando, puede comer, *obligada* por sus amigos, un pedazo de pechuga de gallina que le dará fuerzas para pedir *voluntariamente* el resto del ave y un vasito de vino de Jerez; pero, que se entienda; cubierto su seno, á reserva de mayor demostracion, con un pañuelo de negra sarga.

Despues de un mes, cuando ya la falange de oficiosos amigos y vecinos han abandonado la casa murtuoria, y están entregados los dolientes á sus *verdaderos* sentimientos, ya empiezan estos á sufrir por la ausencia de la brisa que entraba por las ventanas de la casa; cerradas por el luto, y á contar los meses que faltan para abrir sus postigos; y si ántes no permitian cantar al canario, ni ladrar al perrito faldero por el luto, ahora, *sin advertirlo*, una de las hijas del difunto, empezará á cantar á media voz una *guarachita*.

—¡Niña, *el luto!*—le dirá la madre.

Y la niña contestará:

—No me acordaba!

Pero los cuadros estarán forrados de blanco lienzo, y las lámparas tambien y tambien todo lo que relumbre; y no se comerán mameyes *colorados*, sino caimitos *morados*, y gracias. ¡Oh señoras y señoritas, *las acompaño en su sentimiento!*

***

Ya han pasado dos meses y las niñas están cansadas del encierro, y abren algun tanto y por un momento, un postigo, para ver *algo* de la calle y oir el órgano que toca en la esquina ó en otra parte.

—¡Qué bonita danza, Luisa!

—¡Qué bonita!

Y abrazada una hermana á la cintura de la otra, principian *un cedazo.*

—¡Niñas, por Dios!—grita su madre.—Todavía no es tiempo.

—¡Maldito luto!—dice Luisa.

—¡Maldito!—contesta Elena.—

En estos momentos entra Dª Emelina, la vecina de al lado, que tiene reunion en su casa con motivo del bautismo de un niño.

—Vecina,—le dice á la madre de las niñas,—traigo *un empeño* con usted.

—Si está en mi mano......

—Ya lo creo: esta tarde se bautiza mi nietecito y es preciso que Luisa y Elena vayan á divertirse un rato........

—¡Imposible, *el luto!*

—¿Y van á morirse las pobres niñas de tristeza? ¿Hasta cuando han de sufrir? Es preciso, vecina, que considere usted que son jóvenes, y que todo no ha de ser penas en este mundo: además, en casa no hay más que una reunion amistosa, de familia; algunas muchachas del barrio y nada más. Se bailará con la música del piano y se cantarán, por jóvenes decentes, alguna cosita. ¿Qué tiene eso de particular?

—Es verdad Dª Emelina, pero *el luto......*

—El luto! El luto!—¿Qué tiene que ver el luto? Además las niñas no van á bailar ni á cantar.

—¿Qué dirán los que las vean?

—Eso tiene remedio: estarán ocultas en el primer cuarto y desde allí lo verán todo. ¡Pobrecitas!

—¿Y los de la calle que las ven pasar á su casa, Dª Emelina?

—Eso tambien tiene remedio: que se vistan ahora que es medio dia, y nadie las vé......

—Sí, mamá—dice Elena.

—Sí, mamá—dice Luisa.

—Y usted tambien vá, vecina añade Dª Emelina á la viuda.

—¡Yo!— exclama esta admirada—las niñas, pase, que al fin son jóvenes, pero......... ¿yo?..... ¡Qué locura!

—Mamá, si tu no vas, yo tampoco,—dice Luisa.

—Ni yo tampoco—agrega Elena.

—No tienen ustedes más que vestirse de blanco y echarse un pañuelo negro por los hombres—propuso Dª Emelina.

—¡Eso no!—esclaman todas,—de *luto riguroso*, todavia no es tiempo para otra ropa.

—Como quieran, contesta Dª Emelina—pero pronto, vámos pronto, á comer á casa, de modo que ya estén ustedes allá ántes del bautismo.

Y se visten de *luto riguroso* y *de una carrerita* pasan á casa de la vecina, no sin advertir ántes á los criados que tengan buen cuidado de no abrir los postigos de la ventana, y que no canten ni permitan ruido.

—¿Qué es eso?—les pregunta en la calle un amigo importuno, señándoles el traje.

—Mi pobre Juan!—contesta la viuda.

—Mi papaito!—añade Elena.

—Mi padrecito!—exclama Luisa.

—Pues *las acompaño en su sentimiento*, dice el importuno, dejándoles libre el paso.



La casa de Dª Emelina está perfectamente abierta y alumbrada: ya se comió sabroso, ya se bautizó el niño, se cantó y se bailó todo lo posible. La viuda y sus dos hijas están en el primer cuarto, y puedo jurar que *de la calle* nadie las ha visto, de manera que *nada han dado que decir*. Pero las pobrecitas han sufrido mucho...... mucho..... Los recuerdos que la música les ha traido, han producido en ellas tantas emociones, que asomó á los ojos de la viuda una lágrima......

—Vamos, vecina,—le dice Dª Emelina—¿Hasta cuándo ese dolor tan profundo......

—Estaba pensando, contesta la doliente—que si mi marido no hubiera muerto, ahora estaría aquí con nosotras, y las niñas mas contentas......

—Pero todo tiene remedio, interrumpe la vecina.

Y sin consultar á nadie, cierra puertas y ventanas.

—Ahora nadie nos vé: ya no quedamos en casa más personas que las de confianza y podemos divertirnos todos—vuelve diciendo Dª Emelina.—¡A la sala, vamos á la sala!

—¡Dios nos libre!

—Pero si todos somos de confianza: la casa está cerrada: ¡vamos!

Y Dª Emelina porfiada, y blandas de corazon la viuda y sus hijas, medio de grado, medio por fuerza, pasan estas á la sala; y no por su gusto, sino á ruego de la reunion, se sienta Luisa al piano y toca las más sandungueras danzas de su repertorio.

—Toca *Quién ha visto congo como yo*—dice la madre.

Y Luisa *la toca* de una manera deliciosa.

—¡Bravo!—exclama la reunion.

—Y eso,—dice la madre entristecida—que mi pobre Luisa no está para el paso......

A las dos de la madrugada la madre y las hijas se quejan de un calor insoportable.

—Pues la madrugada está fresca—observan algunos.

—Es por *el luto*—contestan la viuda y las niñas.

—Esta ropa negra ahoga á cualquiera, dice Luisa.

—No la puedo resistir—salta Elena.

—¡Me tiene ahogada!—repite la viuda.

Y empieza á despedirse de todos, seguida de Dª Emelina y otras personas que las acompañan hasta la puerta.

—Que ustedes descansen—dicen algunos.

—*Las acompaño en su sentimiento*—dicen otros.

Y la madre y las hijas entran en su casa regañando á los criados porque vieron abierto un postigo de la ventana, estando todavia de *luto entero.*

Yo creo, mi benévolo lector, ó, si quier, malévolo, que el *luto exterior* nada significa, y que las personas que no tienen que ver con los sentimientos y pesares de otras, cuando ven trapos negros, si piensan en ellos, es para considerar el perjuicio que les hacen á las lavanderas, y si se figuran que tienen por objeto exhibir los sentimientos fúnebres del que los lleva, cuando más, levantan los hombros como diciendo:—¿Y á mí que me cuenta usted?

Y creo, otrosí, que el verdadero *luto* está en el mismo centro del corazon ó en cualquiera otra parte, del cuerpo humano ménos en los trapos negros; y que cuando se sufre realmente, aunque el doliente esté vestido de arlequin ó polichinela, nadie se sienta al piano, ni *por compromiso*, á tocar *Quién ha visto congo como yo* ni á cantar la guaracha de *Juana Chamicú*, ni mucho ménos.

Ahora bien, lector, si por desgracia te ves en el caso de salvar las apariencias, ó de exhibir, sin necesidad, el dolor que te cause la muerte de una persona querida, te aconsejo, para que no dés que decir á los maldicientes, hagas...... lo que te dé la gana.

COSAS DE MUCHACHOS.

Sinite párvulos venire ad me.
San Márcos cap. X.

Tenia que tratar con mi amigo Próspero de un asunto que poco interesa saber cuál era á mis lectores, y me dirigí á su casa: sabia que Próspero tenia hijos *tiernos*, pero no me acordaba de esta circunstancia que vino á mi memoria cuando pocos momentos despues de extinguido el sonido que produjeron en la puerta de su casa tres golpes que le inferí con la aldaba, se entreabrió aquella presentándose un niño como de nueve años, con el pelo sobre la frente á guisa de alero de casa de *guano*, con una sola manga en la camisa y un pollo *tusado* sobre el brazo izquierdo.

—¿Qué busca?—me preguntó con descaro.

—¿Próspero......

—¡Papá, aquí te busca *un hombre!*—me interrumpió el niño.

—Que pase adelante—dijo la voz de Próspero.

Entónces el vástago de éste acabó de abrir la puerta y despues de una significativa seña á otros niños que estaban en el zaguan de la casa, me acompañó á

la presencia de su padre, por encima de muchas ramas de maloja esparcidas en el suelo y de varias piezas de ropa, y haciéndome tropezar, á riesgo de romperme el bautismo, con la soga con que estaba atado un enorme chivo con freno y albarda, que inclinó su venerable cabeza para saludarme con las respetables astas.

Los niños, que comprendieron las señas de su hermano, se unieron á él para acompañarme, cantando á coro la Marcha Real y llevando el compás con sus infantiles manos, hasta que llegué á la puerta de la sala, en la cual intentó morderme el tendon de Aquiles, un falderillo azuzado por uno de los músicos.

En la sala estaba Próspero.

Su humanidad oprimia el asiento de una enorme butaca y su cabeza descansaba indolente en una de las orejas de aquella. Próspero iba á dormir la siesta y mi importuna visita le hizo abrir sus ojillos de *periquito* de Australia, ya medio cerrados. Estaba en trage de casa: dos botones de la pretina del pantalon fuera de los ojales, dejaban en completa holganza la parte superior de su voluminoso abdómen, y los tirantes, fuera de las hebillas cuadradas de plata, dejaban de oprimir sus hombros: los cuellos de la camisa enteramente abiertos no impedian percibir su pecho de hermafrodita, y los pantalones arremangados, dejaban descubiertos los pies de mi amigo, que, enteramente desnudos, descansaban cruzados sobre una de las sillas de la sala.

—¡Narciso!—esclamó—¡tú por acá!—¡silencio niños!—Pasa, Diamela!—Y Próspero hizo un movimiento como para levantarse.

—¡Quieto!—le dije—no te molestes, tú sabes que entre grumetes y soldados......

¡Qué fortuna!—*Macuco*!—gritó Próspero á uno de los niños—una silla para este caballero.

El hijo de...... Próspero aproximó la silla, y al sentarme en ella recibí un furibundo golpe con su espaldar en la parte superior de la cabeza.—La silla no tenia regilla en el asiento, y el padre de *Macuco* reia, com-

primiéndose los hijares, de la grotesca figura que hacia su amigo al tratar de salir de la armadura en que estaba preso.

—No hagas caso, Narciso,—me dijo—la culpa es de los niños: están empeñados en soltar al chivo, y el maldito animal ha dado en comerse la rejilla de las sillas. Toma esa otra que está sana y siéntate.

Me senté, azorado, contemplando á los niños de Próspero como si fueran los monos de Donetti.

—¿Cuántos tienes, Próspero?—le pregunté sin ocuparme de su salud ni de...... nada.

—Cinco.

—No veo más que cuatro. (Y me parecian ciento.)

—Es verdad: pero el más chico está con su madre: es de pecho: Ya lo verás. Pero dime, Narciso, ¿qué dichoso viento es ese que te ha arrojado por acá?

—Voy á decírtelo, Próspero.....

Iba á empezar mi relato y me detuve asustado: un *angelito*, de seis años se columpiaba en la reja del zaguan y el peligro en que lo veia detuvo las palabras en mis lábios.

—¡Próspero! ese niño se mata!—le dije.

—¡Qué!—me contestó—hace pocas noches que lo llevé al Circo de Albisu: se ha propuesto imitar á Nícolo en el salto de los tres trapecios y estoy seguro de que lo consigue. Voy á hacerlos poner en el pátio.—Sigue, Narciso, ¿Qué hay de nuevo?—Acaba de saltar, Perico!

—Próspero,—le contesté—me acordé de tí hoy por que......—No pude continuar.—Perico se determinó á dar el primer salto y cayó con estrépito sobre la silla que estaba á mi derecha aplastando mi sombrero que tomó la figura de una boina.

—¡Bravo! Perico! Bravo!—Ahora el segundo trapecio.—Sigue, Narciso, no hagas caso de los muchachos.

—Pues escúchame—continué, tratando de darle á

mi sombrero su forma ordinaria.—Al leer hoy la parte económica......

—Papá, súbeme allá arriba!—dijo Perico interrumpiéndome de nuevo y señalando á una silla colocada sobre el bufete de Próspero.

—*La voy á peso* á que no salta—exclamó el niño que me abrió la puerta.

—Ya lo verémos,—dijo Próspero subiendo al hijo de sus entrañas para el salto del segundo trapecio—Vamos, Narciso, sigue......

—Pues como te iba diciendo: en la parte económica......

—¡Toma parte económica!—dijo Perico—y se dejó caer áplomo sobre mis espaldas.

—¡Dios mio! ¿Qué es esto?—grité—Próspero, tus hijos son leones.

—No—me contestó.—El mayorcito, el que te abrió la puerta, es el único que se llama Leon, como su abuelo.—Es muy inteligente y muy despejado.—Lo mismo *era* yo cuando chiquito. ¿Qué te parece Perico? Ya saltó el segundo trapecio—¿Qué has leido en la parte económica?

—Ese es el negocio que me ha traido acá, pero las habilidades de tus hijos...... En fin; leí ahora dias......

—Buenas tardes, caballero—me interrumpió la esposa de Próspero, saliendo del aposento con un niño de pecho al hombro y otro sujeto por un brazo.

—A los pies de usted, señora—contesté saludándola.

—Es mi esposa, Narciso—me dijo Próspero.

—Por muchos años......

—¡Próspero!—gritó la señora en estremo irritada—si no pones estos niños á la escuela me voy de la casa.....

—Calma, hija, calma,—añadió Próspero—dame acá mi *Nenguito:*—mira Narciso—siguió despues de tomar al niño que berreaba como un toro:—este es mi *niñito bonito*—y me lo enseñaba como su obra maestra.
—El *Nenguito* parecia un perro ahogado y salia de sus

lábios un hilo tan prolongado como el que dice Manolito Gazquez que salió de su boca cuando estaba sobre la Giralda.

Colocó Próspero al niño, boca abajo sobre sus rodillas y llamando á su segundo génito:

—Ven acá, Perico—le dijo:—sube al tercer atravesaño para que acabes de ensayar el último salto—Vamos, Narciso—añadió dirigiéndo se á mí—continúa tu relato.

—Pues como te iba diciendo: en el Diario......

—Mira—me interrumpió otro niño desnudo como Cupido—acá almorzaron esta mañana *tasajo brujo*.

—¡Niño!—gritó la madre.

—Y comimos *bacalao frito*.

—Próspero! ¿No oyes á Chumbito?

—Y mañana mi padre dice que quiere matar mi pollito *quiquiriquí*, porque hay convite.

—Próspero! Próspero! ¿Qué dirá este caballero?

—Narciso es de confianza, hija.—Mira, Narciso, deja para otro dia tu negocio: quiero que oigas leer á mi hijo mayor—*Macuco! Macuco!* trae el libro de las fábulas.

—Nó quiero—contestó *Macuco*.

—Tráelo y te regalo un peso para que compres un gallo.

—Dámelo primero.

—No lo tengo ahora; te lo daré luego.

—Pues que me lo dé *este hombre*, dijo *Macuquito* dirigiéndose á mí......

—Nó—le repuso Próspero—mañana se lo tomamos *fiado* al pollero.—

Gracias á mi ángel bueno, se conformó *Macuco* y trajo el libro. Se colocó entre su padre y su madre con el libro al revés, y la vista fija en Perico, que pretendia dar el último salto. Empezó su lectura mirando siempre á su hermano y llevando con ámbos pies, el compás de la música con que recitaba la fábula á media voz.

—Mas alto, niño,—dijo la madre—no se oye.

Macuco gritó:

—«*Por entre unas matas*»......tu no me vas á comprar el gallo «*Cierto curioso naturalista*» Papá, Chumbito me está tirando pelotas de pan—«*Vieron venir frente á frente*»—¡Mira á Perico que vá á brincar sobre *este hombre!*—

Me retiré bastante lejos del émulo de Nícolo, al oir esta última nota.

—«*Al lobo más horroroso*»—continuó el niño—«*y por golosas murieron,*» ¡Aaay!

—¿Qué fué, *Macuco?* ¿Porqué gritas?–dijo Próspero.

—Mi *mae* que *me tiró* un pellizco.

—¡Mentira!—contestó la madre.

—¡Por ésta!—dijo *Macuco*, haciendo con sus dedos la señal de la cruz.

—¡Falso!—le replicó la madre.

—¡Qué me parta una centella si no es verdad! La culpa la tiene mi padre: ya no leo.

Y *Macuco* arrojó el libro y se retiró mesándose los cabellos.

—¡Ahora lo verás, pícaro!—dijo Próspero amenazando á *Macuco*.—

Y hubiera realizado su amenaza, si Perico cayendo como una bomba sobre el vientre de su padre no lo hubiera impedido.

—¡Ya lo ves, Narciso—me gritó Próspero radiante de entusiasmo—el tercer salto! ¡Es un tesoro Perico!—Y no se volvió á acordar de *Macuco*.

—Próspero—le contesté aturdido—otro dia hablarémos, me retiro.

—¡Cómo! ¿Qué leiste en la parte económica del periódico?

—¡No me acuerdo!—y me salí de la casa, casi sin despedirme,

—¡Narciso!—me gritó Próspero—mañana voy á tu casa á pasar el dia con mis niños.

—Mañana estoy de viaje, Próspero.

—Bien, será cuando vuelvas, avísame.

—Pienso ir á las Islas Filipinas.

—Te esperaré.

—Desde allí haré un viaje de circunnavegacion doble.

—Pues entónces espérate: verás á mis hijos capear al chivo como si fuera un toro.

—Es tarde, Próspero, voy á preparar mi equipaje— ¡Adios! Voy convencido de que tus hijos serán el apoyo de tu vejez, así como hoy son la esperanza de la pátria.

¡Un Caballero!

Pues señor, rabie el que rabie.

Tengo deseos de decir verdades y no quiero perder los momentos de inspiracion.

Pero advierto ántes de decirlas, que á nadie me dirijo, esto és, que voy á hablar en general: sin determinar personas.

Yo soy hombre *templado*, de tal modo que no me gustan las personalidades.

Y no me gustan porque le tengo á mi individuo un amor infinito y me causaría mucha lástima que padeciera por causas agenas á su voluntad.

Por que me consta que á mi individuo no le gustan las palizas.

E igualmente me consta que hay muchos *guapos* y muchos bastones y yo no quiero que los tales *guapos* se luzcan á espensas de mis costillas, por que les haga el favor de decirles con sinceridad una verdad como un puño.

Y sin embargo, voy á decir verdades sin dirigirme á nadie.

Para poder decir cuando se me pidan esplicaciones: «Caballeros, nada vá contra ustedes.»

«Hablo en términos generales.»

Y de esta manera pasar sin cuidado por entre la turba de guapos y susceptibles.

Ya que tengo ganas de decir verdades, voy á arrancar la máscara á D. Cleofas.

Pero...... ¡Cuidado!

No venga á mí ninguno que se llame Cleofas, pues mi tipo no es otra cosa que una entidad moral, un espejo, una plancha daguerreotípica donde se proyectan las fisonomías de todos aquellos que gusten colocarse de modo que pueda verificarse aquel fenómeno, y como me parece una cosa esencial titularlo de algun modo, he escogido el nombre de D. Cleofas, entre otros que vinieron á mi memoria, por la sencilla razon de que alguno habia de ser, el escojido entre todos los llamados.

D. Cleofas es un hombre.

¡Miento!

D. Cleofas es un boa constrictor.

Un tiburon!

Un cocodrilo!

Pero no vive como el boa entre malezas, ni como el tiburon en las aguas de los mares, ni como el cocodrilo en las de los rios y lugares cenagosos.

D. Cleofas no es bobo.

Vive en una casa magnífica, tiene una mesa magnífica y todo lo que usa es magnífico.

Y sin embargo, no tiene oficio ni beneficio.

Ni bienes raices ni muebles ni semovientes.

Ni la mas pequeña renta.

Eso sí: tiene una hermosa clientela.

Una clientela de acreedores.

Pero acreedores que en nada lo mortifican, porque él sabe tratarlos y alimentarlos con una sustancia muy nutritiva.

D. Cleofas les llena el estómago de esperanzas.

Y como postres les sirve unos cuantos pasteles de ilusiones y muchas botellas de...... humo!

Y los acreedores de D. Cárlos viven contentos.

Y se *alimentan* y...... esperan!

¡Seguro está de que la sociedad lo designe con el nombre de *caballero de industria*, de estafador ó cosa semejante!

Y la razon es muy sencilla.

D. Cleofas *compra* brillantes por mayor y no los paga

Viste con el lujo de un duque y no paga á los sastres.

Su despensa siempre está provista de todo lo *comible* y...... los proveedores esperan!

Sastres, mueblistas, perfumistas, billeteros, carruajeros, trenistas, loceros...... todo el mundo *conoce* á D. Cleofas: todo el mundo le rinde párias por su calidad de verdadero protector del comercio, de las artes, de la industria......

¡D. Cleofas es una notabilidad!

Y tiene un talento maravilloso para salir de las circunstancias difíciles.

No há mucho tiempo que en una noche de recepcion (D. Cleofas recibe los sábados) estaba en su estrado haciendo los honores á sus amigos, entre los cuales se hallaban muchas personas engañadas con sus *apariencias:* la conversacion giraba sobre deudas y D. Cleofas llevaba la palabra.

—Es un escándalo!—decia—la desmoralizacion cunde en los pueblos: los panaderos sudan para cobrar cuentecitas de medio peso, los carniceros lo mismo, los bodegueros...... ¡oh! éstos son los mártires del pueblo. ¡Ya se ve! Nadie quiere arreglarse á sus entradas. ¿Porqué razon el que no gana más de cuatro reales ha de gastar en la bodega cuatro y medio?

—Caridad, amigo Cleofas!—le contesta un tertuliano—¿Y si ese pobre tiene seis hijos y no puede comprar sino cuatro panes *al contado*, dejará de darles de comer á los otros dos, por no tomarle fiados al bodeguero los panes que le falten?

—Que reparta entre todos, los panes que tenga!—

contestó D. Cleofas con energía—¿porqué ha de sufrir el bodeguero las consecuencias de su pobreza?

—¿Y qué decimos—preguntó otro—de esos pobretes, que sin tener con qué pagar casa, la toman en alquiler?

—¿Y han de vivir en la calle?—objetó uno.

—Concedido—contestó D. Cleofas, pero que alquilen una casita pequeña, un cuarto......

—Y el padre de familia—argumentó otro—que solo gana dos onzas de sueldo, y tiene sobre sus costillas á su madre y á su suegra y á su tia paralítica y á sú mujer y seis hijos pequeños y tres nietecitos que le dejó su difunta hija mayor, cuyos nietecitos no tienen padre. —En qué cuarto vivirán? probablemente será del tamaño de la Plaza de Toros.

—¡Que vivan en los límites de *Omoa* allá en *Carraguao*, en las afueras de Guanabacoa!—interrumpió D. Cleofas con indignacion.—

En estos momentos un criado anunció la presencia de un nuevo visitante, que se presentó en seguida con el semblante más sério que el busto de Ciceron.

—¡Oh! amigo mio, *mio caro fratello*; dichosos los ojos que lo ven á usted.—exclamó visiblemente turbado D. Cleofas saliendo á recibirlo—Señores, dispensen ustedes un momento—les dijo á sus amigos—este señor que ha llegado es una persona de confianza.

Y dirigiéndose al recienvenido le pasó familiarmente el brazo por la espalda, diciéndole en voz baja:

—Venga usted mañana.

—Hombre, por Dios, ya estoy cansado—le contestó el primero—y además que la deuda vá creciendo espantosamente. A razon de quince onzas mensuales me debe ya usted de alquileres de esta casa dos mil cuarenta pesos, sin contar que por la casa que vive la señora que usted sabe me debe ya seis meses. ¡A dónde vamos á parar!

—¡Qué importa eso, amigo mio! Venga usted mañana que arreglarémos eso......

Y volviéndole la espalda lo despidió, diciéndole en alta voz:

—Nada, nada, chico, deja eso á mi cargo. Nada *te* sucederá miéntras yo viva: yo tengo muchas relaciones y *tú* no tienes nada que temer. Duerme tranquilo, y si vá alguno á molestarte, ven á verte conmigo: tú sabes que puedes contar con mi persona y *con lo que tengo.* Adios!

Y dirigiéndose á sus visitas les dijo:

—Este señor que acaba de salir es un pobre hombre que no sabe que hacer con su dinero. Viene á próponerme que le tome á rédito diez mil pesos ¡Dios me libre! Yo no quiero deudas; quiero dormir tranquilo. Tambien quiere que le saque de las garras de un concurso fraudulento dos mil pesos que le prestó á un amigo. ¡Si digo yo que en el dia no hay de quien fiarse!

Y se sentó, lanzando al aire un suspiro mezclado con el humo de un tabaco fabricado en uno de los mejores talleres de la Habana.

¡Oh D. Cleofas! ¡qué bien entiende usted la Biblia!

¡Cómo se coloca usted fuera del terreno en que pudieran atacarlo!

¡Con qué franqueza dice que el padre de familia que no puede pagar la *reducida* casa en que *necesariamente* ha de vivir, es un petardista!

¡Con qué descaro dice que el pobre hombre que no alcanza con su trabajo lo necesario para mantener á su familia, comete una estafa cuando no le puede pagar al bodeguero los *cuartillos de manteca* y *tasajo* que le tomó, para que no se le murieran de hambre sus hijos.

Si al ménos esos hombres contrajeran tales deudas para rodar victorias tiradas por troncos de valiosos caballos!

Si sus deudas provinieran de sueldos de porteros innecesarios.

O de mesas espléndidas.

O de compras de lujosas pedrerías.

O de magníficos ajuares de sala.

Ó de alquileres de palacios.

Si en lugar de vestirse con la modesta ropa de que pueden disponer, arruináran al pobre sastre que pone á su disposicion las mejores prendas de su establecimiento.

Si el palco abonado en los teatros y en los circos fuera para ellos una cosa indispensable, aunque no tuvieran con que pagarlo......

En fin, si tantas cosas que sirven para deslumbrar á los hombres ilusos constituyeran el presupuesto de los gastos innecesarios de un pobre, para perjudicar á un tercero con solo la utilidad de un lujo insultante......

Entónces, pase: pase que se le llame estafador y caballero de industria.

Pero nunca diga usted D. Cleofas, que es un pícaro aquel que por mantener á su familia compra real y medio de pan cuando *no puede* ganar más de uno.

Y al que toma una casa chica, sin poder pagarla para abrigar á su mujer y sus hijos.

Las estafas y picardías son las que usted comete, D. Cleofas.

Déjeles usted sus piedras, sus carruajes, y todo su aparato de lujo á sus dueños, y trabaje usted.

Entónces se le tolerarán á usted sus deudas, si la necesidad de sostener á su familia le obliga á contraerlas.

Entónces comprenderá usted que la honra no consiste en no tener deudas.

Entónces comprenderá usted que las deudas no deshonran, cuando *la necesidad* obliga al hombre á contraerlas.

Entónces comprenderá usted, D. Cleofas, que los verdaderos estafadores y petardistas son los que hacen lo que usted acostumbra y no los que se sacrifican para que vivan su mujer y sus hijos.

Entónces comprenderá usted que un hombre puede deber y ser honrado.

Y, en fin: entónces comprenderá que usted y los que lo imitan son los verdaderos petardistas, estafadores y *Caballeros de Industria.*

LOS TACOS DE BODEGA.

> **Beber aguardiente puro**
> **Mandan las antiguas leyes,**
> **¡Y que trabajen los bueyes**
> **Que tienen el cuero duro!**
> (*De incierto autor.*)

Se conocen los tacos de bodega en que tienen los ojos inyectados y saltones y del color de los *pargos de lo alto:* respiran regularmente por la boca y el olor de su aliento, aunque en lo general es el del alambique, en los de mediana *fuerza* es de chapapote y en los *maestros* de aceite de carbon de piedra y aún de creosote. Si no fuera porque los bodegueros tienen que cerrar sus puertas por la noche, y los dejan fuera, podriamos decir que esta clase de tacos vive en la bodega. Apénas el inspirado Apolo se determina á calentar los adoquines de las calles de la Habana, y apénas la madrugadora deidad, que es su precursora, abre las limpias puertas del Oriente y los vigilantes bodegueros hacen lo mismo con las mugrientas hojas de las suyas, cuando ya se colocan en su puesto dos ó tres de aquellos individuos que no tenian boca con qué maldecir cierta disposicion que se dictó no hace mucho, prohibiendo la venta de licores en

los *vasitos pequeños*, que ahora brillan como diamantes al través de la rejita de hierro, fiel depositaria de las blancas y redondas botellas de cristal, que ostentan con su transparencia la dorada y estomacal cáscara de naranja, que formando espirales aromatiza á la fresquísima *caña*.

De manera, que será cosa muy fuera de bodega—iba á decir de lo natural—que en las primeras horas de la mañana, ó en las del medio dia ó en las de la tarde, ó en las de la noche, hasta las diez y media ó las once, y aún hasta la media más de esta última hora, no se encuentre un *taco* enquistado como una moldura al mostrador de la bodega, columpiándose como un globo aereostático ántes de soltarle la cuerda que lo une á la tierra, y lanzando tiernísimas, aunque nebulosas miradas, á la *caneca de la ginebra*, al frasco del marrasquino, á la botella del *cognac*, ó á la franca y generosa depositaria del barato *aguardiente colorado*, con cáscaras de naranja, magnífico sustituto del irritante y exótico *Otard-Dupuy*, que tantas enfermedades es capaz de causar no obstante hallarse encerrado en tan adornadas botellas.

Adoradores extáticos de Baco, los tacos de bodega aspiran á ser hijos predilectos y á ceñir en su frente los laureles de Apolo; así como los soldados del dios Marte, son belicosos como un gallo, y sensibles admiradores de Cupido, son enamorados como Sátiros: filósofos y despreocupados como ninguno, y más amigos de *sus amigos* que lo fueron los celebérrimos Píladas y Orestes ó los portentosos hijos de los amores de Júpiter y Leda.

Generosos y desprendidos hasta la prodigalidad, no consienten en manera alguna que sus amigos ó los partidarios de éstos paguen ninguna *convidada*.—Aunque siempre *arrancados*, como que el bodeguero siempre está dispuesto á *suplirles*,—miéntras dure el precio de alguna prenda empeñada—no les faltan recursos para salir airosos en un lance de honor, pues de tal se califica el compromiso que resulta al enfrentarse en el

campo de las operaciones dos ó más *tacos* de los de pescuezo colorado y ojos saltones; y así es que siempre está segura *la mañana* y no se les escapan *las once*, para poder esperar que llegue la *tarde*, que está bien próxima á *la noche*, sin embargo de que la formidable *penita del estómago* y el acostumbrado horror á la *humedad* en los dias de lluvia, y al *pasmo* en los dias secos y calurosos, les permiten tomar medidas de precaucion contra tantos agentes que conspiran á destruir su privilegiada naturaleza y convertir todas las horas y medias horas en plazos cumplidos, para tomar la medicina que ellos mismos, por inspiracion propia, se administran con tan magníficos resultados.

El botiquin del *taco de bodega* es...... la bodega.— Todas sus enfermedades se curan delante del mostrador: todas sus alegrias se celebran en el mismo sitio y allí mismo lamenta sus desgracias. Para ellos no hay enfermedad que no ceda á las propiedades diuréticas de la *ginebra*, ni irritacion que no desaparezca, combatida por medio de frecuentes dósis de aguardiente legítimo de caña, tomado al pié del mostrador, que es donde aprovecha. Ningun taco compra el aguardiente para llevarlo á su casa; pues está probado que allí pierde este producto colonial gran parte de su mérito, por faltarle el aliciente de los bríndis y el no ménos preciso de que haya otro taco que pague: además de que el olor de la bodega no se puede trasladar á otra parte; y sabido es que el del queso, el del salchichon y el de las aceitunas, es el mejor perfume que puede darse á oler á estos padres de la pátria.

Alegre siempre, aunque sin un centavo para dar de comer á sus hijos, está en la bodega, *Cachicandonga*, legítimo taco, llamando á todo el que pasa por allí, porque está celebrando su santo: encima del mostrador está estendido un pliego de papel de estraza que le sirve de mantel, y sin platos ni cosa que lo parezca, ofrece á sus amigos el pedazo de bacalao frito con harina, la docena de aceitunas y las dos rueditas de salchichon que

le ha fiado el bodeguero *en virtud de la solemnidad del dia;* ésta es la razon por lo que Cachicandonga agradecido, y rodeado de un crecido número de amigos está mirando para el techo, estendiendo su brazo derecho con un vaso de vino en la mano: el bodeguero orgulloso lo contempla: y Cachicandonga, cisne inspirado, lo saluda.

—¡Bomba!—dice la concurrencia.

—Caballeros, contesta el taco:—voy á *sinificar* el punto fijo del resultado de la verdad...... yo pago......

—Y si usted no paga, aquí estoy yo—contesta otro vate:—usted sabe que yo tambien soy amigo de los amigos. ¡Bomba!

Cachicandonga dirigiéndose al bodeguero le dice conmovido:

> **Eres tú muy generoso,**
> **Tu inteligencia no es escasa.**
> **Vecino y del comercio de esta plaza**
> **Y conmigo muy obsequioso.**

—¡Bravo!—grita un compañero de Cachicandonga, entusiasmado por la improvisacion de su amigo.—Venga una cuartilla de ginebra!—

Cachicandonga continúa:

> **Eres lo mas pundonoroso**
> **Que puede pintar Apeles,**
> **Esta reunion de fieles**
> **Será testigo como el profeta**
> **De que me fiarás hasta una peseta**
> **Con tus mágicos pinceles.**

—¡Por supuesto!—grita el concurso,—¡caña! ¡venga caña!

—¿Y quién paga?—dice el bodeguero.—Ya le he fiado á Cachicandonga cerca de dos reales y no fío ni un centavo más. ¡Eh, fuera! que es mucha reunion esta y no quiero multas, ¡fuera!

—Lo que es usted, paisano,—dice un taco ofendido—

lo que es usted no tiene muy buena vergüenza:—basta media vez que este amigo le haya dicho á usted *pundonoroso* para que le fíe usted hasta un peso; bien sabe usted que la lisonja vale más......

—Esto no puede quedarse así,—dice otro intentando saltar el mostrador.

—¡Quieto!—grita Cachicandonga—¡caballeros! este es un escándalo entre hombres de honor.—D. Juan está ofuscado.......todo se arregla con palabras...... D. Juan —añade quitándose la levita,—usted sabe *veríficamente* que yo pago: despache usted hasta dos pesetas y guarde mi levita.

—¡Vamos, hombre! ¿qué voy á hacer con ese trapo? casi no tiene mangas, ni botones, ni...... ¡Vamos, fuera!

—Vale mas irnos á otra parte, caballeros—propone uno.

—¡Sí, al Vapor!

—No! á casa de Magriña, que fía; ese es mi amigo y allí mando yo.—

Si pasas por otra bodega—lector—verás á dos individuos, el uno al lado del otro, mirándose con unos ojos tan lánguidos y tan *amorosos*, que parece que acaban de recibir la extremauncion. El uno le habla al oido al otro y este le impone silencio..... Cualquiera creería que tratan de alguna conquista ó de algun golpe de estado.—No, señor; es que el uno consulta con el otro, el órden del velorio y del convite, por que tiene á su esposa de cuerpo presente.

—Determina, chico, dice el primero.

—Me estoy cayendo......muerto......de pesadumbre......

—Pues toma algo......

—¡Ay!

—Caldo de puchero......

—No; ¡Ay, Perico!

—Un pedazo de pollo!

—Tampoco.

—Ginebra.

—¡Ay!...... ¡Ay!......

—Marrasquino......

—¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

—Aguardiente; que aquí lo hay muy bueno.

—¡Ay, Perico! Ahora es cuando sé lo que vale un amigo; solamente tú me propusieras estas cosas; abrázame, Perico. ¡Ay, Perico! ¡Aaay, Perico!!! Perico de mi corazon! Perico de mi vida!!! Perico de...... ¿y quién paga?—

Si pasas por otra bodega, y por otra y por todas, lector ó lectora, verás tantos *tacos*, ludibrio de nuestra sociedad, tan completamente degradados, que solo son útiles para modelos ridículos de artículos de costumbres y para mantener en jaque á los dueños de bodega; siendo lo mas doloroso que muchos de estos individuos pueden acreditar de una manera ostensible, que son hijos de muy buenos padres y herederos de nombres ilustres, que arrastran por el lodo de la manera más infame. Por ahora estoy cansado, lector indulgente; la hora en que escribo es bastante avanzada, y yo, aunque no soy taco, tambien puedo decir cuando el trabajo es excesivo, «que trabajen los bueyes que tienen el cuero duro.»

JUGAR CON BOBOS.

No me acuerdo cuándo ni dónde: pero es lo cierto que conocí á una familia, compuesta de una señora con dos hijas, y un pariente viejo y pobre, *arrimado* á la casa, con bastante experiencia para ver las cosas por su lado positivo; y, aunque parece no debe constar su calidad de *pobre*, por no venir al caso, insisto en que conste, para que se vea el motivo por el cual no se hacia casos de sus consejos, pues ya era algo que comiera y durmiera en la casa. Conozco algunos viejos pobres que se hallan en iguales circunstancias y que se consideran en las familias como *piojos pegados*.

La señora habia *criado* á las niñas con arreglo á su hacienda, es decir, que las niñas vestian con regular decencia, sin tener que trabajar, y del mismo modo comian, sin pensar en el alquiler de la casa que era propia, ni en el cuidado de ella, pues tenian sus *piezas de esclavos*. En una palabra: habia *algo* en que fundar sus esperanzas de un pretendiente *arrancado*.

Bailando y cantando siempre, siempre con la risa de la felicidad en los lábios, no pensando más que en el último peinado y en las modas postreras, estaba la madre encantada con sus niñas, que alegres como mari-

posas, volaban por el jardin de sus ilusiones, sin acordarse que detrás de los placeres de la jóven soltera, están los placeres austeros de la madre de familia.

Por eso miraban de reojo al viejo pariente, cuando les advertia que habia algo más sério en que pensar, y que las diversiones constantes y la risa perpétua eran preludios de lágrimas y tardío arrepentimiento.

La madre confiaba en el porvenir y buena fortuna de sus hijas porque eran, sobre todo, *muy bonitas*, y tenian derecho, por tanto, á escojer entre las feas flores del sexo feo, aquella que les pareciera más á propósito para perfumar el aposento conyugal.

—¡Dios quiera!—murmuraba el viejo—¡Dios quiera!

Como si dijera: ¡quiera Dios que orégano sea!

Avida de diversiones y tertulias, la tal familia se consideraba desgraciada cuando no tenia á mano tales *cosas*, y la vieja bostezaba fastidiada, el viejo con la barba pegada al pecho, dormia en su butaca, y las niñas no sabian qué hacer de sus cuerpos, sin una visita siquiera, aunque fuera algun bobo, algun contrahecho ó algun borracho, para divertirse un rato.

A propósito.

Una noche tenia esta familia la visita de otras niñas amigas, y se lamentaban todas de no tener en casa, algunos jóvenes cantadores y bailadores, alguno, cualquiera que de cualquier modo hiciera *el gasto* de divertirlas, cuando uno de esos *peleles* vagos que suelen verse por algunas calles, se presentó en la ventana, haciendo muecas y bailando grotescamente.

—A mí me gusta la carnecita, á mí me gusta el arroz con pollo, á mí me gusta plátano frito,—cantaba el bobo.

—¡Adelante, Pelegrinito, adelante!—exclamaron las niñas.—Ya tenemos con qué entretenernos.

—¡Niñas, no jueguen con bobos!—dijo amonestándoles el viejo.

Pero las niñas no hacian caso y le abrieron la puer-

ta al bobo, que sin sombrero, descalzo y súcio, entró cantando:

—A mí me gusta la carnecita, á mí me gusta la panetela......

—¡Y á mí tambien!—le gritó desde la calle un jóven borrachin, con pretensiones de poeta.

—¡Es Camilo!—gritaron las niñas.—Mamá, llámalo: házlo entrar, que ya tenemos comedia.

Y la complaciente madre hizo entrar á Camilo para que, en union de Pelegrin, divirtiera á sus hijas.

—¡Cuidado!—murmuraba el viejo.—¡Cuidado!

Pero ¿quién hace caso de viejos?

—Baila *la caringa*—le dijo á Pelegrin Elisa.

—No, *el guanajo*, Pelegrinito santo, Pelegrinito de mi vida,—repuso Cármen burlándose.

Y el bobo decia.

—No *quelo.*

—¿Qué dice?—preguntó la madre.

—Dice que no quiere.

—Vamos, corazon mío, insistió Cármen:—baila y te doy una cosita.

—¿Qué cosita?

—Un merenguito.

—No *quelo*.

—Cerveza.

—No *quelo*.

—Y ¿qué quieres?

—¿Qué *quelo*?...... ¿tú sabes lo que yo *quelo*?

—¿Qué quieres?.

—Yo *quelo* un besito—contestó *el bobo*, tapándose la cara.

—¡Ay! ¡Miren qué pícaro!—dijó la madre riéndose.

Y el viejo murmuró:

—¡Eso tiene jugar con bobos!

—A mí me gustas tú y tú tambien, y tú tambien y tú tambien—dijo Pelegrin—dirigiéndose á las muchachas—y...... tú tambien—añadió señalando á la madre—y luego mirando al viejo:

—Á mí no me gustan los hombres, porque nó: á mí me gusta......

—Baila, Pelegrin, baila,—interrumpieron las niñas.

—¿Yo solito?

—Sí: luego bailarás con nosotras.

Y bailó el bobo, moviéndose de tal modo que...... la madre tuvo que decirle—¡Basta!

Y el viejo murmuraba—¡Dios quiera...!

—Ahora tú, Camilo......

—Yo no bailo.

—Pero haces versos muy bonitos.

—Necesito...... *vapor*.

—¿Vapor?

—Por supuesto: entre tanta beldad necesito inspirarme...... tengo la garganta seca!

A poco rato, en el comedor de la casa, señoras y señoritas, bebiendo cerveza, se divertian con el bobo, que estaba más animadito y con Camilo que estaba ya bien *inspirado*.

Ya en la sala, bailaban todos: las niñas con otras niñas y con Pelegrin y Camilo, *á falta de otra cosa;* y quedaron tan contentas despues de la fiesta, que juraron reunirse las noches que estuvieran fastidiadas por falta de diversiones, con Pelegrin y Camilo y con cuantos mentecatos pudieran conseguir de momento.

Y el viejo murmuraba—¡Cuidado!

—Y la madre contestaba—¿Quién se ocupa de bobos?

Pero sucedió que Pelegrin y Camilo, aficionados á *lo suave*, tomaron cariño á la *querencia*, como diria un torero, se volvieron *pegajosos* y se *familiarizaron* tanto en la casa, que la señora tuvo que tomar sus providencias, á despecho de las niñas, que se divertian *diariamente* con las gracias de aquellos, y puso en la calle, sin cumplimientos, á los dos mentecatos.

Y el viejo murmuraba—¡Ya es tarde!

El bobo quiso casarse con Cármen y la pidió diciendo:

—Yo me *quelo casá* con Carmita.

—El borrachin pidió á la hermana de ésta, y dijo á la madre:

> Concédame su mano,
> O Pelegrin y yo no vámos juntos,
> Sin temor ni malicia,
> A que nos las otorgue la justicia.

Y consintió la dichosa madre de tan divertidas hijas, que éstas, á pesar de su hermosura, y del derecho que tenian, mejor dispuestas, á un porvenir más dichoso, se vieran unidas, *para siempre*, á dos miserables, que en lo adelante les harán pasar las penas del purgatorio.

—¿Qué le encontraria Cármen á Pelegrin?

—¿Y qué le habrá encontrado su hermana al otro badulaque?—Que lo digan ellas.

—¡Dios las proteja!—dijo el viejo—ese inconveniente tiene jugar con bobos.

Madres amorosas y complacientes con vuestras hermosas hijas ¡cuidado!—Cuidado con el valioso tesoro que teneis necesidad de defender de la codicia de algunos, bobos ó discretos. El trato frecuente con toda clase de personas puede producir buen fruto, si la eleccion es buena, pero tambien puede producir el fruto venenoso en una eleccion desacertada. No son las reuniones frecuentes las que producen un buen marido, ni las diversiones constantes; sino la discrecion y la modestia que deben, desde niñas, estar grabadas en el corazon de vuestras hijas. De esta manera tendrán el suficiente criterio, para elegir, entre sus adoradores, el que sea más á propósito para formar la felicidad de ámbos.

DOÑA MALVINA.

Dª Malvina es una señora muy amable, madre de dos niños muy graciosos y viuda del padre de sus niños: señora muy *cumplida*, sobre todo, enemiga de dar qué sentir á nadie. Cualquiera que reuna las condiciones que tiene Dª Malvina es capaz de tener dos niños y aún elevar el guarismo hasta el cubo si le place, y cualquiera, como Dª Malvina puede ser viuda tantas veces como cómplices de atentados matrimoniales se presenten; pero nadie como ella es tan aficionada á una visita, y nadie, como ella, conoce las oportunidades de cumplir aquella práctica social.

Y no es de ahora esa aficion de Dª Malvina; no es de esta época en que se usan las targetas con tales ó cuales puntas dobladas ó las que contienen las palabras que expresan, que tal fulano recibe los jueves ó los sábados: la aficion de aquella señora viene de la época en que á la hora del crepúsculo vespertino se introducia en nuestras casas una criada *vestida de limpio* pronunciando estas palabras: «De parte de la señora que se ha mudado enfrente, que allí la tiene su merced á su disposicion»—y se le contestaba—«Díle á tu señora que me

alegraré que le vaya bien en su casa nueva, y que tendré mucho gusto en hacerle una visita.»

Esto lo sabe de memoria Dª Malvina y sabe tambien que á los pocos dias de aquellos mensajes era costumbre indispensable enviar, la que primero los recibia, otra criada *vestida de limpio* á la que los recibió despues, con la siguiente fórmula—«Dice la señora de enfrente que si su merced está para recibir una visita»; para que le contestaran—«Díle á tu señora que cuando su merced llevare gusto»—aunque luego penetrara toda la familia á los aposentos, á arreglarse la persona y los muebles y á prevenir á los niños, y á despavilar las velas, y á espantar á los gatos y á la perrita faldera que no se habia lavado aquel dia.

¿Podrá nadie saber estas cosas como las sabe Doña Malvina? Pregúntesele sobre visitas de casa nueva, de despedidas, de cumpleaños, de enfermos...... pero, basta: aquí es donde se muestra Dª Malvina en toda su fuerza: aquí es donde se manifiesta una potencia.

A la otra puerta de su casa, está enfermo un vecino y hace tres dias ó más que se prepara Dª Malvina para su visita *de cumplimiento* á la familia paciente, pero ya se hacia notable su falta y para cubrirla, se peina sus sortijas, alborota su *bullarengue* y sin pensar en lo que hace, echa por delante á sus dos hijos por no tener con quien dejarlos, y sin más averiguacion se cuela en la casa del enfermo con toda su récua.

Allí es donde se conoce lo que vale Dª Malvina: allí es donde luce sus habilidades en el arte de la visitacion. Lo primero que hace es lanzar una mirada escudriñadora al cuarto donde supone al enfermo, y despues otra á las personas que están en la sala, tomando luego posesion de un sillon que le ofrece garantías de comodidad para entrar en conversacion con...... los que pueda.

Oigamos á Dª Malvina hablar con la esposa del enfermo.

—¿Y qué tiene mi vecino, vecina?

—Poca cosa, señora, un ligero catarro.

—¿Catarro?—hágase boba—Así empezó la enfermedad de mi difunto, que lo mató en cuatro dias, y la de mi padre que murió en veinticuatro horas.—¡Dios me libre de esos catarros, vecina! ¿Y ahora duerme?

—Por fortuna, señora; hace tres dias que no ha podido conseguirlo.

—¡Lolo! ¡Lolo!—dice Dª Malvina dirigiéndose al mayorcito de sus niños—deja el piano, demonio, que no se oye una palabra. ¡Ay! vecina, muchas veces no cumplo con mis vecinos por causa de estos diablillos!—¡Justico! cállate, no grites que hay enfermo en la casa.

Y Dª Malvina grita mas que un *cao* cojido por un ala—¡Lolo! ¡Justico!

—¡Ay!—exclamó el enfermo.

—Dispénseme usted, vecina, dice la esposa de éste; voy á ver á mi marido que ha despertado.

Dª Malvina se incomoda, se levanta airada y asiendo por los cabellos á Justico le hace ver las estrellas y berrear como un toro, practicando la misma operacion con Lolito, que zapatea como bailador de punto.

—Ustedes, tienen la culpa, mal criados, decia Dª Malvina: *por causa de ustedes* me suceden estas cosas, por sus gritos, por su *tango*. ¿Qué necesidad tenía yo de sufrir semejante desaire? ¡Con la palabra en la boca me ha dejado la señora de esta casa!—La culpa la tengo yo que me he tomado el trabajo de traerlos á ustedes á cumplir con la gente. No me sucederá otra vez.

En seguida, la moderna Cornelia toma por sus manitas á sus queridos vástagos, que berreaban como chivos, y parte, exhibiendo sus rubicundas caritas, cuyos ojos y narices eran una imitacion perfecta de algunos agujeros que no cuida la Direccion de calles de ocultar á la vista del transeunte.

Dª Malvina ha hecho firme propósito de no hacer visitas de cumplimiento por razon de enfermedades, en todos los dias de su vida, á no ser que la casa que visita pertenezca á personas de su gremio, que estén acostumbradas á dormir en gallerías y al lado de organeros

imperturbables, y que no se molesten porque uno ó más niños toquen el piano cuando el enfermo duerme, y que lloren cuando sus madres, por corregirlos, les arranquen los cabellos y les hagan nacer á fuerza de zapatazos callosidades en sus asentaderas como las que tiene cierta clase de monos.

¡Pobre Dª Malvina, que noconoce que las personas caritativas y cumplidas siempre sacan el pago de su abnegacion en el cogote!

UN INFELIZ.

No hablo del infeliz desgraciado, del infeliz propiamente dicho, sino del infeliz afortunado; del infeliz que tiene la felicidad de vivir como le dá la gana y tiene en su infelicidad el más seguro recurso para tener asida á la felicidad por el cuello de la camisa ó por el *sígueme pollo*, si es que la felicidad usa camisa; si es que la felicidad usa *sígueme pollo*. Y perdóname, oh lector, tantas *felicidades* en gracia de las que te deseo, como premio de la gran paciencia que necesitas para leer lo que escribo.

Tú lo conoces, lector; tú conoces el tipo de que voy á ocuparme.

Si con demasiada frecuencia se cuela Periquito en tu casa á las primeras horas de la mañana, cuando todavía duermes, y *por hacer hora*, toma el periódico del dia, que lée desde la cruz á la fecha, y luego, sin invitarlo tú, á título de amigo, se sienta á tu mesa y come, almorzando, los mejores platos, quejándose del mal servicio de la mesa, y manifestando disgusto porque tu esposa no se ocupa con más eficacia en la cuestion de cocina, no te quejes.

No te quejes, aunque despues del almuerzo tome de

tu tabaquera los mejores puros; no te quejes si tu niño más pequeño se quedó, de momento, sin comer, porque se comió sus migas Periquito: no te quejes si este amigo, aunque tengas necesidad de salir á tus quehaceres, se queda en la casa regañando á tus criados y aconsejando á tu esposa que envíe temprano sus niños á la escuela porque le molesta el ruido: no te quejes, si despues de revolver Periquito toda tu casa, al volver tú, lo encuentras dormido esperando la hora de comer y despues pedirte cuatro duros para refrescar y divertirse un rato en la zarzuela: no te quejes, porque Periquito, á pesar de todo lo que digas de él, es un buen muchacho y te quiere: ¡Es un infeliz!

A Periquito se le vé en todas partes; si halla en el Louvre á dos amigos refrescando, se acerca y toma una silla; si le brindan algo, pide un sorbete, luego una breva, despues una libra de dulces, y despidiéndose con la mayor finura vá á devorarlos á cualquiera de los parques.

—¡Qué descaro!—dirán algunos.

Pero los que ven mejor las cosas dirán:

—¡Es un infeliz!

Periquito, creyendo que la esposa de uno de sus amigos era una fruta y que el marido era un Juan Lanas, trató de comérsela: pero el amigo le dió la paliza *h* y el Tenorio tuvo que guardar cama algunos meses. Despues, convaleciente, donde quiera que se encontraba, decia que la esposa de su amigo procuró seducirlo, y que éste para cubrir las apariencias lo habia reducido al estado de mómia; y, para vengarse, forjó una calumnia que dió por resultado que su ex-amigo quedára cesante......

—Pero, en el fondo, Periquito no es malo; su amigo hizo mal en vapulearlo.

—¡Diablo! Es preciso tener sangre de cangrejos para......

—¿Y quién hace caso de Periquito? ¡Es un infeliz!

Periquito es pica-pleitos. Sabia que un individuo debia diez pesos del alquiler de un cuarto y que su acreedor, por lástima al padre de familia, era indulgente

y esperaba. Pues bien; tanto hizo Periquito, que consiguió que lanzaran al deudor á la calle y remataran sus escasos muebles.

—¡Quién sabe lo que habria en el asunto!—dirá alguno—porque Periquito es incapaz de hacer daño. ¡Es un infeliz!

Díscolo y disputador, basta que uno diga que una cosa es negra para que Periquito diga que es blanca, y si se prolonga la cuestion, ya que es de carne y hueso como cualquiera, *se vá al bulto* y le aplica una bofetada á su contricante *como todo un hombre.*

El ofendido *busca padrinos* para pedir esplicaciones á Periquito y no los encuentra:

—¡Hombre, por Dios! Se vá usted á poner en ridículo—le contestan—usted no se batirá con Periquito, porque es un hombre bueno, y estamos seguros de que á estas horas ya le ha pesado lo que ha hecho.

—¿Y qué me importa que le pese?

—Que le dará á usted todas las esplicaciones que le pida y quedará satisfecho. Por otra parte: usted tuvo la culpa de lo que ha sucedido porque dijo que aquello era negro......

—Pero si es la verdad.

—¿Y qué importa? Hubiera usted cedido y......

—¡El pícaro, desvergonzado, atrevido!

—Apariencias y nada más: en el fondo Periquito es bueno. ¡Es un infeliz!

Y, el pobre Periquito, cuando muchos que trabajan, hasta sudar la gota gorda, no tienen qué comer, él, sin trabajar, está harto y siempre tiene dinero en el bolsillo. Y es natural que así suceda, porque, por más que se diga, es el hombre más complaciente y amigo de servir.

—Periquito: te necesito para que me acompañes á los toros, le dice uno.

—Todo lo que quieras.

—Sí: pero es preciso que despues me acompañes á comer......

—Pero......

—No hay pero.

—[illegible]riente.

—Despues al teatro.

—¡Hombre! Al teatro......

—No quiero ir solo: despues cenaremos.

—¿Qué voy á hacer? Tú lo quieres...... Lo malo es que tenía que hacer varias diligencias que me producen [illegible] pesos y......

—No te los doy.

—No los acepto.

—Sí.

—No.

—¡Que sí!

—¡Que no!

—¡No hay remedio!

—Pues, si no hay remedio......, haz de mí lo que [illegible]

—¿Puede conseguirse un hombre mejor que Periquito?

—¡Es un infeliz!

[illegible] amigo está enfermo y le suplica al *infeliz* [illegible] un médico, de momento, un médico *amigo*, [illegible] *una peseta*.

[illegible]able!

[illegible] Periquito?

[illegible] no tengo un centavo y voy á trabajar.

[illegible] de momento. El médico está cerca.......

[illegible] pero me precisa una diligencia.......

[illegible] aquí ocioso......

[illegible] estoy pensando qué haré, para [illegible]

[illegible] muy egoista.

[illegible] que me lo dijera......

[illegible] Aviada: pero me contento con de- [illegible] amigo un canalla.

—Me voy: porque soy muy prudente y no quiero que se diga que me valgo de la ocasion...... ¡Qué desgraciado soy yo!

Ya sano el *falso* amigo del *infeliz*, cuenta á los suyos la decepcion que ha sufrido y se queja de la injusticia de Periquito.

—¡El pobre!—le dirán—Estamos seguros de que hoy siente que estés agraviado con él y de que se brinda á traerte, no un médico sinó ciento.

—Ya lo creo: porque sabe que no los necesito. Pero juro que no me acordaré de él para nada.

—Mal hecho: Periquito te quiere bien, y todo lo hace...... *porque es así*. Tiene la desgracia de hacerlo todo al revés, sin intencion, sin deseo de hacer daño. No hay que atenerse ni á lo que dice ni á lo que hace, sino á su fondo que es escelente. ¡Jamás me ha hecho daño!

—Ni á mí.

—Ni á mí.

—No tiene en lo que hace, mala intencion.

—Lo que no tiene es...... vergüenza!

—¡Es un infeliz!

Una Comida de Confianza.

Eran las cuatro de la tarde, poco más ó ménos, cuando me dirigia por una de las calles de la villa de Guanabacoa al paradero del ferro-carril de la Bahía, para tomar los carros que habian de conducirme á esta ciudad de la Habana.

Al doblar una esquina me encontré frente á frente con mi amigo Julian que, despues de abrazarme con la mayor efusion, no quiso soltarme hasta que me dejó sentado en una de las sillas de su casa que estaba cerca del punto en que nos encontramos.

—Aquí te he traido—me dijo—porque supongo que no habrás comido y quiero tener el gusto de que comas conmigo......

—Pero, Julian......

—No hay *pero* que valga: tu habias de comer hoy en alguna parte, en la fonda, en tu casa...... fórmate la idea de que ésta es la tuya y...... no hay que hablar más del asunto...... ¡Tula! ¡Tula!

—¿A quién llamas, Julian?

—A mi esposa para que la conozcas y te conozca. ¡Tula! ¡Tula!

—Aquí estoy, Julian—contestó aquella señora pre-

sentándose en la sala—buenas tardes caballero—me dijo al reparar en mí, visiblemente turbada y arreglándose, como al descuido, el descuido de su trage.

—A los piés de usted señora—le contesté—muy buenas tardes......

—Déjense de cumplimientos—interrumpió Julian—y reconózcanse como íntimos amigos.

—Tula,—añadió hablando con su esposa—éste badulaque es un amigo mio desde que nacimos, y ni él ni yo entendemos otra cosa que tratarnos con la mayor franqueza. Me encontré en la esquina, y quieras ó no quieras, lo he traido á comer con nosotros; con que, arregla las cosas como se puedan y no tengas cuidado, que él no es de cumplimiento.

La pobre señora, vestida con el *necesario negligé* de la mujer casada, pobre, y que no tiene quien le sirva, miraba alternativamente á su marido y á mí, sin saber qué determinacion tomar de momento, hasta que, escurriéndose como pudo, se entró en el primer cuarto de la casa, y á los dos minutos llamó con voz trémula—¡Julian!

—Voy, corazon,—contestó mi amigo—y dirigiéndose *al reclamo* entró en el cuarto, dejando caer la cortina de muselina que cubria la puerta.

Me quedé solo; y como la casa de Julian era chica y solo mediaba una distancia muy corta del punto en que hablabla con Tula, separándonos solamente la cortina pude oir, sin poner nada de mi parte, el diálogo siguiente:

—Julian: ¿qué has hecho? ¿Cómo te has atrevido á traer á comer á un hombre extraño á casa, sabiendo cómo están las cosas por acá?

—Pero, hijita, si es un amigo de mucha confianza.

—¿Y qué le vamos á dar de comer?

—Cualquiera cosa.

—¿Y dónde está esa *cualquiera cosa?* Los cuatro ó cinco reales que teníamos los he gastado en hacer la comida de nosotros, que para nosotros es poca: no te-

nemos ni manteles, ni cubiertos, ni...... nada! ¿Qué le vamos á dar de comer á ese hombre? ¿Tú tienes algun dinero?

—Dos pesetas...... no...... tres reales, porque á un real de los que tengo le falta *la milad.*

—¿Y qué hacemos?

—Lo que te parezca. hijita, no te apures que no es ningun *caballerote* el que he convidado; ya verás cómo se aviene á todo...... pero...... déjame ir donde está él, que es una grosería dejarlo solo.

—Pero......

—Ahora vuelvo.

En seguida se presentó Julian de nuevo en la sala.

—Chico—me dijo—vas á comer con pobres, pero *muy sabroso......*

—Julian, le contesté, ya es tarde: he tenido el gusto de verte y de saludar á tu señora, otro dia tendré el de acompañarte á la mesa: en mi casa me esperan y......

—¡Julian! ¡Julian!—gritaba la esposa.

—¡No te vas!—insistía mi amigo—á la ocasion la pintan calva y no quiero desperdiciar la que se me ofrece hoy.

—Te prometo, le dije, procurando salvar á su esposa, te prometo que mañana vuelvo.

—¡Julian! ¡Julian! exclamaba la pobre mujer, sin duda, para aconsejar al marido que aceptase mis promesas.

—¡Voy, Tulita! Tú te quedas hoy de cualquier modo, me dijo, que ya está Tula arreglando una comidita de pobre para que te chupes los dedos. Y volvió á dejarme.

—¿Qué quieres, hija? le decia á su esposa en el cuarto.

—Déjalo ir, le contestaba ésta á media voz.

—No puede ser, china, estoy comprometido.

—Pues trae de la bodega un real de huevos, y medio de bacalao, y medio de pan, y un *cuartillo* de manteca, otro de vino, y la contra de sal y......

...ombre está so-

... el *Diario*.
... sabes de el *Diario*?
... la esposa desde

... Julian, ofrecién-

... el *Diario* sobre la
... cerca de Puerto

... rápido como una ex-
...urando ocultar lo que
..., pues alcancé á ver
... en las faltriqueras de la
..., y un envoltorio de
... parte de la cola de un

... donde yo estaba, sofo-

...as leido, chico?
... éste interrumpiéndole.
... Julian.

... limpia.

... confianza.
... tenedor; lo único que hay

..., es más sabroso.
... casa de Charito y pídele
... cuchillos y tenedores y
... mio! ¡Que Julian!

Y salió Julian para la calle diciéndome ántes:

—Voy á traerte *La Voz* para que leas su artículo de fondo.

Un cuarto de hora despues entró, como ántes, con un bulto debajo del brazo que, seguramente, no podia ocultar en los bolsillos, cubierto con *La Voz*, y haciendo *escala* en la cocina vino luego á la sala.

—Aquí tienes *La Voz*,—me dijo—me parece que trae muchas cosas buenas.

Y me entregó el periódico, lleno de agujeros pequeños que, probablemente, fueron obra de los tenedores, y de manchas de grasa y otras sustancias.

—¡Julian! volvió á gritar Tula.

—Vuelvo,—me dijo mi amigo abandonándome.

—¿En qué mesa servimos la comida, Julian?

Este tardó algunos instantes en contestar: seguramente estaria *reflexionando*.

—Ya tenemos mesa,—dijo éste al fin,—coloca un barril en medio del segundo cuarto, y encima de él la batea *boca-abajo*, y cúbrela con...... el mantel.

—¿Cuál......?

—Como me dijiste que no habia sábana limpia le pedí una á Charito, que, aunque un poco *usadita* me la prestó y la puse en la cocina envolviendo unos platos que tambien traje...... conque arregla *eso*, que mi pobre amigo está solo.

Y salió del cuarto diciéndome:

—Vas á comer con pobres y como pobres; pero no te irás con la barriga vacía,

—Julian,—le dije,—sentiria mucho que por obsequiarme te hubieras molestado y hayas incomodado á tu señora; yo......

—¡No te ocupes de eso!

—Entre hombres solos y entre amigos todo pasa; pero tu esposa, que no me conoce y que por lo tanto no tiene conmigo la confianza que tú, ha de pasar seguramente un mal rato. Eres muy indiscreto Julian, y te lo

...uqueza son la
... tu señora.
...mos á pasar un

... y .....
... sigue leyen-
...—
...ndo bajo su ca-
..., y sosteniendo
... el sueño leyendo

... noche, y yo veia
...sposa de Julian ar-
...a los platos y demás
...do por una vela de
... ¡Qué Julian! Ya es-
... á la puerta su mujer,

... la comida!
...ulian, desperezándose y
...dose á mí,—vámos, ven,
...a pronto.
...*edor.*

...murmurando, estoy agra-
... de su amistad hácia mí.
... he podido resistir á la
... no por afan de criticar,
...miento ó maledicencia,
...ndo, te diré los motivos

... del cuarto, formada
...a un barril y una batea,
...rta con una sábana do-
... se ostentaba una fuente
... con aceite y vinagre,

adornado con pimientos *de fuera;* al lado un plato de bacalao *aporreado* adornado tambien con los mismos pimientos; del otro lado, por variar otro platico de bacalao, guisado, adornado con los mismos *adornos* y para fin de fiesta una tortilla de huevos del tamaño de un plato comun y delgada como una torta de *casabe*; cinco panes de los de á *cinco* colocados al lado de los cubiertos de varias clases, y una botella de las de cerveza *llena* de vino catalan...... hasta la mitad. Cuatro sillas al rededor de...... la mesa y...... mucha hambre.

—Siéntate aquí—me dijo Julian—señalándome el puesto de honor—este es tu sitio.

Y como, por la figura de la mesa, cualquiera de sus lados podia servir de cabecera, acepté *sin disputa* y esperé.

—Principiaremos por el bacalao—continuó Julian sirviéndome.

—Como gustes, gracias—le contesté, no sin observar que, á no ser por la tortilla, siempre hubiéramos principiado por aquella *variedad* de bacalao.

—Te habrá llamado la atencion la abundancia de pimientos rojos, pero, chico, ¿sabes enlo que consiste?—En que en esta maldita bodega donde me surto, no hay otra cosa que pimientos en latas, bacalao, y queso de Matanzas.

—Señora mia—pregunté á Tulita—¿Quiere usted que le sirva algo?

—Gracias me contestó; yo no como á esta hora..... más tarde.

A la pobre señora le parecia poca la comida y sacrificaba su parte en aras del bien parecer.

Por fin, devoramos la comida...... pero...... faltaba el dulce.

La esposa de Julian se levantó y llamó con disimulo á su niño de cinco años que estaba en la mesa con nosotros.

—Nené—le dijo bajito—pídele medio á ese caballero.

[illegible] y le dí [illegible]

—[illegible] lo que ha [illegible]

—[illegible] ven acá Julian!

—[illegible]

[illegible] otra vez solo para acu- [illegible]

—[illegible] esposa de este, coge ese real [illegible] dulce de guayaba y café...

—[illegible] medio nó! decía el niño.

—[illegible] te daré otro, contestaba Ju- [illegible]

[illegible] como si le curaran por primera [illegible]

—[illegible] llora el niño?—pregunté á mi amigo.

—[illegible] su madre le ha castigado para quitarle la [illegible] *medios* á las visitas.

—[illegible]—le contesté.

[illegible] Julian salió y á poco rato volvió con dos [illegible]—de dulce de guayaba.

[illegible] se sirvió el café, y despues me despedí, y [illegible] los carros del ferro-carril de la Bahía, y [illegible] á la Habana y escribí estas líneas.

[illegible] discurso de ellas hay algo que parece [illegible] de decir *algo* á su conclusion, voy á cum- [illegible] quiero que mi amigo Julian me tenga [illegible] indiscreto.

[illegible] necesidad de hacer ciertas demos- [illegible], y mucho ménos cuando no hay [illegible] necesarios elementos. Un amigo ínti- [illegible] íntimo amigo las mayores con- [illegible] en ridículo á su esposa y á sí [illegible] desempeñar en presencia de hombres [illegible] papeles humillantes.

DOÑA FACUNDA.

¿Quién no conoce á Doña Facunda?

¿Quién no conoce á esa buena señora, que desde un crepúscnlo á otro está en la ventana de su casa, mirando á todas partes al través de sus espejuelos de cobre, vestida con su *promesa* de listado, y resguardando el *traje* de su túnico con un gran pañuelo de algodon, colocado como un improvisado mandil, sobre su voluminoso seno?

¿Quién no la conoce? ¿Quién no sabe dónde vive? Pues sepan los que se hallen en este caso, que Doña Facunda vive en su casa, calle donde está su habitacion, marcada con el número anterior ó posterior á la casa inmediata.

Esa buena señora que mira con ansiedad y llama á los muchachos que pasan, es Doña Facunda, que no tiene criados ni quien la ayude en los quehaceres de la casa. Ella lava, ella cocina, ella barre y cose y descose, en fin, ella es el *factotum* de su único hijo que trabaja para mantenerla, que siempre está en su trabajo y nunca en su casa sino para comer, casi de noche, y para dormir despues, y despertar á las primeras horas del dia, llamado por su madre, que ya está acostum-

...dida, del

...muchacho
...la buena
...para que
...se pasan
...se aproxime
...Facunda,
...*contras.*
...nversa con la

...sted sabe dónde
...las basuras?...
...hacer para im-
...sacos, cajones,
...tal. Yo quisiera
...de meterme en
...habia de hablar
...vecina, que allí,

...lamarlo *con la mano.*
...*ita,* ven acá y te

...bodega, huyendo co-

...*-perros,* vecina: está
...malcriado.
...está desocupada la casa

...del vecindario; pero
...upada: me han dicho
...al campo á curar un

...rmo.
...rir las apariencias.
...pero yo no sé que ví

—La que vivia en la casa.. ... la del novio.

—¿Y qué vió, vecina?

—Al principio de sus relaciones estaba muy delgada y usaba ropa muy lijera...... Esperése que allá vá el muchacho, ¡Rufino! Sí: échele usted un galgo...... ¡qué desgraciada soy! Despues la niña estaba más gruesa y no usaba sino batas muy anchas, y estaba ojerosa, pálida......

—¡La pobre! ¿Usted cree que estaria enferma?

—¡Quién sabe! Yo no soy conversadora, ni mucho ménos, y perdóneme Dios el mal juicio, pero *se dice* que la familia vá al campo y vuelve......

—¿Y qué?

—Tambien he oido decir que van á casarse allá los novios. Cada uno sabe lo que hace...... pero...... en fin, á mí no me gusta hablar de nadie, y de mis vecinos ménos: si es así que Dios los haga bien casados. ¡Rufino!

—En estos momentos un militar toca á la puerta de una casa vecina, se la abren, cambia algunas palabras, y sigue su camino. Ha ido á recomendar á su lavandera le remita la ropa y á pagarle su cuenta.

—¡Qué mundo! ¡Qué mundo! exclama Doña Facunda. ¿Qué le parece á usted la lavandera con el airecito de santa?

—Es una buena mujer, muy trabajadora, y muy metida en su casa......

—¡Ya lo creo! ¿Qué necesidad tiene de salir, cuando recibe en ella á todo el mundo? No me gusta hablar de nadie, y dejo que cada uno haga lo que quiera; pero no vengan á decir que lavando ropa, se puede comer todos los dias pescado, y carne fresca y vino francés, y ostiones, y frutas conservadas, y tener criados que hagan *mandados*.......

—Pero, hija, cuando se trabaja......

—Está bien: será así, pero una mujer que siempre recibe visitas...... yo no hablo de nadie...... pero......

sale la

Doña Fa-
lo que
arroz,
un
de
culantro...
criada—otro

dice Doña Fa-
pado. ¡Ya se vé!
te dieran educa-
andose cascarilla
ararselo y parecer
que nó me gusta
que tu ama,
a negra Prudencia
ora porque tiene

le dice su vecina,

n tiene paciencia
costumbrada á esto,
y casa propia; pues
o ingenio, y mi ma-
venian arrias car-
No me gusta hablar
a calle, porque mi
ese escribano *tan*
y los oficiales de
Si yo fuera conver-
te *caro* á mi padre
lo porque estábamos
y que el boticario
mandábamos, sino

preparando medicamentos extraños y baratos, para luego cobrarnos una mina!

—¡Ese es el mundo, Doña Facunda: ese es el mundo!

—Buenos dias, señoras, les dijo un vecino que pasaba cerca de ellas: el amo de la criada.

—Muy buenos, Don Pedro: contestó Doña Facunda. ¿Y cómo está su esposa y las niñas? Dígales que yo no voy á verlas porque no tengo tiempo ni para rascarme la cabeza; que vengan ellas para darles un abrazo, porque las quiero mucho porque las ví chiquiticas y son unas personas que merecen el aprecio de todo el mundo, á pesar de lo que dicen de ellas; pero yo, que no me llevo de lo que dice nadie, sé que son todas unas santas......

—Gracias, dijo Don Pedro despidiéndose.

—Anda con Dios, mentecato, añadió Doña Facunda, despues que se hubo alejado el vecino, anda con Dios, anda: ves á trabajar sin saber para quién.

—¿Por qué, vecina? preguntó su interlocutora.

—No me crea usted á mí, sino á sus ojos. No hay gente más despilfarrada que la familia de Don Pedro. Yo no digo nada, pero dá lástima cómo tiran el dinero: la criada lo gasta y no le piden cuentas: la madre siempre está vestida de seda, entre casa, y *blanqueada* como usted sabe: las muchachas no cosen nunca y todas las costuras las pagan y...... ya usted vé, la comida se reparte en el vecindario, entre los parientes de la familia y...... luego, lo que dicen malas lenguas.

—¿Qué dicen?

—Dicen...... pero, aguarde un poco, vecina, que me huele á quemado y seguramente se me ha *pegado* el arroz. Si pasa algun muchacho, entreténgalo hasta que yo vuelva.

¿No conoces todavía á Doña Facunda, lector curioso? ¿No? Pues búscala en la calle donde vive, que allí seguramente la conocen, como tipo de mujer de su casa, honrada, laboriosa y enemiga de ocuparse de vidas ajenas.

El Picapleitos.

Mírenlo ustedes: alto como una lanza, frio como una mañana de invierno, y si no tiene la fuerza física de un ganapan, por lo menos tiene la fuerza de voluntad para prescindir de todo, con tal de aparecer como un desfacedor de agravios, cuando no es más que un enredador *de negocios*, para despojar á los incautos que se ponen en sus manos, y á los que sin ponerse en sus garras, no pueden escaparse de ellas.

—Pero ¿cómo se llama, dónde vive?

—Llamémosle H, y no procurémos saber donde vive, porque es cosa ménos que imposible descubrir la madriguera del boa.

—¿Pero dónde se encuentra?

—En todas las antesalas de los juzgados de paz y de primera instancia.

—¿Es abogado?

—No.

—¿Procurador?

—Ménos.

—¿Escribano?

—Tampoco.

—¿Oficial de causas?

—Tampoco.
—¿Agente?
—Tampoco.
—¿Pues entónces......?
—Pues entónces es abogado, es procurador, es escribano, es oficial de causas, es agente, y es todo lo que quiere. Más aún: gana más que todos éstos y no paga un centavo de contribucion.

—¿Quién es ese señor que registra en esa escribanía un protocolo antidiluviano?
—Es él.
—¿Pero quién es él?
—¡El picapleitos!
—¿Y qué busca?
—Busca cualquier cosa que sirva de pretesto para quitar á un propietario tranquilo la posesion de una finca.
—¿Y si el propietario tiene un título legítimo?
—Eso es lo que quiere destruir el picapleitos; por eso busca. Si el poseedor tiene su escritura en regla, busca la escritura del que le vendió la finca.
—¿Y si no tiene *pero?*
—Busca la otra......
—¿Y si está buena?
—Busca la otra, y la otra, y la otra; algo ha de tener alguna y este *algo* es lo que le interesa.

En seguida se *apersona* con un descendiente del propietario antidiluviano que vendió la finca, á pesar del *algo*, y que no tiene ni sarna que rascar, ni siquiera ideas de poder reclamar un *ingenio* como suyo, ni mucho ménos.

—Amigo, le dice con descaro—vengo á sacarlo á usted de la miseria que injustamente sufre; tengo todos los datos necesarios para que recupere usted sus bienes......
—¡Mis bienes!—contesta el otro sorprendido y mirando sus zapatos rotos.

—Sí, señor, sus bienes.—¿Usted no se llama Juan de las Viñas?

—Para servir á usted.

—¿Hijo del viejo Viñas, que fué hijo del otro viejo Viñas, que tambien fué nieto del viejo Anton Viñas, que en el año de mil seiscientos poseía unos terrenos mercedados á un don Sebastian Viñas y Viñas......?

—No recuerdo......

—Pues yo he tenido noticias de todo, y justificando, como puedo justificar, que este don Sebastian estaba loco cuando hizo su testamento, podemos hoy reclamar la hacienda con sus frutos, para usted, que hoy es el único heredero.

—Pero si esa finca es hoy propiedad de un señor muy honrado, que la adquirió comprándola, porque es *muy rico*......

—Esa es la mejor garantía de *nuestro* negocio. Usted no tiene nada que perder y él puede perderlo todo. Yo le pongo pleito á nombre de usted y usted me hace un pagaré de tres mil pesos, con el plazo de un año, que es todo lo más que puede durar el litigio.

—Pero si yo no tengo un centavo para sostener ese pleito.

—Eso es una ventaja, porque promovemos informacion de insolvencia, que es un arma poderosa, y ¿quién sabe si á los primeros escritos, comprendiendo nuestro contrario su ruina, se presta á una transaccion que nos ahorre tiempo?

—¡Transaccion!

—Eso será segun se presente el pleito, que puede suceder que se enrede de tal modo que nuestro contrario no tenga amparo. Yo supliré los primeros gastos.

—¿Usted es abogado?

—No señor: pero estoy muy bien relacionado con muchos que firman mis escritos, y estoy en muy buen concepto en todos los juzgados, y en todas las escribanías, de manera que puedo decir que tengo en mis ma-

nos la vara de la justicia, porque yo no me hago cargo sino de negocios claros.

Y la verdad es, que en lugar de las buenas relaciones y el buen concepto que se atribuye, ni encuentra abogados *decentes* que firmen sus libelos, ni lo aceptan en las antesalas de los juzgados de paz y de primera instancia, sino como simple apoderado del pobre que se presta á sus manejos, lo cual lo tiene sin cuidado, pues detrás de todo vé el resultado de sus maquinaciones en los billetes de banco, de los cuales perciben sus poderdantes la parte que quiere darles el picapleitos.

Pero así y todo, el resultado es que el descendiente de los Viñas, seducido por tantas promesas, consiente en otorgarle poder general, y el documento privado, y armado con varios proyectiles dispara el picapleitos su primer cañonazo que consiste en el *acto de conciliacion.*

—Amigo mio,—le dice á su víctima ó á su representante—yo no sirvo para estas cosas, y si me hago cargo de algunos negocios, es para evitar mayores daños. Yo sé que usted es un hombre de bien; un hombre que con su trabajo honrado ha adquirido el capital que posee; sé tambien que su buena fé le hizo comprar sin ver los antecedentes, la finca en cuestion, pero ¿qué quiere usted? Así y todo, hay ese defecto en sus escrituras, y mi poderdante comprende que usted inocentemente lo ha despojado. Yo no quiero hacerle á usted daño, y como tengo las *facultades necesarias* podemos entrar en arreglo.

—Pero ¿qué arreglo quiere usted? Yo no debo nada á nadie y mis derechos están muy claros. Prescindiendo de la legalidad de mis documentos, tengo buena fé, justo título, posesion continuada.. ...

—Ríase usted de eso, señor, y piense que, enredado el pleito, los expedientes crecen y las costas solamente bastan para arruinarlo...... mi parte es insolvente...... y...... yo sé lo que digo; soy honrado y me duele la desgracia del prójimo. Consúltese usted y alégrese de haber tropezado conmigo, que otro no pensaria sino en

sacarle á usted las entrañas. Suspenderémos el juicio de conciliacion, y mejor informado usted, harémos un arreglo.

El *pobre* propietario tiene la fortuna de consultarse con un abogado *decente*, que comprende que el pleito de su cliente no es caso de honra sino de dinero: que sacrificando algunos miles, puede salvar, tal vez, su fortuna, y le aconseja que peso más ó peso ménos, *contente* á su contrario: que en el mismo acto de conciliacion, si es posible, transija el negocio y que no se meta en *belenes*.

Poco tiempo despues, el pobre Juan de las Viñas, no solo tiene zapatos nuevos, sino que ha variado en un todo su modo de vivir: con *lo poco* que pudo recoger de su hacienda ha comprado su casita, amueblada con alguna decencia, y no le faltan cuatro pesos para el diario.

Su defensor ha manejado sus honorarios, y los goza tranquilamente, pensando en que ha practicado una obra de misericordia, sin arruinar á nadie y que un negocio trae otro.

Efectivamente: El pleito de Juan de las Viñas ha sido para el picapleitos un verdadero reclamo, y le llueven los *marchantes*. No tiene tiempo ni aún para rascarse la cabeza, y consagrado exclusivamente á la causa de la justicia, se multiplica como un pólipo, se trasforma como un Proteo, y puede decirse que su figura está incrustada en todas las escribanías y juzgados de todas instancias.

Dije al principio que mi tipo era alto y frio, y tengo que corregir estos detalles; es alto ó bajo, frio ó caliente. Pero la cualidad que más lo distingue, es su completa ignorancia. Tal vez no sabe leer, tal vez no sabe escribir, pero tiene una práctica en las negocios judiciales que pasma, y sobre todo, sabe interpretar de *todos modos* todos los artículos de la Ley de Enjuiciamiento.

La ley persigue á estos abogados sin títulos y hay

...utos como
...ciones, que
...re la super-
...aunque haya

La Danza Cubana.

Serán cosas de viejos algunas preocupaciones que *me preocupan*. pero el caso es que me preocupan y no puedo prescindir de ellas.

Se me ha metido en la caja del cerebro, la idea de que ninguna señora ni señorita, debe bailar la danza cubana, y por más que busque circunstancias atenuantes en favor de esa diversion, no las encuentro. Y cuenta, que hablo de la danza cubana, *decente*, porque la otra......

¿Qué haria, pregunto, una madre celosa de la virtud de su hija soltera, si un jóven *decente* y *amigo*, en un rapto de entusiasmo, le pidiera permiso para abrazar á la niña, y estrecharle las manos y rozar con sus barbas las pudorosas mejillas de la vírgen inocente?

Yo sé lo que haria.

Si no hallaba cerca de sí otra cosa más fuerte, procuraria, por lo ménos, una escoba, para espantar á *mochazos* al jóven pretendiente.

Y siguiendo el camino de las suposiciones y preguntas: ¿qué haria un marido, sin ser un Otelo, si un amigo suyo, delante de él, se aproximara tanto á su esposa que la falda del vestido de ésta cubriera sus

pantalones, y la esposa cogiera las manos del amigo, y el amigo la cintura de la esposa y se hablaran al oido; sin malicia se entiende, y sólo por ser corta la distancia?

¿Qué haria el marido?

Me parece que no se contentaria con la escoba.

Pues, señor: será otra preocupacion mia; serán vejeces, pero yo creo que ni la madre tiene derecho á la escoba, ni el marido á otra cosa más fuerte; porque en ninguno de los dos casos se trataba de cosa mala.

Solo era cuestion de amistad, de intimidad, de lícito cariño.

—Pero se estrechaban las manos.

—Pero estaban *muy cerca.*

—¡Pero se abrazaban!

—¡Hola! ¡Se estrechaban las manos, estaban cerca, se abrazaban! Pero...... dígame usted, mi señora: cuando la niña baila la danza cubana ¿no le estrechan las manos, no están *más cerca* de ella y no la abrazan los jóvenes con quienes baila?

—¿Y qué dice usted, señor marido, cuando un amigo le pide, por favor, que le permita bailar á su esposa? ¿No se la baila? ¿No le estrecha las manos? ¿No está cerca? ¿No la abraza?

—Eso es diferente, porque hay música...... movimiento...... además, es costumbre ..... todos hacen lo mismo en un baile..... todo el mundo vé lo que se hace.

—Pues vean ustedes. Serán preocupaciones, serán vejeces: pero si yo tuviera hijas, si yo tuviera esposa, no me las bailaba nadie: prefiriria que, *delante de mí,* se entiende, sin música, ni otras cosas, se hablaran y se tocarán; que al fin yo estaria presente para evitar cosas mayores, entre ellas la pública maledicencia. Pero ¿en el baile? ¡Vamos, hombre!

La música de la danza cubana es deliciosa, y cada dia se hace más irresistible. Figúrense ustedes un salon perfectamente alumbrado, adornado con flores, decorado con deslumbrantes hermosuras, y luego una música picante....., Jóvenes de ámbos sexos, abraza-

dos los unos con los otros, se mueven al compás de esa música...... Figúrense ustedes que, cuando más animado está el baile, cesa de repente la orquesta: ó que se tapan ustedes los oidos, para no oirla...... ¿Qué ven ustedes?

—Las madres ven á sus hijas en los brazos de un jóven que se mueve delante de ellas, y los maridos que tal consienten, ven á sus esposas del mismo modo.

—¡Madres! ¿En dónde están las escobas?

—¡Maridos! ¿En dónde están los bastones?

Yo he visto jóvenes honestas, puras como una gota de rocío, incapaces de sufrir, no digo el contacto del aliento de un hombre, pero ni el del céfiro, por ser masculino, aceptar, porque así lo autoriza la costumbre, el brazo de un galan barbudo, y con la mayor inocencia, permitir en un salon de baile, que este galan con su brazo derecho estreche su cintura de ninfa, y con la mano izquierda su delicada mano derecha; y he visto reclinada la cabeza de la vírgen en el hombro del jóven venturoso, que desliza en su oido palabras que le arranca el vértigo del placer que le producen las armonías de la música, el perfume de las flores y el tíbio aliento de su linda compañera.

Francamente: por más que caigan sobre mi cabeza todos los rayos que me dirijan las miradas indignadas de tantas jóvenes hechiceras, fanáticas por la danza, mi pluma siempre será un enemigo, aunque impotente, de su diversion favorita: no me cansaré de repetir á las madres de familia, que la danza cubana, tal cual es en el dia, es un talisman, casi irresistible, que puede conducir á sus hijas á un porvenir desgraciado.

Nada gana una jóven honesta, en servir de instrumento para la diversion de los galanes que las invitan al baile, y que, como yo mismo he visto, las ceden unos á otros para que disfruten de los placeres que inconscientemente les han proporcionado.

Al dia siguiente de una noche de insomnio, consagrada esclusivamente á tal objeto, los nombres de las

bailadoras corren de boca en boca, de los mismos que deslizaban en sus oidos palabras amorosas.

Algunos, impresionados por la hermosura y talento de sus compañeras, hacen su apología celebrando sus perfecciones; pero otros despues de haberse servido de ellas como juguete indispensable para no dormirse de fastidio, si las mientan, es para criticar su modo de bailar, ó la fetidez de su aliento, ó la candidez con que escucharon sus protestas de amor.

Apelo á ustedes mismas, madres amables, madres celosas de la felicidad de vuestras hijas: decídme francamente ¿de qué no hubieran sido capaces ustedes *en su juventud*, si jóvenes elegantes, hermosos y con talento, *aunque tacos*, os hubieran tenido abrazadas por vuestras cinturas, y entre los compases de una música seductora é incitante, y los perfumes de las flores y el calor del ejercicio de la *danza cubana* les hubieran deslizado algunas de esas palabritas dulces, que tanta impresion hacen en las corazones *impresionables?*—Estoy seguro que si tal ha sucedido, todavía hoy sienten ustedes estremecimientos nerviosos, y eso que ántes no se conocian danzas tan expresivas como las de hoy. Antes no se conocia la titulada: *Ahí mismito*, ni la de *Los niños del Potomac* que tienen una letra especial para cantarlas á coro...... pero...... ¡qué letra!

¡Y se burlan los jóvenes de ámbos sexos, en los bailes, de la niña que no baila, porque no lo hace bien y no halla compañero! ¡Y le dicen que *come pavo!*

¡Bienaventurada, aquella que si nace con la desgracia de ser aficionada á la *danza cubana*, tiene la fortuna de que no la *saquen á bailar Los niños del Potomac* ó cosa parecida!

Porque ménos *indigesto* es *el pavo* que la *danza cubana.*

LA MUJER FUERTE.

He leido y no me acuerdo donde, ó lo he oido decir; sin acordarme tampoco á qué personas, que la mujer fuerte de la Escritura es tan rara como el mirlo blanco; y como yo conozco infinidad de mujeres tan fuertes como el palo de la Machina y con una fuerza de voluntad tan indomable como la de el Emperador Napoleon I, se me ha puesto en la cabeza creer que «ó miente la tradicion,» como dijo el otro, ó que los mirlos, aprovechándose de los adelantos de la época, se han fastidiado de usar el luctuoso traje que á la naturaleza plugo concederles, y han determinado vestirse, en su mayor parte, con los nevados colores del manto de la pudorosa Vesta, en cuyo caso pudiéramos decir que la mujer *floja* es tan rara como pudiera serlo el mirlo negro.

Y vá la prueba.

Figúrate, lector, que llegas á una casa cualquiera y preguntas por Fulano, y que se planta delante de tí una *señora* con un pañuelo prendido á la cintura por una de sus puntas, en la cual están envueltos algunos grasientos billetes y atado al llavero; con los espejuelos sobre la punta de la nariz y, sin embargo, te examina unas veces al través de sus redondos vidrios y otras por

sobre de ellos...... De seguro que tienes que sostener el siguiente diálogo, si *Fulano* está ausente:

—¿Don Fulano de Tal?

—No está en casa, *pero* si usted quiere dejarle dicho *algo*......

—No, señora, tenia que hablar *personalmente* con él.

—Es igual, yo soy su esposa......

—Sin embargo......

—Y él no hace nada que yó no sepa.

—Será así, pero......

—Y todo lo que le dicen lo oigo yo; de manera que no estando en su casa es lo mismo que si estuviera.

—¿Y á qué hora volverá?

—¿Pero qué tiene usted que ver con él? ¿No estoy yo aquí? El no hace nada ni dice nada sin consultarlo conmigo.

¿Te vas convenciendo de lo que te digo, lector ocioso? ¿Qué hay del mirlo blanco?—Pues el diálogo anterior lo he sostenido yo millares de ocasiones; y para que no creas que es mi única prueba, no te duermas, y escúchame.

Cualquiera se figura que Doña Angelita, es un *angelito hembra* si pára la atencion en su nombre, en la música de su voz, en sus delicados modales y en sus finas atenciones y, sin embargo, Doña Angelita no es un ángel: Doña Angelita es mujer, y *mujer fuerte*, que es lo mismo que decir mujer y media ó cerca de dos mujeres.

Su marido, Juan Lanas, no tiene que hacer otra cosa que ganar dinero: todo lo demás está á cargo de su esposa: ella lo mantiene, lo viste y lo calza. Lo mantiene, porque Juan no come otra cosa que lo que quiere su esposa: lo viste, porque Angelita no consiente que ningun sastre le haga la ropa, y lo calza porque ella interviene tambien con las últimas extremidades de su esposo.—Así es que si Juan quiere comer frutas, Angelita le dá tisana, solo por espíritu de contradiccion, aunque Juan esté mas sano que Adan cuando salió de las

manos del Eterno Padre; y si Juan quiere estrenar una levita, tiene que ponérsela fabricada por las manos de su esposa que es su sastre; y sastre tan inteligente, que trasforma todas las piezas de ropa atrasadas de su esposo en otras á la *derniere*, consiguiendo por su laboriosidad y economía que Juan salga á la calle con todas las apariencias de un gallo «criado en pilon,» y á veces con los pantalones tan cortos, que cualquiera lo equivocaría con uno de los *Kangaróos* que exhibian los Sres. Spalding y Rodgers en otros tiempos.

Y en balde es que Juan haga alegaciones sobre los caprichos de la moda: que todo lo más, que puede conseguir de su sastre casero es, que si su levita está larga, se la recorte algo sin quitársela del cuerpo, ó que le ponga un añadido á los pantalones, en caso de que los muchachos lo comparen en la calle con un «grillo de maloja.»—¡No faltaba más, sinó que Juan fuera á darle al ladron del sastre el dinero que gana con el sudor de su frente!

Y así es que como Doña Angelita le economiza tanto, tiene por derecho inconcuso, la propiedad de Juan con todos sus accesorios.—Juan no sale á la calle sin que Angelita le observe el poco dinero que lleva, para que luego le dé cuenta y razon de lo que ha gastado y en qué cosas.—Y la misma Angelita lo viste á su salida, así como lo desnuda á su vuelta, y lo regaña si ensucia la ropa más de lo necesario; y despues de esta operacion lo obliga á ponerse el trage de casa para que se haga cargo de los niños.—¡Y cuidado como Juan se propasa á regañarlos en alta voz! ¡Cuidado!—Ese trabajo es de Doña Angelita que para eso los ha parido!—Juan es una propiedad suya, y ella solo tiene derecho á todo lo que hay en la casa...... ¡Es mucha mujer Angelita!

Tocan á la puerta y se presenta en la sala un hombre decente, preguntando por el Señor Don Juan Lanas.

—Servidor de usted, contesta el paciente Juan.

—¿Usted es el que vende la casita......

—¡Cómo! ¿Qué casita? Interrumpe Angelita sorprendida.—¡Y es posible Juan que te atrevas á proponer en venta mi casita sin consultarlo conmigo!—Caballero,—añade, dirigiéndose al recien llegado—esa casa es mia, muy mia, que la hube por herencia de mis padres y la traje al matrimonio, segun consta del testamento...... que otorgó el Escribano...... Don... Don...... y fueron testigos.

—¡Hija!—dice Juan Lanas.

—Caballero—contesta Angelita:—la casa no se vende.

—Si no es la tuya, mi vida, es otra.

—¿Y cómo no me habias dicho nada? ¿De quién es la casa? ¿En qué cantidad se vende? ¿En qué punto está situada? ¿Qué imposiciones tiene? ¿Y la papeleta de hipotecas? ¿Y la carta de pago? ¿Dónde están los títulos de dominio? ¿Dónde vá á hacerse la escritura? ¿Tù me has dicho algo? ¿Cuánto te pagan de corretaje? ¿Crees tú que vas á hacer el negocio sin que yo lo sepa?

—Por Dios, Angelita, ya lo sabrás todo.

—Y usted caballero, ¿cómo se atreve á tratar con mi esposo sabiendo que es un hombre casado, y además un mentecato, que cualquiera lo engaña? Pues ya sabe usted que si no trata usted directamente conmigo, el negocio no se hace. ¡No faltaba más! ¡Pues estaria bonito que yo me rompiera el alma trabajando por sostener esta casa y Juan se fuera á ganar el dinero en la calle, con los que vienen á su casa á sonsacarlo para hacer negocios sin que yo sepa cuánto le producen.—Así es que muchos maridos, como que sus mujeres no saben lo que ganan, tienen de sobra para sus queridas: pero ¿conmigo? ¡Vamos, hombre!

—Don Juan,—le dice el negociante al marido de Angelita.—En la Dominica......

—Será mañana......

—Ni hoy, ni mañana, ni nunca! Aquí, aquí, en mi casa ha de hacerse el negocio ó no se hace.

—Señor Don Juan—dice el recien llegado ofendido

por *la fortaleza* de Doña Angelita.—Los hombres que como usted tienen la fortuna de tener á su lado personas tan inteligentes, deben tomar «las sayas» y la costura, y vistiendo á sus esposas con los pantalones, enviarlas á la Dominica ó á la calle de Mercaderes donde es seguro que no les faltará donde ganar la vida.

—¡Usted me insulta caballero!—grita Angelita.—Y la culpa no es de usted sino de este mentecato, que no le rompe las costillas. ¡Si yo fuera hombre!

—Poco le falta á usted señora.—Señor Don Juan—añade, dirigiéndose á Lanas—busque usted otro que compre la casa que á mí no me conviene en mis tratos tener que intervenir con las señoras.—Y calándose el sombrero se plantó en la calle, admirado de la *fortaleza* de Doña Angelita.

El ignoraba que esta señora es capaz, por capricho, en un dia de buen humor, de poner á su esposo en cuatro piés, adornarle la cabeza con...... freno y cabezon, colocarle una albarda sobre las costillas con su correspondiente cincha, y dispensarle los honores de la grupera por no tener Juanillo al fin de la columna vertebral ningun extremo sobresaliente donde asegurarla con la solidez necesaria.—¿Y quién sabe si, despues de todo, no se le ocurre colocarse sobre la albarda con un látigo, para obligarlo á dar saltos y hacer ejercicios de *alta escuela* por las calles de la Habana, para probar á los ilusos que la *mujer fuerte* de la Escritura está *mejorada* en tercio y quinto en la época feliz que atravesamos.

—Pues mira, lector, Angelita, con todas las *habilides* que posee, no pasa de ser un *angelito* al lado de muchas que yo conozco que pueden darle *mingo y bola*, como dicen los jugadores de billar, y dejarla mirando para el camino.

¡Dios te guarde, lector pacientísimo, de encontrar mirlos blancos ó negros en las ramas de los árboles que adornan las orillas del sendero de tu vida!

UN QUIDAM.

Este sí que es un tipo que todo el mundo conoce, porque es muy notable y está en todas partes, como la Providencia.

Es jóven, bien portado y *muy decente.*

No se sabe á punto fijo dónde ni de qué vive, pero es lo cierto que en algun punto debe tener su nido, y que nunca le falta qué comer.

Yo lo veo en los mejores *restaurants,* pedir de los mejores platos y comerlos ó nó, pero siempre pagando muy bien, *al contado,* y siempre regalando al mozo que le sirve, una propina *decente:* yo lo he visto sacar de lujosa tabaquera un lujoso puro que solo puede fumarlo el rico, y una hora despues y con distinto traje, le he visto ocupar una luneta en el teatro para oir cantar un trozo de zarzuela y salir fastidiado á distraerse, paseando por los jardines del Parque.

Y despues lo he visto en un coche *de pareja* con una mujer, al parecer *su señora,* recorriendo la Habana y sus alrededores para matar las primeras horas de la noche, y luego entrar en un gabinete reservado de un *restaurant* nocturno, y gastar veinte pesos con su com-

[illegible]

[illegible] á la vista de

[illegible] de donde [illegible] que no se [illegible]

[illegible] su infancia ha-[illegible] y billares [illegible] que lo han coloca-[illegible]

[illegible], ni le hace falta [illegible] jugar seis onzas á una *con-trapudia*, y ver con indiferencia la carta contraria.

Así como hubo quien tuviera siempre un real en el bolsillo, él tiene *siempre* dinero para todas las necesidades de la vida.

Ni siquiera sabe torcer un cigarro, gracias que sepa destorcerlos para fumarlos.

Almuerza á las doce y no puede ser más temprano.

pues tiene que dormir hasta las once: la naturaleza vence á la costumbre y hay que obedecerla.

Tiene que entregar al dia lo que arrebata á la noche, y á semejanza de los serenos, tiene que dormir á las horas que otros emplean en las tareas de la vida.

Despues del almuerzo tiene que cumplir con sus amistades y empieza á visitar á sus *amigas;* amigas escogidas, que tambien han pasado la noche en un paseo ó en un baile, y que despues de dormir por la mañana, no gustan de ponerse á trabajar en una batea, ni siquiera de mover el pedal de una máquina de coser. ¡Bastante hacen cantando como calandrias, pintándose con todos los colores del arco íris, y entregando sus *virginales cabezas* al peluquero, que en ellas tiene una renta segura!

¿Con quién mejor que con ellas puede pasar nuestro quídam las horas que otros pasan trabajando?

Una de sus amigas le regala un dulce, otra una copita de Jerez, otra una *polka* y cuando ménos lo piensa, un órgano callejero se introduce en la casa y por un par de pesos que el caballero paga *por echarla de taco*, pasa una hora de orgía que le despierta el apetito, y le pone de buen humor para ir á la fonda, y despues de un rato de tertulia con varios amigos, hacer una comida deliciosa.

Verdad es que, algunas veces, no se presenta con la cara tan limpia como quisiera, pues de tiempo en tiempo, suelen verse en ella, algunos arañazos ó cardenales que indican que no todo es gloria en este mundo; pero como algo ha de sufrir para *vivir* feliz en su oficio, sufre estos pequeños percances, que si quiere, sirven de motivo á alegres chanzas y burlas *de buen tono.*

Y no es uno solo, son muchos los individuos que viven en esta culta capital de Cuba, sin capital, sin renta fija y sin dedicarse á un oficio lucrativo; son muchos, por desgracia, aunque no todos tienen *la fortuna* de una buena proteccion. Para esto último, es preciso que la naturaleza dote al hombre, con buena figura y buenas disposiciones, esto es, que sea como el buen tabaco:

Doña Serafina.

Vivia en un cuarto interior, frente á mi casa, con *las rentas* que le producia su capital de quinientos pesos, colocados con toda *seguridad* al seis por ciento—ó como ántes se decia, á peso por onza,—con los cuales pagaba los diez pesos que le cobraba mensualmente el ama de casa. El resto lo habia distribuido de tal modo con la *casera*, que le llevaba el almuerzo y la comida, y con la lavandera y el vendedor de estampas y novenas, que al fin del mes se hubiera hallado muy alcanzada, por otros gastillos menores, si la pension que le pagaban las madres de dos negritos que educaba y algunas costuritas *de fuera*, con que se entretenia, no hubieran completado su modesto presupuesto.

Doña Serafina no se habia casado nunca y llevaba encima, con la resignacion más cristiana, los cincuenta años que contaba de soltera.—Jamás asistió á bailes ni á teatros, ni se trataba con nadie y, sin embargo, conocia á todo el mundo. Daba gusto verla en su reducida vivienda, sentada en un *taburetico* de cuero, cosiendo delante de una silla, en la cual colocaba la *canastilla* de la costura y los palitos de tabaco que acostumbraba mascar, enseñando á hablar á *su* cotorra y, al propio

tiempo, la cartilla de La Torre á los dos pequeños negritos.

Vamos, Teodorito—le decia á uno de sus discípulos.—Lee con cuidado: repite conmigo:—«*Mamá y papá. Yo muchachito. Niño bonito. Dáme café y leche.*»—Así, así me gusta: la gente debe saber leer y escribir, y no ser ignorante.—¡Cotica!—añadia, dirigiéndose á la cotorra.—Daca el piojo, ¡qué rico! ¡qué rico piojo!

Y luego, llamando al otro negrito.—Ven acá Cirilito, vámos á ver si estás más adelantado que ayer; lee despacito.—«*Dame mi cachuchita, mi chaquetica, mi zapatico.*»—Bueno, así está bien.—¿Cotica? ¡Daca la pata! perra borracha. ¿Quién pasa?—Siéntate, Teodorito, y tú tambien, Cirilito.—¡El Santísimo Sacramento que vá...... á su casa! ¡qué vá á su casa...... á su casa!.... ¿Cotica? ¿Tú eres casada? ¿Tú eres casada, Cotica?

La última *clase* que daba Doña Serafina, era la de Moral, con ejemplos *históricos*.—¡Oigan bien!—les decia á los negritos:—cuando ustedes sean grandes, cásense *por delante de la iglesia*—y luego bajando la voz—para qne no digan por ahí lo que dicen de los amos de esta casa....... porque lo mejor que uno tiene es su reputacion.—No hagan ustedes lo que el vecino de aquí en frente, que come más que siete y no paga á los *caseros:* y si despues que ustedes se casan procrean, tengan mucho cuidado con las hembras, porque luego les sucede lo que á la niña de esta casa, que echó el año pasado su hijito á la Cuna. Yo no lo sé de cierto, pero me lo he figurado.—No compren ropa, sino cuando tengan dinero, porque es muy feo lo que está haciendo el amo de esta casa: á todos sus hijos, *me* parece, que los viste al fiado. ¡No vayan á decirlo á nadie! A tí principalmente, Teodorito, te recomiendo mucho que cuides de tu mujer, para que no te suceda lo que al paisano de la otra puerta; que no sabe quién compra la carne que se come en su casa.—¿Cotica? ¡Buen viaje! ¡Arrodíllate, pecador, que pasa nuestro Señor! ¿Quién és?—El fraile que quiere entrar......

Al amanecer estaba Doña Serafina en la puerta de la calle, comprando leche: allí estudiaba prácticamente las costumbres de sus vecinos, veia el que entraba en todas las casas, y el que salia de ellas y preguntaba á los criados lo que iban á comprar y con qué condiciones: lamentaba la enfermedad de aquel, se consolaba con la salud del otro, inquiria la causa al niño que hacia *pucheros*, y á los criados si estaban disgustados con sus amos: allí permanecia firme hasta que sabia por qué no se bautizaba el asiático Aben y si le faltaba mucho para cumplir su contrata. Allí estaba firme Doña Serafina, aunque el sol la derritiera, hasta que llegara la negra vendedora que le llevaba su almuerzo y á la cual iba dando convoy hasta la puerta del cuarto: y como le pagaba al contado, no se descuidaba nunca en pedir la contra para su gato franciscano. Así estudiaba Doña Serafina, la moral que enseñaba á sus discípulos.—Perdóname, lector, la falta de no haberte dicho al principio que Doña Sérafina tenia tambien un gato franciscano, y si á la hora del almuerzo ves en la puerta de una casa una señora cincuentona recibiendo dos negritos de seis á siete años, con mameluquitos de listado, sombreritos de *yarey* y cartilla de La Torre, saluda á Doña Serafina y dale memorias de mi parte.

UN HOMBRE NERVIOSO.

—¿El Sr. D. Fabian?

Al portero de una magnífica casa se dirige esta pregunta. El portero está fabricando cigarros de papel y no tiene por conveniente levantar la cabeza.

—¿El Sr. D. Fabian está en casa?

El mismo silencio durante el tiempo que se necesita para formar seis cigarros.

—¿Quiere usted hacer el favor de decir si el Sr. D. Fabian está en casa?

El portero *compone* un cigarro y sacando un fósforo enciende, untándose despues los dedos en yeso para continuar su trabajo.

—Le suplico á usted haga *el favor* de contestar.

—¿Qué se ofrece?

—¿El amo......?

—Espere usted.

Y despues de hacer seis ú ocho cigarros más, se levanta el portero, sacudiendo la picadura que puede haberle caido en el pantalon, tirando, despues, del cordon de la campanilla.

El hombre de la pregunta sube cincuenta escalones de blanquísimo mármol y llega á la antesala, adornada

con hermosos paisajes al óleo y un aparador que sostiene parte de una expléndida vajilla.

Se detiene en el último escalon y espera *respetuosamente* que D. Fabian aparezca.—Es la una.—Su mirada contempla desde léjos los magníficos cuadros.

La una y media.

El hombre de las preguntas levanta el pié izquierdo.

La una y tres cuartos.

Contempla, bostezando, los esmaltes de la vajilla.

Las dos.

Ya es tiempo de que descanse el pié derecho, y lo levanta, apoyándose en el izquierdo.

Las dos y cuarto.

Un enorme perro se encarga de cumplimentar al forastero moviendo la cola y oliéndole las manos.

Las dos y media.

El perro baja las escaleras.

Las dos y tres cuartos.

El perro sube.

Las tres.

¡¡¡Aparicion de D. Fabian!!!

Este no saluda. El hombre de las preguntas lo hace, dirigiendo la vista al pantalon, á la levita y al chaleco que trae puesto D. Fabian: las reconoce como obra de sus manos.

D. Fabian no habla, espera:

—Ya que he tenido la fortuna de ver á usted, dice el otro, le suplico tenga la bondad de pagar esta pequeña cuenta.

—¡Usted es un insolente! Yo he salido creyendo que era usted uno de mis arrendatarios......

—Señor, usted tuvo *la bondad* de equivocarse...... yo soy......

—¡Estoy en mi casa!

—¡Señor!

—¿Qué se entiende por pagar? ¿Usted sabe lo que dice?

—Yo no he faltado......



—Sí; ha faltado usted nada ménos que á D. Fabian Trampolin de la Cuava!

—Es que hace dos meses, Sr. Cuava......

—¡Silencio!

—Que vengo todos los dias......

—¡Silencio, digo!

—Y no he conseguido ver á usted......

—¿Y quién es el atrevido que viene á cobrarme que consigue ese resultado?

—Por eso......

—¡Usted me insulta!

—Pero la cuenta......

—¡No me falte usted más!

—Estamos realizando y......

—¡Nada me interesan sus negocios!

—Señor, una miseria...... sesenta pesos......

—Tome usted la puerta de la calle: yo no me ocupo de esas miserias.

Y le volvió las espaldas al hombre de las preguntas.

Este tomó el primer *pesetero* y llegó á su casa solicitando aguardiente alcanforado para frotarse las piernas ántes que le atacase la parálisis.

D. Fabian se asomó á uno de los balcones del pátio.

—¡Cuidado, le gritó al portero, cuidado como le vuelve usted á permitir la entrada á ese insolente!

—¿Y qué le digo cnando vuelva?

—Que no estoy en casa.

—¿Y si lo vé entrar á usted de la calle?

—Dígale usted, que digo yo, que estoy en el ingenio. ¡Ah! suba usted para darle conque me compre un palco en el teatro de Tacon y otro en el de Albisu, y pase usted por la zapatería donde me calzo, para que me remitan los dos pares de botines que espero; y diga usted *que me pasen la cuenta.*

—¡Si, señor!

—¡Oiga usted! Tenga presente, cuando vengan de la zapatería, de decir que estoy durmiendo.

—¿A cualquiera hora?

—A cualquiera hora.

—¿Y si lo ven á usted subir las escaleras?

—Diga usted *que yo digo* que estoy durmiendo: esto basta.

En seguida D. Fabian llama á su perro, lo acaricia con una cuantas palmadas y entra en su magnífica sala, procurando resolver el difícil problema de presenciar en una sola noche dos funciones enteras, para aplaudir las cuales ha dado al portero sus doblones.

—¡Ah! murmura paseándose á largos pasos, los insultos de *ese hombre* han escitado de tal modo mi sistema nervioso que necesito para aliviarme, experimentar sensaciones fuertes.

Y echándose en un sofá se quedó dormido, con un sueño tan profundo, que cualquiera diria al verlo que no existen sastres ni zapateros en el mundo.

FELICIDAD CONYUGAL.

No hay recomendacion mayor para el hombre, que poseer la gratitud suficiente para reconocer los servicios que le prestan sus semejantes. ¿Y quién puede ser más prójimo, uno respecto al otro, que la mujer y su marido?—Evidentemente nadie, si esceptuamos aquellos parientes más cercanos.

Y sin embargo de esto, vemos con mucha frecuencia, jóvenes robustos calvos como San Pedro, sin padecer enfermedad alguna que amerite su calvicie y con las mejillas tan rayadas como las de los negros *carabalíes,* solo porque sus amantes esposas, en los ratos desocupados, que son muy frecuentes, se entretienen, para desahogar la bílis, en arrancarles los pelos de sus cabezas y arañarles las caras con sus uñas, sin contar que, algunas veces, por añadidura y por el placer de variar sus fisonomías, los despojan de sus bigotes y patillas: martirio que los cándidos maridos sufren con paciencia, por considerarlo como un premio debido á los constantes dolores, trabajos y perpétuos sobresaltos que sufrieron para conseguir *el dulce sí* de las que en el dia son sus felices consortes.

Efectivamente: ¿qué trabajos mayores puede sufrir

un hombre, que sean comparables con los que se impone para conseguir la *correspondencia* del dulce objeto que le inspiró *desde el primer momento* en que la *contempló*, la pasion más abrasadora?

Pasar todos los dias ataviado con sus mejores galas por delante de las rejas que encierran el objeto adorado, por solo el placer de mirarlo, escribir billetes ó pagar porque se los escriban, pagar tambien gratificaciones á los portadores, sufrir aguaceros, las burlas de las jóvenes vecinas y tantos y tantos inconvenientes como se presentan al pretendiente para conseguir, despues de algunos meses *de prueba*, que la niña le otorgue, prévias las condiciones que *tenga á bien* imponerle, ese *terrible sí*, nuncio feliz del premio que ha de alcanzar despues de casado, por haber puesto á sus pies su libertad y todos los tesoros del amor *más puro y acendrado*, segun se lo prometió en el perfumado billete que contenia la más sincera de todas las declaraciones de amor.

Generalmente las mujeres pagan con usura el amor de sus esposos; son para ellos el consuelo en sus angustias; y ya madres de familia son un manantial fecundo de felicidades en el hogar doméstico; pero hay algunas que, por fortuna son pocas, ejercen la soberanía sobre sus esposos con tal despotismo, que convirtiéndolos en autómatas no son otra cosa sino máquinas movidas á su antojo para satisfacer sus más insignificantes caprichos.

Hombre hay que no puede salir por la noche de su casa á tomar un refresco, porque su *categoría* de casado se opone á que se ausente del domicilio conyugal, exponiéndose, si lo hace, á sufrir en castigo de su delito todo lo que la justa ira de su esposa disponga como expiacion merecida. Injurias, arañazos, pellizcos...... todo, todo cuanto una mujer ultrajada puede disponer para lavar semejante afrenta: porque el hombre que se casa debe comprender que no hay refrescos posibles, extramuros de su casa, cuando su esposa no puede participar de ellos: que el teatro, los paseos, el trato con

los amigos y todas las diversiones lícitas, son cosas prohibidas á los maridos; porque éstos, desde el momento en que sus esposas, coronadas con las blancas coronas de azahares y cubiertos sus pudorosos semblantes con los castos velos de las desposadas, les entregaron sus temblorosas manos, fué con la condicion tácita de que desde aquel momento quedáran sujetos á perpétuo cautiverio y sin esperanzas de manumision, á ménos que la muerte, interponiendo la autoridad judicial que ejerce contra nuestros individuos, les otorgue sus cartas de ahorro.

Así es que existen muchos afiliados en las banderas de Himeneo que tiemblan delante de sus esposas lo mismo que un criado delincuente en presencia de un amo intransigente ó inhumano, sin comprender que el exceso de cariño de sus *esposas* es la causa de la dulce presion que sufren.

—¿Qué motivos tendría sinó, una mujer para oponerse á que su esposo saliese á tomar un poco de fresco?

El *cariño*, nada más que el *cariño.*

Y si demorándose aquel una hora más de las acostumbradas para dedicarse al trabajo diario, su esposa le llenase de denuestos bien merecidos por *su abuso* ¿tendría el agresor derecho para lanzar una sola queja? —¡Oh, ninguno, ninguno!—El marido no tiene más que deberes que cumplir: los derechos son propiedad esclusiva de su esposa que los adquiere con el *cariño* que todos los dias derrama á torrentes en forma de dulces sacrificios...... impuestos á su esposo.

¿Quién le ha dicho á éste que tiene derecho á permanecer en *su destino* mas tiempo que el de costumbre? ¿Compromisos?—Los hombres casados no deben contraerlos.—¿Aumento de trabajo?—No debe aceptarlo; porque él tiene una compañera que es muy celosa, y sabe bien que le ha de hacer pasar ratos muy amargos con su demora inmotivada.—Si á pesar de todas estas cosas, el marido se demora y la mujer lo pellizca, no debe quejarse á nadie: debe sufrir con resignacion el castigo de

su falta y pensar que la *felicidad* está dentro de su propia casa y que todo lo tiene en el *cariño* de su esposa.

No hace muchos dias vimos á un amigo nuestro, feliz cuanto puede serlo en su estado, acompañando á su cara mitad en el paseo matutino de costumbre. Su *cándida* señora en *estado interesante* y ya entrada en meses mayores, caminaba á cortos y pausados pasos, y nuestro amigo le precedia cargado con un enorme melon de Castilla en un brazo y en el otro un gran pañuelo de algodon que servia de cesto para conducir aguacates, piñas, naranjas y otros objetos de poco peso. Su esposa se detenia con frecuencia á contemplar las muestras de los establecimientos y otras cosas, y su afortunado marido, con los brazos entumecidos, sudaba á mares, herido por los rayos del sol de la mañana que ya se mostraba algo *caliente.*

Preguntarán nuestros lectores: ¿por qué el marido no pagó un real á un muchacho cualquiera para conducir aquellas frutas?—Por una razon muy sencilla: porque aquella señora, *ama* entrañablemente á su esposo para *permitirle* que gaste inútilmente una moneda que puede servir para otra cosa más necesaria, y su marido *que ya no puede perder matrimonio*, tiene suficientes fuerzas para cargar aquel peso.—Ya ven nuestros lectores, que se hubieran equivocado haciendo apreciaciones sobre tal asunto. ¿Qué agente movió á aquella señoro á ahorrar el real que hubiera pagado por la conduccion de las frutas?

¡El cariño, nada más que el cariño!

¡Y qué ingrato se hubiera mostrado nuestro amigo si al llegar á su casa, despues de soltar la carga, no hubiese aplicado á su económica y amorosa consorte un beso en la frente, como premio á su esquisito tacto en el manejo de sus intereses!

Comprendemos todo lo grande que existe en esa *abnegacion*, de la cual hemos procurado hacer una pálida descripcion, y aun que se nos tache de ingratos, no nos conformrmos con semejante cariño. Queremos más: que-

remos que á los maridos se les ame y se les respete: deseamos que á los maridos se les permita conservar su dignidad de hombres: anhelamos que las mujeres que hemos tratado de bosquejar, modifiquen su *sistema de gobierno* y que tomen por modelo á aquella gran parte de señoras casadas, que sin imponer á sus amantes esposos sacrificios ridículos, son para ellos tan indispensables como un miembro de sus propios cuerpos, siendo al mismo tiempo amorosas compañeras y ángeles de sus hogares.



POBRES Y RICOS.

Arrancado: el que no tiene una peseta.

El arrancado huele á muerto. Estas palabras casi casi, forman un refran, y sinó refran, una frase cualquiera. Pero este refran ó esta frase, ó como quiera llamársele, será todo, ménos un axioma; porque el arrancado no huele á muerto...... ni á rosas: el arrancado no huele á nada. Ya quisiera oler á algo, aunque no fuera más que porque se ocuparan de él para olerlo siquiera; pero el desgraciado ni huele ni hiede: solo arroja de su cuerpo una especie de emanacion *sui géneris*, que *suele* servir á sus acreedores para descubrir su paradero.

Hay dos clases de arrancados: arrancados *ricos* y arrancados pobres.—Los primeros se conocen con más dificultad que los segundos, porque (y esto sí es un axioma) *las apariencias engañan:* pero á pesar de todo, la enfermedad, porque la arranquera lo es, y grave, presenta síntomas exteriores que no se escapan al clínico observador.—¿Quereis conocer á un arrancado rico?—ó mejor dicho,—¿quereis conocer á muchos ricos arrancados? Id á la Dominica por la mañana, ó al Louvre por la noche: allí encontrareis bastantes individuos que han *corrido* por hacer negocios con aquellos señores, y

corren que vuelan ahora por deshacerlos: allí os dirán sus nombres al oido.

Los arrancados ricos, á diferencia de los pobres, no sufren eclipses; al contrario, tienen particular cuidado en hacer públicas exhibiciones de sus personas y de sus cosas y de no decir una mentira con respecto á sus títulos de dominio.

Preguntadle á un rico arrancado:—¿De qué fabricante es su carruaje?—y os contestará:—*De* Polony.—¿Y ese elegante marquetti?—*De* Richard.—¿Y el sombrero?—*De* Molé.—¿Y los pantalones?—No me acuerdo. —¿Y los botines?—*De... De.... De....*—Bien; ¿Y el chaleco?—Cuando me pasen la cuenta lo sabré...

Debeis comprender que la preposicion *de* hace un importante papel en el diálogo anterior y que nunca como ahora indica para lo que sirve; esto es, para demostrar la posesion ó pertenencia de las cosas. En el presente caso ya sabreis quien es el de la posesion y quienes son los dueños de las pertenencias.

Los arrancados ricos són más temibles para los que tienen, que los arrancados pobres, porque aquellos cuentan con mayores y mejores elementos que éstos para sus *negociaciones* que llaman *entradas*, á diferencia de las de los segundos que se titulan «estafas».—Cuando un *acreedor* toca á la puerta del rico tronado, el hambriento portero contesta con orgullo:—El caballero se encuentra durmiendo; ó—El amo no está en casa; ó—El señor está ocupado;—y el acreedor sale contento, porque al fin ha sido despachado por un portero.—Y no demanda á su deudor, sino vuelve por la mañana, y al medio dia, y por la tarde, y por la noche—y no lo detiene al verlo en la calle; y *su pesadilla* lo contempla al través de sus gafas de oro ó similor; al contrario, se inclina y se contempla dichoso si le dirije la palabra en estos términos:—¡Mañana!—Y ni siquiera se le ocurre pensar que dentro del pecho del *rico*, han resonado estas palabras:—¡A bien que no es hoy!

A estos arrancados, la gente culta los distingue con

el calificativo de *apáticos*, abandonados, despreocupados etc.; pero la gente inculta los designa con otro nombre: los sastres, los sombrereros, los dueños de trenes de carruages, zapateros y todos aquellos que tienen motivos porque conocerlos y distinguirlos *por esperiencia* y porque han escarmentado en cabeza propia, les llaman CUABAS.

El arrancado pobre no gasta portero ni usa criados que le avisen la presencia de los *ingleses*, porque los *infelices* arrancados no *tienen el honor de tener* acreedores, gracias que tengan perros de presa.—¡Cuántos conozco yo que no son casados y tienen por fuerza que contestar á la solicitud de su intransijente *bulldog*, escondidos detrás de la puerta de su casa y con voz de falsete: «Mi marido no está en casa.»

El rostro de un arrancado pobre presenta todas las señales de un hombre asustado: la mirada fija: el andar rápido é inseguro: las palabras balbucientes. Tambien se conoce en el depósito, que generalmente es demasiado modesto, aunque este *síntoma* de la arranquera puede tener tambien sus alteraciones bien frecuentes, porque á veces el deudor insolvente suele pedir prestados buenos *fluses* de casimir y buenas leontinas, cuando acosado por el dueño de la casa que vive, tiene necesidad de celebrar nuevos contratos de inquilinato.

No es muy comun ver á este mártir de los caprichos de la fortuna *á la espléndida faz del claro dia*, porque tiene por necesidad, para burlar la vigilancia de los lebreles que lo persiguen, el salir de la casa para sus necesidades diarias á la hora del crepúsculo matutino, y envasarse en ella casi á media noche.—Si habla con algun *inglés*, tiene que hacerse el *sueco;* ni es preciso oir su conversacion para saber de lo que trata; se reduce poco más ó ménos á las frases siguientes:—«Acabo de entregar el último medio, *estoy arrancado*»—«mañana le veré á usted»—«tengo que coger dinero.»

Al arrancado regularmente se le estira el pescuezo, si su *estado de cosas* dura por lo ménos un año, y esto con-

siste en la costumbre que adquiere de alargarlo para ver, cuando está en la calle, las lontananzas, descubrir al enemigo y doblar por la esquina más próxima. ¡Desgraciado entónces el prójimo que encuentre en su camino! Ni se detiene por las imprecaciones que le lanza aquel á quien destroza un callo, ni oye las maldiciones de la pedestre á la cual arranca un pedazo de la cola del vestido. ¡Cuidado, lector! Cuando veas venir sobre tí á un individuo de andar rápido y que lleve en su persona alguna de las señales apuntadas, apártate lo que puedas y ábrele paso; y si es un conocido, no lo detengas: ese ha visto *algo* en el porvenir y trata de ponerse á cubierto; y si es tu amigo íntimo y al mirarte no se detiene, no te interpongas en su camino: si te conoce y no te saluda, no te quejes de su indiferencia, quéjate de su insolvencia. ¡Bien quisiera detenerse y poder estrechar tus manos largo tiempo!

El arrancado rico casi nunca recibe papeletas de citacion para *estar á derecho:* sus acreedores chicos no lo demandan: lo acosan en su casa: hacen como el *pitirre* con el *aura tiñosa*, le pica tanto la cabeza que tiene esta que elevarse hasta las nubes. Los propietarios de cuentas chicas, sientan á sus dependientes en los bancos del *zaguan* del arrancado rico, y este, ó revienta... ó paga. Si no recibe papeletas para demandas verbales, en cambio las recibe para juicios de conciliacion: no asiste personalmente al juzgado, pero asiste su apoderado *con las instrucciones necesarias*, y nunca hay conciliacion. Regularmente concluye el acta que se estiende con las palabras siguientes:—«Y como el uno cobraba y el otro no pagaba, á pesar de los deseos del actor, de *las malas intenciones* del demandado y de la mediacion de su Señoría y hombres buenos, se dió por concluido el acto disponiendo se le diese certificacion á las partes, si la pidieren.»—El actor la pide, se le dá y sale muy satisfecho con ella para establecer el juicio escrito y embargar los coches del arrancado rico, que ya se los tiene embargados *él mesmo á sí mesmo*.

El arrancado pobre... el arrancado pobre no tiene más amparo que un cordel de cáñamo de tres varas: si su capital no le alcanza para estenderse á tanto, puede remediarse con uno de dos tercias, y si tampoco tiene fuerzas para esto, hará muy bien en precipitarse...... en los brazos de sus enemigos: estos tendrán buen cuidado de tenerlo constantemente en la cárcel en donde estará *comido* y sin pagar alquiler, aunque su esposa y sus hijos pidan al cielo un premio de la lotería, sin billete, por no tener con qué comprarlo, ó las propiedades que se atribuyen al camaleon con respecto á sus alimentos.

¡Qué bien la entiende el que tiene desde pequeño vocacion por la *carrera de hacendado* y la sigue hasta que *se gradúa* de capitalista!—Este sí que no necesita hacerse *sueco*, cuando está bloqueado por los *ingleses*.

Amigo lector, si tienes dinero, consérvalo: escucha lo que decía un griego loco que conocí cuando niño:

«El tener es el saber
Y el que no tiene no vale,
Guarda tu dinero, amigo,
Que tú sabrás más que nadie.»

Aunque me digas *helenista*, lector amigo, te advierto guardes en tu memoria el consejo que encierra el anterior cantar: tal vez me dirás que no son versos los cuatro renglones de que se compone, pero ¿qué quieres? No todo ha de ser poesía en este mundo. En resumidas cuentas, si tienes dinero, guárdalo, sinó ahórcate: casi, casi me estoy convenciendo de que los *arrancados* huelen á muerto.

BOBOS.

Ya no hay abundancia de *bobos* en la Isla. Los únicos que existen hoy son los descendientes de cierto *Bobo* que pretendia cambiar un perro flaco y leproso por una yunta de magníficos *novillos* y cuyo trato no llegó á verificarse por estorbarlo su madre que creia *todavia* perjudicado á su hijo. La pobre señora no se acordaba de que su cándido niño era menor ni de que *en todo caso* podia pedir restitucion *in integrum* de contrato tan leonino, hasta la edad de veinte y nueve años inclusive.

Los especuladores en el ramo de marugas, baberos y camisas largas, están en el dia pereciendo de hambre: los bobos de ahora no compran esos efectos; compran otras cosas mejores.

El inocente *Monguito*, por ejemplo, es un alma dulce que va á ser engañado por varios amigos que lo han convidado á jugar al monte. ¡Pobrecito! ¡Va á ser desplumado miserablemente! Es un simple, un cándido, un bobo...... ¡Bobo! sí, bobo.—*Monguito*, en lugar de llevar al juego la maruga, lleva la baraja.—En lugar de *punto* quiere ser banco.—En lugar de una baraja limpia, lleva una baraja compuesta por otro amigo, tambien *bobo*, que le enseñó á manejar *la frisa*,

Hermosa como un pino de oro está Florita, jóven *rica* y de una educacion esmerada: á su lado están Anita, Rosita, Juanita, Antoñica etc. jóvenes de igual mérito personal sinó mayor, pero pobres.—Pregúntale un *bobo* que está entre ellas:—¿Con cuál de estas niñas te quieres casar, mentecato?—y apuesto veinte contra uno á que se pone pálido y emprende la carrera diciendo—«*Yo me quelo casá con Forita.*»

Mereje, bobo viejo, trata de tomar seis onzas á premio y el *pícaro* usurero le echa el dogal al cuello pidiéndole cinco pesos por onza; y *la necesidad* obliga al inocente á *cojer* el dinero.—No seas *bobo*—le dice un amigo al tiempo de firmar el documento—mira que te roban!—Y *Mereje* contesta:—Cuando me quiera cobrar el pico, le digo que no tengo dinero y le bailo «*el guanajo*» y «*el cartucho.*»

Estos y los descendientes de estos, son bobos legítimos, *de la cria de la madre del Bobo del perro flaco.*

Pueden encontrarse algunos de los que comen bolitas; pero son muy escasos: podrán hallarse:

Bobos que crean que se les sirve por su linda cara.

Bobos que se hagan la ilusion de creer que siempre serán el Benjamin de una familia que los distingue hoy.

Bobos que se figuran que la *varita* que llevan en la mano, es la de Moisés.

Bobos que están persuadidos de que el dinero no se acaba.

Bobos qne creen que el hábito es el que hace al monje.

Bobos que pierden el sueño de toda la vida por que una mujer adorada les sonríe con su graciosa boca y les dice conmovida:—«Tú y... Dios.»

No hace mucho tiempo que por cualquiera de las calles de la Habana se veia un *bobo* con un papel de azúcar quebrado en la mano, derramándolo en su boca ó deteniendo un coche para preguntar á una linda señorita que iba dentro, si sabia donde vendian los *queques* á ocho por medio...pero ¿hoy?—Busca, lector, busca

bobos; que ó te vuelves ciego ó cojo, ó tan bobo como los que *ántes* se chupaban el dedo pulgar, tocando una maruga y poniendo los ojos en blanco.

Sin embargo, no desesperes, y si tienes interés en formar coleccion de ellos, búscalos en mi barrio, que tiene fama en ese ramo, y darás con ellos.

Antes del Parto,

EN EL PARTO Y DESPUES DEL PARTO.

Voy á hacer á mis lectores una manifestacion, que es una verdad tan grande como mis deseos de tener dos billetes deBanco de á $ 10 cada uno, para comprar otro idem de la lotería próxima, cuyo número salga premiado con los cien mil pesos.

Verdad muy grande; pero que sin embargo puedo escribirla en un espacio muy pequeño y voy á probarlo:

«No he parido nunca.»

Yo me lisonjeo de que mis lectores me hacen el favor de creerme bajo mi palabra por muchos motivos, uno de los cuales es que nadie me obliga á hacer una confesion semejante; y otro, la circunstancia de no esperar utilidad alguna de una mentira que solo se compone de cuatro palabras.

Pero no se figuren tampoco que una verdad tan grande como dejo espresada, sea una cosa traida por los cabellos, como suele decirse, porque tengo mis razones para hacerlo, siendo la principal, que no quiero que alguno dé por cosa cierta que hablo por propia esperiencia al tratar de las tres épocas con que he querido titular este artículo.

—¿[illegible]?—preguntarán mis [illegible] la [illegible] que ya deben [illegible].

—[illegible] que nada [illegible] interesados [illegible] descalzarme poco á poco. [illegible] porque es preciso que sepan [illegible] que son las tres de la tarde, y que [illegible] imprenta, me pide con urgencia [illegible] el sábado para publicarse [illegible] yo soy tan justo que conozco la jus[illegible] he tenido que valerme de algun pre[illegible] compromiso, con tanta más razon, [illegible] la mayor formalidad me ha ofrecido que [illegible] la fuerza potestativa que tiene sobre [illegible] corrijan con cuidado este artículo para que no salga con erratas.

[illegible] lectores, explicado lo que yo [illegible] que les he dado al principio de este [illegible] las explicaciones que le siguen: Primero [illegible] verdad que tanto me interesa. Segun[illegible] regente de su apuro; y tercero: Tener escri[illegible] que estoy seguro tienen ustedes ya [illegible] entre pecho y espalda.

[illegible] es que me veo en el caso de repetir lo que [illegible] al principio:

¡Yo no he parido nunca!

Sí, lo repito, y lo repetiria cien veces, si necesario fuese: no para ganar terreno, que ya he ganado alguno, sino para hacer constar que yo no he pasado por los trances amargos que muchas mujeres que han dado á luz sus frutos de bendicion.

Yo no he sufrido *antojos* como la señora Bibiana que porque no se *desgraciara* el hijo de sus entrañas, que entre ellas vivia, le pagó un real á un negrito que pasaba por la calle para que le arrebatara á un perro [illegible] el pedazo de carne que comia, sobras de la cena del bodeguero de la esquina. ¡Y Doña Bibiana por no quitar á la carne la *virtud canina* la devoró *al momento*

en el estado en que se hallaba y por cuenta de quien correspondia para salvar á su feto de las consecuencias de un parto prematuro!

Porque preciso es que sepas, lector, que Doña Bibiana es un modelo de amor maternal y no le suceden las cosas que no le gustan, más de una vez. Te apuesto doble á sencillo á que no me aciertas por qué aquella señora no mira la luna cuando está eclipsada.

Tú me dirás, discurriendo lógicamente, que porque ese es el gusto de Doña Bibiana; y tú perderás la apuesta: Doña Bibiana no mira la luna, porque cuando estaba en meses mayores, durante su primer embarazo cometió esa imprudencia y le salió su primer hijo tan manchado como un perro danés y ha quedado escarmentada.

Y yo no he sufrido tampoco, lector ocioso, lo que sufrió Doña Bibiana contemplando la cara de su segundo hijo, que no fué hijo sino hija. Esta hija le salió torpe como un cerdo, y haragana como un buey viejo.

—¡Yo me tengo la culpa!—se decia Doña Bibiana. —Yo me acuerdo que cuando estaba *embarazada* de mi pobre Clorinda pasaba todos los dias por mi casa un buey viejo, y una tarde se coló en mi casa un cochino gruñendo. ¡Así ha salido la niña tan haragana como el buey y tan torpe como el cochino! Y como este último animal me fijó la vista se me quedó presente su mirada y mi pobre hija *sacó* los ojos como los del cochino!

Por eso, lector, Doña Bibiana no mira nunca cuando está *embarazada* ni bueyes viejos ni cochinos torpes, y por eso te digo que yo no he parido, para que nunca creas que yo he sufrido lo que ha sufrido Doña Bibiana por las faltas que esta ha cometido *ántes del parto*.

Yo te garantizo con mi palabra de honor, lector de mis ojos, que nunca he tenido necesidad de los auxilios de Santa Rita de Casia ni del milagroso San Ramon Nonnato para partos laboriosos. Jamás una asistente solícita ha colocado debajo de mi almohada mis tijeras *sin que yo lo sepa*, para que el trance del alumbramiento

se verifique con rapidez asombrosa: jamás he puesto en esos momentos cerca de mi cama la vela del santo con una oracion impresa, próxima á su estremo agudo, para que no se demore el parto sino el tiempo que tarde la llama en quemar el papel: jamás he dicho que la abundancia del pelo del recien nacido causaba mis *acedías*.

Por estas razones quiero que me creais, lectores escépticos, lo que os he manifestado al principio.

¡No he parido nunca!

Lo repito porque no quiero que ustedes se figuren que yo pienso del modo que, *en el parto*, piensa Doña Bibiana.

Otra prueba de que nunca he parido es que no me he vuelto loco, pues creo que tal cosa me hubiera sucedido si hubiese tenido el convencimiento de que dentro de mi vientre estaba viviendo un hombre ó una mujer en miniatura, dándome interiormente puñetazos y puntapiés para recordarme su presencia. ¡Oh! valientes mujeres! ¡valientes entre los seres más valientes! ¡Yo os respeto y os saludo! ¡Oh! vosotras que decís que teneis miedo á las cucarachas! ¡Oh! vosotras las que exclamais en los momentos de sufrir los dolores del parto—«uno y por un ojo!»

¡Jamás he recomendado á *mi comadre* que le forme *hoyitos* en las mejillas á mi hijo recien-nacido, ni que le apriete la nariz para afilársela, ni que le *parta* la barba como se acostumbra á hacer á los perros falderos que se les quiebran los hocicos al salir al mundo!—Créanme, lectores de mi vida, créanme lo que les digo: jamás he hecho lo que Doña Bibiana! Palabra de honor!

¡Yo nunca he parido!

Desafío á mis íntimos amigos á que me prueben que me han visto *despues del parto*, acostado con el recien-nacido en una cama colgada y adornada con lazos azules: con una mesita para sostener la salvilla del paladeo.

Los desafío á que me prueben que yo he consentido que despues de empaquetar á mi hijo como si fuera queso de San Felipe, le quiten *el frio de la mollera* con

una plancha de algodon sujeta con *el birretico de abajo*, y despues le *apuntalaran* la cabeza con las tiras del *tocador*, colocándole encima por adorno el birrete monstruo que sostiene tantas puntas y lazos azules!!!

¡Vengan todos, amigos mios, vengan todos contra mi pobre humanidad á persuadirme de que yo he hecho todas esas cosas que ha hecho y que dice Doña Bibiana!

¡Venid á decirme lo que dicen todas las mujeres en el último extremo del título de estas líneas!

¡Venid á decirme que yo he dicho, para no cumplirlo «¡Una y por un ojo!»

¡Venid á mí, malos amigos, á calumniarme, á probarme todas esas cosas! ¡Venid todos contra mí, que la verdad brilla sobre la mentira lo mismo que la luz de una vela, ó de otra cosa, en la oscuridad de la noche!

¡Yo tengo modo de confundiros; yo puedo probaros que no he parido nunca!

Doña Bibiana es la que le encarga á sus familiares que la primer gallina que le maten para *confeccionar* el caldo con que ha de alimentarse, sea de color blanco para que no le ataquen los *entuertos*.

Doña Bibiana es la que se cuelga al cuello tallos de higuereta, para que su hijo logre abundante alimento.

Doña Bibiana es la que dice que su marido padece de las muelas cuando ella se encuentra en estado interesante, y á fé que Doña Bibiana procede con cordura en conceder á su marido ese privilegio

Doña Bibiana es la que guarda colmillos de perros para colgárselos al niño en la época de la denticion para que le salgan sin novedad los dientes; y compra azabaches para evitar el *mal de ojos*.

Yo no he parido, lectores; yo no he parido, y por esta razon ni digo ni hago lo que dice y hace Doña Bibiana.

Porque Doña Bibiana dice y hace muchas cosas ridículas *ántes del parto, en el parto y despues del parto.*

En lo único que yo imito á aquella señora es en cierta fórmula que ella ordena á sus criados, *despues del*

parto que repitan á sus vecinos y amigos, concebida en estos términos:

«*Dice la Señora Doña Bibiana que ya tiene su merced un criado* (ó criada) *más á quien mandar.*»

Yo sin haber parido jamás, dirijo á mis lectores las palabras siguientes:

«*Sepan ustedes, lectoras y lectores, que ántes de ahora, ahora, y siempre tienen en mí un amigo sincero á quien mandar.*»

¡LA POBRE!

Doña Agustina...... Sí, lectores mios, así se llama la persona de que voy á hablar á ustedes. Su nombre es Agustina. ¿Por qué he de llamarla con esos nombres inverosímiles con que muchos que describen tipos designan á las *protagonistas* de sus artículos?

Y pues habia de darle algun nombre á la señora de que me ocupo en el presente, doña Agustina le pongo, que cada padre le dá á sus hijos los nombres que quiere, y yo soy, aunque imaginario, el de tan digna señora.

Y sigo.

Doña Agustina quiere salvarse de la situacion presente. ¡Ya lo creo! Su máquina de coser no le produce lo suficiente para satisfacer las exigencias del amo de la casa que vive, aunque modesta, ni las del lechero, ni las del carnicero, ni las del panadero, ni las del bodeguero, ni...... ¿Y cómo podría producirle para tantas cosas, á pesar de ser de las reformadas de Singer, si doña Agustina tiene que mantener dos hijas viudas, que comen y no trabajan y seis nietos de los cuales cinco, por lo ménos, parece que sufren, desde que no maman, las consecuencias de tener en sus voluminosos vientres

algunas varas de lombriz solitaria? Sólo para los niños necesita doña Agustina, no una máquina de Singer, sinó una locomotora con fuerza de cincuenta caballos ingleses y...... me parece poco.

Doña Agustina está hablando con su *director judicial*, porque, como consecuencia precisa de las anteriores premisas, está constantemente *en jaque*, en los juzgados de paz y necesita una persona inteligente que lleve la direccion de sus negocios.

—Yo no puedo vivir así—le dice:—mis entradas no alcanzan para cubrir mis más apremiantes necesidades...... no puedo limitarme más. Yo misma lavo mi ropa y la de los niños; yo cocino, yo friego, tengo que remendar mis trapos y dar cumplimiento á mis marchantes, porque sinó......

—Pero, hija mia, en lugar de carne fresca......

—¿Carne fresca? ¡Si hace más de dos años que no la olemos en casa! Tasajo *brujo* puro y gracias: con boniatos en lugar de pan, porque para llenarle la barriga á los niños se necesita bulto, y solamente á la comida, pues por la mañana hacemos el almuerzo con café y pan duro.

—¿Duro?

—Sí, señor, duro: lo compro en la panadería en ese estado; porque hoy el pan fresco es comida de ricos. ¡Dos panecitos por medio, que pueden servir para botones de camisa! ¡Ay, Dios mio, estoy para volverme loca! Hoy se me cumplen dos meses de casa y la cabeza se me pierde, pensando en esta desgracia. Mi vecina de al lado me dice que lleve algo á la casa de empeño, y ¿qué llevo? Ya tengo empeñada mi peineta, mis cubiertos, la mitad de mis planchas, mis sábanas, mis botines nuevos...... y todo...... todo...... Lo único que me falta por llevar es la máquina de coser, y, si lo hago ¿qué comemos? ¿Usted quiere que le hable con franqueza? La manta que traigo es prestada y..... esto no me ha sucedido nunca...... De lo que tengo debajo

del túnico, sólo sirve la saya, porque lo demás está tan usado... ¡Dios mio!

—¿Y qué hacer, señora? Promueva usted una suscricion entre sus parientes ricos.

—No me conocen.

—Entre sus amigos.

—No los tengo. ¿Qué pobre tiene amigos?

—Es verdad. Entónces......

—Yo pensaba hacer un concurso de acreedores ó un juicio de esperas, ó cesion de bienes, ó...... pero esto sería mi ruina completa, porque me acabaría de desacreditar, y si hoy, por casualidad, me fia el bodeguero alguna cosa, mañana, concursada, no me prestaría ni un grano de arroz.

—Y ¿qué puedo hacer yo, doña Agustina? Dinero no tengo ni......

—¡Oh, sí!—Puede usted hacer mucho...... usted sabe que la ley manda que todo el que ejerza alguna profesion ó industria está en el caso de favorecer *grátis* á los pobres de solemnidad: el médico, el abogado, el boticario y etc.; todos están en el forzoso caso de servir de balde á los necesitados......

—Ciertamente.

—¿Y por qué razon, ó mejor dicho, por qué injusticia, el panadero, el bodeguero, el lechero, el tendero de ropas, el prestamista y los dueños de casa y otros por el estilo, no cumplen con lo que manda la ley? Porque no hay quien reclame, porque sinó, jueces hay capaces de hacer cumplir lo que es de justicia.

—Pues vea usted, doña Agustina, no me habia ocurrido tal cosa.

—Pero ¿es posible pedir lo que he dicho?

—Y tan posible que voy á hacer una representacion á favor de usted.—Haré una informacion sumaria con testigos, del estado en que usted se encuentra y pediré el cumplimiento de la ley.

—Aunque no sea más que para que no me cobren y me sigan supliendo miéntras no mejore de fortuna,

que yo prometo...... y además, entónces podré tener ahorros y le recompensaré su trabajo.

—No se ocupe usted de eso: la remuneracion corre de mi cuenta, ó mejor dicho, por cuenta de otros: tráigame usted una nota de sus acreedores, que á cada uno pondré demanda en conciliacion. O se enredan en pleitos ó se transan, y de este modo usted y yo salimos adelante.—Cualquier escritillo de diez renglones vale *hoy* doscientos pesos *en oro*, y el que tiene *algo* cuando su nombre aparece despues de un *digo que*, tiembla como un azogado y suelta *la mosca*.

—Yo no quiero mosca.

—Pero querrá usted dinero.

—Tampoco: sólo quiero que me dejen vivir tranquila. Que no me cobren y me sigan supliendo, segun manda la ley, como pobre de solemnidad que soy.

—Pues tráigame usted la nota.

—Corriendo.—Y doña Agustina sale con el pecho desocupado de un gran peso, y lleno el corazon de esperanzas.

Su director queda esperándola, prometiéndose iniciar y seguir tantos pleitos como acreedores tiene su cliente. Dios le dé buenos pesos en la heróica lucha que va á emprender para beneficio de la humanidad desvalida, lo que no puede dejar de suceder, defendiendo causas tan legítimas.

¿SE PUEDE PASAR, SEÑORES?

Así preguntó alguno al ver obstruido su camino por un grupo de hombres de aspecto *respetable*, y yo que veo cerrarse el camino de mi pluma por las opiniones *respetables* de hombres *respetables*, pregunto, á mi turno:

¿Se puede escribir, señores?

Penosa por cierto es la situacion del que, como yo, se vea en el caso de escribir uno ó más artículos que traten de cualquier cosa; y digo cualquier cosa, porque es preciso que se me conceda que algo se ha decir y de algo se ha de tratar para conseguir aquel resultado.

Pero están las cosas tan malas en estos tiempos calamitosos que atravesamos—periodísticamente hablando—que no me atrevo á tomar la pluma para empezar un artículo sin preguntar primero á muchas personas:

¿Se puede escribir, señores?

Y todavía más.

En caso afirmativo, ¿podrán ustedes decirme la materia de que he de ocuparme?

Sí, lectores mios, buenas son estas precauciones ántes de dar los originales á los cajistas, porque despues de impreso el periódico y distribuido, ya no hay reme-

dio para corregir lo escrito, ni lengua para tantas esplicaciones como se piden, ni palabras para contentar á los quejosos, tengan ó no razon para producir sus quejas.

Y lo digo por experiencia. Escribí, hace algun tiempo, un artículo en el cual pinté con brocha gorda, segun mi costumbre, á un mentecato que colmado de ridículo, merecía, como el que más, el epíteto de *novio manso*, y cuándo ya no era posible recoger los miles de ejemplares del mencionado artículo que circulaban en la Habana, vinieron más de cuatro bienaventurados á pedirme explicaciones sobre sus conceptos, porque cada uno se consideraba pintado con pelos y señales. ¡Bienaventurados los mansos!

—Pero, señor mio,—decía yo defendiéndome de uno de ellos como podía—yo no me he ocupado de usted, yo no lo conozco á usted.

—Peor que peor; el que no conoce á un hombre no debe ocuparse de él.

—Pero...... le juro á usted que yo no sabía que usted fuera mentecato ni......

—Pues lo soy, sí señor, tengo ese gusto.

—Se lo celebro á usted, caballero; pero prótesto que al escribir tal artículo no sabía que existiera usted en el mundo.

—Precisamente ha pronunciado usted ahora las palabras que deseaba oir de su boca y que exijo escriba usted para que las publique en cualquier periódico, bajo su firma.

—¿Qué palabras?

—Las que acabo de oir; que aunque usted habló de bobos, yo no soy el bobo y que usted no tuvo intencion de decir que yo era bobo, sinó que había bobos en el mundo.

—Y si vienen los demás ¿qué hago?

—Lo mismo que le propongo ahora y todos quedamos bien.

—Pues señor, lo diré, y Cristo con todos. Mañana

sabrá toda la Habana que aunque usted es afecto á las *bolitas* no las come usted ni de balde.

Despues escribí, con la misma brocha (paso á la pluma) otro artículo, y otro artículo y en fin, otros varios artículos, con los cuales formé una coleccion que impresa por los señores Pujolá con el título de CUADROS SOCIALES, se publicó en un tomo en el año de 1865. Por cierto que entre aquellos artículos existe uno titulado *Médico-manía*, que me proporcionó el placer de conocer á la señora doña Liberata Caradura, que sólo existía en mi imaginacion y que traté de pintar en aquel escrito como un ente ridículo. Los que quieran tomarse el trabajo de registrar las páginas de estos CUADROS SOCIALES, hallarán á doña Liberata en cuerpo y alma.

Pues bien: á las veinticuatro horas de publicado el cuadro citado, se me presentó, en mi casa, una señora gritando como una loca y preguntando por mí.

—Yo soy la persona que usted busca, señora mia, le dije con toda la urbanidad de que era capaz de disponer en aquel *trance.*

—De manera, me contestó indignada, que usted ha dicho públicamente que yo le *jalé* el pellejo de la *rabadilla* á un hombre?

—¡Yo, señora!

—¿De quién es esta firma?—me preguntó enseñándome la que se hallaba al pié del artículo.

—Esa es mi firma, es mi pseudónimo.

—¿Y lo confiesa usted?

—¿Por qué no?

—Entónces es preciso que me dé usted una satisfaccion.

—¡Señora!

—¡Yo no soy *doña Liberata!*

—Lo creo.

—Ni visto *promesa.*

—Bueno.

—Ni tengo sobrinos que se llamen *Tribulsio* ni *Rafé.*

—Ni he dicho que nadie entre *güeliendo* en las casas agenas.

—¡Oh!

—Ni le doy á beber á nadie *tierra santa.*

—¡Me alegro mucho!

—Ni tengo perro chino que se llame Esculapio.

—Ni pido para misas de salud.

—Buen provecho, señora mia; buen provecho le haga á usted todo lo que me dice; pero yo no entiendo una palabra......

—¡Gracias, caballero, gracias!—Y en resumidas cuentas ¿es á mí á quién usted ha bautizado con el nombre de Liberata Caradura?

—No tengo embarazo alguno en decir que no, supuesto que usted dice que no se reconoce en el retrato.

—Y entónces...... ¿quién es?

—¡Oh! ese es mi secreto.

—Adios, caballero, adios; me dijo la señora saliendo satisfecha.

—A los piés de usted, señora, á los piés de usted; acuérdese de mí en sus oraciones y no se olvide de que aunque usted no lo sea, no por eso deja de haber muchas *Cara-duras* en el mundo.

—¡Adios, caballero!

Y salió escupiendo de la manera más graciosa del mundo.

Todavía hay más, lectores mios: todavía hay más motivos para preguntar á los señores exigentes si se puede escribir, y voy á poner otros ejemplos.

—¿Qué vas á escribir, chico?—me pregunta un amigo.

—Voy á escribir un suelto para tratar de los perjuicios que puede causar al público un bache que existe en tal calle, lleno de un líquido pestilente y......

—¡No escribas eso, por Dios!—me interrumpió el amigo,—no lo escribas, porque ese bache me sirve de mucho. Calcula que mi novia vive en la cuadra donde

está ese agujero y nadie pasa por allí, por temor de fracturarse una pierna ó de quedar asfixiado......

—¡Escríbelo!—me dijo otro amigo;—escríbelo, que el bien general debe anteponerse al particular.

—¡No lo escribas!—exclamó el primero.

—¡Escríbelo!—respondió el segundo.

—Si lo haces *me borro* del periódico en que escribes..

—Si no lo haces, hago lo mismo, dijo el segundo.

—Señores, añadí, escribiré un párrafo que no diga ni una cosa ni otra.

—Entónces nos borramos los dos, contestaron mis amigos *á duo*.

—Pues, señores, voy á pedir que se cierre el bache: lo sentiré por tí, agregué dirigiéndome al de la novia, pero el público es primero.

Y publiqué el párrafo sobre el bache, diciendo que era pestilente, feo y lo demás que le pertenecía *de derecho*.

En seguida no faltó quién me increpara para probarme que había hecho mal en escribir el suelto, porque allí, en el bache, se criaban ranas: porque allí se rompian los carruajes y ganaban los carpinteros, y se partian las piernas y los brazos los transeuntes, y ganaban los cirujanos; y porque aquel agujero producía muchas enfermedades útiles á los boticarios y á los dueños de agencias funerarias.

Y se armó un avispero de mil demonios y se conjuraron contra mí todos los amantes de los focos de infeccion.

¡Oh, Fígaro, Fígaro! «¡Qué placer es ser redactor!»

Ahora oigamos al administrador del periódico y á los repartidores y al cobrador y etc., etc.

—Señor, dice el cobrador; don José Torniquete, de la calle de la Guagua, dice que ya él se murió.

—Señor administrador, don Jazmin del Cuero dice que le mande dos números más, porque sus hijitos le

rompieron el que yo le llevé, y que si no se los manda *se borra.*

—¿Pagó el amigo que pidió el suelto del bache?

—Dice que el suelto estaba *flojo* y que por eso no *suelta el peso.*

—Y ¿qué dice el del número 1, de la calle del Diablo?

—Dice que los directores de periódicos son responsables de todo lo que se diga en ellos y que anda buscando un baston de *buen palo* para medirle á usted las costillas.

¿Se puede pasar, señores?

¿Se puede escribir, señores?

¡Oh, Fígaro, Fígaro! ¡qué bien dijiste! ¡Oh! ¡Qué placer es ser redactor!

Cosas del Prójimo.

Cosas tienen ciertos prójimos, con las cuales nada *tiene* que ver la policia, ni están previstas por nuestros códigos; ni siquiera por las ordenanzas municipales, que hacen tanto daño, relativamente, como el robo del *industrial*, como el asesinato, y como otras tantas *cositas* previstas y penadas por las leyes, que procuran dar á la sociedad la calma que es tan necesaria para las tareas de la vida honrada.

Y va la prueba.

Yo vivo en una casa que está separada del arca de Noé doble, por un tabique de tablas, y digo arca de Noe doble, porque á juzgar por el ruido, viven en ella, no un par de animales y aves de cada especie, como en el arca sencilla del Génesis, sino dos pares ó más y todavía me parece poco.

Hace algunas noches que no pude dormir un momento. La chiva madre berreaba con toda la fuerza de sus *bofes* y entre bastidores se oian las infantiles voces de sus hijitos...... Al dia siguiente, envié á decir á la señora que si podia evitar tales *cosas* me haria un grandísimo favor; que las chivas que gritaban tanto eran un inconveniente para el vecindario tranquilo, que un

berrido podia pasar y hasta dos, pero que doscientos ó trescientos......

Y desde mi casa oí á la dueña de esos animales que gritaba desaforadamente:

—Dígale usted á ese hombre, que yo soy una señora tranquila; que nunca he tenido que hacer con nadie, ni nadie conmigo; que nunca he sido reconvenida por la policía; que soy una señora de mi casa: que si la chiva gritó anoche fué porque la separé de sus hijos: que cualquier madre hace lo mismo: y que si no lo hago así, se maman los chivitos la leche de su madre y que no me voy á quedar sin ella, porque á los vecinos les molesten los berridos de la chiva: que se acostumbre como me he acostumbrado yo; que cada uno está en su casa y Dios en la de todos......

—Señora—le dije otro dia—he pasado una noche de perros......

—No dirá usted que han gritado los chivos......

—Pero sí, que han sido tantos los golpes dados en el tabique del cuarto que......

—Es verdad...... pero esa es cosa que no se puede evitar; mi marido padece unas pesadillas atroces y grita y patea, no digo las tablas...... ¿Usted no oyó la otra noche el escándalo que tuvimos como á las doce......?

—¡Ya lo creo!

—Pues no fué otra cosa, sino que, medio dormido, entró á palos con todos nosotros.

—¡Me alegro!

—¿Cómo?

—Quise decir: lo siento...... Pero señora no podia usted separar algo, del tabique, la cama de su marido.

—Es decir: nuestra cama......

—Como usted quiera......

—Imposible...... A un lado del cuarto están las casas de las palomas, al otro lado la silla donde acostumbran dormir los gatos...... Además, vecino, yo estoy en mi casa, y no metiéndome con nadie, nadie tiene que meterse conmigo.

—Es verdad.

Otro dia me ahogaba el humo que invadió mi casa.

—¿Qué humo es este?—pregunté asustado.

—¡Que estoy hirviendo mi ropa!—contestó gritando la vecina:—no todos tenemos con qué comprar carbon, que está muy caro. Si no le gusta el humo de leña vaya á dar un paseo, que yo no puedo evitar que entre en su casa: además yo estoy en la mia que la pago con mi dinero.

—¡Pues sería bueno que la pagara con el mio, y que viniera usted á quemar leña en mi casa!

—Vecino, yo no quiero escándalos—me contestó gritando:—yo no estoy acostumbrada á eso: si á usted no le acomoda, múdese á otra parte......

Y su loro gritaba:

—¡Buen viaje!

Y los perros de presa, que estaban atados, sacudian sus cadenas y ahullaban hambrientos.

—¡Quieto, Sultan; silencio, Turca!—voceaba el marido.

—¡Pues no faltaba más—murmuraba mi vecina—sino que no pueda una familia tranquila vivir en su casa.

Y cacareaban cinco ó seis gallinas á la vez.

—¡Ya puso la pinta!—gritó un muchacho.

—Y *la prieta*—gritó otro.

—Y *la ceniza*,—saltó su hermano menor.

—¡Viva!—gritaban todos.

—Y la burra rebuznaba, porque no se creia con ménos mérito que los demás de casa...... y el burrito tambien.

—¡Oh, yo me mudo!—exclamé.

Y el loro de mi vecina gritaba:

—¡Buen viaje! ¡Buen pasaje!

—¡Oh!—Es indispensable que me mude, si no quiero volverme loco. No hay otro remedio: mis vecinos están *en su derecho: están en su casa;* en su casa tocan órganos, en su casa disparan cohetes, de su casa salen las emanaciones que produce la reunion de tantos ani-

males, cerdos inclusive; en su casa se canta á todas horas *el punto*, con acompañamiento de botija y *güiro*, en su casa tocan *fotuto* los muchachos, y pelean los gallos, y graznan los patos, y ladran los perros y mayan los gatos; y en su casa se profieren malas palabras, que aunque yo no soy *un niño inocente*, ni una doncella pudorosa, ni una viuda honesta, como puedo probarlo, si es necesario, no me gusta oirlas, sino estar entre personas que no vivan solamente con los de su casa, sino guardando las consideraciones que se deben en la sociedad todos los individuos. Hagan *en su casa* lo que quieran los que piensen de otro modo; pero váyanse á vivir con sus escándalos y sus animales á los «suburbios» de la ciudad ó al despoblado, que á la culta poblacion de la Habana no le hace falta alguna la vecindad de esas personas *inofensivas*, que creen no molestar á nadie porque á sus malas costumbres domésticas, aunque señaladas en los libros de moral, urbanidad y cortesía, no impone trabas ni penas el Bando de buen Gobierno, y, se creen intachables porque pagan con puntualidad el pan que se comen, mal empleado por cierto, y las casas que viven.

AGUINALDOS.

Pasaron ya las Páscuas.—¡Gracias á Dios que ya pertenecen á la historia las del último año! Roguémos porque se dilaten todo lo posible las del año presente si nos han de traer, como todas, esa falange, ese ejército de pedigüeños impertinentes, que á fuer de tales guardan en sus casas la vergüenza para salir á la calle pidiendo *el aguinaldo*.

No hablamos de los niños; no hablamos de los infelices mendigos, ni de los presos pobres, ni mucho ménos de los criados negros que esperan con ánsia el dia de los Santos Reyes para salir con sus músicas y bailes á pedir *con decoro* su *aguinaldo*, y decimos *con decoro*, porque ellos, si se quiere, tienen un derecho á que en ese único dia del año se les otorgue una pequeña gratificacion por su condicion y trabajos: hablamos de esa caterva de hombres sin pudor, que con el mayor descaro y á pesar del desarrollo muscular de su individuo, se presentan en pleno dia á la presencia de hombres más débiles que ellos *á pedir aguinaldos* alegando el pretesto de que pertenecen al cuerpo de serenos, ó al de repartidores de periódicos etc., como si nos hicieran un favor especial con aquellos servicios y no se les

pagase un sueldo que muchas veces no ganan con la conciencia que debieran.

Hombres han salido de sus casas el domingo, dia de Reyes, vestidos con elegantes «fluses» de casimir y lustrosos sombreros de felpa negra, luciendo ricas leontinas de finísimo oro, con más pelos en la cara que en todo su cuerpo un gato de Angola; con una gran provision de malísimas décimas encerradas en su cartera para pedir, por medio de ellas, *el aguinaldo*, lo mismo que pudiera hacerlo el *ñáñigo* más bailador de todos los que bailaron aquel dia.

Sé de uno que tocó ruidosamente en la puerta de una casa, donde yo me encontraba, y al invitarle á que pasara adelante, lo hizo *con tanta decencia* que todos nos pusimos de pié para contestar su saludo. Efectivamente: cualquiera se hubiera equivocado como á nosotros sucedió. El recien-venido, vestia una elegante levita de paño negro, sobre un medio «flus» de *sério* casimir: su color era *blanco* como mármol de Carrara; y un par de *bigotes* rubios como los cabellos de Apolo, se ostentaban sobre sus lábios, que sonreian con la mayor urbanidad.

¿Qué se le ofrece á usted?—preguntó el dueño de la casa.

El desconocido se inclinó *con respeto* sacó de su faltriquera una cartera de piel de Rusia y estrayendo de ella una targeta de cartulina la entregó con finura.

¡Era el panadero que pedia *¡su aguinaldo!* por el señalado favor de llevar el pan á las casas donde se le paga aquel artículo con la mayor puntualidad, á riesgo de que, de no hacerlo así, cesaria tan humanitario y caritativo beneficio!

El *atacado*, esto es, el dueño de la casa, leyó abochornado la décima y *sin atreverse* á mirar la cara del *hombre decente* que tenia delante, sacó del bolsillo una peseta que puso en sus manos. El agraciado que, seguramente, esperaba más dinero, segun sus servicios, la

guardó con semblante disgustado y saludando con indiferencia salió de la casa......

Mucha filosofía, mucha despreocupacion, por no decir otra cosa, se necesita, para salir á la calle á pedir pesetas á personas desconocidas, sin ningun pretesto para ello, por cuyo motivo se aferran al ramo de *Aguinaldos*, personas *musculosas* y con oficio, que tanto derecho tienen á pedirlo, como tienen el deber de darlo; dejad esa industria, señores, á los pobres criados y á los niños y personas valetudinarios y no ofrezcais al público, el espectáculo repugnante de más de dos mil hombres, vestidos con más ó ménos decencia, que manifiestan con tan asqueroso abuso *sus buenas disposiciones* de cambiar la levita de paño, por los disfraces del *ñáñigo* y los zancos del criollo y las de bailar media hora por conseguir el *mediecito* de *aguinaldo* haciendo *mal tercio* al pobre esclavo.

Dejad á cada uno lo que es suyo, señores aludidos, con tanto más motivo, cuanto que luego vais al Parque á daros importancia y á gastar en los cafés, como marqueses, lo que habeis adquirido de un modo tan indigno. Dejad á los muchachos *su aguinaldo;* dejádselo á los presos y enfermos......... dejádselo á los fieles criados. Vosotros estais llamados á un destino más alto.

Estado Interesante.

No crea el lector que Isabelita es una *cosa* cualquiera.

Isabelita es una jóven de primorosa hermosura, que tiene cuidado, y mucho, en realzar con todos los *artificios* del arte.

Su linda cabeza siempre está adornada y abultada con rizos y castañas de pelo propio y estraño y flores de todas clases.

En cuanto á educacion no se han descuidado sus padres, y la hermosa jóven sabe bailar con perfeccion la danza cubana en todas sus formas, sabe marcar un pañuelo con un corazon atravesado por una flecha y distinguir, entre mil, el vestido más arreglado al último figurin.

Y sabe leer *un poquito*, y escribir lo suficiente para dirigir á su novio billetes con la firma: «*guien tuno Ynora hisabel.*»

Me consta que tiene cerca de dos meses de casada, pues leí en un periódico el comunicado siguiente, que segun costumbre de algunos, es indispensable publicar, despues de la ceremonia sagrada:

—«El dia tantos de tantos, se unieron con el indi-

soluble lazo del matrimonio, la simpática y virtuosa señorita Doña Isabel S. con el honrado y laborioso jóven D. Modesto H: fueron padrinos los padres desposados, que obsequiaron á los concurrentes con un magnífico *bouffet*, y los novios partieron á una finca de campo á disfrutar su luna de miel. ¡Dios los haga bien casados!»

Isabelita era, ántes de casarse, una jóven viva, y muy dispuesta siempre á divertirse; y, hoy que ha vuelto del campo á su bonita casa, perfectamente amueblada para que nada falte en ella, está triste y melancólica. Verdad que no se descuida en adornar su cabeza con los atributos del arte del peluquero, ni tampoco en perfumar su boca, y en empolvar su rostro, y...... pero Isabelita está ojerosa, pensativa...... nada la distrae, nada la anima. Crée hallarse *en estado interesante.*

Ha perdido completamente el apetito y dirige á su marido lánguidas miradas, como diciéndole: «la culpa es tuya.»

De carácter suave y apacible ántes del matrimonio, se ha vuelto díscola, pendenciera con su marido, que no acierta nunca en el modo de complacerla, y hasta con sus amigas que constantemente están expuestas á un desaire, y lo que todavía es más, con su madre. ¡Con su madre, que le dió la vida *y una educacion tan perfecta!*

En cuanto á los criados...... ¡Oh! Los criados de Isabelita, aunque buenos, se vuelven locos por servirla y no atinan......

Modesto, el marido de Isabelita, es *chambrero*, hace unos *platicos* muy sabrosos, y viendo que su esposa no come nada de lo que sirve el cocinero, le pregunta si quiere que él le haga algo nuevo.

—Quiero—le contesta,—quiero comer un pedazo de gallina Guinea, pero que no sea doméstica, porque me dá *asco: cómprala tú mismo*, que sea cazada, *jíbara.*

Y el pobre marido vá á todos los mercados y trae la gallina muerta, y herida, al parecer, con municiones.

—¿Verdad que es cazada?—pregunta la suegra.

—No me cabe duda—contesta el yerno, extrayendo de una de las heridas del ave el mortífero plomo.

—No hay que engañarla—dice la vieja.—En materia de *antojos*, no hay que descuidarse. Lo más fácil es que si la niña come de la gallina, contra su gusto, salga *la criatura* con cabeza de gallina, ó *malpára* Isabelita. Un mal parto es muy peligroso.

Y Modesto, desplegando todos los recursos del arte, sirve, *él mismo*, á su esposa, la gallina, primorosamente adornada, un pocillo de chocolate, panecillos de huevo y......

—¡Esto no es gallina de Guinea!—grita Isabelita furiosa.—Esto es un pollo cualquiera, que huele á diablos.

—No, vida mia;. mira la cabeza del ave—dice la madre.

—Mira las plumas y las municiones—dice el marido.

—¡Este chocolate es de bodega! Ni quiero ya la gallina, ni chocolate, ni pan. Quiero *tasajo brujo* frito, y plátanos verdes asados y *ahora mismo*.

—Voy á comprarlo todo, vida mia.

—¿A comprarlo? ¿Ahora? Pues ya no lo quiero. Habia de ser *ahora mismo*, que es cuando lo apetezco.

Y poniendo toda la casa en movimiento, casi en cinco minutos, estaba *listo* el tasajo y los plátanos.

—No descuidarse—advirtió la vieja—no descuidarse con los *antojos*.

—Pero ya Isabelita estaba durmiendo.

De resultas de la *incomodidad* que sufrió con la contrariedad de su *almverzo*, le atacaron unas *fatigas* mortales y se quedó dormida.

—No hay que despertarla—decia su madre.

Pero ¿y el tasajo?

—Cuando despierte.

Isabelita pide el almuerzo á gritos.

—¡No puedo *aguantar* la debilidad,—exclama—¡el almuerzo!

—Aquí está—hijita—dice la madre, sirviéndolo,

—¡No lo quiero! ¡No lo quiero! Que me lo sirva Modesto.

Y el venturoso marido retiró los platos y volvió á traerlos.

—Así no es como yo lo queria—grita indignada la esposa: el tasajo está frio y los plátanos *tiesos.*—Y lo arrojó todo al suelo, y se acostó llorando.

—¡Lo que hace *una barriga!*—murmuraba sentenciosamente la vieja.—¡Una niña tan mansa, tan tranquila! Es preciso que la vea un médico bueno, que le recete algo que le cure su estado nervioso.

Y Modesto trajo el que le pareció mejor facultativo.

Pero el Doctor examinó concienzudamente á los novios y declaró que la niña no estaba en *estado interesante*, y que probablemente no lo estaría nunca, por no permitirlo, ni la constitucion de la niña, ni su conformacion fisiológica.

El dictámen pericial del médico fué para Isabelita la mejor receta y ha recobrado su habitual alegría y su natural apetito. Creyó, como créen muchas recien-casadas, que hacen la felicidad de sus maridos con ciertas demostraciones, cuando sienten en sus vientres frutos de bendicion, y aunque disgustada de su engaño, ya no piensa sino en lo que pensaba cuando soltera: esto es, en teatros, bailes y modisturas.

¡Cuánto tiene que agradecer Modesto al oficioso comunicante que le deseaba una luna de miel *perpétua*, á la cual no tiene derecho! ¡Ya se vé! El oficioso amigo crée que ser *hermosa* y *simpática*, basta para hacer la felicidad de cualquier *honrado* y *laborioso* marido. Tal vez creerá que la madre de Isabelita, educó á su hija, de tal modo, que comprendiera cuáles son los verdaderos adornos que necesita la jóven llamada á ser una buena madre de familia.

MURMURACION.

Tengo un amigo que no duerme: y no porque está loco ni enamorado, ni porque beba café con exceso, sino por la circunstancia de vivir en casa de madera.

Sí, señor: por vivir en casa de madera.—Figúrate, me dijo un dia, que mi habitacion es de tablas y que á la otra puerta vive un aficionado á gallos que ha construido en el tabique que nos separa, las casillas donde cuida diez ó doce *malatovos*, *indios*, *giros* ó diablos, que parece que esperan el momento en que me acuesto á dormir, para empezar á entonar el penetrante canto que, seguramente, halaga los oidos de su dueño y atrae sobre su individuo las delicias del sueño. Yo creo, prosiguió mi amigo, que estos señores aficionados, ya que no es posible que todos vivan en despoblado, debian criar sus gallos, con arroz, en cazuela, y de esa manera no fastidiarian á los vecinos, y harian algo por el progreso del país.

Verdad y grande decia mi amigo, quejándose de los gallos, pero: ¿Qué dirémos de los órganos y principalmente de uno, que le vea yo comido de perros, como dijo alguno, cuya cigüeña dá una seguridad de que ya está conseguido el movimiento contínuo? Y eso que,

como otros, no tiene cornetas, pero sí *guayos* y timbales y un repertorio de danzas del tiempo del teatro de Jesus Maria, en que figuran en primera línea la de *Juan Felipe*, *El Malakoff*. *Sebastopol*, *Raton de Bodega*, y *La Galopa*.—Quisiera oir lo que dicen los vecinos de aquel que se le antoja meter en su casa esta *máquina de guerra* que desde el toque de oraciones hasta el del Ave Maria inclusive le regala los oidos con sus *productos* volviendo á principiar por *Juan Felipe* cuando termine por *La Galopa!*—¡Oh! Prefiero mil veces el canto de los gallos, cuando resuena á cuarenta leguas de distancia!

Pero si no fueran los muchos inconvenientes que se presentan en la vida, el mundo sería un paraiso; los niños desnudos ó poco más, que corretean por la calzada de Jesus del Monte en el tramo comprendido entre la esquina de Tejas y el puente de *Agua Dulce*, si no estuvieran comprometidos constantemente por las carreras á escape, en caballos en pelo, que allí se ven cada cinco minutos, gozarian de una tranquilidad envidiable y no tendrian otra cosa que temer, que las heridas que en sus pies descalzos, pudieran inferirles los fondos de botellas y otros objetos que suelen arrojarse á la calle.

Pero he dicho mal: aquellos niños y hasta los que no son niños, sufren en aquel punto otros inconvenientes. A puestas del sol se presenta allí un nublado de mosquitos tal, que casi puede asegurarse que ese astro se oculta porque no le perforen la superficie aquella multitud *de jejenes;* que tales pueden llamarse, por su *hermosa* figura, los famélicos insectos que, apresurados por satisfacer su gula, se introducen por los ojos, por la nariz y por la boca de todo el que vive ó pasa por aquella calzada. ¡Oh! cada uno de dichos mosquitos *vale un mundo, vale dos!* Hay quien diga que los primeros padres de tan bellos insectos no salieron del arca de Noé, sino que diariamente salen de una zanja de poca corriente, cuyas aguas detenidas é infectas, por hacer algo, *miéntras viene otra cosa*, se entretienen en producir

mosquitos con la misma paciencia con que hubieran tejido la tela de Penélope.

Todas estas cosas las supe en una casa donde me hallaba casualmente, y más hubiera sabido si no hubiera interrumpido á la señora que me las contaba, una *visita de cumplimiento* compuesta de otra señora y sus dos hijas que pagaban la que habian recibido de *casa nueva*. La primera representaba nueve años á pesar de los esfuerzos que José Cristadoro y Antonio Rodriguez y Bernal hacian por ocultarlos, recta como la columna vertebral de cierto usurero que conozco, y ostentando una dentadura tan hermosa, que demostraba de una manera terminante que su propietaria era persona de *posibles*.

Su hija mayor era una preciosa niña de diez y ocho abriles muy gordita, vestida con primorosas telas y adornada con vistosas alhajas: y la menor, de diez años, vestidita como *mujer grande* y supliendo con el arte lo que todavia no le habia otorgado la naturaleza. Segun confesion de la madre, ninguna de las tres sabia leer ni escribir, pero ni coser tampoco. Todo lo remediaban con dinero.

—Su niña mayor está bien gordita, dijo á la madre la señora en cuya casa me hallaba.

—Sí, señora, contestó la madre, mejorando lo presente.

—Y para que usted vea, observó la gordita, apénas cómo.

—¡Ah! contestó su hermanita. ¡Qué mentirosa! Hoy se comió un cacho de carne de este tamaño.

Y poniendo la mano derecha sobre la sangradura de su brazo izquierdo estendido, señalaba el tamaño de la carne que comió su hermana.

—¡Niña! dijo su madre, no seas mal criada: se dice «dispénsenme el modo de señalar.»

—¡Cómo que yo soy *jartona* como ella! dijo la gordita, que hoy se bebió una taza de caldo que daba *mieo* y la dejó limpia.

—¡Mentira!—contestó la hermanita—la perrita fué

la que limpió la taza *lambiándola* cuando yo la puse en el suelo con la mitad del caldo.

—Vamos, niñas, dijo la madre, calma, y vamos á casa para que se muden la ropa para *largarnos* al baile, que ya es tarde.

Y se despidieron y salieron, y yo tambien salí murmurando:

«No te metas en dibu-
ni en saber vidas aje-
que en lo que no vá ni vie-
pasar de largo es cordu-»

Al salir presencié una disputa entre *un particular* y un bodeguero: el primero queria hacer responsable al segundo de un fuerte dolor de estómago que habia sufrido aquel dia.

—Yo no tengo la culpa—decia el bodeguero.

—Pero sí la tiene su vino—contestó su contrario.—

—Apénas tomé una copa del que le compré hoy, cuando me creí atacado del cólera: sabia á cloruro, á alquitran, á aceite de carbon, á alumbre, á sebo, á aguardiente á......

—Vamos, hombre—le interrumpió el bodeguero—eso es mucho ponderar.—Yo no *cabeceo* mi vino sino con água, palo de Campeche, aguardiente y......

—Y tambien con cualquier cosa que manche de verde—le interrumpió el marchante—porque sobre mi mantel se derramó una copa y por más que se ha lavado ha quedado en él una mancha que tiene todos los colores del prisma!

—Pues le juro á usted por mis hijos, cuando los tenga—contestó el bodeguero—que en mi vida le he echado *prisma* al vino, y cuidado conmigo, que aunque vestido de lana no soy carnero. ¡Ea!

Seguí mi camino por no presenciar una desgracia; por cierto que á los primeros pasos tropecé con una niña de poco más de cuatro años con colores que parecian estendidos sobre porcelana, cabellos como hebras de oro, y unos dientecitos como granos de arroz *de fuera*. Pare-

cia una *rosa de miniatura* arrastrada en un chiquero, y por lo tanto no olía á lo que huelen las rosas, sino hedia á lo que hieden las pocilgas.—Iba á la *bodega* á un *mandado* de su madre, y llevaba en la boca un cabo de tabaco, que en sus primeros tiempos midió muchas pulgadas.—Verdaderamente que la niña merecia, *por la gracia*, que se le regalase una boquilla de espuma de mar.

Entré en uno de los carros del ferro-carril llamado *El Urbano*, que á pesar de su nombre, jamás tiene la cortesía de detenerse cuando se le pide que lo haga, y me senté al lado de un individuo que dormia con un periódico en las manos y que despertó á mi llegada.

—¿Quieres colocarte?—le preguntó á otro que se hallaba á su frente.

—Yo estoy colocado—le respondió éste—colócate tú.

—Bien lo necesito—dijo el primero. Por este periódico se solicita un profesor de gramática, geografía, aritmética y moral, pagándole buen sueldo; pero tengo la desgracia de no poseer esos *idiomas*.

El megaterio que pronunció estas palabras, iba descalzo porque le lastimaban los botines nuevos que habia colocado bajo su asiento, los cuales se calzó cuando llegó al término de su viage. Este individuo ya que no aprendió *idiomas*, debió aprender á guardar á sus semejantes las consideraciones debidas. Debió leer á Carreño.

A otra cosa.

Aunque no sea más que como datos que pueden utilizarse para escribir una gacetilla, consigno en este lugar las reflexiones que me han ocurrido al ver decorados los Parques de la Habana con las sillas que bordean sus recintos. Bailes casi gratuitos y perpétuos, pueden tener á su disposicion los amigos de mover los piés *constantemente* al compás de la danza cubana. Salones inmensos les ofrecen los Parques de Isabel II y de Isabel la Católica, con estrados *ad hoc* de *blandas* sillas, y alumbrados de dia por la hermosa lámpara con que el Divino Creador ilumina al Universo; solo falta la

música *perenne*, que puede proporcionarse alquilando cuarenta órganos callejeros, que se prestarán gustosos á lanzar al espacio las dulces notas encerradas en sus armoniosas cavidades; pero como el cuerpo humano necesita descanso, pueden aprovechar los aficionados las horas de retretas para tomar un refresco y entregarse, despues que se retiren las bandas de las músicas militares, á su diversion favorita, evitando el *tabardillo* que pudieran proporcionarles los ardores de los rayos solares, con los perfumados soplos de las brisas de la noche.

No hay como estender la vista hácia las lontananzas para descubrir cosas maravillosas. Siguiendo este sistema, considerando que en los fosos no hay otras que las ruinas de las murallas que los limitan contemplados desde la orilla de la zanja, dirijí á ellas mi vista en busca de lo bello, y contemplé admirado, un hombre perfectamente formado, que pudiera equivocarse con la estátua que representa al Apolo de Belvedere. Estaba colocado en una pequeña eminencia en la misma actitud de la figura que representa la deidad pagana, y *con sus mismos vestidos*, para que la ilusion fuera completa. Orgulloso de si mismo se exhibia á los transeuntes de ámbos sexos; y verdaderamente causaba lástima que en aquellos momentos no lo hubiera recogido un salvaguardia para colocarlo en cierto *Museo* que lo reclamaba con la petulancia con que piden alimentos los tomeguines de *nido!*

Antes de concluir quiero tener el placer de decir á mis lectores, que en la Habana hay serenos que son verdaderas notabilidades en su género. Poséen tal elasticidad en sus pulmones cantando la hora, hacen tales calderones en las notas de su ária, que muchas ocasiones los principian en una esquina y los concluyen en otra de otra calle, produciendo la ventaja de que al pasar por la cuadra, todos los vecinos oyen cerca de su casa la hora que canta el sereno, con la misma fuerza que la oyó el que vive en la esquina donde principió á oirse el nocturno calderon.

Algunas cositas más pudieran agregarse á esta revista, pero como todas las que existen tienen su término, suspendo la murmuracion, á pesar de que, segun dicen los que lo saben, es el ejercicio mas inocente y saludable cuando no redunda en perjuicio del prójimo.

¡Por Dios!

Por supuesto que mis lectores saben que los quiero con todo mi corazon, y mis lectoras que las quiero con toda mi vida, y que sería capaz de dejarme cortar un dedo por ellas en caso de que tuviera veintiuno, con tal de que, en general, fueran intachables y se citáran en todos los lugares del mundo como las personas más cultas y más apreciables.

Por esas razones he escrito tantas cosas mal escritas, y por idénticas circunstancias me atrevo hoy á escribir estas líneas; y además porque estoy seguro de que todos comprenderán mi *buena intencion* y de que ninguno se detendrá en la superficie de la forma sino en la *profundidad* de su fondo, tan bueno como el mio, pues todo el mundo sabe que soy un pobre diablo, una paloma sin hiel, y que no digo sino lo que siento; sin ideas de ofender á nadie y solo con el objeto de que mis lectores se tomen el trabajo de comprimir tanto ripio, por si acaso la casualidad proporciona que pueda destilar algun *jugo*.

Aquellos de mis lectores á quienes pueda comprender este artículo, tendrán la bondad de perdonarme por las razones anteriores, si pueden comprenderles las fal-

tas que les imputo: si se enmiendan, les doy, desde ahora, mi más entusiasta enhorabuena y si quieren seguir con su gusto, con su pan se lo coman, si lo tienen, que para eso es suyo, si se lo han regalado, ó les cuesta su dinero si lo han adquirido de ese modo.

Pero siento en el alma, lectores y lectoras, oir *ciertas* palabras en boca de jóvenes decentes.

«*Ni te ocupes*»—le contestaba una señorita en el Parque, á un pollo que le pedia ardientemente la flor que llevaba en los cabellos.

—«*Mamita, yo quiero tingue*»—decia otra para burlarse del postulante.

¿Y què es *tingue?*—pregunto.—¿Qué cosa es *tingue?*

A una jóven decente, le preguntaban otra ocasion en una tertulia cuánto ganaba de sueldo.

—Tres *catatas*—contestó—y cinco *grullos*.

Quería decir que gozaba el sueldo de tres onzas de oro y cinco pesos.

—*¡Palucha!*—contestó otro—tú no ganas—tú no ganas más que dos *jaraganas*.

Este empleó la primera palabra como sinónimo de mentira y la última como equivalente de *catata*.

No hace muchos dias que un amigo, entusiasmado con una nueva de que fuí portador, me estendió la mano separando los dedos todo lo que podia y exclamando: *¡Engancha!—¡Enjorqueta!*

—¿Vas hoy á la valla?—preguntó un jóven á otro.

—*¡Candela!*—contestó el último.

—¿Qué quiere decir *Candela?*

—*¡Que ajuman gato!*

—No entiendo.

—Quiero decir que no voy á la valla, que no me gustan los gallos.

En la actualidad se oye por las calles gritar á *cierta clase* una frase que dice:—«Cójelo para...... *peinarlo.*» —La espresion va haciéndose de moda: dentro de poco se compone una danza con su nombre y he aquí que ya la pronunciarán inocentemente hasta las niñas más

decentes cuando quieran aludir á esa composicion músieal.

Otro jóven, elegantemente vestido, se le presentó á un amigo que le dá la enhorabuena por su ropa.—«*¡Ella me lava!*»—le dice al celebrarlo—¡Brabo!

Todo esto es *muy culto*, ¿no es verdad, lectores mios, que es *muy culto?*

Es tan *culto* ese lenguaje que yo daría, con tal que vosotros no lo usarais, en caso de tenerlo, mi dedo vigésimo primero.

Pero todavía hay más; y no puedo resistir á la tentacion de escribir el siguiente diálogo que tuvo lugar entre un galan y su pretendida dama.

—Padezco mucho al lado de usted, niña, sufro horriblemente.

—*¡No me gusta!*

—¿Duda usted de mí?

—*Paluchas, Pio.*

—Yo no me llamo Pio.

—Vámos, señor, «*no arrugue.*»

—Eso no puede ser, señorita, estoy muy separado de usted.

—Mire «*que no hay quien planche.*»

—Será posible que usté tan bella y tan...

—Eso no es más que *jabon*, caballero, *jabon*.

—¿Qué jabon, señorita?—yo no tengo jabon.

—Pero me está usted frotando con él.

—¡Dios mio!—pensaría el jóven—esta desgraciada está loca.

Y se despidió con el corazon oprimido.

Es muy comun oir decir que se le dió un *cuerazo* á aquel á quien se le tomó dinero prestado ó se le compró fiado algun objeto.

Y decirle *chota* al denunciante.

Sería cosa de nunca acabar si fuéramos á copiar tantas y tantas espresiones chocarreras de significacion doble, que tienen su orígen de personas corrompidas ó son inventadas en crapulosas orgías, que despues van

estendiéndose con rapidez espantosa, haciendo el mismo efecto en los hábitos morales de nuestra juventud que una úlcera gangrenosa en los cuerpos animados.

Reiterando á mis lectores mis cariñosas protestas, les ruego en nombre de nuestra cultura ataquen con todas las fuerzas de que puedan disponer á la perniciosa costumbre de familiarizarse con el chocarrero lenguaje del cual he procurado consignar algunas muestras. Seguro de que comprenderán mis buenos oficios, creo que serán apóstoles de estas doctrinas que deseo hagan practicar á sus amigos con la misma decencia que acostumbran practicar ellos mismos.

La Penita.

Hace tiempo, pero mucho tiempo, que existe entre nosotros y fuera de nosotros, una dolencia, una enfermedad tan estraña que, á pesar de haberse propagado con formidable rapidez, y de producir consecuencias, siempre de un resultado funesto, no ha ocupado, ni ocupa, y probablemente no ocupará la atencion de los hombres más prominentes de la ciencia de Hipócrates y Galeno.

Enfermedad tan terrible, ó más, que el cólera morbus asiático, más que la viruela negra, más que la fiebre amarilla; más que la tifoidea, más que la hidrofobia, que la meningitis en los niños y que el tétano traumático, y que la peritonitis; y más que la tísis tuberculosa y que el aneurisma del corazon; y más funesta y horrible que el cáncer en el estómago y los cálculos en la vejiga y más molesta y repugnante que la presencia de parásitos en el estómago, aunque estos se presenten formando falanges de ténias ó solitarias.

Pero me preguntarán mis lectores enemigos de acertijos:—¿Y cómo se llama esa dolencia, que, por las muestras, es la más poderosa de las armas de la muerte?

Esa enfermedad no está clasificada, lectores carísi-

mos; no se han tomado el trabajo, los médicos de nuestra época, no digo de estudiarla, pero ni siquiera de darle un nombre, y la enfermedad existe y se propaga como una horrorosa epidemia, y, á falta de médicos que la estudien y combatan, los mismos enfermos se propinan el agente therapéutico que pueda salvarlos, segun su experiencia, y que causa en ellos fenómenos tan variados, que producen otros fenómenos que influyen, de una manera directa, en la vida pública y privada.

Pero, preguntarán mis lectores asustados:—¿Y cual es esa enfermedad que nos asusta, que nos crispa los nervios, que nos mata sin conocerla? Debe tener un nombre tan horroroso como sus resultados: tremebundo, piramidalmente terrible, fabulosamente horrendo, exageradamente estrepitoso......

—No, impacientes lectores mios; los mismos enfermos, los mismos que se aplican la única medicina que conocen, la han bautizado con un nombre escesivamente modesto.—Esa dolencia destructora que debia llevar un nombre más horripilante que todos los agentes destructores de la humanidad, lleva un nombre bien conocido y sencillo.—*¡La Penita!*

El pobre invadido siente un movimiento de alegría: le ha nacido un varon que deseaba.

¡Pobre hombre!—Ya está sintiendo los síntomas de *la penita*.—Parece natural y lógico creer que la tristeza produzca en él un efecto contrario; pero ¡cosa rara! Se le muere el hijo de repente y tambien siente, con los mismos fenómenos, los efectos de *la penita*.

El calor es escesivo:—El pobre enfermo siente la maldita *penita* que lo destruye, que lo mata; y busca en el frio un profiláctico consolador...... ¡es igual! *La penita* se desarrolla con el frio.

Se pincha un dedo con un alfiler que le infiere una herida más pequeña, si puede ser, que el punto matemático, y el miedo al pasmo es tan terrible, que, al momento siente los efectos de *la penita*.

Y si no se pincha, siente *la penita*, por solo el te-

mor de haberse pinchado. ¡Oh! *la penita, la penita!*

Si va á batirse en duelo le ataca *la penita;* si vence, se pronuncia más espantosa: el único remedio, en caso contrario, es una estocada ó un pistoletazo en el corazon. Esto último es un remedio probado. ¡Oh, *la penita, la penita!*

Pero lo notable de esta dolencia, de este azote de la humanidad, es, que el remedio, que para curarla se aplica, produce fenómenos mucho más sorprendentes que la misma enfermedad. A la segunda ó tercera dósis un marido apalea á su esposa, porque ella no gana lo suficiente para comprar por mayor el remedio probado.

Si ántes del remedio no era músico, despues canta como un ruiseñor ó una calandria.

Si era manso ántes, despues es una pantera; y si ántes no peleaba por diez bofetadas que recibiera, despues es capaz de aplicar doscientas á la mayor de las pirámides de Egipto.

De limpio se convierte en súcio.

Si enfermo y sin medicina era bien hablado y modesto, despues de la tercera dósis, es insolente y grosero y no hay palabra en el vocabulario de los más inmundos lupanares, que no brote de los lábios del atacado de *la penita.*

Por las señales exteriores es fácil conocer al que se está curando.

Ojos inyectados, boca húmeda, voz balbuciente y ronca; miradas vagas, pupila dilatada, flojedad en las piernas; color rubicundo en ciertos periodos, pàlido en otros, pasos inciertos. En su marcha, el invadido que se cura, describe círculos, elípses, triángulos, parábolas y todas las figuras que pueden describir los cuerpos celestes, segun todos los sistemas planetarios.

Regularmente se vuelven poetas, y todos ó los más, improvisan versos con una facilidad que pasma.

Despues de algunas explosiones del estómago, una taza de café amargo, ó un cubo de agua derramado sobre sus cabezas, pueden proporcionar á los pacientes un

sueño reparador que los sumerge en todas las delicias del éxtasis.

No es en los establecimientos farmacéuticos donde se procuran los dolientes los específicos para curarse de *la penita*. En los cafés y bodegas, segun precio y *segun arte*, y en pequeñas y grandes dósis, segun fórmula de los invadidos, encuentran siempre preparadas las medicinas siguientes:

Cognac Robin.

Otard-Dupuy.

Belloc.

Ginebra de Wolffe.

De la Campana y..., y..., y... no me acuerdo de otros *medicamentos* ménos usados, pero, llamémosles H., que es lo mismo que si dijéramos...... *aguardiente*.

¡Desgraciados! Sí, desgraciados aquellos que por sentir un poco húmeda la atmósfera, se sienten invadidos de *la penita*, y desgraciados aquellos que por una fatalidad terrible están obligados á sufrir su contacto!

Olvidábaseme, curiosos lectores, acabar por donde debía haber empezado: definiendo la enfermedad que, al vapor, he descrito.—*La penita* es una *cosa* así...-como un pretexto; pero un pretexto que hace perder al que lo practica, todo lo que puede perder el hombre, vergüenza inclusive. Es un pretexto que consideran como un salvo-conducto para convertir el *aguardiente* en alimento diario.

En el Campo.

Todavía no resonaban en los campos de Cuba los pitos de las locomotoras cuando tuvieron lugar las escenas que voy á referir y, por consiguiente, ninguno que se halle *hoy* en idénticas circunstancias que los personajes que figuraron en ellas, tiene derecho á creer que me sirve de modelo para confeccionar un cuento, ó juguete, que sirve de entretenimiento á mis lectores. Hechas estas salvedades que las creo muy oportunas para que sirvan de prólogo, voy á entrar en materia, porque el tiempo es corto.

Una mañana del templado Mayo, despues de haber andado ocho leguas de camino, colocado sobre los lomos de un infeliz caballo de alquiler, me hallaba sentado en un taburete de cuero crudo, en el colgadizo de una taberna situada en el recodo de un camino de Vuelta-Abajo; recodo que pudiera llamarse:

> «Paso difícil, solitario, estrecho,
> Que apénas deja trecho
> A la pezuña asnal ó humana zanca.»

Al mismo tiempo que descansaba de las *impresiones* del viaje, saboreaba en una taza *de á medio*, colocada

en un plato de mesa, el mas esquisito *café de tusa de maiz* que puede prepararse en las tabernas de los campos de Cuba, conservando todo el aroma del humo de la leña; y deleitaba mi vista contemplando en las cercas del camino el vuelo de los tomeguines y mayitos, y en los cogollos de las palmas al terrible cernícalo que, arreglando sus plumas, procuraba descubrir con su vista de águila, el lugar donde ocultan los pájaros su nido, ó la rama donde el lagarto, cambiando sus colores, procura ocultarse á su eterna vigilancia; y oia, á lo léjos, el arrullo meláncólico de la tojosa, asustada por la tardanza de su esposo, que, bañadas sus alas con el rocío de la mañana, buscaba el alimento de sus hijuelos comiendo las semillas del *cardo santo* y bebiendo el agua detenida en los charcos del camino. Si entónces los hubiera sabido, hubiera declamado *los versos* de la cancion titulada *Cuatro de Noviembre:*

«Léjos del fausto populoso y vano
de la vida social goza el poeta.»

Pero acababa de apurar el líquido que al parecer me inspiraba, y separando mi vista del panorama campestre, la dirigí al interior de la taberna, donde esperaba el *resultado* de mi libacion el dueño de la casa, que se acercó á recoger su loza y el precio de su pretérito contenido.

—¿Vá usted muy léjos?—me preguntó mirando mi caballo.

—Me faltan ocho leguas de camino—le contesté.

—Pues amigo—replicó—si usted no le dá á su caballo un baño, veinte mazorcas de maiz y dos horas de descanso, lo deja en el camino. Está muy cansado y el sol es muy fuerte: si usted quiere yo me haré cargo de todo, y hasta de prepararle á usted el almuerzo, si gusta conformarse con lo que tengo de comer.

Me pareció bueno el consejo y lo acepté en todas sus partes; y abandonando el colgadizo, donde ya se deslizaban los rayos del sol, entré en *la sala* de la ta-

berna y sentándome en otro taburete igual al primero, que estaba al lado de una mesa sin mantel, apoyé en ésta uno de mis codos y la cabeza en la mano correspondiente, haciendo con la vista un minucioso inventario de las existencias de la tienda, miéntras el huésped *refaccionaba* al caballo y me preparaba el almuerzo.

Al otro lado de la mesa estaba sentado un guajiro viejo torciendo sobre ella un tabaco que se le desbarató dentro del sombrero, y que, marchante de la casa, esperaba alguna cosa.

—Más sabe el diablo por viejo que por diablo—me dijo el guajiro.

—¿Por qué dice usted eso?—le pregunté.

—Porque yo soy viejo y sé más que el diablo. Apuesto mi yegua mora contra un tabaco fuerte á que sé en lo que usted piensa ahora.

—¿Será posible?

—Usted está mirando el surtido de esta tienda, y como no ve más que dos ó tres sogas y un pedazo de *carne bruja*, y un poco de sal, y otro de azúcar, y otro de manteca, que apénas alcanza todo para comer un hombre...... dice usted: ¿cómo es posible que esta tienda produzca para pagar la casa y mantenerse el tabernero, y su caballo, y sus cochinos y sus gallinas?

—Efectivamente, amigo mio—dije al guajiro—en eso pensaba.—El amo de esta casa debe estar arruinado.

—¡Arruinado!—me contestó el viejo.—¡Ya quisiéramos los dos tener lo que él tiene! Allá abajo tiene una *posesion* donde vive su familia; aquí enfrente, tiene un sitio arrendado; en la cañada tiene una vega, y por donde quiera tiene animales á piso y en ceba, y sobre todo, paisano, ¡efectivo! ¡efectivo! Y ese capital lo ha hecho en esta casa.

—La habrá tenido mejor surtida en otros tiempos—dije á mi viejo interlocutor.

—Nunca mejor que ahora, mi amigo,—me contestó. —Pero su comercio no está en lo que usted vé, sino en la gallina que le trae á vender el negro de una finca y

que por no volverla á llevar se la deja por un tabaco ó por un poco de aguardiente: y quien dice gallina, dice tambien el pan de azúcar, y el manojo de tabaco, y la arroba de café, y el tercio de puerco ahumado...... y luego, que el amo de esta casa tiene muy buenas relaciones y se lleva bien *con todo el mundo*...... y es muy *reservado*......

Estas últimas palabras las pronunció el viejo en voz baja, á tiempo que al tabernero colocaba sobre la mesa un mantel viejo y manchado, un par de panes del dia anterior y un cubierto, entre cuyas piezas figuraba un instrumento de hierro estañado que hacia los esfuerzos más atrevidos por tomar la apariencia de cuchara.

—Acérquese, mi amigo—dije al viejo—hay para todos.

—Habilitado estaría yo—me contestó—si fuera á esperar á esta hora para almorzar. ¡Que le haga buen provecho, paisano! Yo voy á tomar un poquito de *ginebra*. ¡Eh! D. Dimas!—exclamó dirigiéndose al tabernero.—¡*Ginebra* de la Campana!

Y D. Dimas le sirvió la ginebra y el guajiro se curó el hipo.

Mi compañero sabia, á pesar de vivir en las *maniguas*, que el alcohol perjudica al organismo á no ser que se emplee como agente therapéutico

—Qué, parece que hay hambre!—me dijo.

—No falta—le contesté.

—Eso lo trae el trajin del camino: no hay cosa mejor para abrir el apetito que montar á caballo y andar cuatro ó cinco leguas seguidas.—¡Eh, D. Dimas!—¡D. Dimas!

—Qué se ofrece?—le dijo éste presentándose.

—Hombre de Dios! Hace tres horas que le estoy esperando! ¿Qué hay del trato?

—Qué no podemos hacer negocio. Usted pide muy caro por el maíz...... y luego...... no es de primera!

—¡Que no es de primera! ¡Cada mazorca de media

vara, con cada grano como una naranja y limpio como la plata! ¡Y dice usted que no es de primera!

—¿Cuántas fanegas tiene usted?

—De maíz *de cuenta* no tengo más que cincuenta fanegas: el otro no lo he contado porque lo quiero para *el gasto.*

—Corriente: ¿y cuánto me debe usted de efectos?

—Usted sabrá D. Dimas, yo no he llevado cuenta.

D. Dimas fué al cajon del mostrador y sacó un cuaderno que puso sobre la mesa en que yo almorzaba, diciéndole al guajiro:—Voy á darle á usted por el maíz los ciento cincuenta pesos que me pide por él: pero vámos á liquidar cuentas.

—¡Adelante!—dijo el otro.

—El dia primero de Enero—leyó el tabernero—llevó usted dos arrobas de papas á cinco pesos.

—¡D. Dimas!—gritó el viejo.—¡Si usted nunca ha tenido papas en la tienda!

—Por eso no quiero fiar á nadie—dijo el tabernero—á la hora de cojer todo se vuelve flores y luego......

—Pasen las papas—dijo el pobre viejo.

—El dia dos me escribió usted pidiéndome......

—¡Ahí tiene usted!—interrumpió el campesino—yo no sé escribir.

—Quiero decir—dijo D. Dimas—que me pidió usted seis sogas de majagua que estaban colgadas de aquel clavo.

Y el tabernero buscaba un clavo cualquiera que pudiera servirle de comprobante.

—En ese—dijo señalando para uno pequeño, clavano recientemente.

El guajiro se levantó y tomando el clavo con dos dedos lo arrancó sin esfuerzo.

—D. Dimas—dijo doblándolo con la misma facilidad que lo habia arrancado,—¿es posible que este clavo pudiera resistir el peso de seis sogas de majagua?

—Pues las resistió, amigo mio;—contestó el homónimo de uno de los mártires del Calvario.—Lo que us-

CARRETONEROS.

No se puede negar que hay padres que solo se acuerdan de sus descendientes cuando los ven ó cuando alguno se toma el trabajo de recordárselos; pero tambien es indudable que, á diferencia de éstos, hay otros tan cuidadosos de la carrera que han de seguir sus hijos, que son úna verdadera antítesis de los primeros.—Conozco á un individuo, carretonero de *profesion*, (que tambien hay *profesores* en este ramo,) que tiene un hijo como pudiera tenerlo cualquiera que nunca hubiese manejado mulas; y es tan celoso de la educacion de su vástago que no pasa una noche sin darle una leccion á su tierno infante, sobre los diferentes lances que proporciona su oficio, al cual lo destina, y sobre las voces técnicas que deben usarse para desempeñarlo con acierto.

—Ven acá, Antolin—le dice en las horas en que otros padres apáticos dejan á sus hijos vagar por las calles.—¿Ya sabes aparejar una mula, de modo que siempre tenga llagas formadas por los arreos?

—Sí, señor.

—¿Y que harias tú si estuviera prohibido cargar con tres cajas de azúcar un carreton?

—Le pongo cuatro.

—¿Y si la mula se resiste?

—Le doy dos patadas.

—¿Y si la mula te hace lo mismo?

—Le doy ocho.

—Así...... sin decir nada?

—No señor; por cada una patada, un voto á Dios y á mi madre y á la de la mula.

—¿Y nada más?

—Y me tiro de los cabellos: y me doy puñetazos en el vientre y...... digo todo lo que usted dice. (Aquí el niño dice cosas que no se pueden escribir.)

—Bien, hijo mio, bien. ¿Qué haces tú si ves dos carruajes de vuelta encontrada, que impiden el paso?

—Atravieso mi carreton entre los dos, si puedo.

—¿Y si te dicen los cocheros que salgas?

—¡No salgo!

—¿Y si te amenazan?

—Me pongo sobre mi carreton con el *cuero* en la mano, gritando todas las desvergüenzas que usted me ha enseñado.

—¡Bravísimo! ¡Bravo! hijo mio, dentro de poco voy á hacer las diligencias necesarias para que te examines y *gradúes* de carretonero. No quiero que lo hagas ahora, porque solo sacarás la censura de *notablemente aprovechado*, y como todavía te faltan algunas cositas más, quiero que las aprendas.—Todos los dias paséate por cerca del muelle y sus inmediaciones, oye bien á muchos de mis compañeros y estúdialos con atencion, de modo que merezcas y te concedan la nota de *sobresaliente*.

Véase si tengo razon al decir que no todos los padres abandonan la educacion de sus hijos.—Abrigo la esperanza de que Antolin no defraudará las esperanzas del suyo, y de que dará lugar á que se escriba un libro en el cual se pruebe que los carretoneros, *en cuanto á cultura*, son superiores á todo lo que se escriba para corregirlos.

Fortuna te de Dios, hijo...

Grande experiencia de las cosas del mundo tenía el padre que tal cosa aconsejó á su hijo, deseándole porvenir dichoso, pues en balde es que el hombre se esfuerce en conseguir honra ó dinero, por más merecimientos que tenga, si la veleidosa deidad de los ojos vendados, no lo toma bajo su proteccion.

Y, si diarias experiencias no lo acreditaran de evidencias, como dijo el otro, sería una prueba de los increibles medios de que se vale la suerte para protejer á sus escogidos, la rápida fortuna que ha hecho un médico que conocí, que debió la clientela que tuvo, al *medium* de que se valió la fortuna para enriquecerlo. Y digo *que tuvo*, por que ya *no cura*, y retirado de la vida pública, goza hoy de los frutos que ha cosechado, como premio de sus servicios en provecho de la humanidad doliente.

El Licenciado Borugas, debe su fortuna á una vieja.

D. Fulano de Tal, tuvo la humorada de almorzar queso *d' appres nature*, es decir, segun se vende en el almacen de averías algunas veces, y bebió despues una taza de café artificial, con leche artificial, compuesto aquel con tusas, garbanzos, y otras *hiervas*, y ésta, con

almidon de boniatos, agua súcia y bicarbonato de soda. D. Fulano de Tal no podia digerir tales cosas, y los dolores de barriga que sufría, le hacian poner el grito en el cielo, sin que pudieran aliviarlo, el pellejo de *molleja* de *gallina*, ni la hierba buena, ni los polvos de la *tierra santa*, que su atribulada familia le propinaba, como remedios caseros, para desbaratar aquellos *alimentos* que, *enteros* en el estómago del paciente, le hacian padecer atrozmente, con riesgo de su existencia.

Ya eran necesarios remedios enérgicos; era inminente la presencia de un médico, y los parientes del enfermo titubeaban en la eleccion del facultativo, cuando una vieja vecina entró en la casa, como suelen hacerlo algunas, para intervenir en lo que no la interesa y dar consejos que no se le piden.

—No manden á buscar el médico H, que es un bruto—dijo—ni al Doctor M., que es un *animal*, ni al Licenciado R., que es un mata-sanos; manden por Borugas, que, aunque no ha estudiado mucho, ni ha viajado, ni usa coche, tiene muy buenos aciertos, *mano santa* y muy *buen ojo;* no se equivoca nunca en las enfermedades, y si se le muere algun enfermo es porque Dios quiere. Sobre todo es muy llano, muy tratable, no se vá hasta que no le despiden y coje lo que le dan; no es como esos médicos encopetados que por cada visita quieren un ojo de la cara, y que en no pagándole una, dejan al enfermo abandonado, porque no vuelven aunque le supliquen con lágrimas de sangre.......

Y Borugas se hizo cargo del enfermo.

Llegó á la casa y entró en ella, como si fuera un antiguo conocido, con el sombrero calado y fumando su veguero, bromeando con las muchachas y reconociendo á *la vieja*.

—¿Lo ven ustedes?—dijo ésta—es lo más *llano* del mundo.

—Vamos á ver al enfermo,—dijo Borugas—y penetró en el aposento sin invitacion alguna.

—¿Qué ha tomado usted?—le preguntó distraido.

—Señor,—contestó el doliente—queso en mal estado, café *artificial*, y leche de esa que se vende *compuesta* por los lecheros.......

—Mal hecho; el que echa en su estómago esas cosas debe morirse.

—¡Oh!

—¿Su lengua está humeda?

—No señor.

—¿El vientre elevado, dolorido?

—Sí señor.

—Pues averiguado que la lengua está húmeda y el vientre elevado y dolorido, está claro que es consecuencia de cuerpos nocivos encerrados en el estómago, y que han sobrevenido cólicos. Vámos á recetar: conocido el mal, ya está indicado el remedio.

—¡Lo que yo dije!—exclamó la vieja.—¡Ya verán ustedes!

Y Borugas recetó un purgante de Soda, y lavativas, y se despidió recibiendo un billete de Banco de tres pesos.

Miento: que entónces no se conocian los billetes de Banco: lo que recibió fué *un peso fuerte*, y salió contento.

El purgante hizo su efecto, y, desalojado el vientre, el enfermo volvió á tomar posesion del mundo, que estuvo próximo á abandonar.

Era necesario, por tanto, una muestra de gratitud, y á pluralidad en votos se acordó dar las gracias á Borugas, segun acostumbran algunos, por medio de un *comunicado* que se publicó en la forma siguiente:

"CURACION NOTABLE.

Sería el hombre más ingrato si no diera á conocer al mundo una curacion notable llevada á cabo por el modesto facultativo Sr. Borugas, el cual con una inteligencia y desinterés poco comunes, me libró de la muerte segura con que me amenazaba una *quesitis* complicada, que produjo en mi economía la *brinquitis láctea*, con tendencia á la *garbancitis*; cuyo mal, de carácter

ya crónico, fué combatido con la habilidad y pericia que distinguen al verdadero génio. Nombres como el de Borugas deben ser escritos en bronce para que pasen á la posteridad rodeados del explendor de la gloria, y como no tengo, por desgracia, con qué corresponder al beneficio que he recibido, hago al público esta manifestacion, en beneficio de la humanidad doliente. ¡Diole dé al Sr. Borugas larga vida y le colme de bendiciones!»

Y como subsistian, *en aquella época*, las causas que motivaron la enfermedad á que alude el comunicado, abundaban los enfermos, y el Dr. Borugas insertó en la seccion económica de un periódico el anuncio siguiente:

"**DR. BORUGAS.**

Especialista en indigestiones. Consultas de tres á cuatro. Grátis á los pobres. Calle de tal, número tantos.»

Y no fué preciso más, para sentarse en el carro de la Fortuna, que así podia llamarse al faeton de Borugas.

No sé si vive aún ó ha fallecido, pero lo cierto es que, últimamente, ya no curaba sino *por amistad*, á señaladas personas.

Ya ven mis lectores que no se necesita para hacer fortuna más que...... fortuna y una vieja intermediaria ó...... cualquier cosa.

La calle de "El Gato."

....Y pues la señora Dulcinea del Toboso envía á pedir esos seis reales, y la prenda es buena, segun parece, no hay sino dárselos, que sin duda debe estar puesta en algun grande aprieto.

D. Quijote.

No queda duda de que la industria de Gabelo, siguiendo la corriente del siglo actual, marcha á su perfeccionamiento de una manera evidente y prodigiosa.

Y no podia ser de otro modo.

Los usureros, esos pobres mártires de su propia abnegacion, esos pobres que constantemente tenian abiertos sus bolsillos para remediar necesidades ajenas, no podian quedar rezagados cuando tantos hombres ménos interesantes que ellos, adelantaban siguiendo la marcha progresiva de la sociedad.

Era necesario perfeccionar la usura.

Era indispensable evitar los golpes que contra los desgraciados usureros lanzaban sus encarnizados enemigos.

Era preciso embotar sus armas, haciendo innecesarios los fiadores, los concursos de acreedores y las ce-

siones de bienes; y así como al descubrimiento de Mr. Daguerre siguió su perfeccionamiento por medio del ambrotipo y la fotografía, así á los instrumentos quirografarios debian seguir las escrituras simples, á estas las hipotecarias y á todos estos sistemas la adopcion de las ventas con *pacto de retro*, quitasol utilísimo, á cuya sombra se acogen los hombres caritativos que vienen ejerciendo desde tiempo inmemorial el oficio de redentores de ajenas calamidades.

¿Qué ganaba en la época de la ignorancia un hombre *trabajador*, repartiendo centenares de onzas de oro entre otros tantos individuos que le pagaban un peso, dos pesos y hasta cuatro pesos *de premio* por cada una? Pobrecillos!

¿Qué ganaban estos caritativos industriales con semejante sistema, si cuando ménos lo esperasen podia presentarse un negociante *por mayor*, que *tomándoles* principal y ganancias, los arruinaran completamente en un concurso de acreedores?

¿De qué servian las escrituras hipotecarias, cuando prescindiendo de ellas, podian presentarse otros títulos por mayores entidades?

¿A donde iban á parar los cálculos de los pobres amigos del prójimo que pretendian, al vencimiento de los plazos, ser *propietarios absolutos* de la finca gravada?

¿Qué recurso les quedaba despues de pronunciada en contra, una sentencia de graduacion?

Gracias que les quedara aliento par exclamar con voz desfallecida, despidiéndose *del pico:*

¡¡Adios, mi dinero!!

Pero ya pueden respirar los señores prestamistas. El faro de la experiencia iluminando sus cerebros les indicó, como era natural en esta época de adelanto, el seguro puerto, la abrigada bahía donde á cubierto de vientos tempestuosos pudieran realizar sus *moderadas* ganancias en transacciones de mayor cuantía; y comprendieron que las mejores seguridades, en los negocios,

eran las *ventas fiduciarias* y las ventas *con pacto de retro*.

¿Quién tiene mejor derecho que un propietario?

Todavía, á pesar de las poderosas trincheras con que se escudan los secuaces de Gabelo, todavía se estremecerán de espanto al considerar la confianza con que se entregaban en manos de sus *corredores*, y las infinitas dificultades que tenian que vencer para arreglar un negocio: pero, ¿qué se resiste á la imprenta?

¿Qué cosa existe más admirable que el arte de Guttemberg aplicado al dinero *á premio?*

Lo que ántes hacian los corredores *sin títulos* aguzando como puntas de leznas sus entendimientos, para allegar *moderadas* ganancias, lo hacen hoy los periódicos por algunos centavos.

Los *corredores* proponian el dinero á determinados *marchantes* con infinidad de palabras.

Los periódicos con un laconismo admirable, gritan *á los muchachos:*

«*¡¡Dinero, dinero!!*»

Y los muchachos que no son otros que los que se encuentran en estado de *fluidos*, abren los ojos como si vieran *cosa mala* y siguen leyendo lo que dicen los periódicos.

«Se dá dinero en todas cantidades, en la calle de *El Gato*.»

Y se precipitan como lobos, hácia la calle de *El Gato*.

¡Ya lo creo!

Hasta los perros van á la calle de *El Gato*.

¿Quién lo duda?

¡Por dinero baila el perro!

¿Qué mucho que bailen *los muchachos?*

¿Se dá dinero en la calle de *El Gato?*

¡Venga!

Y el que se haga de miel que se lo coman las moscas.

Efectivamente, en la calle de *El Gato* se reparte dinero en todas cantidades.

[illegible]

[illegible] de su esposa y sus [illegible]

[illegible]

[illegible] sus puertas a las desgracias impre-[illegible] se despoja de sus pren-[illegible]

—[illegible]

—[illegible]

—Son de oro bajo......

—¡Pronto, por Dios, que mi mujer se muere!

—El reloj es antiguo......

—¡No tengo tiempo que perder...... ¡Dinero!

—La leontina está usada......

—Pero déme usted dinero, por Dios: lo que usted quiera!

—Diez pesos...... y me parece mucho.

—Pero ¿qué voy á hacer con diez pesos? ¡Dios mio! y á estas horas...... médico, botica...... gallinas......

—Pero con diez pesos tiene usted para empezar; mañana...... será otro dia.

—¡Venga el dinero!

—Firme usted.

Y el hombre angustiado firma un papel y se salva:

¡Hourrah por las *tres bolas!*

¡Hourrah por los hijos de Israel!

«Vendo—dice el papel—al vecino de la calle de *El Gato* mi reloj y mi leontina con las señas del márgen, por la cantidad de diezy sietepesos. *Si puedo* volverla á adquirir, me espera un mes para deshacer el contrato.»

¡Viva el progreso! ¡Viva!

¡Gloria á Gabelo!

De hoy más no habrá miseria en la Habana.

Porque el dueño de la casa de la calle de *El Gato* le ha dado mayor espacio para estender sus operaciones.

Compra y vende muebles de todas clases.

Practica toda clase de negocios sobre ropa nueva y usada.

Desde un real hasta cantidades respetables, se hacen préstamos y cotizaciones en la casa de la calle de *El Gato*.

Una muestra puedo presentar á mis lectores de las ventajas de aquella institucion piadosa.

Aquel hombre que, encerrado en su cuarto, tiene necesidad de una hoja de higuera para ser una cópia perfecta de nuestro padre Adan, ha sido parroquiano de aquella casa, y principió por llevar sus botones de

brillantes, *con intencion* de rescatarlos al mes siguiente; y la intencion no pasó del *conato*.

Despues llevó su reloj de oro, remediándose con el de plata.

Más adelante llevó el de plata, conformándose con el...... de los serenos.

Parece que el viento de la desgracia siguió aumentando su violencia y el pobre dejó en la calle de *El Gato* sus cubiertos de plata, remediándose con los de cobre; haciendo luego la misma operacion con los de cobre y empleando despues, como remedio subsidiario, *los dedos*, en sus operaciones culinarias...... y hubiera llevado los dedos á la calle de *El Gato*, si hubiera tenido luego la seguridad de que se los hubieran empeñado.

Poco tiempo despues estaba comiendo, en la fonda, un pedazo de carne.

Cualquiera hubiera creido que comia un beefsteak *á la inglesa*.

Pero el hombre de la calle de *El Gato* que le habia *remediado* la necesidad de aquel dia, sabia á ciencia cierta, que estaba comiéndose su levita de paño con salsa cruda; como supo despues que se comió las camisas y las medias, en forma de revoltillo, y los pantalones transformados en queso, y los calzoncillos en minuta; y los chalecos en sopa de tortuga; concluyendo un dia el resto de su hacienda, devorando los botines en forma de hígado á la italiana y bebiendo corbatas y pañuelos, convertidos en café con leche.

¡Oh progreso! ¡oh caridad!

¡Hourrah por las *tres bolas!*

¡Hourrah por los hijos de Israel!

Pero no se crea por este escrito que las prendas adquiridas en la casa de la calle de *El Gato* son una propiedad *perpétua* de su actual dueño. El reloj y la leontina, los brillantes, las levitas, los pantalones y calzoncillos, los chalecos y corbatas, los botines, las sábanas, las almohadas, los sombreros; los baules, los catres, las cazuelas, las tijeras, los cuchillos y tenedores;

sillas, sillones y bancos, lámparas, cepillos, sierras, garlopas; y todo aquello que el descuido de sus primitivos dueños abandonó á la casa protectora; todo figura en sus vidrieras ó en sus anaqueles, á la espectacion del público y para su venta.

Para que los pobres se remedien.

Porque en aquella mansion donde la caridad se ha establecido, llevarán los que deseen comprar un reloj de valor de ocho onzas y no tengan más de seis, la prenda que solicitan; porque el individuo que lo vende y dió por él diez pesos, se contenta con la módica ganancia de noventa y dos duros, con tal de que nadie salga disgustado de su casa.

¿Quién es el que no se viste de piés á cabeza, comprando ropas por ménos de la mitad de su valor?—El fátuo que prefiere gastar centenares de pesos en establecimientos de primera mano, por no hacer una visita á la casa de la calle de *El Gato*.

Y hay que advertir que la generosidad de esa casa es contagiosa.

Cualquiera tiene derecho á decir, *en privado*, que le regaló á Mengano una pieza de ropa de pintas conocidas.

—Chico, le dice Eduardo á su amigo Anselmo en el teatro: aquella levita que lleva Teodoro es la tuya.

—Se parece bastante, contestó Anselmo.

—No, no es que se parece, es la misma; tiene en la espalda la mancha de cera que le cayó en la iglesia el Domingo de Ramos.

—¡Qué casualidad!

—No es casualidad, sino que es tu misma levita: repara que uno de sus botones es diferente de los otros y tú debes acordarte de que se lo pusiste á falta de otro. Confiésame que se la has prestado ó regalado á Teodoro: yo soy de confianza.

—¿Qué quieres? Me la pidió prestada y me causó tanta lástima, que no pude ménos que regalársela.

¡Oh casa de la calle de *El Gato*!

¡Tú sabes lo que hay de cierto en la generosidad de Anselmo!

¡Tú sabes los sudores que pasó para que le *empeñáran* lá levita en cuatro pesos!

¡Tú sabes los esfuerzos del pobre Teodoro para que un mes despues se la vendieran en ocho!

¡Oh generosidad, como te parodian en el mundo!

No hay necesidad de decir que el dueño de la casa de la calle de *El Gato* es aficionado á la poesía.

Ninguno mejor que él es capaz de juzgar del mérito positivo de una mujer hermosa, que descrita en primoroso romance, se le presente con cabellos de oro, dientes de marfil, ojos de esmeralda, lábios de rubíes, que escupen diamantes......

Aquel señor de la calle de *El Gato* derramaria sobre la cabeza de la hermosa el pomo de *agua fuerte* para reconocer los quilates del oro de los cabellos, introduciria un punzon en las órbitas de los ojos de la niña, para desengarzar las esmeraldas; á fuerza de lima arrancaria los lábios para pesarlo todo escrupulosamente, y como que no estima sino valores intrínsecos, recogeria la saliva que pudiera y lo demás lo arrojaria á la basura como objetos voluminosos y supérfluos.

Pero tengo que pedir perdon á mis lectores, caso de que hayan tenido la paciencia de leer este artículo hasta su conclusion.

Cada vez que he tenido necesidad de hacerlo, he citado la calle de *El Gato.*

Y he tenido la imprudencia de no detenerme en una circunstancia muy especial, la cual habrán observado con su natural perspicacia, y me preguntarán con justicia:

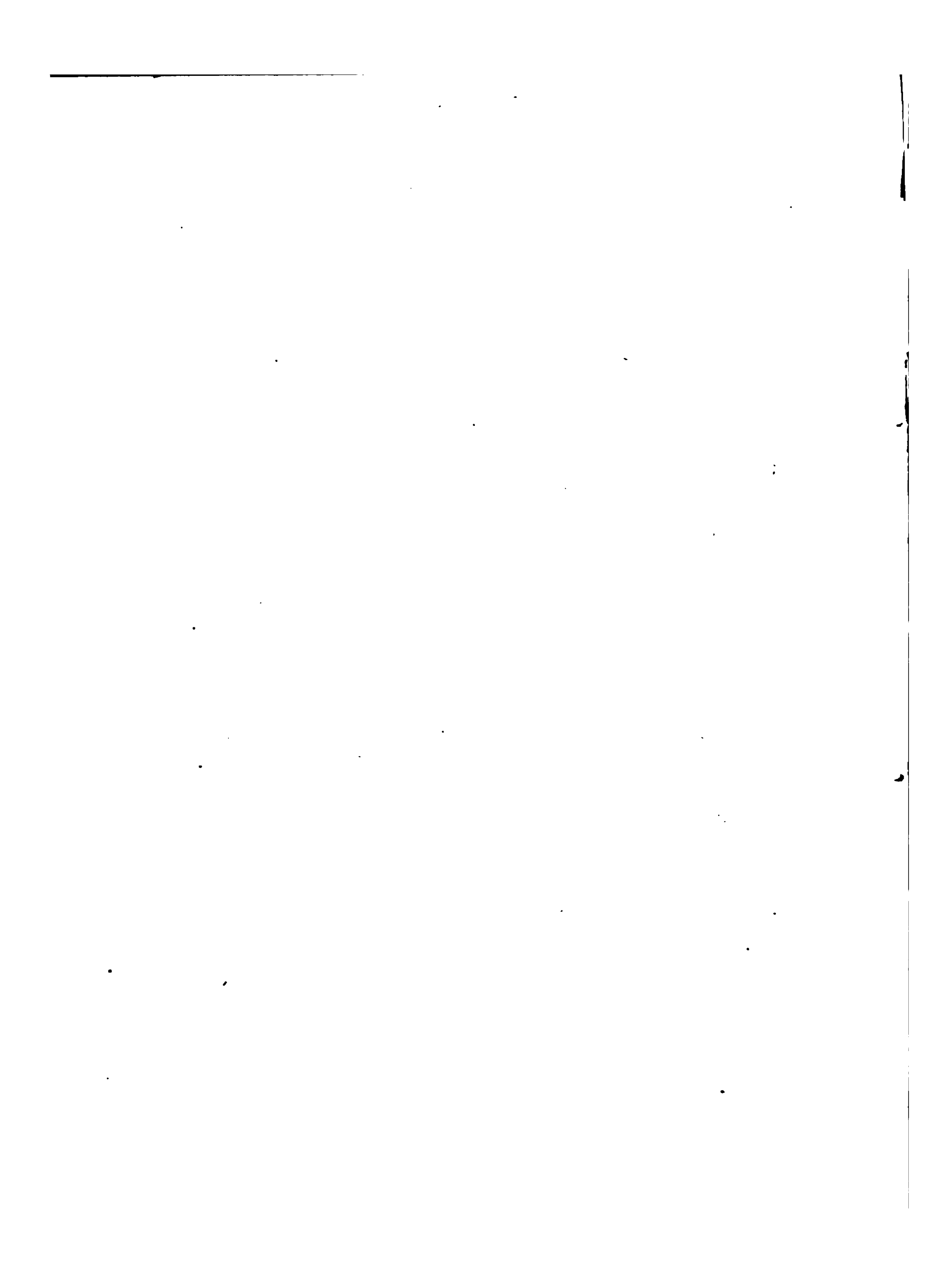
¿En qué se conoce la calle de *El Gato*? ¿Por la muestra que la distingue? Pues entónces hay muchas calles de ese nombre, porque por donde quiera se vé la muestra de *El Gato.*

Esa es la falta, mis queridos lectores, por la cual reclamo vuestra indulgencia.

No es calle de *El Gato*, sino calle de *La Gata*, que seguramente ha parido, y sus hijos se han repartido por muchas calles de la Habana.

No creo que mis lectores me tendrán á mal que les haga una advertencia que puede parecer un consejo, á pesar de que muchos prefieren el dinero á las más saludables máximas.—¡Huid, mis queridos amigos, de las cuevas de los *gatos!*

Todo el mundo sabe que este animal hipócrita es el modelo más perfecto de la ingratitud, y seria una falta imperdonable, mis apreciables lectores, que vosotros fuérais á buscarlos á sus cuevas para acariciarlos y pasarles la mano por sus lomos y, lo que es más sensible, á llevarles la comida que ganais con el sudor de vuestras frentes, para que cuando creais haber hecho algo por conservarles la vida, obtengais por recompensa que os destrocen el cuerpo con sus afiladas uñas, para lamer con delicia vuestra sangre.



Por Mayor y Menor.

Se entiende alquilar una casa por mayor, cuando el dueño de ella la entrega toda á otro individuo para su uso por una cuota mensual: y al menudeo cuando la vá entregando á varios individuos por partes: por ejemplo: la casa está situada en una de las mejores calles de esta poblacion y su propietario quiere alquilarla por mayor: para realizar este negocio la entrega al solicitante de ella, prévios los requisitos siguientes: cuatro meses adelantados de alquiler, cada uno de los cuales es el precio que entregó el dueño de la casa al que se la vendió por escritura: fiador con fiador para las mesadas sucesivas: el depósito en poder del dueño de un álbum con los retratos de todos los individuos de la familia y un documento, ó mejor dicho, dos documentos *de un tenor*, en los cuales se exprese la condicion de entregar la casa en mejor estado del que se recibe, con depósito en el Banco Español á disposicion del propio dueño para llenar aquellos requisitos, caso de que el inquilino no cumpliese, y con renuncia de todo lo que pueda favorecerle miéntras viva.

La misma, ú otra casa, se desea alquilar al menudeo: el dueño de ella fija en su puerta un papel que dice

así: *Se alquilan cuartos à hombres solos.*—Se presenta *un hombre solo* y como á pesar de ser *solo*, necesita otras circunstancias, el amo de la casa establece el diálogo siguiente:

—¿Qué edad tiene usted?

—Treinta años.

—¿Qué oficio?

—Corredor intruso.

—¿Cuánto gana usted al dia?

—Segun sopla el viento.

—¿Sabe usted cuanto gana mi cuarto?

—No señor.

—Pues gana...... veinte pesos, y son condiciones precisas.—1ª Que el inquilino no duerma más que dos horas en el cuarto por la noche, porque no ha de permanecer en él de dia.—2ª Que cuando salga deje clavada en una de las paredes cualquiera de sus manos, ó en su defecto un ojo de la cara—y como ya se sabe que ha de ser hombre solo, no hay necesidad de advertir que es preciso que sea por lo ménos ermitaño.

Es inútil advertir, que además de estas condiciones, se preferirá en igualdad de circunstancias al que ofrezca doble precio y dobles garantias.

Véase si las avispas tienen razon en fabricar ellas mismas sus casas, para no pasar por tan buenos ratos,

¡¡DANZA!!

Eso es.

¡Danza!

¡Música!—La cosa promete.—Los mentecatos que se queman las pestañas por alcanzar cursos y grados universitarios con censura de *sobresaliente* solo serán unos imbéciles, miéntras vosotros los bailadores sí que sereis útiles á vosotros mismos y á vuestra pátria abandonando la Biblioteca Pública, y asistiendo con puntualidad á las escuelitas nocturnas de baile.

¡Qué lindo!

Allí concurren niñas bonitas y zandungueras, que os enseñarán á mover el cuerpo al compás de la música de los diez y seis compases.

¡Magnífico!

Mirad como os contemplan los grupos de envidiosos desde la calle: oid los aplausos á vuestras compañeras que, suspendiendo sus largos vestidos por temor de que se les conviertan en flecos sus anchísimas colas, deleitan á la concurrencia con sus *castísimos* movimientos.

¡Bravo!

Mirad á ese anciano que ya solo sirve para criar pollos y darle lustre á una camándula, cómo se le ani-

ma la vista, cómo tiembla, cómo se rejuvenece! ¡Cómo suplica á la obesa y setentona dueña de la casa que le conceda un *cedazo!*—Ya está servido.

Contemplad, ahora, cómo se hace el blanco de todas las miradas; cómo se dobla para apoyar su barba en el hombro de su Fílis, y cómo *goza* con los irónicos aplausos de la entusiasta concurrencia!—¡Cómo hace alarde de sus conocimientos coreográficos!

—¡Bravo, cotorron, así se hace!

—Mira cómo se ruboriza tu pareja, á pesar del albayalde y del elíxir de Cristadoro, por las palabritas *de estilo* que le diriges.

¡Guapo!

—Mira á tu izquierda cómo *se quiebra* tu hija bajo el fuego de su *fogoso* compañero.—¡Bravo!—¡Y la enamora!—¡Magnífico!—Y tus nietecitas, tambien están bailando á tu derecha.—¡Qué graciositas están las niñas! —¡Qué bien hace de hombre la más chiquita!—¡Ola!— ¡Si está enamorando á su hermanita! ¡Qué belleza! ¡Cómo mueven las cinturitas! ¡Música! ¡Música! ¡La danza de *Chupa el cabo!*—¡Nó!—*¡El Moruá!*—¡Nó!—¡Sí!— *¡La Revolcona!*—¡Nó!—*¡El Gallito del Parque! ¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí!!!*

Oid, cómo rasca las cuerdas el *encargado* del violin: ¡cómo imitan los timbales, golpeando las hojas de las puertas, aquellas que no han alcanzado compañeras!

¡Y cómo se menean sólos!

¡Mirad, entusiastas partidarios del baile, la colosal estatura de algunos, los enormes bigotes de otros, las gigantes patillas de aquellos, las venerables canas de éstos!

Hace cerca de una hora que están casi en cuclillas, bailando solos y moviéndose del modo más grotesco.

¡Qué lástima que fuéramos ahora á perturbarlos, repartiendo *mochazos* con una cuarta de calesero sin consideracion á sus canas, ni á sus bigotes ni á sus patillas......!

Pero proceder de esta manera sería un escándalo;

sería perjudicar á tantas niñas bonitas que han estado quince dias ó más, cosiendo *baratillo* para ganar con qué comprar los túnicos y los lazos que están luciendo en el baile y que arrojan á la basura al dia siguiente, porque sus compañeros se los ensucian al tenerlas abrazadas por la cintura y se los destrozan con los pies en los momentos del éxtasis y del entusiasmo.

Proceder con aquella *injusticia* seria impedir de una manera vandálica que despues de tan agradable ejercicio, tomaran asiento los galanes al lado de sus compañeras para dirigirles todos los tiros que *se tiran* á todas las niñas que asisten á bailecitos, miéntras sudando y con el pañuelo de la mano en el cuello, esperan frenéticas que vuelvan á sonar las cuerdas del revoltoso violin.—Sería impedir que se inaugurasen *los amores de ventana* que tanto hacen reir á los vecinos y tanto hacen perder á las jóvenes que se figuran entrar en el gremio de las casadas, pasando por las termópilas de los bailecitos y *escuelitas*.

Danza, ciudadanos!! danza, que la música está barata!! Por una peseta se encarga un individuo más robusto que una ceiba, de darle movimiento á la cigüeña de un órgano por el espacio de una hora, para que en cualquier tiempo, por la mañana, al medio dia ó por la noche movais vuestras cinturas, vuestros piés y vuestras rodillas.—Danza! Danza! Y no os impacienteis por no tener compañeras, que yo mismo os he visto suplir esta falta, bailando con una silla ó con una escoba, silbando vosotros mismos las danzas que sabeis de memoria.

¡Danza!

Y que trabajen los bueyes que tienen el cuero duro.

¿Qué importa que en la casa inmediata á la vuestra llore desconsolada una infeliz por la pérdida de un esposo que acaban de conducir al cementerio?—Mejor! Esto dará motivo para que se componga la danza de «La mujer llorona» ó la *guaracha* de «El marido moribundo.» Ya la tocará todo un órgano el dia del bautizo del último hijo del difunto.

¿Y qué importa que en la casa de Juan, vuestro vecino, se estén reuniendo los médicos que han de tener una conferencia para procurar los medios de salvarlo de la muerte con que lo amenaza un próximo ataque de fiebre cerebral?—Danza!! Que buen cuidado tendrán los facultativos de llevar el compás de la música con los regatones de sus borladas cañas y ¿quién sabe si hasta el mismo Juan, olvidando sus dolencias, se agarra de la almohada y baila un *cedazo* de *Chiquito abajo?*

¿Y qué cosa más agradable que las reminiscencias de los bailadores, al dia siguiente de una noche de baile? ¡Cómo le zumbará el oido izquierdo á Clarita, y le dolerán las espaldas á Antoñica y á Tulita y á Tinita y á........ todas las que fueron tan débiles que prestaron oidos á las necedades de sus sócios!—Allí, en el café, Fabio le enseñará á Silvio el pelo que le regaló Clarita y la carta que le piensa escribir á Juanita y que le entregará él mismo, apretándole la mano en el próximo baile que prepara Federico el Grande ó Federico el Chico.

Y en cambio, Clarita, y Antoñica y Tulita y Tinita, abandonando sus costuras y las atenciones de su casa, se darán cuenta mútuamente *de ventana á ventana*, de sus impresiones en el baile y de las observaciones grotescas que las figuras, palabras y modo de bailar de sus compañeros les presentan en su imaginacion—y saldrán al público:

—La levita vieja.
—La camisa rota.
—Los bolsillos planchados del chaleco.
—La leontina sin reloj.
—Los botines rotos.
—El pié grande.
—Las manos súcias.
—Las piernas estiradas.
—Las piernas encogidas.
—El mal aliento.
—El que baila suave.

—El que baila flojo.

—El mozo bonito.

—El rico.

—El arrancado.

¡Oh!....... Danza, danza! bailad hasta que se os arranque el alma.—El que diga que esto no os conviene se equivoca: pasad la vida *de rumba en rumba* y de baile en baile, y yo os prometo que por tan delicioso y espiritual camino os labrareis un porvenir *de flores.*

¡Bailad, bailad! que tal vez, al fin de esa jornada encontrareis la infamia, el deshonor, ó la miseria cuando ménos.

NINGUN MONO SE MIRA EL RABO.

Esto no es verdad. Y si muchos que no son monos, aunque algo parecidos, así lo dicen para probar que nadie atiende á sus defectos, sino á los ajenos, yo digo que todos los monos se miran ese apéndice ó continuacion de su columna vertebral, y que ninguno de ellos cree que tal cosa sea tan fea, sino que, por el contrario, es el mejor adorno que la naturaleza pudiera colocar detrás de sus individuos. Y, si no dicen que están orgullosos de esa prolongacion de *rabadilla*, es porque no hablan como nosotros, que si tal hicieran, tal vez, y sin tal vez, no hablarian de otra cosa que del acierto que tuvo el Creador, para adornar sus cuerpos con ese miembro de tan suprema hermosura.

Y esto, seguramente, es cuestion de amor própio, porque los monos, supongo que deben de tener una dósis tan grande como pueda caber en sus cuerpos, y de tales *quilates*, que les haga creer que estamos equivocados al no concederles, á las monas, la hermosura de la Vénus de Médicis, y á los monos la del Apolo de Belvedere, para sí y para sus descendientes. Es natural en todas las criaturas el instinto de la *propia contemplacion.*

Y hablo por experiencia, por lo que he visto en algunos de nosotros, es decir, en algunos de nuestra especie,

Doña Justa, aunque hace los mayores esfuerzos por parecerlo, no es mona, y, sin embargo, tiene un rabo muy gordo, que á pesar de no tenerlo adherido, debajo de la cintura, en su parte posterior, está pegado á todo su cuerpo por el santo vínculo del matrimonio.

Quiero decir, que el rabo de Doña Justa es su marido Anton; pero un Anton tan gordo, que su vientre parece un bocoy de mascabado, sus muslos dos cuñetes de manteca, y tiene tanta carne en la cara, que sus ojos hacen extraordinarios esfuerzos para entreabrirse y poder gozar del objeto para que fueron hechos.

Doña Justa no puede tolerar que las personas sean gruesas.

—Me sofoca,—dice—me ahoga ver un hombre ó mujer de muchas carnes y de mucho comer; me da asco. ¡Jesus!

Háblele usted á esa señora de su vecinita Adela, jóven esbelta, linda en la extension de la palabra.......

—Sí—contestará con indiferencia—no es fea, pero es tan gorda...... y luego es tan glotona.

Y Adela es tan esbelta, que cualquier poeta la compararía con un lirio, y tan parca, que apénas come.

—¿Y Anton, señora? ¿cómo le gusta á usted Anton que no es flaco...... que no debe comer poco, segun indica su volúmen?

—¿Anton? ¿Anton es gordo? ¿Anton come mucho? Anton es un hombre *envuelto en carnes*, y nada más. ¿Y qué come? Cuando se levanta, se desayuna con una taza de leche pura, y dos ó tres panecillos con mantequilla, y luego almuerza una sopita de puchero, un pedacito de carne asada, algunas frituritas y otra tacita de café con leche.—Y la comida lo mismo que el almuerzo, y la cena lo mismo que la comida,

Pero el cocinero de Doña Justa, dice que la taza de

leche contiene racion para un ternero, y los panecillos son hogazas de á real.

Pero el cocinero dice que la sopa que come Anton, puede servir de alimento á cuatro, y el trozo de carne es una libra de ternera, y las frituritas son seis ú ocho huevos fritos, y que el café con leche, se le sirve en la taza de por la mañana.

Y asegura el cocinero que, entre dia, siente Anton debilidad de estómago, y es preciso servirle, en la misma taza, un poquito de *jigote* con pan de huevos y vino de Jerez.

Es natural, que *aprovechándole* estas cosas, Anton esté como cochino cebado; y que la *fuerza de la costumbre*; del trato íntimo, le haga aparecer á los ojos de su esposa como el hombre más parco, como el hombre más *delgado*. Esto, si no es amor propio, es amor del rabo, que es lo mismo.

Harto hace en confesar que Anton es un hombre *envuelto en carnes*, y en confesar que *algo come*.

Siguiendo las exigencias de la moda, Adela, la jóven Adela, refresca y perfuma, sin necesitarlo, su bello rostro, con blancos polvos, lo suficiente para seguir la costumbre y nada más: con sus propios cabellos adorna su cabeza y viste sin la menor exajeracion. No necesita para escitar la admiracion de todos, más que exhibir sus *verdaderas* gracias.

Doña Justa emplasta su *venerable* rostro, con todo lo que baste á cubrir sus rebeldes arrugas, renueva todos los dias los rizos de su ridícula peluca, asegura á sus encias los aros de su dentadura postiza, envuelve sus diez arrobas de carne vieja, en veinte varas de poplin, y remangándose la saya del vestido para lucir sus botines, anda á *salticos*, figurándose una mariposa que apénas toca al suelo.

—¡Ave María Purísima!—exclama.—¡Qué ridícula está hoy Adela! ¡Tan vieja! ¡Tan gorda! Se figura que engaña con sus pinturas, y sus postizos........

—Usted sí que está preciosa, le dice un amigo. La

juventud y la belleza se ostentan en su persona de una manera admirable.

—Eso es lisonja, caballero—contesta Doña Tula:—favor que usted me hace. ¡Estoy muy desmejorada, muy triste......

Y abriendo su abanico se cubre con él, el rostro, para ocultar pudorosamente el carmin de su *modestia* ofendida.

Doña Justa no puede tolerar que se hable mal del prójimo. En su concepto, merece que le quemen la lengua al que, sin motivo, se ocupa de la conducta de otro.

Sin embargo: Dígase delante de ella que Don Fulano, conductor de un coche del Urbano, por ejemplo, gasta buena ropa, buen reloj, buen sombrero, etc., y preguntará *inocentemente*.

—¿Qué sueldo tiene?

¿Dejará Doña Tula, sin ser mona, aunque lo parece, de mirar *su rabo*, y saber que no tiene por su oficio más de cuarenta pesos, y puede proporcionarle diariamente dos libras de carne, y una docena de huevos, y una taza de *jigote*, y una botella de Jerez, y *repetir* cuantas veces quiere, y pagar casa de cuatro onzas, y criados, y comprarle dientes, y polvos, y pelucas, y otras cositas que cuestan mucho y nada valen?

Se dirá que esto consiste en que *ningun mono se mira el rabo* Sí que se lo mira, pero á cada uno le sucede que, por pelon ó peludo que lo luzca, se le figura que tiene en él un pino de oro que, léjos de ser un pegote ridículo, es una notabilidad digna de figurar, no dónde lo colocó la naturaleza, sino en el lugar más privilegiado de sus *privilegiados* cuerpos.

APARIENCIAS.

No hay cosa que engañe tanto como el título de este artículo.

Va una prueba.

No ha mucho tiempo que veia con alguna frecuencia á un sugeto que vestia con mucha decencia; más aún, con mucho *lujo;* y dije para mi capote:—«Este hombre debe ser rico ó tramposo.»

Y me engañé de medio á medio, porque el tal no era rico ni tramposo; posteriormente supe que era un mentecato que habia adquirido algunos centenares de pesos y que en lugar de *comérselos*, habia preferido comprar trapos, y sortijas, y relojes para tener el gusto de que muchos pensaran como pensé yo cuando lo veia tan elegante.

Otra prueba.

Toda la Habana conoce á un hombre ya entrado en años pero *muy fuerte*, que viste de tal modo, que á juzgarlo por su traje, cualquiera cree que es un pobre sin oficio ni beneficio y destinado á pedir pesetas. ¡Fíese usted de las apariencias!

Este hombre es capaz de ir y venir al Cerro dos ó tres veces cuando el sol está más *picante*, y sin embar-

go, lleva en sus bolsillos lo suficiente para comprar la Empresa del Ferro-carril Urbano.

—¡El pobre!—dirá alguno que lo vea en un bodegon comiendo *carnecita*.

—¡Infeliz!—exclamará cualquiera al verlo con su levita vieja de holanda, con una cinta usada en vez de corbata, calzado con *chinelas* de badana y llevando en la cabeza un sombrero viejo de alas grandes.

Y á pesar de esto puede comprar todos los restaurants de la Habana, y todas las sombrererias, y todas las sastrerias y todas las peleterias.

¡Fíese usted de las apariencias!

—¡Qué mirada tan apacible!—dirá alguno al observar sus ojos amorosos.

—¡Oh! desgraciado, desgraciado!—exclamarán todos los que lo vean diariamente entrar y salir en las escribanías públicas. ¡Tiene pleitos! ¡Acabarán con él los escribanos y los oficiales de causas, y los procuradores y abogados! ¡Oh, desgraciado, desgraciado! Le habrán usurpado el fruto de su trabajo personal, tal vez la herencia de sus antepasados! ¡Pobre hombre que no tiene para comprar una levita y un sombrero y unos zapatos medianamente decentes!

—¡Pobre, infeliz litigante que, tal vez, vá á gastar en papel sellado la única peseta con que pudiera desayunarse!

Y á pesar de tantas exclamaciones, el hombre de *la carnecita*, y de los viajes á pié, cuenta las onzas de oro por millares.

Y sin embargo de su mirada *apacible*, no le regala un milésimo á un pobre, aunque sepa que le salva la vida matándole el hambre!

¡Fíese usted de las apariencias!

Los que no lo conocen lo celebran por su probidad y lo compadecen cuando lo ven acudir á las escribanías; pero los que lo conocen le hacen la cruz como al diablo, porque saben que está en aquellos sitios para poner á cubierto bienes usurpados.

El tal hombre cada rato compra una casa y los que no lo conocen exclaman:—¡Dios se la conserve!

En cambio, la pobre viuda, ó el pobre huérfano con cuyo dinero se compró la finca, lloran en rincon ajeno, la miseria en que los tiene sumidos el hombre de la mirada apacible y sombrero de alas grandes.

—¡Fíese usted de las apariencias!!

—Allá va un jóven contentísimo porque el hombre de los zapatos de badana le prestó doce onzas—dirá alguno que juzga por las apariencias.

—¡Desgraciado de él!—contestará otro que sepa la verdad de los hechos.—Acaba de firmar una escritura confidencial de su única casa.

—Es una precaucion—dirá el primero.

—Una imprudencia—contestará el segundo.

—La casa se devuelve cuando el dinero se restituya.

—¡Mentira! —La casa es patrimonio ya del hombre de los zapatos de badana!

—Eso no puede ser—dirán muchos—porque su mirada es *apacible*.

—Y porque no tiene pretensiones.

—Es cierto, y por eso no viste sino levitillas de holanda.

—Y por eso no come sino *carnecita.*

—Y no entra jamás en un carruaje.

—Y no calza sino zapatos de badana.

—Y siempre está litigando contra los que pretenden despojarlo de su dinero.

—Y no presta dinero sino por hacer favor y buena obra y sin premio ni interés alguno.

—¿Quién prueba eso?

—Millares de pagarés que circulan, millares de escrituras que existen en todas las escribanias de la Habana.

—¿Y entónces ¿qué significa su mirada apacible?

—¿Y qué significa su pobre sombrero y su pobre corbata?

—¿Y qué significan sus zapatos de badana?

Apariencias, todo apariencias,

OLORES.

Que hiedan las cloacas; que hiedan los lugares en que debieran existir columnas mingitorias; que hiedan los sumideros *é tutti cuanti;* que hiedan los reductos detrás de los cuales se parapetan ciertas amazonas enemigas de la pública moralidad; convenido, aprobado; todo esto y mucho más está consentido, no apelado y pasado en autoridad de cosa juzgada; pero, que hiedan las flores y hierbas aromáticas, es cosa fabulosa, abominable, ridícula.

Y, sin embargo, voy á probar que las flores *hieden* y que las hierbas aromáticas pueden tambien cometer esa falta, no por cuenta propia, sino por la de muchísimos necios que, escudados por su oficio de *enamorados bobos*, se empeñan en hacer aborrecibles á las poéticas y simpáticas pobladoras del reino de Flora.

Enamorados bobos, son esos individuos que vemos con mucha frecuencia pasar por nuestras calles, vestidos á *la última*, ó á la ante-penúltima, con ropa flamante por su frescura, ó por las frecuentes *frotaciones* de álcali volátil ó espíritu de vino, ó de tinta de escribir; que viven esclavos de sus personitas, y que están persuadidos de que las inocentes señoras de sus pensamientos

se derriten de amor por ellos al verlos con sus cabellos emplastados con los mantecosos productos de la casa de E. Coudray, de París, y rociadas sus ropas con la esquisita Agua de Florida de Lanman; con una flor en el ojal de la levita, y otra entre sus dientes, descansando en uno de los ángulos de sus bocas de la manera más coqueta é irrisistible y mucho más si son portadores de un ramillete compuesto de albahaca, geranios, flores de muerto, rosas de todas clases, lirios, paraiso, romero, diamelas y todas las cosas que huelen.

Estos enamorados bobos, bobos de faldeta y maruga, que debian vestir *mamelucos de agujerito*, en lugar de sus ropas almidonadas y las más veces ridículas, éstos, digo, son los que más contribuyen á que las flores hiedan, y á heder ellos mismos *á muertecito*, ó á lo que huelen los *altaritos de cruz.* Dígalo, sinó, un amigo mio, que tuvo que sufrir en los carros de nuestro Ferro-Carril Urbano, la vecindad de un mentecato, que debia estar enamorado *como caballo*, segun expresion que se les aplica á esos Adonís, á juzgar por las flores que encima llevaba y con las cuales iba tan contento como si estuviera oyendo, «el dulce sí» que merecia por su aromátizada figura. Mi pobre amigo, á riesgo de ahogarse con el pañuelo, se cubria con él las fosas nasales, maldiciendo de todo corazon á aquella figura que con pretensiones de hombre se colocaba entre los verdaderos, para atormentarlos con su insignificante presencia; y sufria vértigos que le hacian presentir un próximo desmayo.

Casi, puedo asegurar, que el guanajo portador de tantas plantas llevaba en el bolsillo, una ó dos cartas, olorosas tambien, escritas en papel calado, dirigidas á la *divina houri*, y firmadas por *quien usted no ignora;* porque aquella especie se empeña en imitar á los monos por más que nos empeñemos en persuadirlos que *el hombre*, el individuo de nuestra especie que pertenezca al sexo *masculino*, el que, en fin, para que mejor me comprendan, no sea *hembra;* solo debe *oler á ropa limpia*, y que de lo contrario *hieden* y hacen *heder* á las flores

con que se envuelven para *aparecer bonitos* é interesantes.

Yo los he visto, yo mismo, lectores, afeitaditos, empolvados como mi sombrero, *suavecitos* como guantes de cabritilla, dulces como una pastilla de Kemp, y *hediondos* como la boca del infierno por haberse echado encima una carga de flores, superior á la que llevan en tableros sobre sus cabezas los simpáticos *Faunos* encargados de venderlas á domicilio.

Yo los he visto, sí, yo los he visto, inmóviles, por no arrugar sus ropas, y sin articular una palabra...... ¡ya lo creo! ¿Quién es capaz de hablar rodeado de tantas cosas olorosas? ¿Quién es el que se rodea de esas cosas que pueda articular una palabra?

Los *monos* no hablan, pero hieden; y los que lo imitan hieden y no hablan.

Regla general: los hombres deben heder á ropa limpia y las mujeres á...... mujeres, que es lo mejor que existe sobre la tierra.

En último caso, concedemos á los hombres que huelan á...... pólvora!!

¡¡ZACATECAS!!

"Deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quién sois, de donde venis á donde vais, que es lo que en aquellas andas llevais......"
D. Quijote.

¡Ahí están!—Ahí están esos simbólicos agentes que la gente grave llama sirvientes ó libreas, la generalidad *zacatecas*, y los muchachos pillos, *lechuzas ó sacatrapos*.

¡¡Los zacatecas!!

¿Qué importa que en la Habana existan Círculos de Recreo con secciones de instruccion? ¿Qué importan sus filones destinados á actores extranjeros?—¿Qué importa que en ella se curen milagrosamente las más rebeldes enfermedades?—¿Dé qué le sirve á la capital de la Reina de las Antillas, que en ella se establezcan exhibiciones de pájaros más sábios que los hombres?—¿De qué le sirve la infinita variedad de castañas *para uso externo?*—¿Y de qué le sirve, en fin, haber adoptado cuanto nuevo, cuanto útil, cuanto admirable se ha inventado en el mundo?—*Pomada de Rodriguez*, *Agua Alabastrina*, *Rocío de los Alpes*, Bastones *á lo taco*,

Abanicos de sube y baja, *Pozos Instantáneos*, *Esencia de la vida*, *Movimiento contínuo*.. ....

—Voy á cojer resuello.

Beefsteak á la española, *Beefsteak término medio*, *Beefsteak Chateaubriand*, órganos de corneta, *kioskos* con cantina, cigarros del *chorrito*, aparatos de *Artic Soda*, tragantes inodoros, caramelos de plátano, dulce de Puerto Príncipe, dulce de Bainoa......

—Voy á detener el resuello.

Cloacas pestilentes, *Agua de Florida*, *Agua de Colonia*, aretes, sortijas, dedales, baules, cintas de hiladillo, cajas de lata, cinta de ribetear, seda de colores...... ¡Ah!...... y *maní* tostado, y tijeras finas y *Otard-Dupuy*, y *Udolphe Wolff*, y las danzas *Ni te ocupes*, y *Yo lo ví*, y *Ya usted lo sabe*, y en los gallos *Voy veinte á diez*, y *La voy á peso*, y en el billar *Mingo*, y *bola*, y *El cangrejo*...

¿De qué le sirve á la Habana todo esto?—¿Para indicar su progreso?—¡Imposible!

La Habana no puede acreditar su adelanto miéntras haya *zacatecas*, miéntras existan esas figuras grotescas que cargan cadáveres ó los escoltan al cementerio, profanando acto tan piadoso con sus vestidos ridículos y ademanes groseros, miéntras los dueños de *Agencias funerarias* no sean arrastrados por el torrente que impulsa á los hombres de *fibra*, en pos de lo nuevo, en pos de lo desconocido. ¡Miéntras no arrojen á los Uberos tantas casacas viejas, tantos sombreros multiformes, tantos zapatos gigantes; con cuyos objetos confeccionan su traje de ceremonia los hombres que lo usan con mengua de nuestra cultura, con mengua de nuestro progreso!

¡Atrás, ridículos fantasmas, atrás vestiglos empolvados, atrás!

¡A vosotros, señores empresarios de agencias funerarias, corresponde la iniciativa; á vosotros, sí, á vosotros corresponde ordenar un eclipse total de zacatecas!

¡Que no figuren esos groseros espantajos, cerca ni lé-

jos del luctuoso carro que conduce los restos de un hombre!--Decid á los cargadores:

—¡Idos con la música á otra parte! No tenemos ya casacas viejas para vuestros talles, ni sombreros abollados para vuestras cabezas, ni zapatones para vuestros piés. Vamos á introducir reformas en el ramo.—¡Idos, señores! ¡Fuera! Lechuzas ó sacatrapos, ó diablos: ¡¡Fuera!!

Pero dejemos las chanzas que el asunto es sério, y es preciso probar que ese *artículo de lujo* mortuorio, no es otra cosa que un objeto de burla general, y el estimulante más activo de la risa en los momentos más solemnes y tristes de nuestra vida.

Y vaya un ejemplo:

En la casa de una decente familia ha fallecido uno de sus miembros más queridos y ha llegado la hora del entierro.—El silencio es profundo: la sala en que se halla el cadáver, entapizada de negro, está alumbrada por el triste resplandor de gruesos cirios: las personas invitadas por el cortejo fúnebre, llegan y ocupan los asientos con religioso respeto: los desgarradores lamentos de una desgraciada señora que ha perdido su esposo, los sollozos de inocentes niños que, sin conciencia de su desgracia, lloran porque ven llorar á su madre, oprimen los corazones de todos; y hasta los hombres más endurecidos y egoistas se identifican con los dolientes y enjugan las lágrimas que brotan de sus propios ojos......

Pero, de repente, se presenta un individuo de rostro colorado como un tomate, y con una nariz al parecer formada por un pellizco; con la mitad de la cabeza oculta en una cosa que á él le parece sombrero, aun que tiene la figura de un cuñete de manteca, y el resto del cuerpo en una casaca tan estrecha que le impide bajar los brazos; en unos pantalones tan cortos como calzoncillos de baño, y los piés con juanetes inclusive, en medias blancas que, dándoles la apariencia de jamones en sus forros, van á esconderse, en parte, en las sinuo-

sidades de un par de zapatos de algunas toneladas de porte.

Agréguese á esto, la circunstancia de que el sombrero no impide que caigan sobre las cejas de su dueño, algunos mechones de pelo áspero y espeso, humedecidos por el sudor constante que vierte de todos sus poros este hombre acostumbrado á la holgura de las alpargatas, y que sufre espantosas fatigas por la *ferocidad* de su calzado; y...... ya no es menester otra cosa para reconocer al zacateca.

Y ya no se necesita más para olvidar el cadáver y todos sus accesorios.

Y los lamentos de la viuda.

Y los sollozos de los niños.

La presencia del zacateca cambió la decoracion, y el drama se convirtió en sainete.

Las lágrimas en burlas.

Los suspiros en risa.

¡He aquí vuestra mision, cuervos de los entierros!

—Otro ejemplo.

Miéntras que en otra casa una pobre madre llora sin consuelo al inocente hijo de sus entrañas, que voló á la mansion de los ángeles, un hermoso coche pintado de azul, y tirado por una gallarda pareja de caballos, conduce al cementerio el cadáver del niño.

Lujosos carruajes ocupados por personas distinguidas, rinden á los padres del pequeño difunto, el triste tributo de la amistad acompañándolo al sepulcro......

Pero está lloviendo, y el cochero que guia los caballos del carro funerario, estalla su fusta para obligarlos á apresurar el paso, y el cortejo fúnebre casi vá á la carrera.

Doce hombres vestidos de azul hacen esfuerzos por seguir al lado de los caballos del coche que conduce el cadáver.

¡Son zacatecas!

Pero no todos pueden correr como las bestias, y en su mayor parte quedan rezagados.

Uno corre más que los caballos y tiene que moderar sus brios naturales.

Otro, ahogado por un monstruoso pañuelo entero que le sirve de corbata, detiene el paso por temor de una asfixia inminente.

Más adelante otro, procura correr solo con el pié derecho, porque es empresa imposible sufrir el dolor del juanete del izquierdo.

Un zacateca grueso y corpulento, navegando en más de cinco brazas de *agua*...... *pura*, y con viento fresco, se sienta en la trasera de un carruage mirando á todas partes con ojos de...... *poeta*.

Otro se despoja de la casaca por evitar que pierda *su mérito*, con la lluvia.

Otro envuelve su sombrero en un pañuelo mugriento.

¡Y todos llevan, en las manos, gruesos ramilletes de flores!

¡Y todos parecen venturosos para ninfos!

¡Y todos, en fin, van derramando de sus bocas, perlas y corales, y rubíes y esmeraldas y flores más esquisitas que las que llevan en sus manos, batiéndose en retirada con los pillos callejeros!

¡Oh! zacatecas! zacatecas!

Por vuestra causa se han mezclado las más escandalosas carcajadas de risa burlona, con los desgarradores lamentos que exhala la pobre madre del niño que acompañais al sepulcro.

La risa de los que han formado de vosotros un espectáculo grotesco y degradante, les impide ocuparse, en los momentos en que conducis un hombre muerto, de aquellas ideas que asaltan al pensamiento al abrirse una tumba!

¡Atrás, fantasmas empolvados, atrás!

«¡Qué dirán las naciones extranjeras!»

Nada ganan los hombres, que nacieron con otra mision más digna, con exhibirse á sus semejantes para procurar su risa, recorriendo en un carreton las calles de la Habana, con esponjas en la cabeza y los rostros

pintados, gruñendo como cochinos, y rebuznando como borricos para solemnizar las fiestas de Carnaval; pero... es Carnaval y... pase: pase, aunque aquellas esponjas cubran cabellos rubios como el oro: pase, aunque el humo de pez oculte colores de rosas: pase, aunque aquella pintura ensucie poblados bigotes y espesas patillas: pase, pase todo, porque...... en el Carnaval todo pasa; aunque siga al carreton una turba de muchachos gritones, aunque lluevan piedras sobre las esponjas, sobre las patillas, sobre los bigotes...... pase; porque aunque estos individuos tienen vocacion y disposiciones para ello, no son zacatecas!

No conducen en sus hombros, ni en un carro el cadáver de un hombre!

Todavía es tiempo, señores sacatrapos ó como os llamais; todavía es tiempo de que recobreis vuestros derechos de hombres, aunque sigais cargando muertos, porque el trabajo no envilece, porque ganar el sustento de cualquier modo que se haga, no degrada, con tal de que se conserve la dignidad y el decoro.—Id á la presencia de vuestros empresarios y decidles resueltos:

—«No queremos ser zacatecas, pero deseamos ganar el sustento. La vanidad, ó el deseo de figurar hasta despues de muertos, hace que muchos de nosotros marchemos, al paso de los caballos, á un lado y otro de los carros mortuorios; porque la *generosidad* de los albaceas y herederos de los que fueron, nos ha convertido en *artículos de lujo*, y vosotros, señores agentes funerarios, nos pagais porque desempeñemos ese oficio, cargando muertos y acompañándolos hasta su sepulcro. Pero ya que es absolutamente indispensable que los llevemos sobre nuestros hombros, porque algunos han de prestar este indispensable servicio...... ¡Salvadnos del ridículo, señores agentes funerarios!»

«No queremos vuestros sombreros, ni vuestros zapatos.»

«No queremos asemejarnos á las bestias, cargando los aparejos que vosotros llamais casacas!»

«No queremos sufrir más las burlas de los muchachos que nos llaman á gritos *lechuzas* y *sacatrapos*!!»

«¡Buscad, señores empresarios, *alguna cosa nueva* para nosotros, así como las buscais para vuestros coches, para vuestros caballos, para vuestros túmulos y sarcófagos; y de esa manera no llamarémos la atencion del populacho con la basura que llevamos á cuestas!»

«No queremos galones, ni vestirnos *de corto* con zapatos de corte bajo; ni guantes de Jouvin, ni chalecos á la Robespierre...... ni jabones de almendras, ni aceites y pomadas de la Sociedad Higiénica de París, ni perfumar nuestros pañuelos con Agua de Florida; no queremos *sportmans* ni *marquetis*, ni largas levitas, ni cortos saquitos... pero sí deseamos una ropa decente y modesta, á propósito del oficio que desempeñamos, para que no atraiga sobre nosotros las burlas del pueblo!!»

—¡Hacedlo así, zacatecas, hacedlo así!

Hacedlo, ántes de que vuestros empresarios os manden con la música á otra parte!

¡Adelantaos, *lechuzas!*

¡Avanzad, *sacatrapos!*

Haceos superiores á vosotros mismos: y ya que el anatema universal os designa como aves de mal agüero, soltad las plumas con que cubren vuestros cuerpos las agencias funerarias, obligándolas á compraros otras cosas mejores!

¡Probad á aquellos que os contemplan riendo, que vosotros tambien sois capaces, vestidos de otro modo, de marchar con decoro al lado de un cadáver!

¡Probad que tambien podeis llevar vuestro grano de arena para aumentar los materiales con que se construye en el Siglo XIX el grandioso obelisco del progreso!

Y no creais, caballeros, que pretendo perfeccionaros, para la época en que pudiera necesitar vuestros servicios, porque siempre he preferido andar solo que mal acompañado, y si fuera posible que despues de muerto pudiera pronunciar algun discurso, pediria que sin escolta y *bajo mi palabra* me permitieran marchar *solo*,

al lugar de mi destino, como á los militares constituidos en arresto.

¡Creed, zacatecas ó sacatrapos, que en medio del estruendo de los órganos, en medio del ruido atronador de los *guayos* y los timbales que los acompañan, llegarán á vuestros oidos, si cambias de sistema, el entusiasta ruido de los espontáneos aplausos de nuestra poblacion agradecida!

El Remedio Probado.

No hay fortuna mayor que la de ser periodista.

Vá la prueba:

Figúrense ustedes, lectores mios, que á esos pájaros implumes que cantan á todas horas de la noche se les antoja transformar cualquier sitio público en columna mingitoria y que á algunos individuos de nuestra especie que no gustan de aquellas transformaciones se les antoja tambien manifestar su desagrado y no se atreven á decir: «Yo soy Fulano de Tal que salí esta mañana á comprar mis provisiones al mercado y tuve necesidad de saltar por sobre productos que no son ciertamente del perfumista Mompelas.»—¿Qué se figuran ustedes, mis lectores, que hace aquel Fulano?

Dirigirse con la queja al redactor de su periódico favorito.

La vecina de la casa número 2, que está situada en la calle del Diablo, no deja dormir á los de las casas contiguas, castigando despiadadamente á sus niños y criados.

Y arrancándole, por celos de capricho, las patillas á su esposo.

Y prodigándole los más *delicados* insultos á los vecinos de su frente.

Y arrojando á la calle las aguas afortunadas que pasaron sobre la superficie de su cuerpo y que por consiguiente gozan de todos los beneficios de la descomposicion......

¿Qué deben hacer los habitantes pacíficos de las casas marcadas con los números 4 y 6 y los de la acera del frente de la casa número 2?

Dirijirse á la redaccion de su periódico favorito.

Otro prójimo de los pertenecientes á la clase de aficionados á perros *bravos*, tiene el capricho de mantener *suelto* en la sala de su casa, sin cerrar la puerta de la calle, un enorme perro con una boca tan grande como las esperanzas que tienen los vecinos de la calle de la Esperanza de que ésta se componga, y con los colmillos tan grandes como su boca; y este perro, cada vez que pasa un prójimo del prójimo que lo conserva tan á sus anchas, *se tira* á asustarlo para luego reirse con la risa del perro.

—¿Qué debe hacer el pasajero?

—Dirijirse á la redaccion de su periódico favorito.

El Payaso cantando *El Amarillo* que todo el mundo sabe que no es *amarillo* sino *colorado subido*. El *Payaso* que para hacer reir al *ilustrado* pone en juégo todos los recursos de la *Caringa* y de la *clásica ley brava* de los buenos tiempos, y que necesita de la proteccion del que lo celebra por simpatías, quiere dar un beneficio.

—¿Qué debe hacer el Payaso?

—Anunciar su beneficio.

—Y qué más debe hacer el Payaso?

—Hacer circular sus programas con los detalles de *La caringa*, *El amarillo*, *La ley braba* y otras cosas que sabe que agradan á su público.

—¿Y qué más debe hacer?

—Insertar el programa en su periódico favorito.

A un *quídam* cualquiera se le antoja freir pescado para hacer *su negocio:* pero como este negocio no puede

hacerse en desierto, el *quidam* alquila una *esquina* en un barrio decente, y allí pone su anafe y su freidera; y á pesar de la higiene, tiene sus cucharas de cobre; y á pesar del humo y á pesar de todos los pesares, frie su pescado y la paciencia de los habitantes del barrio.

¿Qué deben hacer los que no quieran estar oliendo dia y noche el humo del carbon y del aceite quemado y el del pescado *inservible* que por *aseo* se arroja á las aceras?

¿Qué deben hacer aquellos vecinos que no frien pescado y que no lo compran *por precaucion* y sin embargo lo miran de cuando en cuando y lo huelen *con constancia?*

—¿Qué deben hacer los descontentos?

—Por lo pronto taparse las narices.

—¿Nada más?

—Y no comprar pescado, si tienen miedo á las cucharas.

—¿Nada más?

—Y quejarse gritando con toda la fuerza de sus pulmones.

—¿Y nada más?

—Si quieren, pueden cerrar sus puertas y sus ventanas.

—Pero el humo penetra por todas partes.

—Entónces queda el remedio *probado.*

—¿Cuál?—¿El profiláctico Dalvir?

—¡No!—La redaccion del periódico favorito.

—¿Y qué debemos hacer cuando nos quiten de nuestra puerta los envases que hemos comprado para depósito de basuras?

—Dirigirnos á la redaccion del periódico favorito.

—¿Y qué se debe hacer si el individuo encargado de examinar los relojes del gas se introduce en las casas sin *tocar* á las puertas, como Pedro por su casa, atropellando tantos y tantos inconvenientes como pueden presentarse, con respecto á las señoras?

—Dirijirse á la redaccion del periódico favorito.

—¿Y cuanto gana el periódico favorito por la insercion de todas esas cosas que traen compromisos y gastos y...

—Nada... ¡oh! nada: esas cosas se publican en la seccion local; esas cosas se insertan de *guagua*.

—¿Y qué comen el editor y el director del periódico favorito?

—El *periódico favorito* tiene mucha suscricion.

—Pero hay muchos suscritores que se hacen *bobos* y no pagan.

—Sin embargo, le queda el derecho de haber abogado por la causa del progreso y de que se conozca su papel con el título de *periódico favorito*.

NO QUIERO MORIR AHORA.

Muchas ganas de lucir se necesitan en el dia, con las cosas tan malas como se presentan, para atreverse á morir un individuo. ¡Cómo si el vestido que se necesita para presentarse con decencia en un acto tan solemne costara dos pesetas! ¡Cómo si la barba costara cuatro reales! ¡Cómo si el muñidor y el sastre y el cura de la feligresía y el capellan del Cementerio, prestaran sus servicios *grátis!* Y sin embargo, vemos con nuestros propios ojos, hombres pobres, pobrísimos, que no tienen sobre qué recostarse, que sabiendo todas estas cosas se entregan en los brazos de la muerte pese á quien pesare y salga lo que saliere.

Por lo que á mí respecta, protesto y juro que miéntras que mi ménos que modesta fortuna, no mejore, que miéntras no tenga con qué sufragar todos los gastos que hoy se necesitan para presentarse con decencia despues de muerto, he de permanecer en el mismo estado en que me encuentro y por cuenta de quien corresponda; porque no quiero estirar el pié más que hasta donde me alcance la sábana; porque no tengo con qué pagar hoy dia, no digo el precio de cuatro pesos dos reales que importa la barba de un difunto, pero ni aun los

cuarenta centavos que me cobra mi barbero hoy que permanezco vivo y efectivo, cuando voluntariamente me pongo bajo sus filos. Porque no quiero, con el calor inusitado que hoy me abrasa, vestirme con un centro de paño negro que haga sudar la gota gorda á mis herederos, ni ponerme guantes negros ni otras cosas que no uso, sino *muy rara vez* en estado *de vigilia;* porque no quiero verme en compromisos con ninguno de los que intervengan en mi recepcion de muerto, bien sea como proveedores de todas las cosas que hoy la *decencia* y el buen gusto exigen, ó como agentes, conductores, ó maestros de ceremonias. ¡No, mil veces no! Quiero permanecer como estoy, pese á quien pesare y guste á quien gustare; que bien seguro estoy no faltará quien desee verme en el puesto más elevado, (por su gran distancia de la tierra,) ó hundido en ella diez veces más de lo que puede hacerlo una barrena de montaña en la perforacion de un pozo artesiano; ni faltarán tampoco (y estos serán escasos) algunos que quisieran que yo fuera perpétuo y que permaneciera sobre la superficie de la tierra, aunque fuera en estado de momia *per omnia sæcula sæculorum.*

¡Pues qué! ¿No hay más que morirse? ¡Pues no creen algunos inocentes que no hay más que cerrar los ojos y tenderse boca arriba! No, señor; se necesita para esto tener *algun capitalito* ó que los herederos estén familiarizados con el manejo del *cuero:* se necesita ropa y *muy decente:* buen sarcófago, buena mesa forrada de magnífico paño negro con galones de oro, ó cuando ménos de plata; buenos no, óptimos hacheros que sostengan costosos cirios: flamantes alfombras que orgullosamente cubran la modestia del suelo: se necesita cubrir las cenefas del salon mortuorio con negros tapices que oculten sus colores: se necesitan criados *pagados* que cuiden al *protagonista.* Esto es por lo que respecta á la primera parte: despues es necesario un soberbio coche tirado por magníficos caballos, espléndidamente vestidos y manejados por un *orgulloso* coche-

ro y por dos ó más palafraneros, que arroje á los aires, de sus cuatro pebeteros, constantes pirámides del humo del aromático incienso que en las cavidades de aquellos encierre: que éste espere delante de la casa mortuoria al mortal venturoso que se desdeña de ocuparlo—luego es indispensable que veinticuatro ó más individuos, acompañen de cerca al cadáver, vestidos de riguroso luto, con enormes casacas unos, con diminutas casacas otros: con *bombas* piramidales unos, con *medias sorbeteras* otros: con cuellos de camisas como cucharas de albañil unos: sin cuellos de ninguna clase otros; y todos con zapatos de marca mayor, de una sola medida, fabricados expresamente para que puedan usarse por todos los piés que se presenten de cualquier clase y longitud que sean......

¡Pues qué! ¿No hay más que morirse? Pues todas estas cosas que son *muy necesarias* y que *muy por encima* he señalado, no componen sino una parte muy pequeña de ese programa de gastos indispensables á la última escena de la vida. Muy egoista es preciso que sea el que se muere contando solo con los gastos personales. ¿Y la viuda?

Esta matrona necesita para *debutar con decencia* en su nuevo estado, enviar á la tienda desde el instante fatal, por veinte ó más varas de la más costosa sarga negra para formar su *uniforme* de viuda, colocar sobre sus espaldas el *pañuelo entero*, de negro y ruidoso tafetan, sostener en sus manos el blanco pañuelo de batista finísimo para cubrir sus ojos y recoger las lágrimas que de ellos broten en el momento de la *sortitta* del cadáver para otros lares y para cuando por la noche vayan entrando sus amigas á *ayudarla* en sus lamentos. Sin estas cosas, el llanto no brotaría de sus ojos ni las exclamaciones de sus lábios, ni los lastimeros ayes, ni los tristísimos suspiros. Para llorar *con decencia* se necesita sarga negra, para suspirar es indispensable un costoso pañuelo al cuello: no es posible que un pañuelo de mano que cueste una peseta pueda

recoger las lágrimas que arranque una eterna despedida......

La viuda necesita colocarse, sentada en un sillon en un cuarto separado, alhajado de la mejor manera que se pueda: vestida de luto riguroso para poder llorar con toda decencia; porque ha de estar rodeada, no solo de sus íntimas amigas, sino de otras personas de cumplimiento y no ha de llorar vestida de cualquier modo.

No porque á su marido se le antoje morir, ha de hacer una viuda un papel ridículo, encerrada en un cuarto, entregada enteramente á su dolor, cuando aquel sabia perfectamente que casi es de moda, que las vecinas todas concurren y tengan ganas ó no las tengan, han de llorar y hacer exclamaciones: que es muy natural que si él era procurador ó abogado de tal vecina, ésta está en el caso de entrar en el cuarto de recibo con los brazos abiertos gritando:

—¡Ya se acabó mi apoderado!

Para todo esto se necesita dinero: porque el que se muere debe saber que la casa se llena de amigas íntimas pue toman chocolate amargo y otras que lo toman dulce: que algunas lo toman solo y otras con bizcochos y otras con panetela: que aunque no lo pidan, es necesario servirles sus copitas de vino generoso... que estas amigas y vecinas entran al toque de oraciones: que algunas se retiran á buena hora y otras á las mil y quinientas, y que piden repeticion, como los concurrentes á las altas localidades del teatro, de aquello que más les gusta, y así es que el chocolate amargo y dulce, y los bizcochos y las panetelas y los vinos generosos, hacen frecuentes apariciones en el *appartement* de la nueva viuda.—Todo esto cuesta dinero; el que se muere sin contar con todos estos gastos indispensables á su nuevo estado, se mete en negocios torpes que infaliblemente le han de producir mal resultado.

Debe saber que esta *mecha* si no es muy larga, tampoco es tan corta que no proporcione gastos de al-

guna consideracion, porque no acaban el dia del entierro, no señor, deben prolongarse hasta nueve dias despues: el hombre que se muere sin arreglar primero estos negocios, es un egoista: solo vá á buscar su descanso sin contar con los *compromisos* de sus herederos que tienen que costear un buen almuerzo, una buena comida y si se ofrece......hasta cena; porque nunca faltan entre los amigos de más confianza, algunos que se sienten con *debilidad* ó con *penita* en el estómago, porque á la hora de la comida no tuvieron apetito, pues lo perdieron al recordar las buenas acciones del difunto. Y como estos *amigos* fueron de los que más *trabajaron*, en la enfermedad de aquel, es preciso contemplarlos y servirles una nueva colacion que restaure sus fuerzas.—Y como estos amigos de confianza tienen niños que los esperan con ansia por las golosinas que pueden llevarles, es preciso que haya buen repuesto de dulces y *cositas* de fácil conduccion.

¡No quiero morirme, no! Me estremece la idea de saber que algunos individuos, con el pretexto de saber de mi salud, se presenten en mi casa en mis últimos momentos para hallarse allí *por casualidad* en los momentos desgraciados para ofrecer sus servicios como agentes de empresas funerarias.—No quiero que mis pobres herederos hagan sacrificios por hacer tirar papeletas de invitacion para mi entierro á los que fueron mis amigos que, ó las reciben y no les hacen el mayor caso, ó no llegan á sus manos porque el repartidor de ellas, para abreviar la reparticion, arroje en cada cloaca que encuentre, cincuenta papeletas negras con letras de plata, encargadas de comunicar la insignificante noticia.—No quiero *ver* á mis amigos, que de *compromiso* se presten á acompañarme, doblar por la primera esquina que se les antoje y dejarme continuar mi viaje solo, sin su *necesario* carruaje.

Y si fuera esto solo! Pero ¡quiá! Queda aún la poesía de las impertinencias. En caso de que yo me prestase á morir, que lo dudo, ¿cómo resistir con paciencia

que delante de mis despojos emprendan algunos de *mis dolientes* la tarea de acordarse de mis méritos y de mis virtudes y otros la de aprovechar la ocasion, que nunca creyeron ver realizada, de declarar sus amores á las señoras de sus pensamientos? ¿Podría tolerar con paciencia que en mis barbas se murmura de las lágrimas de mis herederos, de las provisiones de mi despensa, del efecto que causa mi figura y de tantas cosas como se notan y cometan en la casa del mentecato que consiente en morirse, sabiendo todas estas y otras muchas cosas? ¿No vale dos veces más permanecer vivo y gozando de una salud perfecta, aunque tenga uno que lidiar con las exigencias extraordinarias é injustificables de los dueños de casas, con los víveres podridos de los bodegueros, con el pescado en nieve, con los carretoneros, con los cocheros, y hasta...... con los ministros de los tribunales de demandas verbales y los que los ponen en movimiento, intransigentes paisanos de los hijos de la rubia y orgullosa Albion?

Si al ménos, despues de la muerte pudiéramos estar tranquilos en el lugar en que nos coloquen! Si por lo ménos no hubiera dueños de casas en el solitario lugar en que quedamos depositados! Pero ¡quià! Allí tambien hay dueños de casas. Fiaos de que el cementerio es un lugar tranquilo y á propósito para descanso del cuerpo y no pagueis á su vencimiento el alquiler del nicho! Sin necesidad de citacion primera ni segunda, sin necesidad de acusaros la rebeldía, sin deciros una palabra; la ejecucion está aparejada, y como no se encuentra en vuestra mansion solitaria, *nada* que pueda seros embargado, el desalojo es inminente, no os pondrán en la puerta de la calle, pero sí pondrán los restos de vuestro individuo pretérito en el carneio para de allí pasar á ser pasto de las llamas, y luego...... vuestra casa se le alquila á otro individuo más fresco.—¿Y no sabes tú, lector de mis ojos, la causa de este desalojo, de esta humillacion, de este bochorno delante de todos los que componen el vecindario que llamamos cementerio?—No? Pues la

causa es que nuestros herederos al alquilarnos el nicho no lo hacen con el objeto de que descansemos con lujo, sino con el de que los que acompañen él entierro vean que ellos son hombres que pueden disponer de cien pesos, que Dios sabe como se han podido adquirir en tan apuradas circunstancias; y como el desalojo del nicho es en silencio, y al cabo de diez años, nada se les importa que los restos frios y bien frios de su ascendiente, descendiente, colateral, esposo, esposa ó amigo, pasen en silencio á los más *recónditos pliegues* de las llamas de la pira construida para hacernos subir hasta las nubes.

Lo repito, feos lectores y bellísimas lectoras mias: miéntras las cosas no varien, que deseo sea lo más tarde posible, juro y protesto con todas las veras de mi corazon que no moriré en mi vida y que por muy áspero que sea el sendero que tenga que atravesar, lo sufriré con paciencia y lo pasaré con paso firme. Dios os guarde, lectores mios, y os inspire la idea que he espresado en este artículo y que la veais realizada *como yo para mi deseo.*

¡VUELVO!

Era una tarde de las trescientas y pico que han transcurrido unidas á los dias del año de gracia de mil ochocientos sesenta y cuatro. Tenía dentro de mi cabeza tantas cosas, que me parecia imposible que pudiera contenerlas la caja que encierra mi cerebro y deseaba aire; aire, sí, aire, como si este, entrando por los conductos de la respiracion, pudiera penetrar en aquella cavidad y limpiarla de las ideas molestas que allí bullian en tropel semejándose á multitud de sanguijuelas nadando encerradas en un frasco, moviéndose en todas direcciones y causando en todo mi sistema nervioso una dolorosa presion. Tomé mi sombrero, salí á la calle (debe suponerse que no estaba en ella) y caminando á la ventura, sin direccion fija, antojóseme doblar por una de las de esta capital, de la cual puedo asegurar con respecto á su nombre y en honor de mi buena memoria que de él no me acuerdo y que hago muy pocos esfuerzos por conseguirlo. Tal es la poca importancia que tiene para mí la omision de este punto de mi narracion.

Casi, casi iban muriéndose las sanguijuelas...... dijo, iba tranquilizándose mi mente, cuando oí pronunciar mi nombre por una voz desconocida: volví la cara á uno

y otro lado y no ví persona alguna que me diera á entender ser ella la que se habia tomado aquel trabajo: miré para las puertas y ventanas de las casas cercanas y hasta para sus balcones: el mismo resultado. Volví á emprender mi camino, y á los primeros pasos, mi nombre y apellido volvió á resonar en mis oidos pronunciados por los mismos lábios y con más fuerza.—No me queda duda,—dije para mí—esto es conmigo.—Torné á mirar á todos lados y esta vez fuí más dichoso: por entre las hojas de una ventana cerrada, salia un robusto brazo de mujer, y de mujer vieja, con un rosario colgado en la muñeca, que hacia señas en mi direccion indicándome que me acercara. Así lo hice; intentando saludar *in albis* á mi oculta interlocutora que me interrumpió diciéndome:

—Entra pícaro. ¿Así pasas por delante de mi casa sin saludarme siquiera? ¿Te figurabas? por qué fingias no conocerme, que no te habia yo de conocer? ¡Narciso! ¡Qué *langaruto* te has puesto! ¡Me parece mentira que seas tú el que estoy mirando! ¡Con esos bigotes! ¡Con esa cara! Es verdad que te dejé de ver cuando estabas mamando y no te habia visto hasta ahora. ¡Qué diferen cia!

—Es verdad, señora, ya hace algun tiempo que no mamo.

—¡Ya lo creo! Entra, entra bribon, que lo que es esta vez no te me escapas. Quita la tranca, niña,—añadió dirigiéndose, seguramente, á otra persona que estaba con ella.

Entré en la casa y la puerta se cerró tras de mí: no me equivocaba cuando aseguré que otra persona estaba con *mi amiga:* allí se hallaba otra mujer de más de cuarenta años.

—Ven acá, cimarron, siéntate ahí, en frente de mí, que no me canso de mirarte: me parece que fué ayer cuando te estaba mirando, *chiquitico* de pecho...... ¡Tan bonito como estabas! ¡Bendito sea Dios! ¡Cómo has cambiado! ¡Qué diferente estás hoy!

—¡Cómo ha de ser! le contesté, evidentemente contrariado mi amor propio con esta última observacion; ¡cómo ha de ser! Esa no es culpa mia...... Pero, señora añadí, permítame usted que le suplique me saque de una duda. ¿Cómo me ha conocido usted despues de tanto tiempo? Y se me hace esto más difícil, cuanto que acaba usted de decirme que he cambiado tanto ..

—Las cosas de las muchachas, hijo, las muchachas que son el mismo diablo: esta niña que es mi hija......

Busqué á *la niña* con la vista y solo ví á la *señora* que abrió la puerta.

—¡Jesus, mamá......! dijo esta, tapándose la cara con un pañuelo.

Entónces comprendí cuál era la niña.

—¿Y eso qué tiene de particular? Sí, Narciso, esta niña es mi hija, te ha oido nombrar y como á las muchachas les gusta averiguarlo todo, parece que entre sus conocidos hubo alguno que te conocia y......

—Mamá, por Dios, dijo *la niña* ¿qué dirá de mí este caballero?

—¿Qué va á decir?...... Pues sí: me dijo un dia que tú pasabas muy disimulado. ¡Ese es, mamá! Ese es!

Cuando salí á verte, ya ibas léjos, pero *te cojí* bien la figura y ofrecí que no te me escaparias otra vez. Ya ves que sé cumplir mi promesa. ¿Y tu familia?

—Mi familia ..... mi familia...... ¡ha muerto! Estoy solo en el mundo......

—¿Y qué ha sido de tu vida?

—Mi pasado ha sido un enigma.

—¿Y qué haces ahora?

—Castillos en el aire.

—¿Y qué piensas hacer?

—Señora, por lo pronto creo que mi porvenir está encerrado en el cañon de una pistola.

—¡Jesus, Narciso! ¡No juegues con esas cosas! El diablo las carga! ¡Ave Maria Purísima!—Y se santiguó asustada.

—Tambien las descarga, señora, le contesté, pero...

no hablemos mas de eso. Ahora creo que llegó mi turno, y usted me dispensará que le pregunte, ya que tan afectuosa se muestra:—¿A quién tengo el honor de hablar? Quisiera que me dijera usted su nombre...

—Miren con lo que se apea ahora!

—Lo he olvidado, señora; como hay tanto tiempo que no la veo...... sucede que...... ayude usted mi memoria.

—Yo soy Martina; hijo, que conocí mucho á tu familia...... hasta á tu abuelito, aquel buen hombre tan honrado, tan buen padre de familia que debe Dios tener colocado hoy entre los escojidos, que vive hoy y vivirá siempre en la memoria de los que lo conocieron, porque la fama de los buenos nunca muere...... Yo soy Martina y esta niña es mi hija Inocencia.

—Dios se la conserve á usted con toda la pureza de su nombre......

—Bien lo merece, hijo, porque es una palomita sin hiel: ven acá, Inocencia, ven acá, tonta—añadió Martina, al ver la repugnancia de la *niña*—no tengas vergüenza: Narciso es de confianza; ven para que te conozca.—¡Ay!—exclamó dirigiéndose á mí,—no puede con su carácter. ¡Es tan tímida!

—¡Oh! ese es un mérito más... pero... no la violente usted...... otro dia......—Y eché una mirada á mi sombrero.

—¡No! ¡Eso no! ¿Cómo voy á consentir que se acostumbre á esas manias? Bueno es lo bueno, pero no lo demasiado. ¡Ven aquí Inocencia!—exclamó con toda su autoridad de madre.

La *jóven* de los *cuarenta y pico* se levantó y vino á colocarse delante de su madre con la cabeza baja y haciéndole nudos á su pañuelo.

—¡Alza la cabeza! Mira que dirá la gente que eres boba...... ¿Qué te parece, Narciso?

—Me parece, dije volviendo á mirar mi sombrero, —me parece que esta señora......

—Mira que es soltera y......

—Digo...... que esta *señorita* me parece muy bella...... y muy...... graciosa...... y qué debe bailar muy bien.—Y me quedé admirado de mí mismo.—No me creí en aquellos momentos capaz de tanta galantería.

—¿Ya lo ves, mamá? Ya viene con *relambimientos*. Eso lo sabia yo y por eso me resistia...... Mire usted que se equivoca!—exclamó dirigiéndose á mí.

—De ninguna manera, señorita: yo no he tratado de ofenderla y sentiría......

—Discúlpala Narciso; me dijo la madre, eso nace de que yo la he criado con un horror decidido al baile; y el que le habla de esas cosas es su peor enemigo...... ¿Y qué dices de su cuerpo? No me está bien á mí que soy su madre celebrarla, pero tú que eres de confianza, me perdonarás mi flaqueza. Camina un poco para allá, Inocencia!

—¡Mamá, no puedo!

—¡Camina! ¡Camina! que te lo mando yo!

—Mire usted que no tengo puesto el Málakoff.

—No le hace; tu cuerpo es lo que se quiere ver y no la maldita jaula de *jierro*. ¡Camina!

—Espérese un poquito que voy á apretarme el túnico.

—¡Ahora verás, Narciso! De eso no se vé todos los dias. Vamos, niña, ya está!—exclamó dirigiéndose asustada á la hija. ¡Qué te revientas!

—Voy á calzarme los zapatos, que estoy en *chancletas*.

—Pero, señora......—le dije á Martina, temiendo que una risa imprudente me comprometiera para con su amor de madre......—sin que camine comprendo que......

—¡Nada! Quiero que la veas! Camina para el comedor, Inocencia, y vuelve. Ahora verás, Narciso. Vamos Inocencia, con garbo! poquito á poco!

La pobre *niña* emprendió su paseo dándole á su cuerpo todo el aire de una bailadora de *minuet* y se sentó abochornada.

—¡Qué boba!—dijo la madre.—Nadie la sacará de ahí, eso nació con ella y...... yo me alegro, que al fin no quiero que hablen de ella como lo harán de esas locas de enfrente.

—¿Qué locas?

—Esas que estaban en la ventana cuando tu pasabas, sí, en la ventana del frente. ¡Qué escándalo! ¡Qué *jubileo* de mocitos desde que oscurece! Como ellas son tres, nunca falta un mono de centinela. Son mi diversion: me siento aquí donde estoy, gozando con ellas: por eso pongo así las hojas de la ventana, entrejuntas: yo las veo y ellas no me ven á mí. Ya viene uno, poquito á poco, y rozándose con la pared hasta que llega á la reja donde está colocado otro del lado contrario: ya emprenden la carrera los dos porque *ellas* les avisan que viene alguno de dentro y...... nada. Cuando están á alguna distancia los mocitos, se desternillan de risa por el susto que les han causado. ¡Qué gracia! Luego pasan ellos muy serenos por aquí, pegaditos á mi ventana diciendo: «Yo corrí por no comprometerla á ella, que sinó, me planto en la ventana...... y sabe Dios lo que hubiera sucedido.» Y si ven asomar por la esquina, no al padre de ellas, sino á un hombre cualquiera que se le parezca, vuelven á emprender su carrera que no los cojeria un galgo. Yo no quiero que Inocencia vea estas cosas. ¡Dios la libre! ¡Jesus!

—Bien hecho.

—¿Y cuando las sorprende el viejo? Entónces no se rien, porque él no juega: las agarra por el pelo y á bofetadas......

—¡A bofetadas!

—Sí! A bofetadas las hace entrar hasta la cocina.

—Mal hecho, señora, ó al ménos, yo lo creo así: comprendo que esas niñas pierden mucho de su estimacion con esas exhibiciones públicas de relaciones, que sostienen tal vez por diversion puramente y sin que su corazon tenga en ellas la más mínima parte: pero ese no es el modo con que debe conducirse un padre que

sorprende á su hija en esas imprudencias: las buenas palabras, las advertencias juiciosas, y sobre todo, los buenos ejemplos deben producir mejores resultados que esos raptos de ira que las predispone, como incáutas que son, á otras imprudencias mayores. ¿Y qué me dices de la chiquita?

—¿Qué chiquita?

—¿Pues no te he dicho que son tres? Yo no te he hablado más que de dos. La chiquita no tiene novio pero tiene pretendiente que la enamora por cartas; una negra de la casa las lleva y luego vuelve y le dice algo al *bobo* y este le dá algo.—¡Ay Inocencia; Dios te libre!

—Ese es otro mal paso, señora Martina—le contesté—hacer tomar parte á los criados en esas cosas: á los criados que por el interés de los regalos que les hacen los amantes callejeros, les dicen á estos cosas que debian ignorar y muchas veces los halagan con promesas y esperanzas que, tal vez, estuvieron muy léjos de la imaginacion de sus amas......

—Eso está en la educacion de las niñas, Narciso, por eso yo he criado á mi Inocencia como la ves. Nada de tratos con mocitos, ni visiticas, ni...... nada. Yo puedo tener criados y no los tengo por temor á estas cosas. *Todavia* ella es muy niña; y el dia que ame por la primera vez, estoy segura de que lo pondrá en mi conocimiento y entónces verémos.

—Pero segun veo, mi señora, con el retraimiento en que vive Inocencia, sin tratar con nadie que pueda apreciar las buenas cualidades y las buenas virtudes que usted ha sabido inspirarle, dudo que......

—Ah! ¿Crees que se quede para vestir santos? Pues te equivocas: ahora es el tiempo de presentarla, y no pódias haber llegado á mejor tiempo. Ven con frecuencia, Narcisito, y trae á tus amigos por acá, que queriéndote á ti precisamente hemos de querer á los que tú quieras. Y á propósito, ¿estás desocupado esta noche?

—Probablemente, sí.

—Me alegro. Inocencia, vístete y péinate: ponte

bonita que vamos esta noche á la retreta con Narciso.

—¡Mamá!

—Sí, hija, este es para mí lo mismo que si fuera mi hijo, y quiero sea el primero que te luzca: ¡Bravo, Narciso, Inocencia de un brazo y yo del otro! Bravo! ¡Te la vas á lucir esta noche! ¡Digo, y la luna que debe estar como el sol de medio dia!

Si el entusiasmo repentino de esta señora le hubiera permitido ver mi fisonomía, al lanzar contra mí tan furibundo anatema, estoy seguro de que le hubiera inspirado lástima y de que hubiese creido que me hallaba yo en la edad en que dejó de verme. Yo creo que estaba haciendo *pucheros*.

—Martina, le dije, usted me dispensará, estoy enfermo, no puedo serenarme; otra noche tendré ese gusto.

—¡No! ¡no! Esta noche ha de ser. ¿Te estás haciendo de rogar? ¡Qué lástima!

—No es eso sino que estoy afluxionado.

—Eso no le hace, contra siete vicios hay siete virtudes: ahora lo verás.

Y se quitó del cuello un gigante pañuelo de algodon que á semejanza de un gorro colocó en mi cabeza, dejando colgadas á mis espaldas sus enormes puntas.

—Ahora tienes cubiertas las orejas,—me dijo,—ya no hay cuidado al sereno: cuando salgamos te cubres las narices con tu pañuelo y.. ... ¡No hay novedad! Voy á vestirme, *que yo tambien soy sabrosa* y quiero lucir mi palmito. Espéranos ahí, que *ahoritica* estamos compuestas. Y se coló en el primer aposento, diciéndome al cerrar la puerta:

—Dispensa que te deje solo y cierre la puerta, hijito; porque tú eres hombre y nosotras somos mujeres. Hasta luego.

—Sí, ¡hasta luego!...... ¡Hasta nunca, jamás, bruja de los demonios! ¡Qué te espere un toro de cinco años! Y con toda la violencia que pude, arrojé el gorro que me habia puesto la arpía, abrí la puerta sin hacer ruido, y me salí á la calle, con tanto aturdimiento que

arrojé al suelo, tropezando con él, al enamorado pretendiente de la más chiquita de las niñas de enfrente, que se levantó furioso echándome pestes y maldiciones y amenazándome con los puños. Yo proseguí mi violenta marcha y el pretendiente se conformó con sus amenazas: entre los partidos de seguirme ó hacerle señas á la niña, parece que se decidió por el último y pude doblar la esquina sin inconvenientes.

Ya fuera del peligro de la retreta y del pretendiente, gracias te doy, Martina, por haberme llamado; á tu prodigioso cariño debo el haber formado este artículo, y gracias mil te doy por haber cerrado la puerta de tu aposento. A esa precaucion le debo hoy el no haber hecho en el Parque, durante la retreta, y con un gorro ridículo, una exhibicion de viejas, sin retribucion de ninguna clase.

Habana. 1865.

L' ENFANT TERRIBLE.

Don Anastasio tiene una cara como cualquier otro, no es feo, no es bonito, ni siquiera un término medio; pero tiene un *no se qué*, tan particular, que le dá la apariencia de un cochino, y así y todo, está perdidamente enamorado de una preciosa jóven, que, si no es rica como don Anastasio, tiene una mamá que la quiere mucho y un hermanito *muy gracioso*.

Don Anastasio es visita diaria de la niña, la ha pedido á la madre, y ésta se la dá; pero la niña no quiere *darse viva*.

—Mira que tiene muy buen carácter, que es rico y te quiere mucho—le dice la madre.

—Pero...... ¡Si tiene cara de cochino!

—No hagas caso...... con el tiempo, con la costumbre de verlo y tratarlo, se disipa esa preocupacion.

—Pero...... ¡si tiene cara de cochino!

Y el niño lo oye...... todo.

—Además,—replica la madre—*para hombre* no es feo, porque, como la hermosura no es la mejor prenda para marido, sino la honradez, el cariño á su esposa y otras cosas por el estilo......

—Pero si es demasiado feo...... casi es un cochino.

—Sin embargo, hija mia, no es completamente un cochino. Viste muy bien, tiene buen trato, buenas maneras, buena educacion, en fin. Casada con él, puedes disfrutar á su lado lo que no disfrutas conmigo: puedes tener un bonito carruaje, puedes asistir á teatros y paseos: gastar prendas de oro y brillantes...... ¡Cuántas conozco yo que tienen maridos con cabezas de vaca y de toro que no pueden dar á sus mujeres estas cosas, y, á pesar de todo son felices!

Estas últimas observaciones ablandan á la jóven y se decide, por fin, á recibir á don Anastasio de una manera *más suave;* tanto, que el pretendiente, despues del dulce sí, loco de contento, regala á la niña un soberbio brillante y fija dia para la boda.

El niño llora de envidia y don Anastasio le regala un relojito de oro y una leontina.

La madre regaña al niño severamente, y éste determina vengarse.

Una noche llegó don Anastasio á la casa de la novia, había apurado los recursos del tocador hasta lo posible, y vestía con la elegancia del más refinado *dandy.*

Llevaba un bastoncito primoroso, que valía algun dinero, y el niño lo quería.

—Se lo voy á padir á don Anastasio—dijo á su madre.

—¡Cuidado cómo te atreves!—contestó ésta asustada.

—¡Que sí!—gritó el niño.

—¡Que nó!—exclamó la madre.

En estos momentos la cariñosa novia arrancaba suavemente de una de las cejas de su dichoso amante un pelo que se destacaba de los demás *¡oh dolce soave amor!*

Don Anastasio estaba en el paraiso.

—¡Se lo pido!—gritaba el niño.

—¡Nó, nó y nó!—contestaba la madre.

—Pues entónces lo digo.—Don: Anastasio,—siguió

dirigiéndose al novio,—¿sabe usted lo que dice mi hermana?

—¡Niño!—exclamó la madre amenazándolo—¡Niño!

—¿Qué dice?—preguntó el novio.

—Dice que usted......

Y la madre intentó llevarse á su hijo al interior de la casa.

—¡Pues que me dé el baston y no digo nada!—gritaba el niño resistiéndose.

—Vamos—saltó don Anastasio promediando,—dímelo y te lo regalo.

—Dice mi hermana que usted tiene cara......

Y no pudo concluir el niño, porque la madre le tapó la boca con la mano......

Pero luchando con ella se escapó.

—Ven acá, pícaro—repuso cariñosamente el novio —¿qué estabas diciendo?

—¡Yo no digo nada—contestó el pilluelo sollozando:—mi hermana es la que dice que usted tiene cara de cochino!!

—¡Jesús!—gritó la novia tapándose la cara.

—No lo crea usted, caballero.

—¿Y cómo va á casarse conmigo, picarillo?

—Porque mi madre le dijo el otro dia que así, con cara de cochino y todo, usted tenía mucho dinero y......—

Don Anastasio se despidió en seguida.

—¡Don Anastasio!—exclamaron hija y madre—no crea usted nada, ¿dónde va usted?.

—A comprar dulces al niño.

Y entró en su victoria, recomendándole al cochero el trote largo.

Cuando llegó á su casa se miró al espejo. Verdaderamente, si ántes de la visita se asemejaba á un cerdo criollo, despues del susto, estaba tan desfigurado, que parecía un cochino corralero. ¡Caprichos de la naturaleza!

Pero don Anastasio no ha vuelto á la casa de la novia.

El sabe lo que tiene que agradecerle al niño.

«Porque amor casto entre dos
es colmo de las venturas»

Y que:

«unirse dos almas puras
es ver á Dios.»

Pero sabe tambien don Anastasio que es incompatible el amor entre dos seres de distinta especie.

Y aunque la novia le jura que su hermanito ha mentido, se acuerda de que muchas veces los muchachos y los locos dicen la verdad.

PAGAR EL SÁBADO.

Nada de digresiones: voy á principiar mi tarea encaminándome directamente al grano: tengo un tipo, el papel en la mesa y la pluma en la mano, y ántes de que se borre de mi cerebro la imágen que en él está grabada, voy á trazarla del modo que mejor pueda y deba, como dicen los juristas cuando certifican y los que no son juristas que hacen lo que no pueden y lo que no deben; quiero decir, que voy á trazarlo de la manera que Dios me dé á entender, sin introduccion de ninguna clase, como se me antojó hacer en otros artículos, porque, hablando con franqueza, ¿qué producto pueden sacar mis lectores (caso que los tenga) del tiempo que les hago perder leyendo una digresion de media página? El beneficio seria mio, que sin tratar de la materia que me propongo, iría ganando terreno, si puede llamarse así el pliego de papel en que mi pluma corra para ir dirigiéndome al término, ó lo que es lo mismo, al principio de lo que piense escribir.

Por eso es que he dicho en las primeras palabras, que en este artículo voy á prescindir de aquella costumbre y que voy á dirigirme directamente al grano, por las razones ya dichas y por la muy principal de que no

se me ocurre nada que pueda servir de introduccion.

¡Tendria que ver que para delinear un tipo cualquiera, con cuya lectura estoy persuadido que han de fastidiarse muchos, sinó todos los inocentes que emprendan esa tarea, me remontára á los tiempos de los Reyes Católicos y emprendiera una relacion histórica de la conquista de América con todos los detalles de la Isla de Cuba, reina hoy de las Antillas, la madre más amorosa del tabaco, de los perros mudos y de los *cories* ó curieles y de...... ¿qué se yo? Sin embargo de que no seria muy fuera de propósito que algo dijera al principiar mi pintura, del gran inconveniente que los pobladores de nuestra isla interpusieron à nuestra tranquilidad con la introduccion de otra especie de la raza canina. ¡Cuánto mejor no se dormiría en esta culta capital, si todos los individuos de esa especie, que tenemos en gran número, fueran de la raza primitiva y que pidieran por señas los recursos de un Abate L' Epée de su figura! ¡Cuántas maldiciones de ménos! ¡Cuántas salchichas de más! Y si no se hubieran introducido las mulas, ¡que silencio no habria en nuestras calles con la falta de carretones, que hoy nos aturden rodando por sobre los adoquines, tirados por aquellas bestias, y estas conducidas por pagadores perpétuos de multas maldicientes y maldecidos carretoneros!

Pero á pesar de todo no quiero molestar á mis lectores; porque aunque comprendo perfectamente que voy llenando cuartillas con este sistema, debo cumplir mi palabra y no andar con preámbulos de ninguna clase. Perdóname, lector; voy á entrar en materia, y sin que creas que salgo de mi propósito tengo que remontarme para principiar mi tarea á una época, para mí muy dichosa: no me detendré mucho en ella por temor de evocar recuerdos que seguramente atraerán á mis ojos las lágrimas que debo tributarles y que...... Al grano, al grano. Quise decir que en mi infancia conocí al modelo que trato de copiar en este escrito, y voy á empezar, lector, pues no quiero que pienses que mi intencion es

hacer lo que sabes he hecho en otros artículos y hacerte tragar un prefacio, sin tener conciencia de ello, como se hace á los niños cuando se les hace tomar una medicina desagradable, llamándoles la atencion á otro objeto. Lo dicho: nada de digresiones y...... al grano.

Allá en tiempos de entónces vivia cierto bulto que se llamaba Jaime: y advierte, amigo lector, que este no es su nombre verdadero: este es un nombre que le aplico así como pudiera llamarlo Pistola ó Trabuco; pero como aquel ha sido el primero que vino á mi memoria, no he tenido inconveniente en regalárselo, que al fin es nombre de Santo y aunque no lo merezca, al cabo es hombre y no quiero que se crea que estoy tratando de un perro de caza ó un perro de ganado. Iba diciendo que se llamaba Jaime, sí, Jaime...... Me parece que lo estoy mirando con sus doce años, con sus anchas caderas y sus anchas espaldas, en pié, detrás del mostrador de una pequeña y súcia bodega de mi barrio, colocado de bruces; la barba apoyada sobre el dorso de sus manos, pareciendo el mostradar la línea del horizonte y su ancha cara, el sol *eclipsado* saliendo de detras de una negramontaña. Sí, me parece que lo estoy mirando con las mangas de su mugrienta camisa remangadas hasta los codos, con calzones de un lienzo indescriptible por estar cubiertos de una capa que les dá la apariencia del hule, con su cabellera como una esponja de á real, con la cara del color de los pantalones y con la sola diferencia de las vetas más claras que forma con sus dedos al tratar de limpiar el sudor de su frente. No sé cual es su pátria y no es estraño, pues él tampoco pudiera darme una razon satisfactoria sobre este particular: cayó en la bodega como pudiera haber caido una viga desprendida del techo, y el dueño de aquella, hombre honrado, lo acomodó en su casa para que no muriera de hambre y para que fregara los platos y el mostrador y fuera aprendiendo á despachar y fuera algo ó hiciera algo con que pudiera ganarse la vida.

Y Jaime secundando los deseos de su principal tra-

bajaba y trabajaba por adquirir el despacho, al cual aspiraba, porque tenia una vocacion particular por el *manejo*, y á fuerza de sacrificios y abnegacion y de laboriosidad, se vió por fin al frente del dichoso cajon, luchando con el borracho para disputarle el poco de aguardiente, con el negrito que le suplicaba le apuntase *la contra* que se le olvidaba, llenando de denüestos á la pobre que iba á pedirle un pedazo de pan duro......

—Jaime! échame más manteca, ladron! dècia un negrito.

—Espérate, decia Jaime.

Tomaba el papel en que la habia envuelto, se dirigia al cuñete del despacho, con las espaldas vueltas al comprador, introducia en él una paleta, la sacaba más limpia que ántes de hacerlo, y pasándola luego por el papel, èstendia la que ántes habia, llevándose alguna parte.

—¡Quéjate ahora, lloron! ahí llevas el doble...

—Bueno, dame la contra.

—No! que tu me diste una *tablita!*

—Ay! miren lo que dice Jaime, contesta el negrito dirigiéndose á otros parroquianos. ¡Qué yo le dí una *tablita!* Yo te dí medio fuerte, ¡mi contra!

—No!

—Ladron!

—Bueno!

—Sin vergüenza!

—Bueno! pero no hay contra!

—*Finao!*

—Mejor! pero no hay contra.

Finao! Finao! Finao! gritaban en coro los muchachos amotinados contra Jaime.

Entónces éste montaba en cólera, tomaba un vaso de agua y arrojaba esta á la chusma que salia corriendo gritándole siempre *¡Finao!* ¡Ladron! ¡¡Sin vergüenza!! Pero Jaime quedaba muy tranquilo y tomaba otra vez su postura favorita, murmurando—«bueno, mejor, seré

ladron y todo lo que ustedes quieran, pero me quedé con un *chico* y con la *contra.*»

Y efectivamente, *se quedaba* con el *chico* y con la contra de éste y de todos los incautos que no tomaban bien sus precauciones, incluso el dueño de la bodega que no sabia que Jaime era un raton y que lo tenia dentro de un queso, y que no teniendo sueldo y que con una precocidad extraordinaria sabia que era preciso formarse un porvenir, iba, por lo pronto, haciendo sus provisiones con los *chicos* estraviados y con los medios *viejos* y con los reales *usados* y con las pesetas de cruz para espantar al diablo; y las iba poniendo en lugar seguro, que no podia serlo más una bolsa de cuero atada á su cintura por una fuerte correa; todo por no darle el disgusto á su principal de que viera entre sus manos monedas de tan fea figura y pequeñas dimensiones.

Y pasaron veinte años y el dueño de la bodega llegó á figurarse que Jaime estaba *jorobado:* tal era el bulto que ya formaba la bolsa consabida; y como ya tenia treinta y dos años lo respetaban algo los marchantes; y como ya se lavaba la cara y habia renunciado á la esponja que ántes adornaba su cabeza, ya los muchachos y hasta los viejos le decian *D. Jaime.*

Su principal observó estos cambios, y sin tratar de curarle la joroba, calculó que era mucho mejor impedir que le creciera, y calculando igualmente que la línea recta es, matemáticamente hablando, el camino más corto, tomó á su dependiente por una oreja, le colocó en direccion á la puerta de la calle, lo arrastró hácia allí con toda la velocidad que pudo comunicarle, lo plantó en aquella, y colocándose detrás de él, sin decirle una palabra, le aplicó un puntapié poco más abajo de la joroba y Jaime tomó posesion de su nueva vivienda...... en el mismo centro de la calle.

Pero como este estado de cosas no podia durar y era perentorio determinarse á hacer algo, Jaime entró en la bodega del frente de la que salia, y peso más ó ménos, cerró ajuste con el dueño de ella para *vengarse*

de su antiguo principial y se constituyó dueño de la casa, á costa de la mitad de su joroba. Entónces no habia *Frasquitos* por el mundo, y comprando efectos averiados, y vendiéndolos, por el sistema que traté de bosquejar ántes, Don Jaime ha llegado á poseer una fortuna considerable y se ha casado con una mujer rica y tiene criados y criadas con hijos de todos colores, que hacen palidecer de vergüenza algunas veces, aunque raras, el rostro de Don Jaime; criados, que si no los ha vendido ya, es por la razon de que espera mejor precio del que le han ofrecido por ellos, porque D. Jaime especula con todo.

D. Jaime se acuerda de que su antiguo principal era un hombre muy honrado, trabajador y cristiano, que pagaba todos sus buenos compromisos con una religiosidad extraordinaria y quiere imitarlo: y como aquel, segun costumbre, pagaba con exactitud los sábados porque destinaba los demás dias para sus honrosas transacciones mercantiles, D. Jaime cree que consigue grabar en su frente el lema de la honradez con pagar con exactitud las cuentas de la semana la víspera del domingo, aunque perpétuamente esté conjugando el verbo *cojer* en la primera persona del singular del presente de indicativo y como remedio subsidiario, en la primera persona de singular del mismo *modo*, porque es lo único que sabe de gramática; aunque siempre tiene por costumbre pensar, en términos generales, en el mismo verbo tomado en su modo infinitivo.

Y algunos creen que D. Jaime es uno de los muchos honrados individuos que tienen un justo orgullo en que se les distinga con tan satisfactorio dictado, porque no saben que D. Jaime no ignora que el crédito es dinero ó más que dinero; y que pagando con religiosidad sus compromisos, su fama volará por el orbe, como dicen las marcas de los cigarros de la viuda de Garcia, que de aquel modo puede celebrar todos los contratos usurarios que se le presenten, aunque su efectivo no le alcance: que el viérnes le *coje* á uno lo que paga al otro

el sábado, y que así va formando la cadena cuyo último eslabon regularmente, es un concurso de acreedores que es el *sábado mayor* con el cual cuenta D. Jaime para coronar su obra.

—Tú eres un hipócrita, le dirá alguno, tú apaleas á la esposa que te colmó de riquezas, por celos ridículos y miserias humillantes!

—Bien! Muy bien! contesta D. Jaime, pero... pago el sábado.

—Jamás haces una obra de caridad: el desvalido, el hambriento, nunca recibe de tu mano un pedazo de pan!

—Que trabaje! Yo no mantengo vagos! Mi dinero se lo doy al que se lo debo: ¡Yo pago el sábado!

—Hoy ha muerto en la miseria un individuo contra el cual has dado una declaracion falsa, por tomar parte de los bienes que injustamente le reclamaba un cómplice tuyo.

—Me alegro! ¡Ese ménos tendré á quien esconder la cara, y si se trata de divulgar el hecho, nadie lo creerá, porque todo el mundo sabe que soy muy honrado, que cumplo todos mis compromisos, que nadie se va sin su dinero si viene á buscarlo el dia de los pagos, sí, el sábado, yo pago el sábado!

—No vendas esos esclavos que están en tu poder, sirviéndote á la mano, y como artículo de lujo, para lucirlos en la trasera de tu coche. ¡Vas á vender á tus hijos!

—¡Eso no lo sabe más que Dios! Yo necesito dinero: tengo que completar el necesario para la compra de un ingenio que ha sido el fruto de mi concurso de acreedores, me espera el testaférreo que he puesto en mi lugar para salvarme en todo tiempo. El sábado he de entregar el dinero. El sábado!! El sábado!!

Y el ingenio se compra y D. Jaime sin desembolsar un centavo del efectivo que aglomera, goza con toda tranquilidad del fruto del trabajo de aquellos que creyeron que la verdadera honradez consiste en

tener efectivo á mano para pagar sus compromisos en un dia señalado. La honradez está en el alma: se imprime en ella con buenos ejemplos de moral cristiana, con buenos principios y no con falsas ostentaciones de dinero, que no son muchas veces otra cosa que redes en que suelen caer hasta los hombres más esperimentados......

D. Jaime duerme con frecuencia y con toda la tranquilidad de una conciencia pura, en los cenadores de los jardines del ingenio, acariciado por el perfume de las flores y por el soplo de la brisa, sin acordarse de que ese sueño es la parodia del que se duerme bajo la losa de la tumba.

Gustos y Contra-gustos.

Sobre gustos nada hay escrito. Esto consiste (á no ser otra la causa) en que cada uno tiene su modo de matar pulgas; ó lo que es lo mismo, en que cada uno piensa á su modo. difiriendo por este motivo, ó por otro cualquiera, de lo que piensan, dicen ó hacen, los demás que no piensan, ni dicen, ni hacen lo que ellos. Nada hay escrito; porque siendo esta materia tan abstracta, no es posible establecer sobre ella reglas fijas; á unos les gustan los colores claros, á otros los oscuros, á estos fumar el tabaco: á aquellos mascarlo, olerlo, sorberlo, etc. Y de esta diversidad de pareceres, nace que á muchos no les guste celebrar, *sino de cierto modo*, bautismos, cumpleaños y matrimonios, y que otros por el contrario, se dejen arrancar los pelos uno á uno, con tal de tener niños que bautizar, natales que celebrar, enfermos que velar, y á falta de todo esto, aunque fueran... muertos que llorar.

De esta última opinion es Mateita, esposa que fué de un conocido mio, que se llamó Serapio. Mateita estaba desesperada porque habia pasado mucho tiempo sin bautismos y sin sus equivalentes, y como su esposo estaba muriéndose todos los dias, pasaban por su casa

San Mateo y San Serapio sin ser saludados por una sola décima, ó con la explosion de una botella de cerveza. Ni siquiera *se componia*, porque la infeliz estaba condenada á ver en lugar de la Ambrosía de Sterling, de la Sal Mirífica, de Vénus y del Agua Florida de Murray y Lanman, los pomos triangulares de aceite de hígados de bacalao del Dr. Hogg y los frascos del pectoral de cereza y de anacahuita del Dr. Ayer.

Pero como Serapio no era inmortal, tampoco lo fué la impaciencia de Mateita, y un dia......

Un dia pasaba yo por su casa y entré en ella para saber de Serapio. Estaba llena de vecinas y vecinos.—¿Cómo está Serapio?—pregunté á una de tantas.

—Ay! D. Narciso,—me contestó,—su amigo de usted está...—Y alzó los ojos al techo, (iba á decir al cielo) haciendo con la mano la señal de la cruz á guisa de bendicion.

Comprendí que Serapio era un mentecato, que estaba dando lugar á que se hablara de él en esos términos, y me senté, como uno de tantos, quiero decir, que tomé posesion de la casa, como la toman muchos en estos casos, para ejercitar su *gusto* (vulgo sentidos) ó lo que es lo mismo para ver, oir, oler, gustar, y si se ofrece, tocar. Así fué que mirando, me convencí de que no era necesaria la pantomima de la vecina, para decirme que Serapio se moria, porque el movimiento extraordinario de la casa, el entrar y salir del cuarto del enfermo, el susto de uno, la animacion de otro, y sobre todo, la vela de cera (la del alma) que uno de los asistentes ocultaba á medias, me lo hubieran revelado.

Entre las personas que daban vueltas trataba yo de ver á la viuda *in fieri*, cuando un ruido que sentí en el cuarto, me advirtió su aparicion. Mateita salia de él. Venia sostenida por cinco ó seis de sus amigas y amigos más oficiosos: dije mal, ni salia ni la sostenian; tiraban de ella como tiran los pescadores de el chinchorro.

—Vamos, china—decia una—sal de aquí: nada vas á remediar ya......Serapio tiene quien lo cuide.

—No vayas á llorar *todavia*—decia otra—porque todavia está vivo y puede oirte.

—Ven al fresco, mi alma.—

Y esta tiraba del brazo derecho de Mateita para llevarla á la sala.

—No! á la sala no!—gritaba otra—le puede dar aire!—y tiraba del izquierdo en sentido contrario. A una *le gustaba el fresco* á la otra *le gustaba* el calor.

Como término medio, la colocaron en un sillon á la puerta del aposento: no estaba ni en la sala ni en el cuarto, y allí la abandonaron á sus naturales inclinaciones. Mateita hacia lo posible por llorar, y á fuerza de frotarse los ojos con el pañuelo, habia conseguido, irritándoselos, darle á su rostro una espresion de dolor que no podia con sus lágrimas, y miraba azorada á todos lados. Las carreras continuaban y los que las daban hacian lo que parece hacen las hormigas cuando trabajan, se decian algo al oido y luego miraban á la esposa y seguian.

—Poco tiempo despues, las carreras cesaron, y empezaron á formarse grupos.—¡Pobre Serapio! decia uno; no dijo *ni pio*.—Parece que duerme, decia otro, á quien *le gustaba* el sueño—¡Qué!—replicaba otro de la opinion contraria,—si tiene los ojos abiertos.—Lo mejor de todo, señores, es que la viuda tiene con qué consolarse, porque Serapio tenia dinero.

—Poca falta le hacia á Matea,—contestó una amiga de esta.—Matea tiene una entrada muy buena que es de ella solita.

—Señores! por Dios! cállense ó hablen como yo, bajito,—interrumpió la encargada de *la fiesta*.—Matea no sabe todavía que Serapio ha muerto.

—¿Y porqué no se lo dicen?—preguntó uno que *gustaba* de preguntar.

—Porque la pobrecita padece un *accidente* atroz, y es preciso prepararlo todo. Vamos! fuera! fuera!—y empezó á hacer lo que el estanquero en la valla de gallos, ántes de *soltar* la pelea.

Como práctica en aquella clase de negocios, la *bastonera*, (porque yo no sé su nombre) trajo un catre que colocó en el centro de la sala, y próxima á esta una silla con aguardiente de Islas, éter, álcali-volátil, pañuelos, etc., etc.—En seguida, dirigiéndose á la viuda:

—Vamos, Mateita, ven, hijita—le dijo—siéntate en la cama; estarás más cómoda.

—No! No!—exclamó la viuda—yo quiero ir donde está Serapio!

—No seas boba, mi alma, luego que esté mejor irás á verlo; ahora *le ha dado una cosa*, y está quieto; ven á la cama, ven.—Y abrazándola por la cintura la aproximó á ella.

—Yo no quiero sentarme en la cama!—decia Mateita—sentándose en la cabecera:—yo quiero ver á Serapio! á Serapio!! á Serapio!!!

—No grites, mi vidita, tranquilízate, ¿tú no sabes lo que tiene tu marido?

—¿Qué tiene Serapio?—preguntó Mateita.

—Ten calma, corazon mio; yo no te lo voy á decir de golpe: así.... de golpe. Serapio, Mateita... se murió un poquito!!

—Ah!—gritó Matea....

—Se murió de una vez!!

—Aaaay!!!—volvió á gritar, la doliente,—y se arrojó de espaldas sobre la cama, saltando como una *rabirubia* fuera del agua.—Por eso—dije yo para mi capote—se sentó Mateita en la cabecera del catre: si se sienta en la barra se desnuca. Ya sabia yo el sitio del catre que *le gustaba* á la viuda!

—Vengan acá todos!!—gritaba la *bastonera*—sujétenle los piés, los brazos, la cintura!!... D. Narciso, no se haga bobo, sujétele la cabeza á Matea!!

—Lo siento, señora—contesté—pero estoy muy afectado, me sucederá lo mismo, y...

—Toribio!!—le gritó á otro—tú que tienes fuerzas, por Dios, sujétala, que se mata!!—Y Toribio la sujetó porque nunca falta... un Toribio.—Ahora, grita, Matea!!

grita, hija,—decia la *bastonera* sin advertir que otra que estaba por el silencio, le *gustaba* apretarle la boca y la nariz con un pañuelo mojado en aguardiente.

—Quítele usted el pañuelo y échele agua al pecho, —decia otro que estaba por la hidropatía y le *gustaba* más el agua que los espíritus.—Y Mateita se puso boca abajo porque era opuesta á los dos sistemas.

—Señores! vírenla boca arriba!—gritaba una jamona que le *gustaba* más esta postura que la otra.

Y Mateita, brincando siempre y variando posturas, aparecia como Vénus saliendo de la espuma, como una Bacante, como Diana cazadora.

—¡El éter!!—y Mateita detenia la respiracion, porque no le gustaba el olor del éter.

—Traigan el álcali volátil, por Jesucristo vivo!! Señores!!!—gritó uno sudando como un gañan y aferrado á los piés de la viuda.

Y aprovechando un momento de descuido, porque estaba probado que á la viuda *no le gustaban* los olores fuertes, se lo aplicaron á la nariz.

La accidentada hizo un esfuerzo supremo, y saltando como una *lisa*, se desprendió de algunos, y aplastó con la cabeza la nariz de Toribio.

—¡¡Mal rayo te parta!!—dijo este, furioso, y le volvió la espalda murmurando:—á mí *no me gusta* sujetar á nadie,

Mateita juzgó que la crísis nerviosa habia durado el tiempo necesario y abrió los ojos: sus miradas vagas indicaban que no se acordaba de nada.

—Grita, Matea, grita!!—le recordó la *bastonera*.

La viuda cayó en la cuenta y disparó el primer cañonazo.

—Ay!!

—Más duro, corazon, más duro.

—¡¡¡Aaay!!!

—Todavía más duro, corazoncito, que Serapio lo merece.

—¡¡¡¡Aaaaay!!!!

—Mira, *chinitica*, que Serapio te queria mucho; acuérdate de que no te decia Matea sino *Neita*. Desahógate, serafin, grita todo lo que puedas.

Entónces la viuda, tapándose los oidos como los vendedores ambulantes,—voy á darte gusto, dijo—y recogiendo en sus pulmones todo el aire que podian contener, entonó con sus amigas un coro infernal (*crescendo furioso*)que estremeció á todo el vecindario.

La directora levantó la *batuta*, imponiendo silencio: colocó en las sienes de la doliente dos hojas de tabaco, y ciñendo su frente con la indispensable venda, le confirió solemnemente el *grado* de viuda, rodeando su cuello con la fúnebre muceta (vulgo pañuelo.) Ya podia recibir saetazos, digo, preguntas, cumplimientos, consuelos etc., etc.

—¿Y cómo ha sido esto, Matea?

Ella contó la historia desde la calentura, que fué el prólogo, hasta el *accidente*, que fué la fé de erratas.

—Yo, hija, no sabia nada, y cuando lo supe me quedé así......—Y abria los ojos como un sapo.

—Pues yo, señora,—contestó aquella,—cuando oí los gritos dije: Serapio!! Y me quedé...... mire.. ...—Y aflojando las muñecas sacudia las manos, como si hubieran sido gavillas de tabaco.

—Pero á mí me sucedió más,—añadió una tercera, —yo iba á cerrar la puerta de mi casa, cuando oí los gritos, y me quedé pasmada, sin movimiento de medio cuerpo arriba, y las piernas se me aflojaron tanto, que empezaron á temblarme así...... mire, vecina.—Y procuraba imitar el movimiento de piernas de los amoladores ambulantes de tijeras y navajas.—«He aquí tres señoras,—dije para mi capote—entusiastas como pocas por la familia Keller. Sin saberlo, han representado una parodia de sus cuadros plásticos. No me queda duda, estas señoras *gustan* de las parodias.»

—*Güenos* dias por acá, señores!—interrumpió, entrando sin avisar, D. Jacinto, campesino amigo de la casa.—Aquí están las gallinas que le ofrecí á D. Sera-

pio...... Pero... ...¿Qué fué, *Doña?*.. ... En donde está él, que no lo *topo?*

—Ay! D. Jacinto! Serapio se halla en el cuarto; pero... ya estará gozando de Dios—contestó la viuda tapándose la cara.

—¿Y cómo vá á ser, *Doña?* Si aquí miesmo lo ví el otro dia cuando le ofrecí las gallinas. ¿Cómo ha *sio?*—Mateita no contestó; pero una de sus amigas contó la historia.

—Es querer decir—observó aquel—que si llego ayer lo encuentro vivo *entuavia*......

—Precisamente—le contestaron.

—Lo que más me admira, Mateita,—dijo una señora, por variar—es que su esposo no estaba tan malo el mes pasado, y......sin embargo......

—Dice usted bien, nunca ha estado Serapio como ahora poco.

—Y se puso *muy grave* para morirse, Mateita?

—No lo sé, hija, porque...... no...... me...... dejaron.—Y Mateita ya iba á *remedar* el llanto, cuando tocaron á la puerta.

—¡Adelante!—dijo con voz trémula:—Se presentó una criada.

—Dice la señora de aquí enfrente, que se alegra de que lo del Sr. D. Serapio no sea cosa de cuidado y que no viene á verla á su merced, porque la señora es ciega.

—Dile á tu señora que muchas gracias, y que ella siempre queda bien conmigo.—Otra:

—Dice la niña que no viene por acá, porque está... mala y puede llover, y que porqué están gritando acá.

—Dile á la niña que no se moje y que se murió Serapio.—Otra:

—Que dice la *paidita* que vive aquí más *alantre*, que aunque *semos* de *coloi*, *pué* la señora *mandai* con *confiansa*, y que la acompaña en su sentimiento.—Y salió la mensajera, sin esperar la respuesta, terciando su manta, remangándose el túnico para lucir la sayue-

la bordada *y soltando la escota* á su malakoff de treinta varillas.—Otro:

Es un niño de ocho años, con los pantalones rotos, sin camisa y sin zapatos; trae de la mano á su hermanita de cuatro. El primero fuma un tabaco, la segunda lo reserva, despues de apagado, detrás de la oreja.

—Doña Matea, dice el niño: mi *mae* que no *bole* la ropa del muerto y que se la mande..... Y se dirige al cuarto de Serapio.

—Ven acá! *condenao*, dónde vas?—le dijo una vieja.

—Mi *mae* me dijo que lo recoja *tóo* y que se lo lleve.

—Lárgate espolon, lárgate... Y la vieja lo plantó en la calle.

—Ay Dios mio!! esto me va á costar la vida,—exclamó la reciente viuda:—me duele la cabeza, se me va la vista.

—La *mesma debilidá, Doña,* contestó D. Jacinto.—Haga usted como yo cuando se murió mi difunta. Estaba la mesa puesta con la *comia*, y cuando me dijeron que estaba muerta, *pegué* á comer *puelco* y *plántanos* que daba *mieo!!*

—Jesus!! dijo Mateita

—Y despues. ¿No sabe usted lo que hice? Me quedé *dormio* con la barriga más *apretáa* que un tercio de tabaco. Haga usted *asina, Doña.* Cocine las dos gallinas que le *truje* á D. Serapio, y cómaselas.

—Ay D. Jacinto, no me diga eso, por su vida. Aaaay!!! Ay, Dios mio!!! Ay Serapio de mi vida! de mi corazon! de mis ojos!! de mis entrañas!! Ay, Serapio, Seraaaaapio!!!

—Toribio, Toribio!—gritaba la *bastonera* que esperaba otro accidente—Toribio!

—Echale un galgo!—dije para mí, porque lo ví salir á escape, cuando oyó á Mateita exhalar nuevos lamentos.

Pero no se repitió la crísis. Mateita, pensó que era mejor reservar todas sus fuerzas para la hora del entier-

ro, en la cual se prometía descoyuntarse, en honor de su esposo y romper la crisma á todos los Toribios pretéritos, presentes y futuros.

—Sr. D. Narciso—me dijo la *bastonera* con voz lastimosa—qué le parece el *accidente* de la pobrecita Matea? ¿Usted ha visto en su vida cosa más fuerte?

—Oh! señora,—le contesté,—estoy admirado: jamás he visto una *imitacion* tan perfecta. Doña Mateita trabaja muy bien.

—Lo que es en eso,—me replicó sin comprenderme—pocas *batallan* como ella; ¡qué fuerzas tiene!!—En seguida dándose una palmada en la frente, como si se acordara de algo que se le olvidara, se entró en el cuarto del difunto, y poco despues la ví venir para donde yo estaba, cargada como una acémila.

—Amigo mio, me dijo, esto le toca á usted: afeitar á D. Serapio y vestirlo.

—Cómo!! señora,—le contesté—Yo, afeitar á Serapio!! vestirlo! Un hombre tan nervioso como yo!! que quería tanto á Serapio; yo!!

—Aquí tiene usted—decia sin contestarme,—la navaja, la levita de alpaca, el chaleco...... Pero este chaleco tiene ramazones de color...... No le hace...... Abróchele usted la levita...... Los pantalones de paño, los calzoncillos; (no traigo medias porque lleva botines,) la corbata, la camisa, el pañuelo para la cara......

Yo estaba en suplicio. Deseaba tener alas, ser pájaro, imitar un desmayo, buscaba un pretexto, ¡¡La calle!!

—¿Falta alguna otra cosa, D. Narciso?—me preguntó la bruja.

—La bomba!—le contesté distraido.

—¿Qué bomba? Si acá no la usan desde que pusieron lámpara de gas.

—¡La sorbetera, señora!—le dije creyendo hallar el camino de la puerta de la calle.

—¿Y quién ha visto servir helados en mortuorios? D. Narciso, mire que la muerte de Serapio lo trastorna.

Efectivamente, señora, quise decir el sombrero.

—¿Usted se burla?—me gritó indignada.—¿Dónde ha visto usted tender á los muertos con sombrero?

—Tiene usted razon, señora, yo estoy aturdido. Lo que falta... lo que falta son los guantes—exclamé radiante de alegría,—y voy á comprarlos.

—No señor—me dijo sujetándome:—aquí hay quien vaya.

—No lo consentiré nunca!—repliqué.—Cómo! ¿Ceder la compra de los guantes á otro? Los últimos guantes que va á usar Serapio? No, señora, este último obsequio se lo tributo yo á Serapio.—Cojí mi sombrero y me planté en la calle.

—Espere usted, Sr. D. Narciso, no lleva usted el dinero, me gritaba la arpía desde la puerta; voy á pedírselo á Matea.

—No hay necesidad de eso,—le grité doblando la esquina,—yo los pago.—Y como si me hubieran perseguido diez perros de presa, doblé por una esquina, doblé por cuatro, y llegué á mi casa echando por la boca sapos y culebras contra Serapio, porque se casó con Mateita; contra Mateita porque no siente, como sienten las personas que *sienten;* contra la bastonera por su *gusto* de gobernar en casas ajenas; contra las que envian á los dolientes recados ridículos; contra los padres que mandan á sus niños á *mandados* en trajes vaporosos, y que tienen *gusto* en verlos fumar tabacos, y contra todos aquellos que tienen *gusto* en probar con sus *gustos* estravagantes, que hay *gustos* que merecen palos.

Ricos nuevos.

I.

La murmuracion es mi caballo de batalla, lo confieso: gozo extraordinariamente cuando agarro la ocasion, aunque sea por los cabellos (y eso que la pintan calva) de arrancar á mi prójimo una tira de pellejo, empezando por la nuca y acabando por el extremo inferior de la columna vertebral. ¿Qué me importa el escozor que pueda causarle el contacto del aire con sus espaldas desolladas? Para eso es prójimo, y aunque la piel que le arranco le pertenece, tambien yo tengo el derecho de disponer de ella, que áun no se me ha olvidado lo que aprendí en el catecismo de Ripalda: «Que los unos fieles tenemos parte en los bienes de los otros, como miembros de un mismo cuerpo.»—Que hagan mis prójimos conmigo otro tanto, que por la Fe de murmurador que profeso, les prometo hacer firme propósito de confesion y de colocar sobre mis doloridas espaldas el esparadrapo de la enmienda, para no incurrir en el desagrado de mis colegas, correligionarios ó compañeros de profesion.

Yo soy murmurador, es verdad, pero soy un murmurador inofensivo: á nadie perjudico con mis observa-

ciones, porque tengo la costumbre de no tomar á nadie por compañero de colaboracion. Cuando tengo un *sujeto*, como dicen los doctrinarios de Mesmer, me entretengo á solas, no en formar *precintas* con su pellejo sino en descuartizarlo, es decir, hago todo lo posible porque no salga libre de mi lengua, sino despues que haya dicho de él todo lo que pueda en contra de sus costumbres, si me parecen ridículas; porque es preciso que sepas, lector, que cuando yo murmuro...... es porque murmuro; y que cuando el rio suena, es porque no está en silencio; y que si me tienes por loco, no te faltarán motivos para decirlo, aunque á mí no me faltan tampoco, y bien poderosos por cierto, para decir que los niños aunque niños, y los locos aunque locos, suelen á veces decir verdades como el puño. Y cuando digo que murmuro á solas, no vayas á creer que como un maniático hable conmigo mismo ó forme un auditorio de los mosquitos que me acompañan en mis horas de insomnio. ¡Oh no! En estas horas, que son las que dedico á estas *cristianas* tareas, mi compañera es la pluma y de comun acuerdo y con la más pura inocencia, vamos estampando en el papel el resultado de mis observaciones analíticas. ¡A buen seguro que nadie las sepa! Oh! no! Todas quedan archivadas en el cerebro de mis lectores que me han empeñado su palabra de honor de guardar el secreto de lo que lean, hasta de sus esposas y de sus hijas, á no ser que prometan tambien éstas, á fuer de murmuradoras refractarias, que lo que ellas digan no saldrá, por lo ménos, de la Isla, sus aguas litorales y cayos adyacentes.

A buen seguro que yo murmure de tal Fulano porque sea tuerto, ó de Mengano que tiene una nariz estupenda, ó de Zutano que la tiene lo más económico posible. ¿Qué me importan los labios abultados de Juanita, ni las manos de lavandera de Tulita, ni el cuello de.... ¿qué só yo? Allá se las avengan ellas con las galas que la naturaleza le plugo regalarles, sean positivas ó negativas. Me gusta murmurar, no de la nariz de Fulano,

sino del mal uso que me parece hace de ella: y cuando digo nariz, digo todo su cuerpo incluso la cabeza, como miembro más esencial y que encierra las causas productoras de todas las tonterias de que somos capaces en este valle de lágrimas y miserias; entre ellas la que pone la pluma en mis manos para escribir este artículo.

Pero la culpa no es mia y sino hubiera...... Petronilos no habría quien los murmurara—y como conozco uno, y bueno, se me ha puesto en la parte principal, digo, en la cabeza, la idea de retratarlo, y voy á trabajar por conseguirlo.—

Petronilo era un hombre de treinta y cinco á cuarenta años, que usaba sombrero de yarey de copa alta; levita de género de más de medio uso; en lugar de corbata una cinta de ribetear, en los ojales del cuello de la camisa; nada de chalecos, nada de medias; pero sí sus zapatos de *becerro virado* cuyas orejas sujetaban cintas iguales á la corbata; caña de bambú con muleta de cuerno por puño, en la mano derecha, y un carton doblado en la izquierda para guardar los billetes de la lotería que vendía entre sus amigos; porque *Tonilo*, como le decían, no era aficionado á la música y no gustaba de pregonar su mercancía, sino de proponerla á sus conocidos en los cafés y billares. ¡Ah! olvidábaseme decir que en la solapa izquierda de la levita, y en uno de sus ojales, llevaba atada por una de los extremidades media vara de cinta de hiladillo, que sostenía por la otra las indispensables tijeras, auxiliar poderoso para el ejercicio de su profesion y que guardadas en el bolsillo del pecho de aquella, formaba una especie de leontina que le servía de divisa.

No dejarias de haberlo visto muchas veces, lector discretísimo, (sin adulacion) sentado en el café donde casi se puede decir que vivía, detras de las sillas de los jugadores de *dominó*, esperando el resultado del *partido* que se jugaba, bien para pedirle *el barato* al gananeioso, ó bien para proponerle uno de *los dichosos* que llevaba en su carton. Eso sí, fuerza es confesarlo, Toni-

lo no molesta á nadie; despues de almorzar su pan con mantequilla y su café con leche, esperaba con calma que se confeccionara *el partido*, y cuando acosada *la paloma ó las palomas* tomaban asiento al rededor de la mesa con *los milanos*, se sentaba, carton en mano, detras de ellos como llevo dicho, y al suave rumor que formaban las fichas del dominó sobre el mármol de la mesa, iban cerrándose sus párpados y al quedarse dormido espiraban en sus labios estas ó equivalentes palabras:—

«......... Dulce á mi oido
Es tu solemne música.........»

Véase si con un sistema de vida semejante podría Tonilo perjudicar á nadie: al contrario, así pagaba su cuarto, así pagaba su comida y su lavandera, así cubría todas sus necesidades y así pensaba casarse porque, (al fin diré su apellido) Tonilo Escarabajo tenía su novia, y ésta tenía fundadas en Tonilo muy buenas esperanzas, porque decía que:

«No sabe ningun mortal
El fin que le guarda el cielo.»

Y sin embargo, por inofensivo que sea un hombre, nunca le faltan detractores. ¡Cuántos envidiosos de la *tranquilidad* de Tonilo lo hubieran tomado por un vago! ¡Cuántos lo hubieran enviado á Mazorra! ¡Cómo ha de ser! ¡Ya no hay tranquilidad, sino debajo de la tierra!

Pero Tonilo tenía reservado su premio.—Una noche fué tanta la cantidad de fluido magnético que recibió todo su cuerpo, al rumor que formaban las fichas de su juego favorito, que no pudo despertar cuando se concluyó la partida, y por consiguiente, ni aún pudo vender el último *entero* que le quedaba, ni aún siquiera pedir el barato de costumbre. ¡Gracias que despertado á medias por un mozo del café, pudo llegar á su cuarto, dónde se metió en la cama para no despertar sino des-

pues de la mitad del dia siguiente. Pero ¡oh felicidad! ¡oh dicha!

De la aficion de Tonilo á las mesas del dominó nació su sueño. De su sueño su fortuna. Tonilo no pudo vender el último billete y Tonilo se sacó la lotería. Los cien mil pesos! Tonilo, el vendedor de billetes, es rico. ¡¡Rico!! Bien decía su novia:

«¡No sabe ningun mortal
El fin que le guarda el cielo!!!»

II.

Ahí le teneis, lectores mios, ese que veis plantado en la puerta del zaguan de esa hermosa casa, es Tonilo. Ya está casado. ¡Miradlo! Con su chaleco desabrochado para lucir su magnífica pechera y el hermoso brillante que ostenta en ella. ¡Miradle las manos cuyos pulgares están enganchados en las *sisas* del chaleco! ¡Están cuajados de sortijas sus dedos! ¡Ya ha sustituido la cinta de hiladillo por una soberbia leontina de oro de diez y ocho quilates! ¡Mirad, lectores, á Tonilo, cómo se planta con las piernas separadas, como el coloso de Rodas, del cual decía cierto historiador antiguo que sus despojos fueron carga de muchos camellos! ¡Ese! ese es Tonilo el billetero, que ya no conoce á nadie, ni á sus antiguos compañeros de profesion, ni á los que fueron sus protectores, los jugadores de dominó, ni aún al *capataz* que le *fiaba* los billetes con que buscaba la vida: á nadie saluda: sólo los ricos, los nobles, son los que gozan de este privilegio: aunque ellos no miran á Tonilo, Tonilo los busca y los saluda, *para que se vea* que ya su categoría es otra, que sus amistades son otras, que ya no es el baratero Tonilo, sino el señor don Petronilo Escarabajo, que ya es noble: sí, noble, porque buscando entre una multitud de papeles viejosde familia, títulos de nobleza, que nunca pudo tener, sólo encontró en uno muy antiguo la palabra *Escarabajo*, repetida muchas veces, y este fué motivo para que hiciese

pintar un escudo que ha colocado en un arco del zaguan de su casa, en el cual están representados *muchos Escarabajos* en campo azul, con este mote en letras de oro: «De Dios abajo la casa de Escarabajo.» ¡Oh, sí! los materiales de que estaba compuesto el coloso de Rodas, eran carga de muchos camellos; pero no se podrá negar que la necedad y tontería del señor don Petronilo, es la carga de muchos mulos.

Aunque los bienes que don Petronilo ha adquirido con su inesperada lotería consisten en algunas casas de mampostería, muy bien alquiladas y de fácil cobro, y las atenciones de su admidistracion doméstica, demasiado fáciles, el antiguo Tonilo no puede pasar sin un mayordomo, y por eso lo tiene. ¡Figúrese el partido que le sacará este empleado á su oficio con un principal como don Petronilo! Con aquel se entienden los inquilinos, el cocinero, el tendero, el bodeguero. En fin, todo el mundo se entiende con el mayordomo, nadie con el principal. ¡Quiá! ¡Esto sería ridículo! Cuanto mejor es decirle al zapatero que le va á tomar una medida: «Entiéndase usted con el mayordomo. ¡Ea!»

Don Petronilo no sabe leer, y sin embargo está suscrito á todos los periódicos, sólo porque del vecindario se vea que el repartidor los introduce por debajo de su puerta ó los entrega al portero, sino para tomarlos despues de la comida y sentarse algunas veces en un sillon, delante de una de las ventanas de su casa, puesto en cruz con un periódico en las manos, muchas veces al revés, para que todos sepan que no es una nulidad en la lectura. Y sin embargo, don Petronilo es una autoridad en todo. Si se ofrece hablar de política habla en tales términos, que asombraría á Meternich ó á Talleyrand. Si del arte dramático, ¡oh! ¡del arte dramático! vayan enhorabuena todos los que han escrito preceptos para las cosas de bastidores, y Maiquez y Talma y todos los actores que han pisado las tablas de los teatros de Europa y de América. Don Petronilo sabe más que todos ellos. Y sabe medicina, y sabe jurisprudencia, y

sabe farmacia, y sabe todo, y de todo habla y dice muchos disparates que son tan celebrados como despreciadas muchas veces las producciones de los hombres que saben. ¡Oh!

«Poderoso caballero
Es don Dinero.»

Hasta la esposa de don Petronilo *se mide ya* para hablar con su esposo, porque este le dice:—Hija mia, ya no soy aquel Tonilo que era tu novio; ya soy don Petronilo Escarabajo y tú, su esposa; procura hacerte digna de él y hablar, no como hablábamos ántes, sino como debemos hablar hoy......

—Bien, le contesta su esposa, procuraré complacerte, pero vamos á comer que ya nos han avisado que la *comía* está en la mesa.

—¡Por Dios, mujer! no vuelvas en tu vida......

—¡Ah! sí; dispénsame, Tonilo.

—¡Escarabajo! señora.

—¡Siémpre se me olvida! Vamos, Escarabajo, que hoy tenemos un *bacalao* á la vizcaina......

—*¡Bacalado*, señora, *bacalado!* no estamos en aquel tiempo......

—Bueno, bueno, diré *bacalado*. Y además te he comprado unos platanitos de Guinea, que sé que te gustan tanto.

—¡Señora, es usted incorregible! ¡Plátanos de *Guineda!* ¡de *Guineda!* ¡de *Guineda!!!* ¡Oh! de *Guineda!!!* se dice y no como decíamos ántes y dice usted *entuavia*.

Es demasiado reciente el matrimonio de don Petronilo para que pueda tener hijos, y para cuando esto suceda, ya tiene el *ex-Tonilo* trazado su plan de conducta. Yo tengo dinero, dice: mis hijos no necesitarán de nada ni de nadie, y por consiguiente, no tendré necesidad ni de mandarlos á escuelas ni colegios, donde me los maltraten, haciéndoles leer más de la cuenta para aprender cosas de que no se ocuparán nunca, porque todo lo que pudieran adquirir con su inteligencia lo ad-

quirirán con su dinero. Aprenderán, eso sí, á bailar bien, á cantar si pueden, á tirar el florete y la pistola, por si se les ofreciese algun dia *insultar* á alguno y este exigiese explicaciones. ¡Letras! ¿para qué sirven las letras? Los números...... es otra cosa...... pero..... no les harán falta tampoco...... yo les dejaré á mi muerte un caudal, sí, un caudal, porque *mi tesoro debe* aumentarse. Que trabajen los pobres, que lean para nosotros, que escriban para nosotros, que para eso les pagamos. ¡Tendría que ver que los hijos de *nosotros los ricos* fueran á quemarse las pestañas por saber lógica, gramática, retórica y todas esas otras cosas que yo no sé lo que son, pero que seguramente no se necesitan para nada, supuesto que yo sin necesidad de ellas, vivo y gozo de todas las dulzuras de la vida! ¡Qué vengan los ilustrados á decirme que no gozo!

¿Quién se atreverá á decir lo contrario? ¿Qué hombre podrá gozar lo que don Petronilo en su victoria?—Sí, en su victoria, porque don Petronilo ha comprado victoria, y como jamás poseyó otra cosa que *el barato* de antaño y las gabelas de los billetes, crée, lo que creerán muchos como él, que nunca tuvieron nada, que tiene en su poder la maravillosa lámpara de Aladino, que aquel dinero nunca se acaba y que puede tambien exclamar cuando quiera:—Ven á mi lado fortuna. «¡Sésamo, ábrete!»

Si no lo conoces y quieres conocerlo de persona, ¡oh tú el más ocioso de los lectores! no tienes que emplear grandes recursos para conseguirlo: colócate en cualquier punto de la calle de la Reina, en la tarde de cualquier dia festivo y verás pasar una flamante victoria con un individuo dentro, más recto que una cucaña; con el codo derecho apoyado en el mismo lado del carruage y jugando con la mano izquierda con los dijes de la leontina para lucir sus brillantes. Si al pasar por tu lado te mira con insolencia y á pesar de conocerte no te saluda, júralo, lector, ese es Tonilo.—Si le oyes decir en alta voz al cochero, porque precipita los caballos:—¡Eh, bes-

tia! ¡Esos caballos ME han costado cien onzas, cuidado! —Ese, lector, eso es Tonilo.

Tambien puedes verlo al concluir una funcion, gritando con todas sus fuerzas en el pórtico de Tacon:—¡Eh! ¡mi victoria! ¿Dónde está mi victoria?—Si tú lo ves y le oyes, lector ó lectora, acéptalo, júralo, afiánzalo:—¡Es Tonilo! ¡Tonilo! Y si despues le dice al cochero:—¡A casa, que voy á dormir en mi cama de bronce!! —¡Oh! entónces rie con toda tu risa, que ese, es el más perfecto de todos los Tonilos. Asiste, lector, asiste á la calle de la Reina las tardes de los dias festivos y por las noches al pórtico del teatro, y te autorizo para que me tengas por el hombre más embustero, sinó encuentras á Tonilo, tal como te lo he pintado, ó por lo ménos, retratos suyos tan semejantes, como retratos fotográficos.

¡Imposible!

¡Imposible! ¡Imposible!

Por más que el editor me apure, no puedo darle el artículo que me pide.

No se me ocurre nada, absolutamente nada, para salir del paso.

Estoy en uno de aquellos momentos, en que sin tener sueño, se desea dormir; en que no se ocupa la imaginacion de nada, ni siquiera en la posibilidad de que baje el oro al extremo de ponerse á la par.

—¿Cómo escribir un artículo?

—Es probable que sea con la pluma.

—¿Y cuál es el asunto?

—Ahí está la dificultad..... el asunto..... el asunto.

Y eso que estoy en la calle, donde tantas cosas se prestan para que, el que quiera, pueda escribir volúmenes por cada una de ellas.

—Pero, ¿qué escribo? La cuestion es que no tengo ganas de hacerlo, *que no me lo pide el cuerpo*......

¡Imposible! ¡Imposible!

No puedo dar al editor ni siquiera una línea.

En fin: voy á tratar de oir lo que pasa en cada una

de las casas por donde *paso;* pueda ser que pille en cualquiera algo que me sirva de argumento.

Iré apuntando...... en mi memoria.

—«¡Usted no ha servido al triunfo! ¡He arrastrado con *el basto*......! Dice el autor: primero *puesta* que *codillo:* primero *codillo* que *llevada.*»—Jugadores de tresillo.

En otra casa:

—«Pollo, to lo lia no hay...... huevo ta calo...... manteca poquito, linelo no hay, to lo lia lúnes, lomingo no hay...... linelo no cansa .....»—Este es un cocinero chino.

En otra:

La sala muy alumbrada y sola, la puerta cerrada: del interior sale una voz de vieja que murmura: «¡Angeles y serafines dicen: santo, santo, santo!»

En otra:

Reunion en el comedor, al rededor de una mesa. Un señor respetable, grita: ¡Los espejuelos de Pilatos! ¡El más viejo! ¡Arriba y abajo! ¡Los dos paticos! ¡La niña bonita! ¡La edad de Cristo! ¡El jorobado Moya...!» —¡Oh, edad de oro!

En la reja, una jóven: fuera, *un jóven.*—«Hasta mañana. ¡Adios! —Dame tumanita.—Adios.—Adios. Ven mañana temprano.—Dame otra vez la manita.»

En otra casa:

—«Cuando las funciones públicas se dan á beneficio de obras piadosas, todo el mundo debe asistir á ellas.

—¿Cómo todo el mundo?

—Todo el mundo.

—¿Y el que no tiene dinero?

—Que procure ir *de güagua,* si puede......»

En otra:

—«En mi concepto, mejor es el teatro.

—Para mi gusto, los toros.

—Prefiero la valla de gallos.

—Y yo la biblioteca.

—¡Bobo!»

En otra:

—«¿Cómo se dice: *diferiencia* ó diferencia?

—Segun quien lo diga.»

En otra:

Un perro en una ventana; otro en otra y...... otro en otra. La casa tiene tres ventanas.

En la accesoria A, una vecina dice:

—«*Chinita*, ¿en tu casa se coló hoy mi gallina *papuja?*

—No, *corazon*, contesta la vecina de la *B*.

—Sí, *alma mia:* me parece que allá se la han comido, porque el viento ha echado las plumas á la calle; y, perdóneme Dios el mal juicio, pero, *para mi gusto*, son las de mi gallina.

—Yo no soy ladrona, *chatica;* y además, el ave me *repuna*.

—Pero como mi gallina no es ave, *corazon*.

—¿Y qué es?

—Es *papuja*.

—Mira que yo no soy ladrona, *mi alma*.

—Yo no digo eso, *chinita*. Pero como no *semos* lo mismo todos los cristianos; unos créen que es permitido comerse las gallinas y pollos que se entran en su casa, y dicen: pájaro que vuela, á la cazuela......

—Y otros dicen, *corazon*, que San Cayetano se las regala.»

En la casa inmediata:

—«¿Tú oyes lo que dicen? Pues es verdad que se robó la gallina la de la otra puerta. Yo lo oí todo desde la cocina: por cierto que han gastado en carbon más de lo que valía y no han podido comerla porque no consiguieron ablandarla.

—¿Y qué hicieron?

—La regalaron.

—¿A quién?

—No sé; pero yo oí que le decian á un muchacho: —Toma, lleva la gallina á mi comadre y dile que la coma en mi nombre, *y que dispense la porquería*......

Y luego pasó por aquí el muchacho con una cosa envuelta en una servilleta, que parecía una cazuela.»

Y el sereno cantó:—«¡Las diez y media y lloviendo!!»

¡Cómo! ¿Lloviendo? ¿A las diez y media de la noche? ¡Pues estamos frescos!

¡Imposible!

Imposible es que, por más que rabie el editor, le dé el artículo que me pide...... ¡Digo! ¡Y lo peor es que ya lo tiene pagado!

MEDICO-MANIA.

En una de las calles de la Habana (de cuyo nombre no puedo acordarme) no hace poco tiempo que vive una *señora*, de las de pañuelo en la cintura, cotorra en la ventana y perro chino para curar el ahogo.

Viste en los dias de trabajo de listado azul por *promesa:* almuerza su tasajito frito y lo come *aporreado* al medio dia *por costumbre;* pero los domingos y dias festivos se adorna con la promesa *de gala*, de cañamazo, para ir á misa: almuerza el *mondonguito* que, por añadidura, le compra á la vendedora de la esquina, y come á las tres de la tarde el *ajiaquito* que ella misma confecciona, por no poner su plato favorito á merced de manos profanas. Olvidábaseme decir que no es alta, ni seca, ni avellanada, ni madrugadora, ni amiga de la caza; pero en cambio es baja de estatura, semicalva, semi-gruesa y barrigona, algun tanto sudona y amiga de la casa......del vecino.

No se llama ni Quijano ni Quijada: llámase *Liberata Caradura:* tampoco tiene ama: pero tiene á María de la O. su sobrina; viuda con dos hijos y una hija, de ocho á diez años los primeros y de ocho meses la última; de los cuales Doña Liberata es madrina de bautis-

mo y en cuyo acto les regaló los nombres de Rafael y Tiburcio á los varones y á la hembra el de Magdalena. Al perro chino, que es el Benjamin de la familia, la Caradura le llama *Esculapio*.

La ventana de su casa le sirve de atalaya y desde allí espía sin cesar las operaciones de los vecinos: por allí saca la mitad del cuerpo, puesta una mano sobre los ojos para templar los efectos de los rayos del sol y cubriéndose pudorosamente el pecho con la cortina, que sostiene con la otra: desde allí grita, con las fuerzas de un carretero: á sus sobrinos, cuando se demoran en los *mandados* á la bodega:—*Rafé!!* muchacho!! anda con el orégano!!—*Tibulsio! condenao!!* camina con el *rial* de tasajo y trae las dos contras de sal!!

Y es un gusto ver á los muchachos con las *melenas* y las alas tendidas ..... Quiero decir, sin sombrero y con las mangas de las camisas abiertas hasta los hombros, á guisa de sobrepellices y flotando á merced de las brisas de Cuba, tan complacientes, que tanto se entretienen en hacer susurrar las verdes plumas de las palmas reeles, como en robar el perfume de sus flores, como en retozar con las mangas de las camisas de *Tribulcio* y de *Rafé!!* Oh! es un gusto ver á los muchachos como vuelan al reclamo de su tia!

La Magdalena vive en la puerta de la calle, *paradita* detrás de la tabla que le sirve de barrera; con su collar anodino, adornado de azabaches y manitas de coral, de colmillos de perro y medios de bautismo; con su quebradura en el ombligo, su *tetera* de hilas en la boca, su nudo en la camisa, y con más vetas en el cuerpo que un gusano de lirio.

Doña Liberata se entretiene en sacar hilas cuando no tiene enfermos; y digo cuando no tiene enfermos, porque la medicina casera, que es su pasion favorita, le proporciona el sustento de la familia y la reputacion de que goza. La medicina que Doña Liberata profesa, que es la *casera expectante;* y como sabe las vidas y milagros de los vecinos, por estar dotada de un don ex-

traordinario de observacion, al vuelo conoce las enfermedades anotadas en su clínica especial y determina en el acto, el régimen terapéutico que debe observarse. María de la O recoje sus observaciones y en seguida *las publica* correjidas, aumentadas y, las más de las veces, con notas, para su inteligencia.

Doña Liberata no usa rótulo en la puerta de su casa, como la mayor parte de sus colegas, para indicar su morada. La cotorra y la niña forman una targeta que empieza en la ventana y concluye en la puerta de la benemérita matrona.

Desinteresada hasta lo sumo, ni espera á que la llamen ni cobra honorarios por sus visitas: cae como un aerolito en el cuarto del enfermo, que casi siempre cree ver en su aparicion un efecto de la fiebre.

He aquí un caso práctico.—Venía Doña Liberata de misa y sin encomendarse á Dios ni al Diablo se coló en una casa, cuya familia no conocía.

—Buenos dias, señores, dijo,—registrándolo todo con la vista;—¿Qué novedad hay por acá? ¿quién está enfermo? Dispense usted, señora,—añadió dirigiéndose á la dueña—yo vivo en esta calle y me pareció cuando pasé por aquí, ahora poco, que acá entraba un médico, y yo soy tal, que como se trate de enfermedades ya estoy que no quepo en el pellejo: no está en mí, señor, dejar morir á nadie *á la mengua*. Digo, no es nada! yo que al vuelo conozco las enfermedades; y cuidado, que la que yo no curo...... ¿Quién es el enfermo?... ¡que calor! Y como pica este cañamazo de Júdas!... algun empacho, sí, empachito seguro! ¿Y qué dice el médico?

—Que mi esposo tiene una *gastritis*......

—¡Garita! Miren el diablo, ¡garita!

—No, señora, *gastritis*.

—Lo mismo dá garitis que garita. ¿Y quién es ese médico?

—El Dr. Tilo.

—No lo conozco...... Pero, si todos son iguales. ¿Quién la metió á usted, señora, en llamar médico para

que le maten á su marido? ¿Yo llamar médico? ¡Nunca! En primer lugar no van cuando los llaman los pobres, y en segundo que no los necesito. Yo sé más que todos ellos juntos. Siempre están en el teatro, siempre están *recogidos:* jaquecas, baños de piés...... y cuando saben que les dan el escudo ó el doblon, es preciso ponerles la escoba detrás de la puerta para que se vayan, y con todo esto vuelven á saber cómo le fué al enfermo con el último remedio, siempre *güeliendo* y tocando y mirando, para que crean que levantó al enfermo, que no tenia *naita, naitica!!* Vea usted ahora ese Tilo decir que su marido de usted tiene...... Qué?

—Gastritis.

—¿Quiere usted apostar conmigo, que no tengo ni victoria, ni tílburi, ni cupé, á que sé lo que tiene?... ¿qué comió hoy?

—Nada.

—Y ayer?

—Sopas.

—¿Y antier?

—Un pedazo de jamon.

—Ta! ta! ta! jamon!—y añadió sonriendo y golpeando el suelo con el pié: —¿No le dije yo? *jamon, jamoncito;* no es nada! digo! ¿á mí jamoncito?—Y repetia estas palabras con el mismo tono con que lo decia aquel otro en campo raso.—«¿A mí leoncitos? ¿y á estas horas?»

En seguida tomó una de sus determinaciones violentas, y soltando sobre un sillon su pesada mantilla de cañamazo—¿cómo se llama usted, señora? preguntó.

—Faustina, para servir......

—Pues bien, *Tinita*, vamos á dejar la etiqueta, ya yo soy, como quien dice, de la familia, dame un poco de aceite de almendras.

Faustina creyó que era para uso de Doña Liberata y se lo trajo.

—Ven conmigo, *china*, para que me ayudes y...... no me digas nada, ni te pongas celosa: ya soy yo vieja:

y no pienso sino en mis criaturitas.—Y cogiendo el pomo del aceite se coló en el aposento.

—Señora! mire usted que mi marido duerme y...

—No le hace, corazon, mejor que mejor; con eso cuando despierte ya estará curado.—Y diciendo y haciendo se fué de puntillas á la cama, y dando gracias á Dios, por haber encontrado boca-abajo á su nuevo cliente, lo fué desenvolviendo con sumo cuidado hasta descubrirle la espalda, y despues de untarle de aceite toda la columna vertebral, estiró la piel de aquella parte lo suficiente para poderla asir con ámbas manos y empezó á tirar de ella como si quisiera desprenderla de su sitio. El dolor despertó al enfermo.

—Qué diablos es esto!—gritó espantado el infeliz, —Porqué me pellizcan? Ay! señora!—exclamó reparando en Doña Liberata,—¿qué confianza es esta?

—Quietecito, hijito,—decia con calma la vieja,—esto pasa pronto. En el nombre del padre y......

—Señora, si usted no me suelta...... Aaay!!...... le voy á dar un......

—Vamos, señor, no se incomode, que eso es pecado. Y seguia estirando á su gusto.

—Faustina! por amor de Dios! ¿quién es esta mujer que me está manoseando? ¿quién la ha traido? ¡¡¡Que me arranca el pellejo!!!

¡¡Aquí está el jamon!!—decia Doña Liberata,—aquí está pegado, lo estoy sintiendo; ahorita lo arranco. —Y haciendo uso de todas sus fuerzas para dar al *cuerpo extraño* el golpe de gracia, fué tal su desventura que se le salió de entre las garras la engrasada piel del enfermo, y perdiendo el equilibrio, fué á parar á dos ó tres varas de distancia del teatro de la guerra.

—¡Madre mia y señora de Regla!—exclamó asustada;—pero considerando que no se habia hecho daño y que perdia un tiempo precioso se puso de pié con intenciones de volver á la carga. Y hubiera vuelto, si no reparara que el enfermo ni dormia ni estaba boca-abajo, sino de pies y con una silla en la mano; y dando por

terminada la operacion, se salió del cuarto seguida de las imprecaciones de aquel y de Faustina que trataba de impedir, en caso de que lo intentase, que Doña Liberata volviese á entrar en el aposento.

—Tinita—le dijo á aquella—si no me caigo se lo arranco: pero ya está desprendido el *empacho*, y con un poco de *tierra santa* en agua de azúcar hervida, basta para que tu marido se cure; yo no entro más en su cuarto porque ahora está...... delirando. Conque hasta luego, los *barrigones* me esperan para almorzar: cuando concluya te traeré la *tierra santa:* puede tomarla tu marido sin escrúpulo; es *legítima* de Esculapio y yo misma iré á la cocina á preparársela, porque esta medicina es como el café, que en perdiendo su aroma es lo mismo que agua de la Zanja.

Al ir á tomar su mantilla reparó en la cesta de pan que estaba en una silla y metiendo la mano, empezó á colocar panes dentro del *traje* de su túnico.—Este es para *Tribulsio*, decia hablando consigo misma,...... este para *Rafé*...... ya acá me consideran como de la casa...... este para *Malena*...... el enfermo sigue hablando solo,...... luego se le pasa...... este me lo llevo en la mano para ir *haciendo boca* por el camino.—Se puso el cañamazo en la cabeza y salió.

Poco tardó en volver con el traje casero y sin dirigirse á nadie, como si hubiera vivido siempre en la casa y conociera todos sus rincones, se encaminó á la cocina, regañó á la cocinera que la miraba, como quien mira por primera vez al elefante; desocupó una hornilla, pidió azúcar y agua que mezcló en la vasija que le pareció más á propósito para la infusion del producto químico de Esculapio; encendió su tabaco, se limpió con el pañuelo que pendia de su cintura, el sudor de su pescuezo, colocó su mano derecha sobre el fogon y la izquierda en su cintura. Estaba radiante de entusiasmo. ¡Así debió plantarse Colon, cuando fijando en tierra el estandarte español, tomó posesion de las Américas en nombre de los Reyes de Castilla......!

—¿Cómo *ñama sumesé*, niña?—preguntó la cocinera.

—Ay! hija,—contestó Doña Liberata,—yo me llamo Liberata Caradura; pero no soy de esos Caraduras que tú debes conocer y que tanto abundan por ahí. ¡¡¡Yo soy *legítima* Caradura: de los Caraduras viejos!!!

Concluida la confeccion del medicamento, puso Doña Liberata en una taza la dósis necesaria, y despues de rezar las oraciones correspondientes, con el objeto de que produjera el éxito favorable que esperaba, fué á poner en manos de Faustina su obra maestra, para que se la hiciera saborear á su marido.

—Toma, pobrecita,—le dijo,—dáselo ántes que se desvanezca, yo no se lo llevo; por que... como está delirando, y no me conoce, puede...

—Señora,—le interrumpió Faustina más séria que una órden de apremio,—ya él está más tranquilo, si usted no le va á hacer otra cosa entre y désela.

—Vamos, hija, vamos—contestó la complaciente señora,—por ser cosa tuya voy á llevársela; me dá mucha pena cuando un enfermo está con delirio......

Y penetró con Faustina en el cuarto del enfermo.

—Aquí le traigo la *tierra santa*, caballero,—le dijo Doña Liberata á su víctima—tómela con fé y ponga su confianza en Dios, en mi padre *San Rafé* y...

—¡Otra vez señora!—exclamó irritado el doliente: —juro á Dios que si es usted tan atrevida que me vuelve á tocar el cuerpo...... no respondo de nada!!

—Yo no le tocaré mas, señor, pero vamos tómese la *tierra santa*, mire que se enfria!

—Pero Faustina ¿Qué es tierra santa?

—Qué sé yo! Ni sé lo que es tierra santa ni quien esta mujer que se me ha colado aquí hoy.

—Mi alma; yo soy Liberata y vivo en esta misma calle, á la otra cuadra...

—Está bien,—dijo el paciente,—pero ¿qué es lo que usted quiere que yo beba?

—Doña Liberata estaba apurada.—Agua hervida

con azúcar,—contestó—y unos polvos de *tierra santa*; otros le dicen *calilla;* tómela sin cuidado, mire que en siendo cosa de Esculapio no hay que tener escrúpulo.

—¿Y quién es Esculapio?

—Es mi perrito chino.

—Señora, yo no entiendo......

Doña Liberata comprendió que estaba en uno de aquellos casos extremos en que el médico debe emplear los recursos extraordinarios, y bajando la voz, dijo al enfermo algunas palabras misteriosas.

—Maldita sea tu alma!—gritó éste poniéndose rapidamente en pié—bruja de Satanás! ahora te voy á dar calilla y Esculapio y......

La Caradura no esperó mas: comprendió al momento que *el delirio* habia llegado á su más alto grado de exaltacion, dejó caer la taza y salió del cuarto *á toda máquina*. No paró hasta llegar á su casa.

Estos lances, que á cada paso se le presentan á Doña Liberata, no la hacen titubear. Tiene una dósis; extraordinariamente grande, *de abnegacion*, y comprende que no debe abandonar á *la humanidad doliente* porque unos cuantos ingratos no rindan á su caridad y á sus conocimientos las consideraciones y el culto que merecen; si en esta casa la despiden, en la otra tambien, y vaya lo uno por lo otro.

Es verdad que tiene dias tan desgraciados, que no le da por la nariz el lugar donde guisan, esto es, donde hay algun cuidado, pero nunca es tanta su *fatalidad* que deje de oir algun golpe de tos ó algun estornudo que le indique un afecto al pecho ó un pernicioso constipado. Y aún en este caso suele sucederle que al entrar en la casa, conozca por las fisonomias que aquel no es su terreno, en cuyo lance, como un hábil general que no quiere comprometer su ejército, no se aventura á librar la batalla, ántes al contrario, efectúa una prudente retirada.

Pero como Doña Liberata cree mas fácil la entrada en una casa que la salida, en razon á su sistema de no

llegar á la suya *in albis;* en el caso anterior, para salvarse con honor y que no se atribuya á *otra causa* su presencia, se deja caer de rodillas, y como para el efecto es un poderoso auxiliar su vestido de cañamazo, exclama con voz conmovida y tendiendo ámbas manos:—«Señores, háganme ustedes el favor de darme *algo* para una misa de salud!»

¡Pobre Doña Liberata, tan caritativa, tan generosa! siempre trabajando para el prójimo!......

Hace seis meses que está *batallando* por reunir media libra de hilas para salir á venderlas, pero ¿cómo conseguirlo? ¡Sus imprudentes vecinos no le dejan lugar ni aún para rascarse la cabeza!!!

UN BAUTIZO.

Un acontecimiento plausible ha tenido lugar en esta ciudad de la Habana.

Una señora ha parido, y, una criada lo comunica á sus vecinos y amigos en esta forma:

«Dice la señora que ya tiene usted una criada ó un criado más á quien mandar.»

Uno de tantos vecinos, el más acomodado, recibió el aviso oficial y fué con su esposa á hacer la visita indispensable á la *parida*, y al despedirse emplearon la frase de costumbre—«Me alegro mucho que hayan salido ustedes de su cuidado y que vean al niño como desean.

—No puede ser de otro modo con tan buenos protectores—contestó la madre—porque, tengo el gusto de *convidarlos* para padrinos de su bautismo, y si ustedes no nos *desairan*, estrecharemos nuestra amistad con los vínculos espirituales y seremos, respectivamente, *comadres* y *compadres*.

—Con mucho gusto.

—Ustedes señalarán el dia.

—Convenido.

—Y salieron los padrinos con aquella ***banderilla*** clavada *citándolos de frente.*

—La eleccion no pudo ser más acertada—dijo la parida á su marido,—son ricos y sobre todo muy *decentes*—Es preciso que, nosotros, *para quedar bien.* hagamos las cosas con decencia: en seguida vamos á blanquear las paredes y pintarlas: barnizar los muebles, y tenerlo todo preparado: hacer el *convite,* con anticipacion, á los amigos para que tengan lugar de prepararse. De seguro que el padrino y la madrina nos obsequiarán con baile, dulces y refrescos.—Nosotros debemos tambien hacer algun gasto: además que...... *del cuero salen las correas.*

Esperaban los regalos de costumbre.

Y se blanquearon las paredes y se pintaron; y se barnizaron los muebles y se hizo un extenso convite, principalmente entre familias que tuvieran muchachas y jóvenes bailadores, porque la fiesta debia ser *solemne.*

Y se pidieron prestadas mesas como para un espléndido *bouffet,* y sillas para la numerosa concurrencia...

Llegó el dia, se comió temprano para tener más tiempo: se arregló la casa que por la tarde se llenó de amigos: viejas y viejos, y sobre todo, de niñas elegantes y bonitas con algunas excepciones, y los correspondientes compañeros ocuparon el estrado.

Y llegaron tambien la madrina y el padrino, con un solo carruage.

Los padres se miraron y enviaron á buscar otro al *establo,* con paje y jarra.

Ya debian haber llegado las salvillas de dulces, las cajas de cerveza, los canastos de Champagne. Es imposible que á los padrinos se le hubieran olvidado estas cosas.......

—Ya vendrán—dijo el marido.

—Pero ya tardan...... contesta la esposa.

Y salió la comitiva para la iglesia.

Poco despues volvió, y los padrinos devolvieron el

nuevo cristiano su madre dirigiéndole las frases de costumbre:

Ustedes me lo entregaron judio y se lo devolvemos cristiano—¡Que lo vean ustedes un obispo!

Los pillos callejeros se desgañitan en la calle pidiendo *el medio* y algunos penetran en la sala suplicando *hasta por Dios.*

Pero los padrinos *imperturbables* entran en su coche y parten.

—¡Padrino *pechicato!*—decian los muchachos!

—Madrina de Carraguao, túnico limpio y camison...... *pintao.*—gritaban otros.

Y desapareció el coche.

Y no hubo dulces, ni cerveza, ni Champagne, ni helados, ni baile......

Los padres del nuevo cristiano obsequiaron á sus amigos, con agua, panales y un órgano.

—¡Qué bochorno!—decia la madre.

—¡Qué indecente!—contestaba el padre—¿No te dieron algo?

—¡Ni siquiera *el medio!*

—No merecen ni que les miremos á la cara.

—¡Juro no saludarlos más!

Los padrinos supieron que hablaban mal de ellos por causa del bautismo del niño.

—Pero...... si á nosotros nos invitaron á bautizar el niño y no á gastar nuestro dinero—contestaron.—Hubieran hablado claro *mi comadre* y *mi compadre* y entónces les hubiéramos dado dinero, si hubieramos querido.

¡Y eso que los padrinos no sabian que entre *cierta gente* hay la costumbre de estender la obligacion de instruir *al ahijado* en la religion católica, hasta el estremo de alimentarlos, vestirlos, educarlos, curarlos si se enferman y enterrarlos si se mueren!

¡Qué costumbre, Dios mio!

Merecen los que la practican, comprometiendo á per-

sonas estrañas á su familia, una leccion si cabe, más dura que la que contiene este artículo.

Tal vez entónces solo serían padrinos los que se brindaran á ello, ó las personas que, por el cercano parentesco ó una íntima confianza, estuvieran exentas de todo compromiso.

Novios Mansos.

Bienaventurados los mansos
porque ellos poseerán la tierra.

El inmediato á casarse ó recien-casado se llama *Novio:* Esto es lo que dice Salvá en su diccionario, definiendo la palabra que he subrayado; pero yo, que no soy Salvá, ni aún siquiera pariente suyo, quiero definirlo de otra manera, aunque no sea por otra cosa, que porque no se diga que soy rutinario y amigo de decir lo que otros han dicho ya. Por novio, entiendo que es el individuo que despues de varias pruebas y repruebas, despues de muchas idas y venidas, despues de muchas experiencias y dengues y melindres etc., recibe al través de las varillas de un abanico el dulce *sí* de los rosados (ó morados) labios de su Fílis, por el cual estaba penando una grande ó pequeña parte del tiempo de su vida, y que le dá derecho á pedirle, como prenda, garantía, ó como quiera llamársele un ricito de pelos ó cabellos, un recorte de uñas, ó de cualquier cosa, para encerrar en el secreto de una sortija.—Se dividen en mansos y......... ¡Pero qué necesidad tengo ahora de decir la otra clase en que se dividen, ni mucho ménos las subdivisiones de que son susceptibles, si no voy á

tratar en este artículo sino de *los novios mansos*? Basta que se sepa lo que yo entiendo por novio en general, y que hay *novios mansos*, para evitar de entrar en digresiones.

El novio manso se conoce por su fisonomia y tambien por su vestido. Tiene la cabeza pequeña y esférica como una bola de billar, sin protuberancia alguna perceptible al tacto, ojos pequeños y juntos, nariz corta y con ventanas diminutas, boca grande, siempre abierta, y regularmente sus dientes sobresalen de sus labios como una amenaza perpétua á toda clase de dulces, á los cuales es muy aficionado. Su cuello es largo, enarcado hácia atrás, poroso y colorado y con una hermosa *nuez*, símbolo de la manzana de la Discordia, que parece ha tragado, para impedir que las haya entre él y el objeto de sus amores.

Regularmente, peinado por la mano de su amada con cuidadoso esmero, sus pocos cabellos están pegados como parches en sus deprimidas sienes, y su sombrerito *de medio uso* algo inclinado hácia atrás, deja contemplar una frente en la cual están escritas con caractéres indelebles, las penas que pasó por conseguir su bien presente, las dulzuras que su posesion le proporciona y las esperanzas que tiene derecho á ver realizadas en el porvenir

Aunque no muy de moda, el novio manso, que otros quieren llamar *ganso*, tienen particular gusto en usar *chupas* en lugar de levitas; y chupas tan rebeldes, que si no estuvieran sujetas al enamorado por las mangas, emprenderian la fuga y dejarian de ser sus compañeras. Como la figura del novio de que me ocupo tiene generalmente la forma de una *S*, bien pueden pasar, peleando, dos enormes perros de presa por la solucion de continuidad que existe entre los faldones de su chupa y la parte inmediata anterior de su privilegiado cuerpo, sin tocar absolutamente en ningun lado.

Colgado de su cuello, por un cordoncito del pelo de su amada, que va á perderse en el bolsillo de su chale-

co, trae siempre un relicario, depositario perpétuo de su retrato y el de la que ya tiene *amansada;* detrás de los cuales están colocadas las cifras enlazadas y formadas tambien con los cabellos masculinos y femeninos de la inofensiva pareja.

Conozco, lector, algunos mansos. No los pintaré todos, pero no puedo ménos de pintarte uno. Aunque se llama Alejo, me gusta más llamarle Alejito. De este modo me parece más *mansito*.

Pero ántes es preciso advertir, cómo principiaron sus amores, porque Alejito como *novio manso* precisamente ha de ser una de las escepciones que tienen los *novios* propiamente dichos. Como vecino que era de la casa de Chumbita (su novia,) se vió en el caso de ir á ella á preguntar por el estado de la salud de doña Aguedita (su suegra *in fieri*) que estaba enferma; y como la enfermedad se prolongó algunos dias, tuvo ocasion de repetir sus visitas, que le proporcionaron alguna confianza en la casa y le dieron el derecho de hacer los mandados á la botica, á la plaza y muchas veces á la bodega, porque en la casa no habia criados.

Estas circunstancias, la gratitud por parte de Chumbita que notaba que Alejito era el que hacia los sinapismos y estaba al cuidado de la hora de los medicamentos, establecieron entre ellos cierta intimidad, que sin notarlo, se amaron y sin declararse se correspondieron y cambiaron sus pelos y señales. Y Chumbita le ponia parches á Alejito cuando le dolia la cabeza, y se reia cuando Alejito se ponia bueno, y lloraba y le frotaba la frente con aguardiente de Islas, cuando se ponia peor.

Y como Alejito era *formalito* y no se *metia* en nada ni con nadie, Dª Aguedita los miraba con maternal solicitud, sentados á media vara de distancia, contemplándose tiernamente, sin decirse nada, y formando cada uno interiormente sus cálculos para el porvenir. (Castillos en el aire).

Esta conducta estableció, como era natural, entre

todos, la más afectuosa familiaridad y Alejito vino á ser el *fac-totum* de la casa de doña Aguedita.

Alejito va muy temprano á ver á su novia y *friega* perfectamente los jarros del tinajero, les parte con una *china pelona* sobre una piedra, en el patio, el maiz á las palomas de su futura suegra, les muda el agua que él mismo saca del pozo, acaricia un poco la gata de la casa, se lava las manos y despues que Chumbita le *parte* el pelo, desde una respetable distancia, se pone su sombrerito, se despide de la *señora* como él le dice á doña Aguedita y luego se *para* en la puerta á despedirse de la novia.

Concluida la despedida *se arranca* de aquel sitio y emprende su retirada á paso lento; Chumbita se coloca en la ventana y Alejito vuelve la cabeza cada diez pasos, se sonrie, le dice adios con la mano y Chumbita le contesta; llega á la esquina y entónces ya no la saluda con la mano sino con el pañuelo: debia doblar por aquella, que está en la calle que más directamente lo conduce á su casa, pues tuvo que mudarse muy léjos de Chumbita, pero prefiere seguir á lo largo de ella para no perder la ocasion de volver la cara y agitar su pañuelo. Ya Chumbita tiene colgado su brazo fuera del postigo de la ventana para estar pronta, y apénas Alejito agita su pañuelo, ya el brazo de Chumbita le contesta agitándose furiosamente, porque ha comprendido la venturosa amante que su *novio* ha de doblar precisamente aqualla otra esquina, porque ¡oh desgracia! la calle en que vive está cerrada por otra, y no tiene siquiera, la extension de la calle del Príncipe, ó por lo ménos la de la calzada de Guanajay. Alejito comprende, desde léjos, lo que pasa en el corazon de su amada y ántes de decidirse á tomar la única senda que se le presensa, se demora en la pérfida esquina todo el tiempo de que puede disponer, y sin tener compasion al brazo de su novia, tremola su pañuelo cambiando de sitio, si un carruaje importuno se interpone entre ámbos, y estira, todo lo que puede su elástico pescuezo,

para aprovechar la última vista del incansable brazo de Chumbita.

De repente, Alejito toma una determinacion violenta: cierra los ojos, guarda su pañuelo y parte. Parte, porque sabe que es primero la obligacion que la devocion, tiene que almorzar *al vapor* para reponer el tiempo que empleó en las despedidas y tiene que sentarse á la mesa de una escribanía á *poner* diligencias y providencias; porque, es menester que se sepa toda la ventura de Chumbita: Alejito es escribiente de un oficial de causas, sin sueldo, y gana una parte que le ha señalado su principal de la *cuarta* que disfruta de los derechos de escribania y de las *propinas*. Alejito está *parado*.

Concluyendo la última letra el venturoso novio de la paciente Chumbita, se dirije á su casa con una prisa de mil demonios, come, con la de cuatro mil de los mismos individuos, y entra triunfante en la casa de su suegra futura.

—Gracias á Dios, hijo, que llegaste, le dice Dª Aguedita; hace dos horas que no hago nada porque me han mandado con las mangas de menos los chaquetones que estoy haciendo, y no puedo concluirlos esta noche como queria: pero, todavía es tiempo; vé á la tienda y tráémelas, y á la vuelta pásate por casa de la madrina de Chumba, para que traigas los dos *quiquiriquíes* que le regaló el otro dia.

Alejito oye la relacion de la señora, jadeando por el cansancio del camino y límpiándose con frecuencia las gruesas gotas de sudor que caen de su frente por el mismo motivo; pero no quiere reposar un momento, pues quiere disfrutar con todo descanso de las dulzuras de la compañía de Chumbita y sale en busca de las mangas y de los *quiquiriquíes*. Chumbita, como siempre, sale á la ventana.

—Chumba! Chumba! gritó su madre, llama á Alejito pronto, que se me olvidó una cosa!

Alejito estaba ya en la esquina y con su pañuelo

preparado para la primera despedida, cuando el brazo de Chumbita le hizo la señal de aproximacion, y como si hubiera sido de acero y su amada un peñasco de iman, se precipita velozmente hácia la ventana de Chumba.

—¿Qué quieres, mi vida?

—Mamá te llama.

—Hijo, le dijo la señora poniéndose de bruces en el postigo de la ventana, toma esta botella, dásela á mi comadre y díle que me mande la tisana; vamos, anda pronto para que vengas pronto.

—Pues hasta la vuelta.—Y partió con la botella.

.Aun no habia llegado *el manso* á la esquina, cuando un silbido de la novia le hizo volver la cabeza.—El brazo querido volvió á hacer la señal y voló Alejito al reclamo.

—Chinito, le dijo la vieja, cómprame en cualquier tabaquería un real de *palitos*, ya se me están acabando os que tenia...... camina, hijito,...... anda aprisa.

Esta vez siguió el pobre *manso* su camino; hizo, como de costumbre sus amorosas despedidas callejeras, y á la media hora ya estaba de vuelta. Con la carga habia tomado su cuerpo una forma más irregular: de *S* se habia convertido *Z*. Traia bajo el brazo izquierdo un enorme fardo que contenia las mangas olvidadas y colgados del mismo brazo los *quiquiriquíes;* y en la mano derecha traia la botella de la tisana y bajo del brazo el mazo de los palitos de tabaco del último encargo. Soltó sobre una silla el fardo, los *quiquiriquíes* los colocó en el suelo y la botella y los palitos sobre una mesa: respiró con fuerza, y con sonrisa angelical se dirigió á su novia. Pero estaba escrito que la *hora buena* no habia llegado todavia.

A la señora se le habia antojado durante la ausencia de Alejito, mandar á un muchacho callejero á comprar huevos, y trajo uno podrido. Aguedita mandó devolverlo y justamente cuando el novio iba á hablar á

su amada entró el mandadero con el huevo malo y la negativa del bodeguero.

—¡Habrá ladron! dijo Aguedita,

Chumbita hacia señas á su madre.

—¡Pícaro! decia aquella.

Aguedita contó la historia.

—Déme usted el huevo, dijo el manso, verá usted si á mí me lo cambia, y si no......

—Ahí tiene usted mamá, objetó Chumbita, eso era lo que yo queria evitar, un lance. Yo conozco á Alejito, sé que tiene malas pulgas...... y por eso le hacia señas á usted.

—¡Ladrones! infames! que *se lucen* con los muchachos! decia Alejito, ahora verás conmigo si me devuelves el medio ó me cambias el huevo.

Y salió por la puerta sin hacer caso ni á las súplicas de Chumbita ni á los lamentos de su madre.

Dª Aguedita se colocó en la puerta y Chumbita en la ventana y á cada paso que daba el valiente manso volvia la cabeza para ver las desconsoladas caras de su novia y suegra que no cesaban de llamarlo.

Por fin entró en la bodega y se dirigió al dueño con el huevo en la mano.

—Señor D. Jaime, le dijo, la señora que mandó buscar los huevos es muy pobre.

D. Jaime se encojió de hombros. Alejito prosiguió:

—Venia á suplicar á usted me hiciera el favor de cambiar este huevo podrido por uno sano: ella no tiene con qué comprar otro. Usted, aunque parece malo, no lo es: vamos añadió golpeándole cariñosamente el hombro. ¿No es verdad que hará usted el favor de cambiarlo?

—¡Canariu! Ya ha dichu dos vegadas ca nó!

—Vamos hombre! esta vez nada más......

—Ca nosotrus no estamus dentro los güebus!......
Pero lu vamus cambiar por nu verlu mas, Paisano!

D. Jaime cambió el huevo, y Alejito entró radiante en casa de su novia.

—Aquí está el huevo, dijo, y se sentó rendido. No bien me vió entrar el pícaro, y ya estaba buscando el huevo sano que me habia de entregar. ¡Como que yo soy muchacho!—

Poco despues Chumbita trajo una pequeña canasta y un tablerito. Se sentó á la distancia convenida cerca de su novio y empezaron la tarea ordinaria de la tarde y de la prima-noche. Chumbita sacaba hilas y Alejito torcia sus cigarros. De cuando en cuando, suelta sus estornudos y levanta suspirando sus colorados y lacrimosos ojos á Chumbita. Oh! Las propiedades del tabaco no respetan ni aún á los enamorados mansos!

Estas cualidades de Alejito han destruido todos los obstáculos que impedian que tomara la forma de una O, esto es, que estuviera perfectamente *redondeado;* lo cual equivale á decir que ya está en la puerta de la sacristia, pues Dª Aguedita por aquel motivo ha hecho para sí el razonamiento siguiente:—«De todos modos, Alejito no sale de mi casa, quiere mucho á mi hija, tiene muy buen carácter y es muy dócil y obediente: hace todas las diligencias de la casa y no dá que decir una palabra. Es verdad que hoy no tiene nada pero puede tener mañana si muere el oficial de causas y él se queda con la mesa. Por otra parte, creo que será muy buen marido; en nada contradice á Chumbita y ya creo que está enterado de todo lo que necesita para ser buen casado. Sabe curar un ombligo, sabe fajar un muchacho, curar el histérico, el viento caliente y si no sabe otras cosas mas, yo se las enseñaré. El tiene buena cabeza: lo mismo que aprendió á rezar el rosario aprenderá otras cosas más, viviendo con nosotras. En cuanto á la comida...... ¡Quiá! el pobrecito es de tan poco comer que creo que no nos hará estorbo ninguno en la mesa. Donde comen dos, comen tres; y además que no ha de ser tan desgraciado que no *coja algo* en la escribania en todo un mes; sí, yo voy á preparar el matrimonio y pronto. «Matrimonio y mondonguito calientito.»

Despues de este monólogo...... Despues de este monólogo, como Dª Aguedita era porfiada, y su hija y Alejito blanditos de corazon, *se dejaron* persuadir por las reflexiones de la señora y un año despues estaba el *manso* sentado al lado de una cama, con un niño recien-nacido boca abajo sobre sus rodillas, que *berreaba como un recien-nacido* y procuraba introducirle en la boca su dedo meñique untado en miel rosada y aceite de almendras: remedio que le propinó la suegra al niño como eficaz contra el meteorismo del vientre:

Como se vé, esta clase de novios que he procurado describir, es la masa más á propósito para formar otra clase de individuos que se llaman MARIDOS CAZUELEROS. Ya trataré, *Deo volente* de pintarlos en el siguiente artículo.

Maridos Cazueleros.

Héme aquí, pluma *en ristre*, tratando de convertir en *suaves* pelos su acerada punta para darle la forma de pincel con el que pueda trazar la figura que deseo presentar á mis lectores; pero me desconsuela la idea de que no llegaré á pintarle como quisiera, pues solo he conseguido transformar la pluma en *brocha*, y en lugar de un instrumento delicado, el que tengo entre mis dedos no es sino el mango de una péñola con barbas á su estremo, largas ygroseras, más á propósito para embadurnar un lienzo que para delinear una figura.

Y todo es para pintar un marido cazuelero. Cazuelero! ¿Y qué es un marido cazuelero? ¿El que fabrica cazuelas? Y suponiéndolo así, ¿qué tiene ese individuo de particular? Hacer cazuelas es un oficio como otro cualquiera, y el hombre casado, que procura cubrir sus obligaciones, con cualquier clase de trabajo, aunque sea confeccionando cazuelas, es más digno de elogios que de censura.—Esto dirán los que lean el título de este artículo.—Pero...... siento decirlo, indulgentísimos lectores mios. Ustedes están poseidos de un error deplorable, yo no trato del fabricante de cazuelas; allá

se las avenga este con su barro y sus moldes y sus hornos; yo trato de cumplir á ustedes mi promesa.

Marido cazuelero es...... un ente que el dia despues de la boda, esto es, el dia de *torna purga*, se levanta del lecho conyugal, y ántes de persignarse y lavarse los ojos y la boca, recoje los *cabos* de las velas que sirvieron la noche anterior y los guarda con un cuidado particular para que sirvan la noche siguiente. Lectora soltera: si al irradiar la aurora del primer dia en que empieces á gustar las dulzuras del *suave yugo*, tu cariñoso y amante esposo mira para el candelero donde reposan los restos de la vela, bien puedes contarte en el número de las dichosas y hacer este razonamiento:—«Mi esposo observa el *cabo*, luego lo recoje, —lo recoje, luego lo guarda,—lo guarda, luego...... puedo decir con toda mi boca:—«Mi esposo es cazuelero.»

Y no te pese, lectora, hacer descubrimiento tan dichoso, un marido cazuelero es todo cuanto puede desear una esposa apasionada...... del *dolce far niente*. Con una vocacion, con una abnegacion sin ejemplo, el esposo cazuela carga sobre sus hombros todas las pequeñeces del hogar doméstico, que aunque pequeñeces, son tantas que reunidas forman un volúmen espantoso; y todo, todo lo carga el esposo complaciente, no porque la mujer lo exije, sino porque aquel lo acepta sin que se le proponga; porque su gusto es colocarse en el último aposento de su casa, sentarse en el suelo, rodearse de la ropa súcia *de la semana* con una cuartilla de papel al lado y un lápiz detrás de la oreja derecha, y la aguja en mano ir *cojiéndole puntos* á las medias suyas y de la señora, y zurcir y remendar las piezas que lo necesitan, y apuntar con el lápiz las que va entregando completamente arregladas á su lavandera, para que al recibirlas limpias al fin de la semana, pueda con presencia de sus notas, hacer su cuenta de cargo y data á la pobre etíope que durante la revista de inspeccion del cuidadoso marido, está de pié, detrás de la

barricada de ropa súcia, con los brazos cruzados, retozándole en los lábios una sonrisa que no me atrevo á calificar de burlona por temor de equivocarme.

Un marido de tal temple es un tesoro. Verdaderamente es un placer inmenso, para una mujer, ver á su esposo en los ratos desocupados, escudriñando y registrando, vigilando siempre los intereses comunes. A veces cuando aquella lo considera entretenido con sus pájaros, (si los tiene) está *entretenido* con la lavandera reprendiéndola porqué dejó olvidado el jabon dentro del agua al tiempo de frotar la ropa, ocasionándole un perjuicio que esplica con estas palabras:—¡A ella no le cuesta!»

Es un placer soberanamente grande para una mujer apasionada de su esposo verlo vagar (al parecer distraido) por todos los departamentos de su habitacion, con la camisa *ajadita* de listado que usa el *cazuelero* para estar dentro de casa, algunas veces con las *correas* en la mano enseñando á barrer al negrito que en lo adelante le ayudará en sus tareas.

No es muy difícil, lector, que lo hayas visto con alguna frecuencia á la luz del crepúsculo matutino, detrás de la puerta de su casa semi-abierta, sacando su brazo derecho, en cuya mano sostiene el jarro de hojalata que ha de contener la leche que está comprando y cuya buena calidad y cantidad disputa con el casero hasta la pared de enfrente, y muchas veces le habrás oido exclamar con rostro risueño y satisfecho:

—«Casero, hoy es domingo, déme *la contra* hasta mañana.»

Ni tampoco es cosa estraña verlo comprando huevos en la puerta de la calle, en pleno dia, colocado en cuclillas delante del cesto que los contiene, pretendiendo del pobre isleño que los vende, que á él se los dé más baratos que á los demás caseros, *por su linda cara*, ó por los méritos de su *camisita de listado*, ó por la gracia con que los va sacando del cesto y colocándolos á guisa de catalejo en su ojo derecho buscando la

direccion del sol. A buen seguro que tome ninguno averiado. ¿De qué le serviria entónces su práctica de *Cazuelero?*—Tendría que ver que al cabo de sus años un huevero cualquiera, le fuera á vender huevos viejos, hueros ó con pollos!! —Capaz era entónces de renunciar á todos los goces de su ministerio ganados por su esperiencia y hasta de no volver á comprar huevos en todo el resto de su vida y de no comerlos sinó cuando le constara de una manera positiva y por pruebas perentorias hasta el más alto grado de evidencia, que estaban claros como las pruebas que nuestra legislacion exige para aplicar la pena de muerte. *Lucem meridiana clariores* («Tambien hay pedantes en la sierra.»)

El marido cazuelero, no confía á ningun criado la tarea de la compra de comestibles en la plaza; operacion es esta que solo dejan de practicarla los hombres abandonados, que á sabiendas se dejan robar por los cocineros compradores, y vendedores; mi hombre por el contrario, despues de la compra de la leche la pone á hervir en la cocina, la sazona á su gusto y carga con su jarro humeante, que coloca en el jarrero, al fresco, para que no se *corte;* le encarga á su esposa la vigilancia del alimenticio líquido, y parte tranquilo al mercado para la adquisicion de las provisiones del dia.

No es posible que el vendedor de la carne le quite ni una sola fibra de la que le expende: los ojos del comprador vibran con una rapidez fabulosa, dirijiéndose ya al cortante cuchillo del carnicero, ya á las pesas, ya al garabato donde está colgado el objeto que causa la alteracion de su fisonomía; y como es una de las eminentes cualidades del *Cazuelero* ser inteligente en alto grado en todos los misterios del arte culinario en sus diversos ramos, sabe elegir *la parte* de donde se debe cortar la porcion que solicita, y por donde, para no ser defraudado en sus intereses, y ántes perderia, picada en el tajo del carnicero y por el filo de su hacha la última falanje de su dedo meñique, que dejar de pedirle la *contra,* y bien despachada, de un pedazo de

manteca, ó de hueso, para hacer más sustancioso el caldo de su sopa.

Amante y *cariñoso* con su esposa, como ninguno, el marido Cazuelero no consiente que esta se entretenga en la adquisicion de las diversas pequeñeces que diariamente necesitan todas las familias. No! mil veces nó! El lo gana, él lo trabaja y él lo distribuye. No vá á la bodega pero manda al negrito y lo espera en la puerta de la calle una hora, dos, y hasta mil, si al mandadero le ocurriera la idea de tener á su amo adherido á ella como una moldura. Pero ya de vuelta el mensajero, con un forro de botija colgado de un brazo y lo hace entrar á *todo vapor*, á riesgo de verter el vinagre que trae en el *jabuco* en una taza y lo arrastra hasta el comedor.

—Dónde has estado?

—En...... en...... en......

—Pronto! ¿Dónde has estado?

—Yo estaba...... yo estaba......

—Dónde!...... Pronto!......

—En la bodega—(Esto lo sabia el Cazuelero.)

—A ver....... ¿Qué has traido?

—Yo traje medio y cuartillo de carbon..... Un cuartillo... ..

—«Ahora lo verás! Te voy á dar medio y cuartillo de carbon.»—Va á buscar las *correas* y vuelve en seguida. Toma al negrito por ámbas manos con su izquierda y empieza á cumplir su promesa.—Toma carbon!........ Toma medio y cuartillo!...... y cuartillo!...... y cuartillo!...... (Los puntos suspensivos equivalen á correazos.) ¿Yo no te dije, que trajeras tres *chicos* de carbon para la cocina, y un cuartillo para la plancha?...... Bueno! Yo te dí un real fuerte...... falta medio. ¿Qué compraste?

—Un *chico* de vinagre!

—Hija! hija! (le grita á su esposa.) ¡Un chico de vinagre! Este negro me va á acabar la vida...... ¿Yo no te tengo dicho que siempre me traigas una *contra*

de vinagre?..... Toma vinagre!...... vinagre!...... vinagre!......—Bien: faltan tres chicos. ¿Dónde están?

—*Sumersé* me dijo que trajera fideos.

—¡Fideos! ¡Yo te dije que trajeras fideos! ¡Hija! ¡Hija! Dice este verdugo que le pedí fideos! ¿Yo no te dije tallarines? Toma fideos!...... fideos!...... fideos!... ¿Y qué caña es esa que estabas comiendo?

—Yo que pedí...... *dos contras*.

—«Hija!..... hija...... ¡Yo me muero! El manejo de esta casa me mata: mira lo que dice este vándalo: que cojió *dos contras* de caña, digo! *dos contras!* no se conformó con una! Ahora vas á chupar caña, condenado. Toma caña!....... toma contra!....... toma!...... toma! —Hija! ven, dame á oler algo, que me ha dado una cosa!—Yo no me puedo incomodar...... Por eso el maldito trajo un chico de vinagre! Para cojer las contras! Dame algo que oler.»

Algos que no *algo* diera yo por darle á oler *algo* al Cazuelero en estos momentos, aun que no fuera más que un pomo de álcali volátil, ó el costado del teatro de Tacon, del lado del depósito de Villanueva.

Si tiene hijos, este excelente padre de familia, no deja á la madre el cuidado de asearlos y mandarlos á la escuela: él tiene el cuidado de hacerlo; va personalmente á la cocina, aparta el almuerzo de los niños, lo distribuye, y no es muy difícil verlo sentado en una silla pequeña con uno de pecho sobre el brazo izquierdo, hartándole de *migas* que introduce en su boca siempre abierta. En seguida los viste, arreglando la camisita de este, la *chupita* de aquel, el *mameluquito* del otro, el sombrerito etc., les cuelga las bolsitas de los libros, regaña al lloron, besa al risueño, y todo esto con una facilidad extraordinaria, sin soltar *el de pecho* que se echa al hombro con la destreza de una nodriza ó que pone boca abajo sobre sus piernas.

Este ente *ridículo* (para decirlo de una vez) usurpa toda la soberanía de la mujer: sí, la soberanía; porque la mujer desde el momento que se constituye en madre

de familia debe ejercer en lo doméstico todas las atribuciones que son inherentes á su estado. La mujer casada, gusta, si es laboriosa, de ejercer su pequeño reinado, que consiste en intervenir en el gobierno de los criados, y de que se obedezcan sus disposiciones; tiene órgullo en que el aseo de la mesa y la comida que sirve en ella, bien dispuesta, se deba á su buen órden y economía. Que la compostura y adorno de toda la casa, su limpieza: la exactitud, en fin, en el cumplimiento de todas las pequeñeces domésticas que tanto dicen en favor de una buena madre de familia, se deba todo á ella, solo á ella. A una mujer le gusta más disputar las cantidades que por su buen manejo y economía, logra reunir, que *el doble* que pudiera regalarle su esposo. Tiene orgullo en mostrarle á este, (si se halla alcanzado de dinero) la cantidad que ocultaba y que diariamente, *chico* á *chico*, *cuartillo* á *cuartillo* ha ido cercenando de lo que su esposo le asigna para el gasto diario. Y se colma de un legítimo orgullo cuando oye exclamar: ¡Oh! Fulanita ayuda mucho á su esposo, es para él un tesoro!—Fulanita lo ha sacado de muchos apuros, le economiza mucho! ¡Oh! sí! una mujer honrada y laboriosa despues de concluidos todas sus labores y todos sus *quehaceres*, goza extraordinariamente con haber llenado todos estos compromisos diarios que dicen mucho en favor de ella misma, en favor de la felicidad de su esposo y en favor de sus hijos....... y hasta en favor de sus vecinas, si á estas, en su afan de fiscalizarlo todo, se les antoja tomarla por modelo para imitarla y hacer la felicidad de sus maridos....

El marido *Cazuclero* en su empeño de gobernar é intervenir en todo, se priva de estos goces y hasta del descanso que pudiera tener en su casa, despues de concluidas sus ordinarias masculinas tareas. Léjos de esto, siempre está inquieto, pendiente de la fraccion de papel que está en el suelo, de la saya de la mujer, más ó ménos almidonada, del tiempo que gasta la lavandera en entregar la ropa...... siempre disputando con su es-

posa sobre estas miserias, haciéndose odioso á sus criados, temible á sus hijos, que ven en él un Cancerbero en lugar de un padre amante y cariñoso. La esposa, la pobre esposa que tiene la desgracia de sufrir *pegada* á sus costillas esta *gota de brea*, se fastidia de la ociosidad forzada en que vive, y suele á veces hasta...... odiar el causante de su desgracia... Sí, de su desgracia, porque le falta el ideal que le habia pintado su imaginacion de soltera, y en lugar de un hombre, en lugar de una columna en la cual pudiera apoyarse para suplir su debilidad de mujer, solo halla un ente afeminado, impertinente y ridículo, mas propio para ..... cualquier cosa que para hacer la felicidad de una familia.

Yo no le impusiera más penitencia al Cazuelero para distraerlo de su aficion al oficio, que sacarlo á paseo algunas veces con su uniforme de gala, esto es: en mangas de camisa, con la pechera abierta, un malakoff sobre sus pantalones, una cazuela de á dos reales por sombrero y las correas en la mano, como símbolo de su mando.

Un Joven Completo.

—¡Te digo que nó vá!
—¡Y yo te digo que sí!
—¡Y yo te digo que no!
—¡Que sí!
—¡Que no!
—Pero, mujer......
—Ya Ernesto, puede decirse que ha concluido *sus estudios*: escribe lo suficiente para esplicarse *por escrito*, lee lo que le basta para instruirse con los libros que le he comprado: sabe sumar, restar, multiplicar y dividir...... Luego, como que tiene buena cabeza, sin que se lo hayan enseñado, sabe historia, geografía, astronomía, farmacia, jurisprudencia y...... hasta medicina...
—¿Y entónces para qué necesita ir á Francia?
—Sabe gimnasia, tirando el sable ó el florete no hay quien se le ponga delante......
—¿Y entónces que vá á buscar á Francia?
—Á los diez y ocho años que cuenta de edad ya tiene bastante mundo; y eso que no se trata con nadie, ni se reune con nadie. Si va al billar no es por vicio, sino por distraccion, ¡digo! ¡jugando como juega, que

hace veinte carambolas cuando el contrario no hace más que una......!

—¿Y qué vá á buscar á Francia?

—No tiene amistades ni visita á nadie; con sus perros, sus caballos, y sus gallos tiene bastante...... ¡Oh! mi hijo Ernesto es un jóven completo! Con el dinero que le doy deslumbra á todo el mundo. ¿Quién viste mejor que él? Así es que en *El Louvre* llama la atencion de todos por su elegancia y sobre todo por su seriedad.

—¿Y qué vá á buscar á Francia?

—Hija, á viajar, á viajar...... á completar *sus estudios* como todo jóven decente.

—¡Pues no vá! Mi hijo no se separa de nosotros; no se embarca. ¿Es acaso algun pordiosero para romperse la cabeza estudiando? Nosotros tenemos bastante dinero para él, y ya sabe todo lo que puede saber un hombre instruido...... y bien instruido.

—Pues vá.

—Pues no vá.

En estos momentos llega el *niño* Ernesto.

—Pero, Mamá,—dice—todo puede remediarse: puedo ir á Francia para darle gusto á Papá, y en el siguiente correo vuelvo para darte gusto á ti.—En un mes veo yo y aprendo lo que otros no aprenden ni ven en diez años. Salgo para allá en el primer correo y, á los cuarenta dias ó cincuenta de estar allá vuelvo: hazte cuenta que estoy en el *ingenio*. Es verdad que yo no necesito ir á Italia, ni á Francia, ni á España, ni á Alemania, ni á ninguna parte del mundo, pues sé bastante *taquigrafía* para conocer estos pueblos, pero, sin embargo, dice bien Papá: todo jóven decente, con los recursos que yo cuento, debe viajar un poco...... esto dice mucho en su favor......

—Ahora has hablado como un oráculo: sí, como dices, vuelves dentro de cuarenta dias, consiento.

Y como el jóven tenia *de todo*, pronto se hizo su

maleta y partió dejando un vacío inmenso en el corazon de sus cariñosos padres.

A los cuatro meses volvió.

Ya era otro hombre.

—Cuéntanos, hijo, cuéntanos—dijeron sus padres.

—Mucha gente—contestó Ernesto—mucha gente en París. Me fastidiaba tanta concurrencia y me iba á dormir al Hotel.

—Pero, ¿qué tal la capital?

—¡Magnífica! Todas las tardes paseaba al rededor de las murallas de París: me divertia mucho en la playa.

—Siempre te ha gustado el mar.

—Mucho. Y, á propósito: ¿Qué negrillo es ese que nos sirve el café?

—¿Qué, no lo conoces, Ernesto? Es Marcelino; tu criado de mano.

—Hola! conque, Marcelino ¿Eh? Vaya, vaya. Ea! bergante, tráeme aquella fruta que está en el aparador.

—El mamey—dijo la madre al negrito.

—¡Cómo! ¿Mamey?... y ¿qué es mamey? preguntó Ernesto.

—¿No te acuerdas, Ernesto? Aquella fruta que te gustaba tanto......

—Allá no la usamos......

—Vamos, cuenta, cuéntanos de tu viaje......

—Llegamos á Marsella, que es la capital de Bayona y de allí, para acortar el camino de París, atravesamos todas las provincias francesas...... allí conocí al señor Galileo, que está algo viejo..... el autor de Atala y René.

—Y qué tal los edificios.

—¡Magníficos! El bosque *de Boloña* es uno de los mejores. Allí se reunen los escritores de más fama, Gambetta, Breton, Iriarte, Martinez de la Rosa, Herodoto...... pero yo, siguiendo mi sistema, no traté de familiarizarme con ellos. No quiero compañía, sobre todo con desconocidos......

—¡Bien hecho!

—¡Qué hermoso país! ¡Ingrato! y no nos has traido nada de allá......

—Pues si todavía no he desembarcado el equipaje.—A Papá le traigo un cajon de tabacos de primera, legítimos de vuelta abajo, que compré en el Boulevar de los Italianos, y como sé que le gusta tanto, compré allí mismo, dos docenas de cajas de dulce de guayaba de Bainoa......

—¿Y á mí, picaron? sabiendo que tanto me gustan los animalitos no me traes alguno de allá.

—En el momento de embarcarme me acordé y te compré un loro y un par de curieles. Ya los verás. Todo es magnífico.

—¿Qué tal el Palacio de las Tullerías?

—Muy bien: mejor que las Tullerias de aquí: mucho más grande y se come mejor.

—¡Ya lo creo!

—¿Y quién es ese negro que entró con el cesto?

—¿Ya no conoces á Juan, el cocinero? ¡Cómo trastorna un viaje!

—Pues, señor; si le veo allá no le conozco...... pero yo debo irme mañana al ingenio...... tengo un miedo espantoso al vómito, á la fiebre amarilla, como decimos allá. ¡Hola, Madama!

—¿A quién llamas?

—La costumbre...... creí que estaba en París.

—Pero ¿qué quieres?

—Que llamen un muchacho que me arregle la cama, tengo sueño.

—No hay necesidad de eso: tu cuarto está como lo dejaste. Casi puede decirse que tu cama conserva el calor de tu cuerpo.

—Pues voy á descansar un rato. No sé cómo voy á acostumbrarme á la vida de la Habana... Madama... digo...... madre...... ¿cómo te decia yo ántes?

—Ernesto ¿Estás loco? siempre me has dicho *mamá*.

—Es verdad: pues bien; mamá: á la hora de comer

despiértame; pues como dicen muy bien Moratin y Balmes, los mejores médicos de la época, no hay cosa mejor para despertar el apetito que no comer, sino cuando uno está completamente despierto.

Y se fué á la cama.

—Qué te parece, mujer? ¿No te dije que vendria hecho un hombre completo?

—Ahora me alegro.

Con su figura, su dinero, su educacion y su talento será el mejor adorno de la sociedad habanera.

—¡Habrá adquirido muchos conocimientos!

—¡Quiá! ¿para qué los necesita? El sí que será un hombre útil á todo el mundo si no se desgracia.

—Voy á hacerle un cocimiento de grama y cebada, porque debe estár irritado.

—Sí: no te descuides: á los hombres criados como mi hijo, les hace mucha falta *la grama y la cebada.*

FIN.

INDICE.

Pág.

FÉ DE ERRATAS.

Erratas tiene este libro, como toda obra humana, pero de tal naturaleza, que el criterio de nuestros lectores puede salvarlas. Creo ofenderlos diciéndoles: donde dice *ésto,* léase *aquello.* Esto se refiere á las *de caja.*

En cuanto á *las otras......* confieso mi pecado: *yo no sé hacerlo mejor.*

(Nota del autor.)

